Las ideas y la fuerza

Nils Castro

© Nils Castro, 2017

ISBN 978-9962-12-647-8

Para
Vilma, Haydée, Melba y Celia,
compañeras

Prólogo

Cada vez que escuchaba a Fidel Castro me extasiaba y entusiasmaba. Una por la extensión de sus presentaciones con una lógica pedagógica envidiable, imposible de perderse, aun luego de varias horas de exposición. En la oratoria, aludía a lo que era “su” historia, o la interpretación de aspectos históricos que ayudaban a entender la historia que comentaba o interpretaba. Lo que había era una recuperación de la historia para el debate estratégico del presente. Fidel, el personaje, era en sí mismo un libro abierto de estrategia, de estrategia para la revolución. Su sentido vital era la revolución contra el capitalismo, la construcción del desconocido y nunca construido socialismo.

Todo esto pensaba cuando leía el maravilloso texto de Nils Castro. Una obra que se involucra en la interpretación de Fidel y su obra, la experiencia de la revolución cubana: política, económica y culturalmente.

Es un libro ágil el de Nils, que se lee de corrido y que tiene una y varias cuestiones centrales para detenerse y pensar desde nuestro tiempo la epopeya de la revolución en curso. Una historia desde hace casi 60 años en Cuba, o incluso más, con las referencias a Martí y la tradición revolucionaria en la Isla de la libertad.

Leer textos y reflexiones de Fidel, hilados históricamente y con relación a los problemas actuales de Nuestramérica resulta esencial.

Escribo estos cometarios al día siguiente del triunfo electoral de la ultra derecha en Brasil.

Por eso me interrogo sobre los caminos de la transformación social y muy especialmente del proceso cubano y sus dificultades, más hoy que la dirección está en manos de una nueva generación, ya no la histórica del Moncada o la Sierra Maestra.

Mientras transito la lectura de “Las ideas y la fuerza” me regocijo con la actualidad del pensamiento estratégico, clásico, de Fidel, en los inicios del fenómeno “revolución cubana”, tanto como en los finales del pensamiento del líder revolucionario por excelencia.

No puedo dejar de pensar en el presente cuando Nils recupera el análisis de Fidel sobre la historia de Cuba y de Nuestramérica; como los procesos globales que atañen a la transformación teórica y política del orden capitalista.

Remito a las consideraciones sobre la URSS y el socialismo en el este de Europa y el papel de la experiencia cubana, de sus errores, aciertos y desafíos, muy especialmente en el ámbito de la economía.

El texto que presentamos a la lectura resulta novedoso, no tanto por la reconstrucción de lecturas de Fidel que se encuentran en variados textos, sino por la virtud de incluirlos en un volumen que recoge los temas esenciales del debate contemporáneo. Un debate para transformar revolucionariamente la realidad.

Se trata de un documento que cuestiona al capitalismo de nuestra época, recogiendo la tradición de los clásicos, especialmente a Marx, pero no para repetirlo, sino para cuestionar e indagar sobre el socialismo a desarrollar desde la experiencia de los pueblos. Todo con señalamientos y opiniones de Fidel.

Con la lectura de este libro podrán disfrutar aquellos que por primera vez se acercan a Cuba y su revolución; a su historia y a los personajes de esa maravillosa experiencia, a las virtudes y errores o insatisfacciones reveladas por uno de los grandes protagonistas del fenómeno revolucionario regional y mundial.

Pero resulta válido también para los conocedores, aquellos que imaginan que ya transitaron por los caminos del balance de la revolución socialista.

Los noveles lectores, o los avezados conocedores de la literatura revolucionaria serán sorprendidos con la agudeza de Nils Castro para recoger de fuentes diversas partes de las reflexiones de Fidel.

Un gran logro del presente texto es recuperar en el presente reflexiones de otro tiempo que potencian el análisis del presente complejo.

Es complejo porque transitamos un tiempo de crisis capitalista mundial que desafía al pensamiento revolucionario a la crítica profunda del orden vigente para trazar nuevos rumbos de transformación revolucionaria.

Fidel en sus discursos y escritos desnuda su pensamiento en cada momento y se puede encontrar allí una lógica de pensar crítico estratégico que posibilita pistas para recuperar el debate por la revolución en nuestros días.

Otra gran virtud del libro de Nils es la forma de escritura, con citas de Fidel y un ordenamiento de episodios y momentos de una rica experiencia en la lucha contra el capitalismo y por andar los caminos de la construcción del socialismo.

Estamos frente a un texto que ayuda a pensar, de fácil lectura y que desafía al pensamiento ante las dificultades históricas del presente y la ofensiva de las derechas y la dominación capitalista.

Julio C. Gambina

Buenos Aires, 29 de octubre de 2018

De qué hablaremos aquí

Este no es un libro de historia, ni mucho menos un intento de explicar la evolución del pensamiento de Fidel Castro y sus compañeros. Si bien aquí se aborda determinado aspecto de sus ideas, el propósito es señalar su actualidad para quienes ahora buscan cambiar las realidades latinoamericanas. No dedico estas páginas a quienes desean saber algo de lo que ocurrió en la segunda mitad del siglo XX, sino a los inconformes que se indignan ante lo que sucede en las primeras décadas del XXI y quieren encontrar modos más eficaces de hacer posible otra América mejor.

Lo que tampoco implica que aquí se sugiere repetir lo actuado por ellos hace más de 50 años, en las circunstancias de aquel tiempo. Al contrario, se vuelven a observar sus pasos no para repetirlos, sino para recuperar la audacia intelectual y el coraje moral con que supieron reinterpretar su realidad e idear nuevos métodos para transformarla. Lo que ellos emprendieron se consideró herético –a su manera Fidel fue el Lutero de la reforma de las concepciones revolucionarias de aquellos años– y aun después de la victoria no faltó quien insistía en hacer que él y sus compañeros aceptaran adoptar los añejos dogmas.

Ciertamente, al inicio de los años 60 del siglo pasado la Revolución Cubana abrió otra época en la crítica y renovación de las ideas y en las controversias y prácticas políticas, en América Latina. En las condiciones de su tiempo, ese fenómeno cuestionó concepciones que hacía mucho se daban por sentadas y bajo cuyo lente se calificaba casi todo tipo de acontecimientos y propuestas políticas y socioculturales. A partir de ahí, por muchos y agitados años, esa Revolución sería el proceso y el referente más invocado en las demás naciones de la región y el que más provocó revaloraciones y desarrollos renovadores del pensamiento y de las iniciativas políticas, tanto de los disconformes sociales como de las izquierdas organizadas del Continente y de otras partes del mundo.

Un componente medular de ese estímulo y su irradiación fueron las ideas que Fidel Castro frecuentemente discutió con su pueblo y con los amigos foráneos de la Revolución, a lo largo de las numerosas vicisitudes de ese proceso. Aunque al hacerlo él trató una gran variedad de temas relevantes, en estas páginas nos enfocaremos básicamente en uno de los más aleccionadores para los latinoamericanos de entonces y ahora: el de la dialéctica entre los llamados factores objetivos y subjetivos en la formación de la conciencia y la cultura revolucionarias, de la lucha política como acelerador de su desarrollo y el papel de esa conciencia

como límite o como *abrecaminos* de las transformaciones sociales, no solo en las confrontaciones de ese tiempo sino frente a los actuales y próximos desafíos.

Desde siempre, esa dialéctica y los procesos de formación de esa conciencia han sido asunto de interés filosófico, histórico y antropológico. Fidel, como sabemos, fue un apasionado de la historia y hombre de reconocida cultura humanística, a lo que en su largo bregar revolucionario sumó notables conocimientos en áreas más pragmáticas, desde la investigación agronómica a la gestión de alternativas en materia de energía, entre varias otras. Sin embargo, sus reflexiones en el campo que aquí nos interesa, aunque exigen talento ilustrado, no son las de un filósofo sino las de un líder político. Fueron razonadas y expuestas para persuadir y mover a otros dirigentes y pensadores –y a todo un pueblo– hacia determinados objetivos. Es sobre ese horizonte que deben examinarse, pues este es el terreno donde cabe discutir el actual valor de esas ideas y propuestas; el ejercicio político revolucionario es su ámbito de verificación.

Por eso aquí, más que recorrer el asunto con intención académica, busco observarlo en la perspectiva de la recurrente puesta a prueba, renovación y relanzamiento que sus ideas han seguido experimentando en el plano político, frente a sucesivas generaciones, ante los retos y disyuntivas que hoy en día enfrentamos y los que están por salirnos al paso. Para Latinoamérica, los hitos del proceso revolucionario cubano fueron y son más que aleccionadores. Pero de sus distintos recuentos e interpretaciones han derivado no solo sabias concepciones sino también varios equívocos, cuando alguno de esos hitos se ha omitido o no se asume en su contexto.

Que esa experiencia ofrece incontables enseñanzas es cosa que nos hemos dicho múltiples veces, pero recitarlas fuera de las circunstancias y objetivos que las motivaron las reduce a congelados estribillos. De Fidel también existen malas lecturas: hay quien, *a priori,* adopta un esquema y después busca citas que se lo acrediten, en vez de apreciar la evolución de sus reflexiones al calor de los respectivos escenarios e intenciones. La cuestión no es apenas hallar frases, continuidades o cambios, sino percibir un modo de pensar y actuar: los objetivos éticos, la estrategia y el método que evalúa disyuntivas, identifica posibilidades, convierte ideas en fuerzas organizadas e introduce tácticas versátiles; el liderazgo que las piensa y prueba, que reevalúa y persevera.

Sobre todo, ante los retos que hoy tenemos por delante.

Aglutinar y dirigir

Fidel dirigió un proceso que supo abrirse camino a través de una sociedad nacional, no solo puesta en tensión por graves injusticias sociales y frustraciones políticas sino, a la vez, sometida a una hegemonía neocolonial que, además de explotar los recursos del país, lo maleaba bajo una abrumadora opresión ideológica y envilecía la cultura básica de la nacionalidad. Remplazar al régimen imperante –y no apenas destronar la dictadura de Fulgencio Batista– requería no solo derrotar su capacidad represora, sino extirpar las raíces de su reproducción. Esto exigió tanto revivir el temple moral y patriótico de anteriores generaciones del pueblo cubano, como enfrentar la dominación informativa y psicológica impuesta a la cultura diaria del país, objetivos que no era posible impulsar a la misma velocidad que la victoria política.

La Revolución de Cuba fue parte del movimiento mundial anticolonialista y de liberación nacional de su época, a la vez que producto de una historia de más de 100 años de luchas patrióticas que, en las complejas condiciones de los años 60, tomaron el decidido rumbo socialista que hizo posible consolidar y defender sus resultados. Para valorar esa doble matriz en sus sucesivos contextos y diferentes aspectos hay que tener en cuenta varias características de las etapas iniciales del proceso que Fidel encabezó. Ellas no solo enmarcaron el ámbito de sus reflexiones sobre el cambio y desarrollo de la conciencia y la cultura políticas en las condiciones en que surgieron, sino que además y de inmediato proyectan sus efectos sobre los siguientes escenarios, procurando darles el sentido que sus valores y propósitos le demandarán a esas posteriores etapas del proceso.

Las decisiones tácticas, por perentorias que sean, nunca deben entrampar la ruta estratégica. En el modo fidelista de razonar, cada acción trae en su vientre las otras que más tarde tocará decidir, hasta remontarse a los desafíos que –más de medio siglo después– ahora nos toca encarar. Su insistencia en producir resultados que, a su vez, den base a posteriores acontecimientos necesarios llevó a Raúl Roa a observar que ese hombre “oye crecer la hierba y ve lo que está pasando al doblar de la esquina”, y a Abdelaziz Bouteflika a afirmar que “Fidel viaja al futuro, regresa y lo explica” enseñándonos cómo llegar allá.[1]

Cuando ese cúmulo de ideas y experiencias pasa de unos tiempos, escenarios y actores a los siguientes, su recuento naturalmente tiene distintas lecturas y no siempre destaca los mismos componentes. Más aún cuando resume una larga

1. Ver Iroel Sánchez, “Gracias, Fidel”, en La pupila insomne del 12 de agosto de 2014.

cadena de acontecimientos y tomas de decisión, como los que vienen desde la visión de los problemas sociales y políticos pensada antes y después del golpe de Fulgencio Batista, de los objetivos del asalto al cuartel Moncada y del proyecto posmoncadista, de los propósitos de la expedición del Granma, las relaciones entre las fuerzas revolucionarias de las ciudades y las montañas, la victoria en la guerra contra la dictadura y la creación del poder revolucionario, el enfrentamiento con el Imperialismo, la elección y el anuncio del rumbo socialista, la victoria de playa Girón, las complejidades de la alianza con el "campo socialista" y –además– la visión de las posibilidades revolucionarias latinoamericanas y del Tercer Mundo, a todo lo cual siguió el lúcido coraje de confirmar derrotero propio, decidir rectificarlo pese a las objeciones de esos aliados y, no mucho después, enfrentar el derrumbe soviético y el llamado Período Especial en tiempos de Paz y la difícil superación tanto de esa prueba como la de sus consecuencias, etcétera.

De ahí la importancia, cuando hablamos de los primeros capítulos del proceso –que fueron sus etapas fundacionales y las que le imprimieron rumbo–, de recordar algunas de sus características más decisorias. Entre otros motivos porque en América Latina, en los tiempos iniciales de la Revolución Cubana, algunos relatos imprecisos, omisiones e interpretaciones fantasiosas sobre esa experiencia latinocaribeña también dieron ocasión a ciertas extrapolaciones más fantasiosas que teóricas –como las del foquismo y del maoísmo– acerca de lo que esa Revolución podía y debía implicar para las izquierdas de otros países de una región tan multiforme como nuestra América.

Entre esas características, por ejemplo, la de que la lucha contra la tiranía batistiana no surgió a partir de un foco guerrillero primigenio, sino que nació con raíces en un amplia y plural resistencia urbana, de fuerte inspiración cívica y significativa participación de las capas medias, en casi todo el país. Además, que antes del surgimiento de la guerrilla ocurrió la experiencia del asalto al cuartel Moncada –el clarinazo que remeció a la nación– y el lanzamiento de *La historia me absolverá*, el alegato y visión del país con la cual Fidel no solo defendió ante el tribunal las razones morales, históricas y sociales de esa acción, sino que poco después se convirtió en la propuesta política y programática que le daría identidad y rumbo a la amplia adhesión popular a ese proyecto popular, emancipador y patriótico.

Asimismo, que los centenares de jóvenes que a partir de ello se incorporaron a la resistencia urbana y a la guerrilla rural tenían abuelos que aún les contaban la zaga de la insurgencia mambisa[2] y padres que discutían sus participaciones en la

2. Mambises eran los insurgentes cubanos y sus ejércitos, alzados en las dos guerras contra el yugo colonial español, las de 1868-1978 y de 1895-1998, la segunda convocada por José Martí, quien en ella murió en combate.

lucha contra la tiranía de Gerardo Machado y por la revolución de 1933. Por si faltara, para esos jóvenes la memoria de las guerras cubanas por la libertad y el cambio social y sus motivaciones morales y cívicas, seguía viva en las lecturas de José Martí, que ellos habían compartido desde niños. No en balde la generación de Fidel y sus compañeros emergió a la vida política como *La generación del centenario* del natalicio del Maestro, a quien Fidel así identificó como el autor intelectual del asalto al Moncada.

Por otro lado, que una de las primeras formas de oposición a la dictadura fue "el movimiento", nombre a la vez difuso y plural que aludía a la diversidad de grupos espontáneos –sin conexión mutua ni perfil político preciso– donde los jóvenes antibatistianos discutían la situación del país y cómo hacer para restablecer y moralizar la democracia. De esos grupos, pronto se evidenciaría que el dotado de liderazgo más fuerte y mayor organización y audacia era ese que el 26 de julio de 1953, al mando de Fidel Castro, intentó tomar el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, buscando iniciar con ello una insurrección ciudadana de gran aliento.

Aunque por causas fortuitas el Moncada fue un duro revés militar, le dio referente y líder a los mejores de esos grupos y enseguida también un ideario y propósito, contenidos en *La historia me absolverá*. Asumida como el Programa del Moncada, sus argumentos ofrecieron a toda Cuba una propuesta ciudadana de plural aceptación e incluyente convocatoria social. Sus páginas plantearon reivindicaciones de amplio interés popular y moral, sin enunciar intenciones ni adoptar lenguajes que retrajeran a algún sector. De otra forma, no hubiera logrado conglomerar la adhesión que en poco tiempo concitó en un país tan codiciado, penetrado y corrompido por los intereses norteamericanos, donde los prejuicios anticomunistas habían sido tan intensamente sembrados.

Lo que, dicho de otro modo, implica que desde el primer instante Fidel aplicó la que, en palabras de Armando Hart, fue una de sus pautas más significativas: la de que ser revolucionario es hacer en cada situación lo más revolucionario que en ese momento se pueda hacer[3]. Dicho en palabras del mismo Fidel, el programa del Moncada, si bien evitó mencionar alguna intención socialista, ya contenía "el germen de todo el desarrollo ulterior de la Revolución" pues, dentro de las limitaciones ideológico-culturales de la época, ese programa "encerraba el máximo de objetivos revolucionarios y económicos que *en aquel entonces* se podía plantear, por el nivel político de las masas y la correlación nacional e internacional de fuerzas".[4]

3. Conversación informal en la sede provincial del Partido Comunista de Cuba (PCC), en Santiago de Cuba, a inicios de los años 70.

4. Fidel Castro: Discurso en Santiago de Cuba por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, Editorial Política, La Habana, 2013, tomo 2, pp. 47-48. [Cursivas de NC].

En un país adonde en el pasado, en momentos clave, más de una vez los movimientos populares se habían fragmentado en grupos, personalismos y rivalidades, y donde las degradaciones morales y desengaños políticos habían llevado a la mayor parte de la gente al escepticismo y la desconfianza, la inmolación de los asaltantes del Moncada y la entereza con que su líder –como antaño Martí– encaró la muerte y al tribunal constituyeron una campanada. Una que, además de despertar conciencia ciudadana, ayudó a superar al "grupismo" y que hizo de los moncadistas el paradigma del Movimiento en general.

Dos años después –tras la movilización nacional que culminó la lucha por la amnistía a los moncadistas– Fidel salió al exilio. Sin embargo, antes de partir instruyó a sus allegados para organizar la estructura de su grupo –que a partir de entonces se denominó Movimiento Revolucionario 26 de Julio–, retomar contacto con los sobrevivientes y con los compañeros que por falta de armas no participaron en el asalto al cuartel, acoger a los jóvenes que dejaban otros grupos para sumarse a los moncadistas y captar a otros simpatizantes.

Puesto que la fragmentación de los grupos contestatarios y progresistas dispersó las fuerzas que habían nutrido la Revolución del 33, eso explica la insistencia de Fidel en convocar al movimiento revolucionario de la forma más abarcadora, sin incurrir en propuestas, lenguajes ni métodos excluyentes pero, a la vez, de la forma más disciplinada. Esto era y es un problema complejo; como lo resume Alberto Prieto Roque, "para Fidel Castro el valor de la unidad es básico, pero unidad quiere decir unidad entre lo diverso. La unidad es para sumar personas que divergen en otros aspectos. Hay que buscar lo que vincula, no lo que separa"[5], pero asimismo hay que consolidarlo.

Esa unidad incluyente es necesaria pero no basta; a partir de ella hace falta una organización, un partido capaz de despertar y dirigir la revolución –el motor chico con el cual encender el gran motor de todo el pueblo–, en este caso el MR 26-7. En la tradición marxista, el tema tiene conocidos antecedentes leninistas, pero en la historia cubana la cuestión goza de honda raigambre martiana. Como el propio Fidel lo destacó,

> Martí vio cómo las fracciones y las divisiones habían dado al traste con la primera guerra de independencia. Lo dijo y lo repitió muchas veces, y todo su esfuerzo fue para que la nueva guerra de independencia estuviera organizada sobre otras bases. Martí […] tuvo otra concepción de la forma de dirigir la guerra y de la organización del país durante la guerra, y un partido para dirigir la guerra, dirigir la revolución.[6]

5. *Vid.* "Fidel, la unidad y la Revolución Cubana", en *Cubadebate*, 13 de agosto de 2017.
6. Fidel Castro: Discurso en la clausura del IV Congreso del PCC, el 14 de octubre de 1991. Puede consultarse en *Cubadebate*, 19 de mayo de 2016.

De esta fuente vino el concepto gestor del MR 26-7. Y con el consiguiente llamado al moncadismo, la resistencia urbana engrosó filas, asumió un ideario común y ganó cuerpo la resistencia cívica y el Movimiento. Y ello se hizo sentir tanto más cuando ahora los unificaban un líder, una estructura, una ética, un programa y un método de acción: con esto, los cubanos fieles al legado martiano y dispuestos a recuperar las expectativas de la revolución de 1933 vieron que para resolver "las ansias y aspiraciones del pueblo había llegado la hora de acudir otra vez a las armas"[7]. Cuando a fines de 1956 los expedicionarios del yate Granma arribaron a la Isla, el MR 26-7 ya tenía articulación nacional, esperaba por ellos y, para distraerle fuerzas a la dictadura, el día previsto para su desembarco los muchachos del 26 se tomaron a tiros Santiago, la segunda mayor ciudad del país.

7. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 37.

La condición patriótica del socialismo

Cierto es que los expedicionarios del Granma fueron diezmados por el ejército y solo un puñado logró reagruparse en las alturas de la Sierra Maestra. Pero Fidel los hizo sobreponerse y confirmar su adhesión al proyecto que los había traído y, poco más tarde, una columna de 50 jóvenes uniformados y pertrechados subió de Santiago a la Sierra a reforzarlos. Durante la primera parte de la guerra, el Llano --la resistencia urbana– sostuvo a los guerrilleros de la Sierra, pese a que los combatientes de las ciudades eran más vulnerables que los alzados en la cordillera. Solo después la guerrilla se hizo autosostenible, aunque el Ejército Rebelde nunca dispuso de más de mil quinientos efectivos en armas. Cuando al final de 1958 sus columnas avanzaron sobre las ciudades de Santiago de Cuba y La Habana, estas estaban listas para insurreccionarse.

La proeza de unir a las diferentes fuerzas potencialmente revolucionarias, las hazañas militares de los alzados, las derrotas al ejército oficial y la Invasión de las columnas rebeldes hacia el occidente de la Isla –como la de los mambises del siglo XIX– hicieron colapsar la dictadura y a los grupos económicos y políticos que la mantenían. Desde la Sierra, el Ejército Rebelde se había convertido en una fuerza armada campesina capaz de invadir al Llano y terminar la obra histórica que los mambises no pudieron completar debido a la intervención norteamericana. Al final de 1958 la ofensiva de ese ejército sería concluyente no solo para desbandar y remplazar al viejo ejército, sino para resolver la cuestión del poder a favor de la corriente más revolucionaria del Movimiento, pese a los intentos de mediatizar al nuevo gobierno introduciéndole políticos de la vieja época.

El método de lucha adoptado no había sido previsto por el antiguo partido comunista cubano ni por sus homólogos de otros países, que desde finales de los años 20 abandonaron la opción de tomar las armas y hacer la revolución[8]. Sin embargo, esto no significa que Fidel y sus compañeros de mayor confianza se prepararon sin contar con una concepción ideológica coherente. Aparte de ser un estudioso de Martí y de las ideas y experiencias de los insurgentes cubanos del siglo XIX, Fidel había leído a Marx y le había recomendado lecturas de Lenin a Abel

8. Este había sido su objetivo hasta el VI Congreso de la Internacional Comunista, celebrado en Moscú en 1928, cuando, bajo el predominio de José Stalin, el movimiento comunista internacional lo difirió por razones ajenas a las realidades latinoamericanas. A partir de ese congreso, la prioridad de impulsar la revolución mundial fue remplazada por la de defender al Estado soviético, representativo de la opción de realizar el socialismo en un solo país.

Santamaría, su segundo al mando y vicelíder del grupo[9], y en México reclutó a Ernesto Guevara, el *Che*, quien tenía conocimientos de marxismo.

Una fresca y original interpretación marxista de las condiciones y posibilidades cubanas –razonada por Fidel y sus íntimos al margen de las Internacionales y los partidos de la época– ayudó a definir el método de lucha, sin mencionar su origen intelectual más de lo estrictamente indispensable. Como Fidel lo recordaría, la decisión de asaltar el Moncada "fue el fruto de profundas meditaciones sobre el conjunto peculiar de factores objetivos y subjetivos que imperaban en aquel instante en nuestro país".[10]

Al tomar el poder, la política de desarrollo emprendida al inicio del gobierno revolucionario fue afín a la que entonces promovía la Cepal, dirigida por Raúl Prebisch y un grupo de economistas progresistas. Sin embargo, los revolucionarios y el pueblo cubanos enseguida tuvieron que hacerle frente a las acciones contrarrevolucionarias orquestadas por los sucesivos gobiernos de Estados Unidos y a contragolpear sus agresiones, lo que propició que esa política pronto evolucionara del cepalismo a sus primeras iniciativas socialistas. Como luego explicaría Fidel, en ese momento los cubanos aún pensaban que

> se respetaría nuestro derecho a hacer una revolución que no era todavía socialista, pero sí la antesala de una revolución socialista. Para entenderlo hay que leer el alegato conocido como "La historia me absolverá", ahí están los elementos básicos de una futura revolución socialista, que no tenía que venir de inmediato, ni mucho menos; se llevaría a cabo de una forma progresiva, pero sólida e incontenible. Pero no vacilaríamos en radicalizarla si era necesario.[11]

En este planteamiento Fidel apunta dos cosas: una, que al iniciar su segundo año en el gobierno la Revolución no buscaba ser socialista sino "la antesala de una revolución socialista". La otra, que a ese respecto *La historia me absolverá* –el programa del Moncada– contenía los elementos básicos de "una futura" revolución socialista, que sus páginas no mencionan porque ella "no tenía que venir de inmediato" sino que "se llevaría a cabo de una forma progresiva". Este modo de *concebir la revolución como proceso* sitúa al progresismo en la perspectiva de antesala de la revolución socialista, esto es, como oportunidad formadora de las

9. *Cfr*. testimonios publicados en la revista *Santiago*, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, número 11, de junio de 1973 y número 18-19 de junio-septiembre de 1975. Los principales testimonios de este segundo volumen fueron revisados personalmente por Vilma Espín.

10. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 37.

11. Ignacio Ramonet: *Cien horas con Fidel*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2006, p. 190.

condiciones sociales de conciencia necesarias para que el pueblo llegue a desear, defender y hacer sostenible al proyecto socialista.

En ese contexto, las importantes reformas y nacionalizaciones cumplidas en los dos primeros años de la Revolución se decidieron con base en su propia lógica. Se realizó lo prometido en el programa del Moncada y lo que tocaba responder ante cada situación confrontada. Frente a los ataques estadounidenses, esa lógica fue inmediatamente asumida por la entusiasta adhesión social que las respaldó como acciones patrióticas en legítima defensa de la soberanía nacional agraviada. Así, en vísperas del desembarco de Playa Girón y ante el pueblo en armas en espera de la invasión, esas reformas y nacionalizaciones serían calificadas por Fidel como socialistas y a nombre del socialismo fueron defendidas en combate por ese pueblo.

Con esto, la definición socialista de la decisión popular de seguir adelante maduró íntimamente asociada a su naturaleza patriótica. Como temprano lo había expresado Fidel,

> Gracias a que hay un sentimiento que se llama amor a la patria, somos fuertes; gracias a que hay un sentimiento de amor a los semejantes y de solidaridad de todos para con todos, somos fuertes; gracias a que hay un estado mental que se llama conciencia revolucionaria, somos fuertes.[12]

Pese a la intensa siembra anticomunista y la degradación moral y política, largamente inducidas al pueblo por el régimen neocolonial, la agresividad de los gobiernos de Washington contra el gobierno revolucionario y sus actuaciones aceleró efectos contrarios al buscado. Esas realizaciones cumplían el programa del Moncada y la población las defendería como conquistas social y moralmente suyas. Los ataques norteamericanos –replicados cada vez con medidas revolucionarias adicionales–, lejos de amedrentar al pueblo contribuyeron a desarrollar la conciencia política de la mayoría de los cubanos y, además, a la conciencia de los simpatizantes latinoamericanos de la Revolución.

12. Fidel Castro: Discurso en la Asamblea Extraordinaria de los empleados y obreros del comercio, en la CTC revolucionaria, el 4 de junio de 1960.

En los 60, la semilla de las ideas de 2016

Desde luego, a Fidel no se le escapó cómo esta irradiación adicional de sus argumentos y acciones se proyectaba más allá de las circunstancias y necesidades inmediatas a las que habían respondido. Ni tampoco el significativo potencial que eso le aportaba a la posibilidad de motivar y abrirle camino a posteriores avances del proceso cubano, ni a sus consiguientes repercusiones en otros escenarios latinoamericanos.

Recién concluida la guerra de liberación, todavía en algunos partidos comunistas latinoamericanos había dirigentes que calificaban a los líderes del Movimiento 26 de Julio como "aventureros pequeño burgueses". Con mejor criterio, en 1960 Blas Roca –uno de los dirigentes más meritorios del partido comunista cubano anterior a la Revolución– caracterizó lo que empezaba a suceder en la Isla como un proceso correspondiente a "lo que se ha definido como una revolución democrático burguesa en los países coloniales, semicoloniales o dependientes, o sea, una revolución agraria y antimperialista".[13]

En las condiciones de ese entonces estas palabras manifestaban simpatía por la Revolución y decisión de apoyarla. Sin embargo, a la vez dejan ver que en los partidos comunistas de aquellos años –el cubano entre otros– se carecía de recursos verbales y conceptuales adecuados para entender y explicar ese fenómeno, que no era la "revolución democrático-burguesa" ni la "revolución agraria" previstas en los manuales doctrinales de la época. Además de sus objetivos sociales, esa Revolución, antes que tener cierto sesgo "antimperialista", estaba enraizada en hondas motivaciones patrióticas y morales contrarias a toda forma de sometimiento del país y reclamaba recuperar la dignidad nacional. Dignidad ofendida que al calor de las agresiones estadounidenses pronto le proporcionaría sustentación a convicciones antimperialistas conscientes, unidas a sus reclamos de justicia y equidad sociales.

Lo sucedido en Cuba desvaneció el supuesto que por largo tiempo los partidos comunistas tuvieron de ser los únicos presuntos organizadores y conductores de la revolución socialista y de la construcción del socialismo, aunque no intentaran realizarla. Como también dejó atrás el inacabable cometido de "acumular fuerzas", hasta tanto sucediera la gran crisis mundial del capitalismo que, llegado el momento, movería a las masas hacia la revolución, o bien que la dilatada puja entre las dos

13. En *29 artículos sobre la Revolución Cubana*, Publicaciones del Comité Municipal de La Habana del Partido Socialista Popular, 1960, p. 20.

superpotencias concluyera en el agotamiento y desplome de la supremacía del capitalismo –justo lo contrario de lo que a la postre ocurrió–. Lo que, en uno u otro caso, en la práctica se traducía en una abnegada inmovilidad respecto a su pasada misión originaria de organizar la puesta en marcha de la revolución.

En esas circunstancias, el entusiasmo despertado por la joven Revolución cubana generó un enorme caudal de simpatías y solidaridades, que motivó a millones de latinoamericanos –como antes a millones de cubanos– hacia una fresca izquierda "fidelista" libre de estereotipos prestablecidos, que no requería muchas precisiones doctrinales ni se sujetaba a tutelas foráneas. Lo que implicó reconocer que también otras organizaciones sociales y políticas y una mayor pluralidad de modos de pensar podían concurrir al propósito revolucionario. Esto enriqueció a las izquierdas en número y pluralidad de ideas y corrientes, como también las volvió más heterogéneas y abrió ocasional cabida a algún que otro brote de aventurerismo político e ideológico.

Al propio tiempo, en Cuba la derrota del régimen neocolonial y los originales y motivadores comportamientos de la Revolución incentivaron la reincorporación de los cuadros sociales e intelectuales que en el período anterior se habían desvinculado de las organizaciones de izquierda existentes tras la descomposición de las expectativas de los años 30 y 40, la falta de otras alternativas políticas y la corrupción entronizada, a las que luego se agregó el limitado alcance del "deshielo" posestalinista y las críticas que el modelo soviético acumularía a lo largo del llamado "socialismo real".

A su vez, con la Revolución cubana, muchos latinoamericanos desearon un futuro similar para sus países, sin que esto siempre conllevara pensar que para alcanzarlo debían alzarse en armas. Aun así, no pocos jóvenes sintieron tentaciones guerrilleras, como muchos cubanos se sintieron atraídos por la idea de proseguir la gesta liberadora en algún otro país hermano. *Las Cien preguntas a un guerrillero*, de Armando Bayo[14], y, sobre todo, los *Pasajes de la guerra revolucionaria* de Ernesto *Che* Guevara fueron copiosamente reeditados en el continente y el mundo.[15]

En términos generales, ese fue el contexto de las dos primeras etapas del proceso revolucionario cubano: la que transcurrió desde el golpe batistiano a la victoria del Ejército Rebelde y la que la siguió del comienzo del gobierno

14. Exgeneral de la República Española que contribuyó a entrenar en México a los expedicionarios del Granma.

15. Luego, en los años 70, el tiempo agregaría otras posibles alternativas, como el proceso democrático en el que dio la vida Salvador Allende, con las cuales la Revolución cubana también se solidarizó.

revolucionario a la vitoria de Girón y la primera Declaración de La Habana. De eso nos ocuparemos más adelante.

Si bien las preocupaciones de Fidel Castro sobre la formación de la conciencia y la cultura revolucionarias se entrelazan en una sola continuidad, abordarlas se facilita recorriéndolas a contraluz de las etapas en que se sucedieron los hechos a los cuales sus ideas irían replicando y los futuros que él fue anticipando. Con todo, al concluir el recorrido será evidente que en sus ideas de 1960 ya latía el germen de sus reflexiones de 2016. Ahondar en el tema exige examinarlo de manera más detallada.

Más allá de asaltar el Moncada

En la República cubana anterior a la Revolución, la democracia fue una fugaz esperanza que pronto se degradó. El disgusto por la frustración del proyecto nacional democrático inspirado por José Martí se hizo sentir desde los años 20, principalmente en la clase media urbana. Uno de los precursores de la Revolución de 1933 y del proyecto fidelista fue el dirigente estudiantil y popular Julio Antonio Mella. En 1923 enarboló una propuesta antimperialista y social-revolucionaria que buscaba aliar al nacionalismo antiyanqui y los luchadores por la justicia social. En 1928, exiliado en México por la dictadura de Machado, creó una asociación de revolucionarios cubanos para organizar el desembarco de un grupo armado en la Isla. No obstante, durante su preparación fue asesinado por sicarios de la tiranía.[16]

La principal gesta por recuperar una democracia con sentido social fue la Revolución de 1933, que no solo buscó derrocar la tiranía de Gerardo Machado sino emprender importantes reformas de interés popular. La frustraron la injerencia del embajador estadounidense y la revuelta de sargentos que Fulgencio Batista manipuló, con apoyo del embajador, para erigirse jefe del ejército, que redujeron la revolución a un inestable gobierno provisional. Aunque al calor de la movilización popular, ese breve gobierno satisfizo algunas reivindicaciones progresistas; al cabo, las disputas entre los grupos de izquierda y la eliminación física de algunos de sus mejores líderes –como *Tony* Guiteras– precipitaron su reflujo y corrupción, mediante la elección, formalmente "democrática", del mismo Batista y luego las de Ramón Grau San Martín y de Carlos Prío Socarrás como sucesivos presidentes del país.[17]

Mientras varios grupos cayeron en el gangsterismo político, esos gobiernos "democráticos" degeneraron en la corrupción y violencia. La política, los políticos y sus partidos se desacreditaron como medios de oportunismo y latrocinio. Para las elecciones de 1952 la última esperanza fue Eduardo Chibás, quien rompió con el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) de Grau y de Prío y fundó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), abocado a denunciar la corrupción y buscar el rescate

16. Las iniciativas revolucionarias y frenteamplistas de Mella le costaron su expulsión del partido comunista cubano --del cual había sido uno de los fundadores-- y contradicciones con la dirección del partido comunista mexicano. *Cfr.* Christine Hatzky, *Julio Antonio Mella (1903-1929) Una biografía*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2008, pp. 161-62 y 208.

17. Antonio Guiteras fue también predecesor de Fidel Castro. Durante la lucha contra Machado apoyó el asalto al cuartel de San Luis para armar un grupo guerrillero que operó en la zona de Las Tunas. En 1933 fue ministro del gobierno revolucionario y autor de las reformas progresistas que este realizó. Derribado ese gobierno, organizó una salida de revolucionarios cubanos hacia México para preparar un desembarco armado en la Isla e iniciar la guerra de guerrillas. Sin embargo, cayó en combate cuando esperaba la embarcación que lo llevaría a ese país.

cívico del país. Uno de sus adversarios sería Batista. Sin embargo, percibido Chibás como ganador de los comicios, pero abrumado por la cerrazón del sistema imperante, en agosto de 1951 se suicidó.

Como aun así siguió previéndose que el Partido Ortodoxo ganaría los comicios, el 10 de marzo del 52 Batista echó a Prío Socarrás, canceló las elecciones y se erigió dictador, con el apoyo no solo del ejército sino del gobierno de Estados Unidos, la oligarquía cubana y las empresas norteamericanas instaladas en el país desde inicios del siglo, que acogieron con alivio la vuelta a la mano dura, una vez que la democracia cipaya ya dejaba de garantizar la perpetuación del régimen neocolonial. Sin defender su gobierno, Prío rápidamente voló a Miami. El pueblo repudió el golpe de estado, pero la caída de tan deleznable "democracia" tampoco dio mucho que lamentar.[18] Para gran parte de los cubanos, cuando en el futuro hubiera ocasión de luchar contra la dictadura, ello no sería para volver a lo mismo.

Aun antes del golpe batistiano, grupos espontáneos discutían la situación del país, frustrados por el régimen existente, incapaz de remediar un estado de cosas del que era reflejo. Expresaban la necesidad de un gran cambio, aunque generalmente sin concebirlo más allá de las limitaciones de la cultura política de ese entonces, viciada por el macartismo. Aun así, también había quienes promovían un análisis más penetrante, incorporando visiones de izquierda no compartidas por el común de la gente y perseguidas por las autoridades. En tales circunstancias, elaborar un proyecto de mayor trascendencia y llevarlo a ámbitos sociales más amplios no era sencillo. Fidel Castro, atractivo animador de ese género de debates, 20 años después lo resumió recordando que:

> Algunos de nosotros aun antes del 10 de marzo de 1952, habíamos llegado a la íntima convicción de que la solución de los problemas de Cuba tenía que ser revolucionaria, que el poder había que tomarlo en un momento dado con las masas y con las armas, y que el objetivo tenía que ser el socialismo.
>
> ¿Pero cómo llevar en esa dirección a las masas, que en gran parte no estaban conscientes de la explotación de que eran víctimas y creían ver solo en la inmoralidad administrativa la causa fundamental de los males sociales, y que sometida a un barraje incesante de anticomunismo, recelaba, tenía prejuicios y no rebasaba el estrecho horizonte de las ideas democrático-burguesas? [19]

Tiempo después, Fidel volvió a tocar el tema en la larga entrevista que en 2006 concedió a Ignacio Ramonet, relatándole que en la Cuba de esa época aún

---

18 Para aparentar una legitimación de su gobierno *de facto* ante el público norteamericano, en 1954 Batista simuló unos comicios en los que sus paniaguados políticos lo "eligieron".

19 Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas,* t. 2, p. 43.

> No había una conciencia de clase; había, sin embargo, lo que a veces yo calificaba como un instinto de clase […] La incultura política era enorme. […] Había mucha gente que estaba contra el robo, la malversación, el abuso, la injusticia, pero creía que [eso] se debía a los malos políticos. No podían identificar el sistema que ocasionaba todo eso. […] Ya se sabe que las influencias del capitalismo, invisibles para el común de las gentes, actúan sobre el individuo sin que este se percate.[20]

No obstante, como él mismo lo reiteró en otra oportunidad, ya en ese entonces su grupo de compañeros de mayor confianza discutía no solo la compleja situación del país, sino las posibles opciones para darle solución. Más pronto que tarde, la áspera evolución de los acontecimientos llevaría a encontrar respuestas.

Tras el cuartelazo de Batista, la cantidad e inquietud de esos grupos creció rápidamente, pues el golpe, como diría Fidel, "elevó a su grado más alto la frustración y el descontento popular", exacerbado por "la cobarde vacilación de los partidos burgueses y sus líderes", creándose así "la coyuntura política para llevar adelante esas ideas", en las que más tarde se fundamentaría la estrategia política de lucha armada emprendida después del intento del 26 de Julio.[21]

Aun así, para convocar a mayor cantidad de compatriotas dispuestos a combatir al régimen, no cabía sobrepasar el estrecho marco de la cultura política de quienes estuvieran dispuestos a participar en ese desafío. Así, como relata Fidel, enseguida de entronizarse la dictadura

> […] comenzamos a reclutar y entrenar hombres para participar […] junto con los demás [grupos] en una lucha por restablecer el status constitucional de 1952 […] Nos organizamos como fuerza combativa, repito, no para hacer una revolución, sino para unirnos a todas las demás fuerzas antibatistianas […] para derrocar a aquel gobierno ilegal y despótico.22

Si bien Fidel y sus amigos no disponían de suficientes recursos materiales, él tenía arraigo en la juventud del Partido Ortodoxo, donde había militado. Su grupo contaba con jóvenes muy antibatistianos y, como él lo relata, "no había en el país ninguna otra organización comparable. El nivel ético y patriótico de esa juventud era alto". El partido de Chibás estaba cayendo en manos de una claque de ricos y terratenientes, "pero la masa de ese partido era buena, de pueblo trabajador y sano, incluidas capas medias".[23]

---

20. Ignacio Ramonet: *op. cit*., p. 147.

21. Ibíd., p. 44.

22. Ibíd., pp. 147-48.

23. Ignacio Ramonet: *op. cit.,* pp. 148-49.

Los integrantes de la fuerza que atacó el cuartel Moncada –así como la que más tarde desembarcó en el Granma– fueron escogidos en razón de su calidad ética y patriótica. Y aunque a ellos no se los convocó a hacer la revolución sino a sumarse a los demás grupos antibatistianos, se los entrenó para realizar por su cuenta una importante acción militar. Nada menos que la de asaltar la segunda mayor guarnición militar del país, cosa que por razones de seguridad no se le dijo a ningún otro grupo. Esto es, para llevar a cabo una acción audaz y compleja, ideada conforme a una concepción propia, que los integrantes de esta fuerza debían compartir. Eso requirió, añade Fidel, un trabajo de proselitismo y prédica para "explicarles lo que se debía y podía explicarles", puesto que "sin aquella concepción no se podía concebir el plan del Moncada".[24]

La idea de asaltar un cuartel para tomarle las armas, insurreccionar a la población y armar una fuerza guerrillera tenía un significativo antecedente. En vísperas de la Revolución de 1933, Antonio Guiteras tomó con un grupo de compañeros el cuartel de la población de San Luis y formó una columna que combatió en la zona de Victoria de Las Tunas.

El proyecto de Fidel conjugó dos aspectos. Uno –explicado a todos los miembros del grupo– fue la decisión de tomar las armas, realizar una gran acción militar y levantar a la población. Otro, el proyecto subyacente –discutido por Fidel solo con sus compañeros más íntimos– apuntaba más allá de derrocar la dictadura, a iniciar una revolución destinada a llevar al pueblo al poder y cambiar de raíz el régimen social del país. Ambos alcances se coincidieron como uno solo. La segunda etapa, a emprenderse paso a paso a partir de la fuerza inicial –el grupo que tomaría el cuartel y los ciudadanos que se le sumaran–, se volvería más factible a través del desarrollo ideológico que sus integrantes adquirirían a lo largo de las experiencias –no solo militares sino sociopolíticas– de la propia lucha.

El concepto de que la formación de la conciencia revolucionaria avanza a través de la participación en los avatares de la lucha fue una aportación inusual, ideada por Fidel Castro, que en los siguientes años iba a transformar a su pueblo y a extender sus efectos sobre otros horizontes, no solo en nuestra América. Páginas adelante nos detendremos a examinar esta concepción, mucho más dialéctica que la predeterminada –entonces y todavía– por el marxismo vulgar.

24. Ibíd., p. 146.

Había suficiente indignación

Es claro que el Moncada y el Granma no fueron proyectos diferentes, concebidos uno en remplazo del otro, pues la idea de emprender la guerra de guerrillas ya estaba prevista en el plan de atacar el cuartel. El asalto al Moncada era el medio para dotar de armamento a la insurrección y la guerrilla que acto seguido tocaba iniciar. Sin embargo, fracasado ese intento ya no cabía repetirlo contra esa u otra guarnición, pero siguió en pie la segunda parte del plan, la de alzarse las montañas –aunque fuese más tarde y con menor armamento–, luego de organizar el apoyo social a este proyecto, como se hizo.

En palabras de quien participó en la realización de ambas opciones, más allá del intento de tomar el Moncada había un propósito estratégico de mayor plazo y alcances, que muchos relatos omiten. Raúl Castro lo sintetizó con precisión en el párrafo donde explica que:

> Aquel no era el asalto a una fortaleza para alcanzar el poder con la acción de un centenar de hombres. Era el primer paso de un grupo decidido para armar al pueblo de Cuba e iniciar la Revolución. No era un putsh que tuviera el propósito de buscar un triunfo fácil sin masas. Era una acción de sorpresa para desarmar al enemigo y armar al pueblo a fin de emprender con este la acción armada. […] el inicio de una acción para transformar todo el régimen político y económico-social de Cuba y acabar con la opresión extranjera, con la miseria, con el desempleo, con la insalubridad y la incultura que pesaban sobre la patria y el pueblo.[25]

Por consiguiente, agrega Raúl:

> No se trataba de organizar una acción a espaldas de las masas, sino de conseguir los medios para armar a las masas y movilizarlas a la lucha armada. Que no se trataba de apoderarse de la sede de gobierno y asaltar el poder, sino de iniciar la acción revolucionaria para llevar el pueblo al poder.[26]

Como después lo reiteró el propio Fidel, la finalidad de esa acción iba más allá de asaltar esa guarnición, tomarle armas a la tiranía, fortalecer ese contingente y apostar a mayores objetivos. Al hacerlo se buscaba, sobre todo, despertar y motivar las fuerzas populares del país. La acción del Moncada se dirigía a proyectar los efectos psicológicos y político-culturales de ese aldabonazo sobre un campo social más amplio y de mayor plazo. Por consiguiente, al atacar ese cuartel

25. Raúl Castro: Discurso en Santiago de Cuba por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En *Vencimos porque luchamos*, Editora Política, La Habana, 2013, pp. 4-5.

26. Ibíd.

> No pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar, no para derrotar a aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquél régimen.[27]

Por eso, añade asimismo Fidel, el fracaso de ese intento no llevó a concluir que apelar a las armas era un método incorrecto, como enseguida otros se afanaron en argüir. “Al contrario. Cuando atacamos el Moncada, ya teníamos la idea de marcharnos hacia las montañas con todas las armas ocupadas en el cuartel, si no colapsaba el régimen”.[28]

Una concepción que, cuarenta años después, él sintetizó al precisar que “para nosotros, la guerrilla era la detonadora de un proceso cuyo objetivo era la toma revolucionaria del poder. Con un punto culminante: la huelga general revolucionaria y el levantamiento de todo el pueblo”. En esa perspectiva, escoger como blanco primario al cuartel Moncada no fue solo una opción táctica –tomar por sorpresa cierta madrugada del carnaval, una instalación militar más accesible que las situadas en La Habana–[29], sino una decisión estratégica: ese cuartel estaba en Santiago de Cuba, ciudad tradicionalmente revolucionaria, donde era más que probable recibir inmediato apoyo y refuerzos para pasar al siguiente escalón. Pese al fracaso del intento y a que allí aún no se tenía contacto con organizaciones locales, esa ciudad sin titubear dio ayuda y refugio a los moncadistas que se replegaban.

Haber buscado de antemano esos contactos era prácticamente imposible. La red batistiana de espionaje y represión era demasiado eficaz. Además de que el asalto debía prepararse en estricto secreto, antes del Moncada los grupos antibatistianos confiables no se conocían entre sí y solo a partir de ese acontecimiento fueron identificándose unos a otros, por el coraje de sus acciones. Por ello solo después, en la siguiente etapa –la del yate Granma y la Sierra Maestra– el proyecto fidelista pudo fortalecerse con el decisivo respaldo de la organización

27. Fidel Castro: Discurso en La Habana por el XIII Aniversario del 26 de julio, en 1966. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 248.

28. Ignacio Ramonet: *op. cit*., p. 191.

29. En La Habana estaban la Ciudad Militar de Columbia, la mayor instalación militar del país, ubicada afuera de la ciudad capital y mejor protegida, así como la Fortaleza de La Cabaña, situada al otro lado de la bahía habanera y muy amurallada. En ninguno de ambos casos era factible penetrar por sorpresa. Ambas plazas militares serían tomadas por el Ejército Rebelde el 3 de enero de 1959, al caer la dictadura. La primera por la columna encabezada por Camilo Cienfuegos y la segunda por la que comandaba Ernesto Che Guevara.

liderada por Frank País, en Santiago y otros puntos de la región oriental, de la cual antes poco o nada se conocía.

Ahora bien, la capacidad para concebir e implementar una forma de lucha como esa, que en breve tiempo demostró que no solo era acertada, sino que enseguida desencadenó simpatías populares, no surgió –ni hubiera podido surgir– en un vacío intelectual y moral. Aparte del talento de Fidel y sus compañeros, ¿con qué instrumentos conceptuales se contó para hacer ese análisis de las realidades y posibilidades cubanas de ese momento? ¿De qué fuentes provino la inspiración teórica de la estrategia que ellos supieron concebir y articular? El propio Fidel lo contesta al recordar que

> Mi primer pensamiento político fue el de Martí; pero ya cuando el ataque al Moncada, en 1953, había leído los suficiente sobre el socialismo, tenía un pensamiento martiano desarrollado y además ideas socialistas radicales, un pensamiento que he sostenido después firmemente a lo largo de toda mi vida. Por eso, cuando usted dice que la Revolución comienza el 26 de julio de 1953, nosotros decimos que comienza el 10 de octubre de 1868 y se prolonga a lo largo de la historia.[30]

Porque, en realidad, como luego añadió, "si no hubiéramos conocido por los libros la teoría política de Marx y si no hubiéramos estado inspirados por Martí, Marx y Lenin, no hubiéramos podido ni siquiera concebir la idea de una revolución en Cuba. […] Tales ideas fueron la materia prima esencial de la Revolución".[31]

Con base en los principios y los instrumentos conceptuales aportados por esas dos corrientes y, además,

> […] partiendo de una valoración correcta de nuestro pueblo, de su idiosincrasia, de su historia, de las realidades objetivas que sufría […] llegamos a la conclusión de que la revolución era posible en nuestro país, y por eso, nuestro país, que fue el último […] en independizarse de España, fue el primero en independizarse del imperialismo yanqui en este hemisferio […] y el primero en llevar a cabo una revolución socialista.[32]

El análisis que condujo a Fidel y sus colaboradores inmediatos a esa conclusión y –en consecuencia– a pensar que era factible aglutinar un grupo capaz de emprenderla, no se razonó en una situación moral ni políticamente paralizada. El golpe batistiano del 10 de marzo precipitó los acontecimientos y convirtió esa idea en una necesidad, puesto que "elevó a su grado más alto la frustración y el descontento popular", agravados por "la cobarde vacilación de los partidos

30. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, pp. 54-55.

31. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 153.

32. Fidel Castro: Discurso por el XXXV Aniversario del 26 de Julio, en Santiago de Cuba, 1988. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 63.

burgueses y sus líderes [y eso] creó la coyuntura política para llevar adelante estas ideas".[33]

Los políticos tradicionales pretendidamente democráticos –quienes sí tenían cómo financiar proyectos para combatir la dictadura– decían estar en preparativos pero continuaban en el rejuego politiquero y eludían dar cualquier paso real, en espera de pactar con el gobierno de Washington y con el círculo de Batista una transición a su gusto. Mientras, la represión arreciaba en toda Cuba, así que, como lo expresó Raúl Castro,

> Frente a tal situación no servía una dirigencia que predicaba el quietismo […] que con su influencia y sus prédicas constituían un verdadero obstáculo para movilizar las masas populares a la acción revolucionaria contra la tiranía, y entorpecían la unidad de acción de las fuerzas revolucionarias porque sus más altos dirigentes practicaban y predicaban el anticomunismo […] Por tales motivos, la tarea que teníamos por delante era mucho mayor: luchar contra Batista y contra lo que muchos de los líderes oposicionistas representaban.[34]

Por el otro lado, el Partido Socialista Popular, que contaba con cuadros abnegados y determinada formación ideológica, mantenía una interpretación de la situación mundial y la realidad cubana que desaprobaba la alternativa de tomar las armas. Entre otras razones, argumentando que la mayoría popular del país aún no había alcanzado la conciencia revolucionaria requerida para apoyar una iniciativa de ese género.

No es justo culpar de esa actitud política a cada uno los dirigentes del antiguo partido comunista cubano. Su organización era parte de una estructura mundial, la Internacional Comunista, cuyos miembros compartían concepciones y prácticas comunes. Originalmente creada con el fin de coordinar esfuerzos para impulsar la revolución mundial, desde su VI Congreso, celebrado en Moscú en 1928, la Internacional quedó sujeta al dominio del Partido Comunista soviético, enseguida de que este, a su vez, había quedado bajo el control de José Stalin. Su prioridad pasó a ser la de defender al acosado y aún débil Estado soviético y sus políticas, no la de impulsar la revolución en las demás naciones, al menos hasta posteriores tiempos.[35]

---

33. Fidel Castro: Discurso por XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 44.

34. Raúl Castro: Discurso por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En *Vencimos porque luchamos*, p. 7.

35. Y con ello, justificar la consigna de la posibilidad del socialismo en un solo país, en detrimento de la tesis de la necesidad de la revolución mundial, sostenida por León Trotsky, entonces el principal adversario de Stalin dentro del PC soviético y del movimiento comunista internacional, quien asumió la alternativa de defender la revolución realizada en un solo país.

No pocos dirigentes latinoamericanos y de otras partes del mundo sufrieron duras críticas y sanciones por persistir en sus objetivos revolucionarios y socialistas a despecho de esos acuerdos de la Internacional, entre ellos el peruano José Carlos Mariátegui y los cubanos Julio Antonio Mella y Antonio *Tony* Guiteras, similarmente interesados en desarrollar un socialismo propio, a partir de las realidades y expectativas latinoamericanas, no de conformidad con postulados dogmáticos de ultramar.

Fidel, ajeno tanto a esa como a las demás internacionales, no negaba que en Cuba aún faltaban condiciones subjetivas para iniciar la revolución, pero concebía ese reto de modo dialéctico. En el ambiente groseramente anticomunista que prevalecía, la mayoría popular aún estaba lejos de alcanzar la conciencia social necesaria para sumarse a un intento socialista. Pero sí padecía suficiente dolor e indignación para estar dispuesta a combatir la injusticia, la pobreza y la humillación impuestas por el orden socioeconómico y político vigentes. Aunque no para fines socialistas, sí por motivaciones sociales, morales y patrióticas. Lo demás sería hacer camino al luchar.

Por consiguiente, el proyecto revolucionario no tenía por qué esperar por un elusivo desarrollo previo ni por la generalización de dicha conciencia teórica –argumento que en la práctica implicaba posponerlo indefinidamente–, sino que, al contrario, el propio proceso de lucha debía ser el acelerador de esa concientización. Por lo tanto,

> A nuestro juicio, las masas descontentas de las arbitrariedades, abusos y corrupciones de los gobernantes, amargadas por la pobreza, el desempleo y el desamparo, aunque no viesen todavía el camino de las soluciones definitivas y verdaderas, serían, a pesar de todo, la fuerza motriz de la revolución.
>
> La lucha revolucionaria misma, con objetivos determinados y concretos, que implicara sus intereses más vitales y las enfrentara en el terreno de los hechos a sus explotadores, las educaría políticamente. Solo la lucha de clases desatada por la propia revolución en marcha, barrería como castillo de naipes los vulgares prejuicios y la ignorancia atroz en que la mantenían sometida sus opresores.[36]

Diez años más tarde Fidel –como continuador conceptual de José Martí– resumió esa visión estratégica con singular precisión, en un breve párrafo donde, además, la complementó con otra idea no menos relevante: la del entrelazamiento que, al fusionar dos luchas emancipadoras –las de liberación nacional y de revolución social–, genera las sinergias de un salto cualitativo:

> Lo que dio más riqueza y contenido a […] nuestras luchas libertadoras, es que […] la liberación nacional se unió con la revolución social. Ya desde el Moncada,

36. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, pp. 43-44.

> nosotros no concebíamos otra forma de verdadera revolución que no fuera la socialista. El odio a la tiranía sangrienta y proimperialista, se convirtió en el aglutinante que arrastró a todo el pueblo al combate.[37]

No obstante, la puesta en práctica de esa acertada previsión requería una preparación compleja, que debía realizarse bajo las peligrosas condiciones de vigilancia y represión de la tiranía, en un país donde la corrupción del ambiente político estaba profusamente ramificada. Con escasos recursos, era preciso seleccionar, entrenar y equipar el necesario número de hombres y trasladarlos con sus vituallas hasta el otro extremo del país, sin dejarse notar, sufrir indiscreciones ni ser detectados por los soplones del régimen. En tales circunstancias, como lo resume Fidel,

> Cuando nuestro movimiento, nacido después del golpe de Estado, se organizó y lanzó el ataque contra el cuartel Moncada, en un intento por derrocar aquél régimen espurio y odiado por la inmensa mayoría del pueblo, lo hizo de forma absolutamente secreta, como solo podía llevarse a cabo tal acción.[38]

Para resguardar ese secreto, los combatientes estaban al tanto de que iban a protagonizar una importante acción militar, pero desconocían de qué tipo ni en qué lugar. Y eso excluía la posibilidad de buscar la cooperación de alguna organización local, pues se desconocía quiénes pudieran ser sus dirigentes más confiables, que igualmente actuaban en la clandestinidad.

A inicios de 1953, el grupo de Fidel llegó a sumar unos 1 200 miembros, en su mayoría obreros, empleados y profesionales modestos y algunos estudiantes que participaron en austeras prácticas de tiro –mayormente de tiro “seco”, sin bala– en los alrededores de la capital y en predios de la Universidad de La Habana. Su selección se centró en la calidad cívica y patriótica de los reclutados y y en la seguridad de que no estuvieran manchados de corrupción política. Su mayor cantera fue la juventud del Partido Ortodoxo, del fallecido Chibás. La estrechez económica del esfuerzo y la imposibilidad de confiar en los políticos profesionales implicó que el grupo –salvo escasas excepciones– solo pudiera conseguir armas de poco calibre y alcance, como rifles de caza y escopetas, que apenas alcanzaron para armar a 135 compañeros.

37. Fidel Castro: Discurso por el XXX Aniversario del 26 de Julio de 1983, en Santiago de Cuba. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 269.

38. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 247.

Una vanguardia imprevista

Escoger como blanco al cuartel Moncada respondió a la lógica general del proyecto. Esa fortaleza tenía una dotación de unos mil soldados, emplazados en la segunda ciudad del país, cercana a la Sierra Maestra y capital de la provincia de Oriente, región de conocidas tradiciones revolucionarias. Tomar el cuartel mediante un asalto sorpresivo permitiría capturar una importante dotación de armas, para equipar al grupo con medios de mayor poder y armar a numerosos voluntarios que la cuidad seguramente aportaría. La caída de una plaza militar y una ciudad tan importante tendría un impacto psicológico y político que podía generar en las cúpulas del poder reacciones capaces hasta de propiciar la caída de Batista.

Situada lejos de La Habana, eso demoraría la llegada de refuerzos. Para ampliar ese lapso a fin de organizar el alzamiento de Santiago de Cuba o, en caso de que la dictadura resistiera, para asegurar el repliegue de los insurrectos hacia a la Sierra, Fidel dispuso tomar paralelamente el cuartel de Bayamo, a fin de cerrar allí la carretera central y retrasar algo más el contraataque batistiano. Por otra parte, hacerlo durante las fiestas del carnaval justificaría el arribo de más de un centenar de jóvenes de otras zonas del país.[39] Los viajeros, con sus automóviles y armas, se concentraron en una pequeña finca cerca de Santiago –la granjita de Siboney–, adquirida poco antes con el pretexto de invertir en una cría de pollos.

Para asegurar la sorpresa del asalto, se decidió uniformar al contingente como sargentos del ejército, valiéndose del precedente de la revuelta de los sargentos, de la cual Batista se aprovechó en 1933. Esto buscó confundir la tropa del cuartel, simulando otra asonada similar, esta vez contra la dictadura. Fue preciso dotarse de uniformes, muchos de los cuales fueron confeccionados en La Habana por las compañeras integrantes del grupo.

La operación más compleja y riesgosa, la de constituir el grupo de combatientes y trasladarlo con sus armas a Santiago de Cuba, se realizó impecablemente. Pero el asalto, en la madrugada del domingo 26 de julio de 1953, sufrió percances fortuitos. El vehículo que encabezaba el segundo grupo de automóviles se extravió y retrasó al resto de la columna. La vanguardia, encabezada

39. En Cuba ya era costumbre celebrar el carnaval de La Habana en sus fechas de febrero, pero diferirlo en las demás ciudades de la Isla para que los artistas que lo amenizaban pudieran trabajar a lo largo del año y que esas otras ciudades también pudieran gozar sus presentaciones.

por Fidel, tomó rápidamente la garita de acceso al cuartel pero, a su vez, topó fuera del muro con una patrulla militar no prevista –constituida para esos días de fiesta– anticipándose el primer cruce de disparos, que alertaron a la guarnición antes de que los atacantes penetraran al recinto. Perdido el factor sorpresa, dada la enorme superioridad de número y poder de fuego de los soldados, Fidel ordenó la retirada.

Como se sabe, el ejército tomó numerosos prisioneros y logró bloquear la ruta hacia a la Sierra Maestra antes de que los asaltantes pudieran reagruparse. Sobresaltado, Batista no solo declaró el estado de sitio, sino que ordenó matar a diez atacantes por cada soldado caído, lo que exacerbó una masacre en la que el ejército apeló incluso a asesinar a algunos jóvenes santiagueros ajenos al asalto. Aun así, varios miembros del grupo escaparon con ayuda de la población y los prisioneros capturados en los siguientes días –cuando la ciudad y la prensa ya estaban alertados–, pudieron sobrevivir en la cárcel y ser presentados ante los jueces. Entre ellos Fidel, porque la patrulla que lo capturó estaba al mando de un oficial de carrera que, por decoro profesional, se opuso a dejarlo matar.

Con todo, las noticias de Santiago estremecieron a Cuba. Aunque quienes condenaban ese método de lucha coparon los medios periodísticos, el grueso del pueblo percibió que, pese a la corrupción del sistema institucional y la represión, en el país sí había gente dispuesta a enfrentar al régimen, incluso jugándose la vida. Un poderoso mensaje donde los políticos conocidos practicaban y justificaban el inmovilismo, reveló la existencia de un liderazgo que se atrevía a actuar. Cundió una generalizada solidaridad con “los moncadistas”, aun sin conocer sus demás motivaciones. El juicio, realizado en Santiago, posibilitó percibir su firmeza, conocer sus denuncias y, sobre todo, saber sus razones y proyecto. En Cuba surgió un liderazgo y el discurso con el que Fidel Castro argumentó su defensa –conocido como *La historia me absolverá*–, pronto constituyó un proyecto de gran convocatoria social, que luego pasó a ser el Programa del Moncada.

José Martí, el poeta nacional que llamó a “la guerra necesaria” –tanto guerra de independencia como revolución social– y que por ella 55 años antes había caído en combate, quedó identificado como el autor intelectual del asalto al Moncada. No necesariamente todo cubano estuvo de inmediato dispuesto a tomar las armas, pero la vía armada quedó admitida como legítima forma de lucha –la barbarie de la dictadura lo justificaba–, junto a los demás modos de rechazar al régimen. Ser la expresión más combativa de ese programa le dio a la lucha armada un sentido arraigado en las reivindicaciones populares y en la proyección de sus expectativas hacia un futuro que excluía volver al pasado.

Entre los primeros en interesarse por las palabras de Fidel ante el tribunal estuvieron los jóvenes vinculados a la Alianza Nacional Revolucionaria (ANR), la organización de Frank País. *La historia me absolverá* marcó una diferencia

cualitativa: a partir de allí se saltó de la reacción espontánea de contragolpear a la dictadura a la de sumarse a un atrayente proyecto de transformación del país.

No obstante, la imprecisa información que los latinoamericanos conocimos no ofreció esa percepción de lo ocurrido, ni siquiera entre las izquierdas. Esa insólita noticia pasó sin aclarar el contexto político en que irrumpió, ni mucho menos reveló el trasfondo histórico de su significado para los cubanos. En el secreto con que el asalto se preparó, ni las organizaciones políticas de nuestros países, ni las organizaciones internacionales estuvieran al tanto, ni nada hubieran podido prever. Fuera de Cuba, lo del Moncada fue un destello sin ubicación en el rompecabezas regional y, salvo escasas excepciones, dejó de tomarse en cuenta hasta que sus protagonistas resurgieron en la Sierra Maestra, suscitando al inicio más incógnitas que respuestas.

En el extranjero –y hasta en Cuba–, entre las interpretaciones vulgares estuvo la que calificó al Moncada de acción aventurera. Incluso circuló la especie de que lo sucedido había sido parte de una supuesta intentona golpista de algunos políticos tradicionales y hasta que el asalto al cuartel se fraguó en complicidad con Batista, para justificar mayor represión. Páginas atrás ya vimos cómo Raúl Castro refutó tales especulaciones. Por otra parte, como años después Fidel lo comentó,

> Algunos fuera del país enarbolaron desde la izquierda la teoría del putsch. No se les puede culpar, porque nadie podía conocer el pensamiento íntimo de los que realizamos aquella acción ni estaba en condiciones de saber que una nueva táctica surgía entre las mil y una formas de luchar por cambiar una sociedad.[40]

De parecida manera, en el movimiento comunista internacional y en el entonces llamado “campo socialista”, la dificultad para interpretar ese inesperado acontecimiento no fue menor. Este no encajaba entre las fórmulas por entonces reconocidas pues, como luego Fidel lo diría, en la época en que se concibió el plan de asaltar el Moncada, así como las acciones que después seguirían, nosotros

> Con [los países socialistas] no teníamos siquiera el menor contacto o relación que solo surgió después de nuestra victoria […] La coincidencia histórica del surgimiento de la Revolución Cubana, con la existencia de la URSS y del campo socialista, fue un hecho casual aunque extraordinariamente útil cuando nuestro pequeño país fue despiadadamente bloqueado en el campo económico, hostigado y amenazado miliarmente por Estados Unidos.[41]

En realidad, para el común de los dirigentes progresistas y revolucionarios latinoamericanos, la interpretación de los sucesos del Moncada, del Granma y la

40. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 247.

41. Fidel Castro: Discurso por el XLII del 26 de Julio de 1995, en Guantánamo. En *Victoria de las ideas*, t. 3, pp. 215-16.

Sierra Maestra hizo el recorrido inverso. Tras la victoria del Ejército Rebelde, las sucesivas actuaciones del gobierno revolucionario fueron revelando por sus hechos la naturaleza de la guerrilla cubana. Esto, a su vez, explicaría los anteriores motivos del asalto al Moncada, vulgarmente entendidos como un intento aislado, fallido y descartado. Esta clarificación vendría unida a las emblemáticas estampa y voz de Fidel Castro. Constatado que el nuevo gobierno era revolucionario, entonces se pasó a dar por sentado que el Moncada y la Sierra también lo habían sido.[42]

Pero como eso no estaba previsto en las *escrituras* del marxismo soviético, por algún tiempo varios presuntos leninistas demoraron en reconocer que los muchachos del 26 no eran un brote de aventureros pequeño-burgueses, sino verdaderos revolucionarios. Y, en consecuencia, los hechos impusieron reconocerlos como una vanguardia exploradora de alternativas antes impensadas, con audacia para emprender soluciones imprevistas. Lo que al cabo ayudó a superar no solo varios acartonamientos conceptuales, sino también ciertos prejuicios y vanidades. Aun así, alguna que otra vaca sagrada tuvo dificultades para aceptar el arribo de nuevas opciones, líderes y estilos.

42. *Cfr.* Héctor Béjar y Nils Castro: “El Moncada en América Latina, 20 años después”, *Santiago*, número 11, junio de 1973, pp. 179-195.

La “prisión fecunda” y el exilio

Ha sido frecuente pasar por alto las lecciones derivadas de la experiencia de los moncadistas encarcelados en el penal de Isla de Pinos, la difusión de *La historia me absolverá* y el movimiento popular por la amnistía. Tras las rejas, Fidel Castro dedicó su liderazgo a expandir el impacto del Moncada en la cultura política cubana y a prever la siguiente etapa.

Al concluir el combate en el Moncada, más de sesenta de los prisioneros capturados en los siguientes dos días fueron brutalmente torturados y asesinados. Otros combatientes pudieron escapar y poco más de treinta apresados en los siguientes días lograron ir a juicio, denunciaron los crímenes cometidos y fueron sentenciados a distintas penas de cárcel. Los condenados a más años de presidio fueron remitidos a purgarlos lejos de cualquier ciudad, a la Cárcel Modelo de Isla de Pinos –allá donde en su tiempo el joven José Martí resistió esa prueba sin doblegar sus ideales–.

Para separarlos de los demás reclusos, los asignaron a otro pabellón. No faltó más: desde el primer día Fidel reemprendió su vocación de formar cuadros y organizar gente para buscar la transformación del país. Fundó la biblioteca Raúl Gómez García –en homenaje al poeta autor del “Manifiesto del Moncada”, muerto en el ataque al cuartel– y la academia ideológica Abel Santamaría, en honor al segundo al mando del Movimiento, torturado hasta la muerte después del combate. Escribió centenares de cartas a familiares de los caídos, personalidades, periodistas, dirigentes cívicos y juveniles, así como varios artículos. Y reescribió de memoria *La historia me absolverá*, cuyo original había “desaparecido” de su celda durante la celebración del juicio en Santiago de Cuba.

Dado que con el fracaso del Moncada tantos compañeros habían sido asesinados o encarcelados, o seguían prófugos, su organización estaba desarticulada. Los principales fines de la copiosa correspondencia de Fidel fueron evitar su desmoralización y rechazar los patrañas predicadas contra el grupo tras los hechos de Santiago y Bayamo. Además, restablecer comunicación con los miembros del movimiento que no habían participado en esas operaciones o habían escapado luego del revés, buscar reagruparlos, no dejarse involucrar por los elementos politiqueros o seudorrevolucionarios y salvaguardar su calidad moral y patriótica.

En el pabellón del penal, la primera actividad fue organizar un debate sobre las causas del fracaso del asalto al cuartel. Luego, la academia –donde los moncadistas presos eran a la vez maestros y estudiantes– organizó cursos para

capacitar a los compañeros de menor escolaridad y, asimismo, lecciones de historia, filosofía, economía y política para todo el grupo, mañana y tarde, desde los lunes hasta los sábados al mediodía. Eso tenía el respaldo de la biblioteca, nutrida de libros que los amigos del movimiento les enviaban desde toda la Isla. Entre otros, el primer tomo de *El capital*, que Fidel usó para impartir las clases de economía, luego de que los custodios dejaron ingresar ese libro aceptando que enseñaba cómo hacer negocios.[43]

Esa segunda versión de *La historia me absolverá* se escribió usando zumo de limón como tinta invisible, en pequeños trozos de papel que salían de la cárcel clandestinamente, que afuera Melba Hernández y Haydée Santamaría recalentaban para revelar la escritura, reordenaban y pasaron en limpio para editar el folleto. Ambas compañeras habían cumplido condenas más breves en la cárcel de mujeres de Guanajay y, de vuelta a La Habana desde octubre de 1954, se dedicaron a rehacer contactos con los compañeros que seguían libres o prófugos, a formar un grupo de trabajo y a difundir el discurso de Fidel ante el tribunal, que desde entonces constituyó la proclama y el programa del movimiento como organización política nacional.

Una de las principales iniciativas públicas de Haydée y Melba con el grupo en reconstrucción fue animar la campaña nacional por la amnistía a los moncadistas. Aunque el movimiento permanecía en la clandestinidad, esa iniciativa significó materializar el impacto social del Moncada traduciéndolo en una movilización pluralista de amplia convocatoria, con la participación de otras fuerzas –organizadas o no– de solidaridad con los presos políticos y con la propuesta cívica plasmada en *La historia me absolverá*.

La campaña aprovechó la coyuntura de que, bajo presión estadounidense, ese año Batista aceptó buscar la legitimación de su régimen mediante el remedo de unas elecciones. Intentando hacerlas creíbles, concedió cierta apertura a los medios de prensa y anunció una amnistía, aunque advirtió que esta no incluiría a los presos del Moncada. A contrapelo de esa traba, se organizó una movilización de las madres de los prisioneros y, poco después, un Frente Cívico de Mujeres Martianas, que recibiría el apoyo de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), de los estudiantes de la enseñanza media, del Partido Socialista Popular y otras agrupaciones.

---

43 *Cfr.* Mario Mencia: *La prisión fecunda*, Editorial Política, La Habana, 1980. Además, Juan Nuiry: "Sin los moncadistas no hay amnistía", en periódico *Granma,* del 14 de mayo de 2008; "Carta de Fidel desde el presidio: un entusiasmo y un fervor que no decae nunca", del 2 de enero de 2015; "A 60 años del fin de la prisión, el ejemplo de los moncadistas", en *Razones de Cuba*, *Cubadebate* del 12 de mayo de 2015 y Ramiro Valdés; "Hoy somos una fortaleza", en *Granma* del 16 de mayo de 2015.

Batista no cedió a sus demandas. Como candidato único se reeligió en noviembre y como presidente electo inmediatamente recibió en La Habana la visita del presidente Richard Nixon, en febrero de 1955 y, poco después, al tomar posesión, restituyó la vigencia de la Constitución de 1940. Aunque esto era apenas un gesto decorativo, abrió una oportunidad legal para el Comité Pro Amnistía, que organizó una copiosa recolección de firmas reclamando amnistiar a los moncadistas. El régimen mantuvo su negativa y las protestas arreciaron en toda la Isla. Presionado, el dictador ofreció un indulto condicionado a que los liberados acatasen al gobierno. Fidel lo rechazó en una carta a la revista *Bohemia*, declarando que "no queremos amnistía al precio de la deshonra [...] mil años de cárcel, antes que la humillación [...] lo proclamamos serenamente sin temor ni odio".[44]

Ello evidencia el desarrollo que en ese corto lapso alcanzó el impacto sociocultural del Moncada, saltando del fracaso militar al éxito sociopolítico. Desde el aislamiento del penal en Isla de Pinos, Fidel se había tomado la iniciativa política nacional. Ante un país expectante, la brutalidad gubernamental no lograba paralizar a toda la población; el tirano al cabo debió replegarse y, en mayo de 1955, los moncadistas salieron de prisión.

A esto siguieron 53 días de intensa actividad, en los que Fidel, a escondidas, se entrevistó con numerosas personas y con los principales dirigentes del movimiento, cita a la cual se invitó a una militante de la organización que Frank País lideraba en Santiago de Cuba. Esta fue María Antonia Figueroa, detectada por los moncadistas debido al activismo solidario que sostuvo entre los periodistas durante el juicio en el tribunal de Santiago de Cuba. El 12 junio, en la clandestinidad, se fundó la nueva organización, decidiéndose llamarla Movimiento Revolucionario 26 de Julio (MR 26-7), coloquialmente "el 26". Se constituyó su Dirección Nacional y se establecieron los términos para impulsar su estructuración en todas las provincias del país. Se acordó crear dos frentes, uno interior, a cargo de coordinar el proceso organizativo; y otro exterior, dirigido personalmente por Fidel, que se encargaría de preparar desde el extranjero la reanudación de la lucha armada.

Respecto a las tareas del frente interno, Fidel insistió en velar por la consistencia moral y patriótica de los antiguos y nuevos miembros del Movimiento, y de no permitir penetraciones de la política corrupta ni de los grupos seudorrevolucionarios. Como lo recordaría María Antonia, a quien allí Fidel designó tesorera del MR 26-7 en Oriente, él dispuso que las recaudaciones debían ceñirse estrictamente al principio de preferir "un centavo del más humilde de los cubanos y rechazar miles de pesos de hombres de negocios, de burgueses, de políticos venales", porque aquel que da a la causa de la revolución un centavo producto de

44. *Vid.* "Cartas de Fidel desde el presidio: No queremos amnistía al precio de la deshonra", en lahistoriabiencontada.wordpress.com/2015/03/07, consultado el 7 de marzo de 2015.

su esfuerzo, de su trabajo honrado, ese sí “defendería las armas adquiridas aún a costa de su propia vida”.[45]

La organización fidelista ya venía incorporando a los mejores miembros de otros grupos menores, entre ellos, del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) –del que provenía Armando Hart–, al Movimiento de Liberación Radical (MLR) y del grupo de los Humanistas, así como a numerosos miembros de la juventud de Partido Ortodoxo.[46] Además, Fidel se interesó en acercar el MR 26-7 al Frente de Mujeres Martianas. En Oriente, pronto se incorporó la bien organizada Acción Nacional Revolucionaria liderada por Frank País que, como parte del 26, rápidamente se extendió a toda esa región y que, al siguiente año, tendría un papel crucial en el apoyo al desembarco del Granma y a la consolidación de la guerrilla en la Sierra Maestra.

Es ocioso especular –lo que la mayoría de las veces se ha hecho con más morbo o fantasía que evidencias verificadas– sobre el perfil ideológico de cada uno de los grupos que se integraron al MR 26-7. A todos los amalgamó el ideario y el propósito plasmados en *La Historia me absolverá* y el liderazgo de su autor. Con la participación de unos y otros, ese ideario evolucionaría a lo largo de las experiencias obtenidas a lo largo de la lucha que compartirían. No solo antes sino, sobre todo, después de demoler la dictadura y sus raíces en la construcción del nuevo país porque –como lo había previsto Fidel– el desarrollo ideológico no es apenas el que exista de antemano, sino el que el grupo produce al luchar juntos.

45. *Vid*. María Antonia Figueroa: “Un centavo del más humilde de los cubanos”, Santiago, número 18-19, de junio y septiembre de 1975, pp. 99-100.

46. Se reunió dos veces con el profesor García Bárcenas, fundador del MNR –una de ellas en la casa de Raúl Roa–, pero no fue posible superar sus diferencias sobre el camino a seguir. Aun así, la mayor parte de los miembros de ese grupo prefirieron sumarse al MR 26-7 y el MNR se desvaneció. Los demás grupos mencionados ya habían decidido integrarse al 26. Puede consultarse, Mario Mencia: “El Movimiento Revolucionario 26 de Julio: Génesis y significado”, en revista *Cinco Palmas*, Oficina de Historia del Consejo de Estado, mayo de 2009.

Las condiciones no están dadas, ¿o sí?

El 7 de julio de 1955 Fidel salió al exilio en México. Acusado de preparar acciones violentas, Raúl debió adelantársele. Bajo el acoso de la dictadura, otros compañeros ya habían tenido que salir al exterior y en México había un grupo en quienes se podía confiar. Tras el intento del Moncada, era impensable repetir otra operación como esa, así que para iniciar la guerrilla era necesario empezar de otra forma. Estudioso de las experiencias insurreccionales cubanas del siglo XIX, Fidel optó por el mismo medio que en 1895 José Martí, Máximo Gómez y otros expedicionarios escogieron: cruzar el mar para volver a la Isla armados e iniciar "la guerra necesaria" de la independencia cubana.

En México se constituyó el frente exterior del MR 26-7. En tanto el trabajo preparatorio lo fue requiriendo, además de los compañeros del exilio otros cuadros del frente interno irían trasladándose a ese país, para después volver a Cuba como expedicionarios en el yate Granma. Salvo Melba Hernández, que los despidió en el puerto de Tuxpan y se quedó allá para seguir coordinando el apoyo del exterior.

En México se les unió un refuerzo imprevisto. Desde antes de la amnistía, algunos de los moncadistas prófugos tuvieron que refugiarse en embajadas, entre ellos Calixto García y Antonio *Ñico* López, que habían participado en el ataque al cuartel de Bayamo. Calixto salió a Costa Rica, donde conoció a Ernesto Guevara –quien después sería el *Che*–, a quien le habló de Fidel Castro y del movimiento[47]. Luego Guevara siguió hacia la Guatemala del gobierno revolucionario de Jacobo Árbenz y Calixto rumbo a México. A su vez, *Ñico* logró llegar a Guatemala donde, a su vez, igualmente conoció al *Che*, le explicó las razones del Moncada, le habló de Fidel y lo hizo leer *La historia me absolverá*[48]*.* Al ocurrir la invasión contrarrevolucionaria orquestada por la CIA a ese país, ambos escaparon a México. Allí *Ñico* y Calixto volvieron a coincidir.

Allí ambos conocieron a María Antonia González –esposa cubana de un amigo mexicano–, quien pronto se convirtió en el hada madrina de muchos de sus famélicos compatriotas exiliados, que acudían a su casa a discutir y comer. Tras la amnistía se les agregaron Raúl Castro y luego Fidel. Fue en esa casa donde Raúl le presentó a Fidel a ese médico argentino amigo de Calixto y Ñico, a quien este

47. Luis Báez: "Fidel siempre ha hecho lo que ha pensado", entrevista al general de brigada Calixto García Martínez, en periódico *Granma*, Edición Especial por el 50 Aniversario del desembarco del Granma y 80 cumpleaños del Comandante en Jefe, en www.granma.cu/secciones/50_granma-80_fidel/secretos_de_generales/art20.html

48. Marta Rojas: "*Ñico* López y Ciro Redondo", en periódico *Granma,* del 11 de marzo de 2014.

último llamaba “el *Che*”[49]. Lo demás es historia conocida. Luego de que ambos conversaron a fondo, Ernesto Guevara se sumó como médico al proyecto guerrillero cubano, pero con una condición: la de que después de la victoria se le diera autorización y apoyo para irse a emprender un proyecto similar en su país. Sobre eso Fidel mucho más tarde comentaría que

> El Che era marxista. […] La coincidencia de ideas fue uno de los factores que más ayudó a mi afinidad con el Che. […] Él sabía que en nuestro movimiento también había pequeña burguesía; que íbamos a una revolución de liberación nacional, una revolución antimperialista, no se vislumbraba todavía una revolución socialista; pero esto no fue obstáculo, se suma rápido, se enrola de inmediato.[50]

A buen entendedor pocas palabras, como cabe recordárselo a los especuladores que todavía insisten en estigmatizar indiscriminadamente a todo “progresista”.

Durante los meses que siguieron, Fidel dedicó casi todas sus energías al riesgoso esfuerzo de preparar la expedición. Esto es, organizar el grupo, seleccionar y entrenar a los expedicionarios, financiar y equipar esa operación, en un país donde andaban sueltos los agentes de Batista y de Trujillo, además de los agentes de la policía secreta mexicana sobornados por la dictadura cubana. Fidel tuvo que sortear algunos intentos de asesinarlo y tanto él como sus compañeros debieron eludir sucesivos conatos de apresarlos y deportarlos. Detenidos por algunas semanas en la cárcel temporal de migración, pudieron volver a la calle gracias a gestiones del expresidente Lázaro Cárdenas, pero ya con márgenes de tiempo cada día más estrechos. La situación exigió terminar cuanto antes los preparativos, a riesgo de que las autoridades mexicanas y los agentes extranjeros imposibilitaran concluirlos.

Este fue el contexto en el que se desenvolvió esa etapa. Antes y durante esos meses fue preciso enfrentar decisivas definiciones políticas e ideológicas, de las cuales poco se dice en los relatos corrientes.

Tras los sucesos del Moncada, las campañas para denigrar y desalentar la opción de la lucha armada contra la tiranía fueron intensas y continuas, en voz de diferentes actores. En un extremo la propaganda del régimen, que aprovechaba su dominio de los medios de comunicación. Luego, las voces de la corrupción y el oportunismo políticos, que predicaban la supuesta alternativa de acordar una transición de retorno gradual a la situación anterior al golpe batistiano. Después, los grupos seudorrevolucionarios que hablaban de opciones de lucha no violenta o de posponer preparativos hasta que, en el momento oportuno, ciertos aliados ricos financiaran la vía armada. Y, por último, el marxismo dogmático transnacional,

---

49. Pedro Antonio García: “Las dos María Antonia”, en periódico *Granma,* del 13 de marzo de 2017.
50. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, pp. 197-198.

entonces representado en Cuba por algunos dirigentes del Partido Socialista Popular, según el cual era necesario esperar la profundización de la gran crisis que daría base a una salida verdaderamente revolucionaria, cuando las masas estuvieran debidamente preparadas.

Ahora bien, ¿había o no en la sociedad cubana "ambiente" para iniciar una revolución? Si esto se razonaba desde el seno de su pueblo, solo la perspicacia del revolucionario podía olfatearlo. Según relata Luis Toledo Sande, cierta vez quien "fue a convencer a Martí a Nueva York de que no debía consagrarse a la revolución porque no había atmósfera de revolución en Cuba fue un escritor joven, más joven que Martí, y fue al que él le dijo: esa es la diferencia entre usted y yo, usted ve la atmósfera y yo veo el subsuelo, y en Cuba hay subsuelo de revolución".[51]

En 1956, cuando en México la situación del frente exterior del M-26-7 ya se hacía difícil, Fidel recibió a un emisario del PSP, su amigo Flavio Bravo, quien le planteó la solicitud de ese partido de diferir la expedición, dado que en la Isla la situación no era suficientemente propicia. En palabras de Fidel, aquel año en México

> […] tuvimos dificultades serias […] La situación en Cuba no era todavía crítica. En las tesis clásicas del movimiento comunista, la acción revolucionaria estaría siempre precedida de grandes crisis económicas. Las condiciones en ese segundo semestre del 56 no parecían las más favorables para un estallido revolucionario.
>
> Tal vez dimos demasiada importancia a nuestra promesa de que en el 56 seríamos libres o seríamos mártires [pero] yo creía en lo que estábamos haciendo.[52]

Además de que Fidel y sus compañeros –tanto en Cuba como en el frente exterior– actuaban conforme a sus convicciones, la evolución de los hechos difícilmente permitiría detener el proyecto, a riesgo de verse apresados y deportados y de perder las armas y demás recursos tan adquiridos con tanto trabajo. Por consiguiente, siguieron adelante pese a que los preparativos no se habían podido completar a cabalidad, ni quedaba tiempo para hacerlo.

El Granma, la embarcación que se pudo comprar con los recursos con que se contaba, no tenía el tamaño ni la potencia suficientes y los expedicionarios debieron navegar hacinados; el mar presentó condiciones peores de lo que el pronóstico meteorológico anunciaba. Al cabo de la travesía fue imperativo acercarse a la Isla a oscuras porque la marina militar cubana patrullaba al acecho; un tripulante subió al techo buscando divisar el punto señalado para desembarcar, la sacudida de una ola lo arrojó al agua y rescatarlo agregó mayor demora. Finalmente, encallaron lejos del área prevista, en un manglar cenagoso que hizo más extenuante llegar a tierra,

---

51. José Martí ya tenía casi 40 años y quien lo visitó fue el novelista Nicolás Heredia. *Vid.* "Pinos nuevos podemos ser todos", en *La Jiribilla,* 833, del 19 de agosto al 1 de septiembre de 2017.

52. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 248.

con cuantiosa pérdida de pertrechos, desorientados y con más de un día de retraso, en lo que el *Che* recordaría más como un naufragio que como un desembarco.

La antevíspera, el 30 de noviembre, en Santiago de Cuba, los jóvenes del 26 al mando de Frank País, se habían levantado en armas, incendiaron el cuartel de la policía y dominaron la ciudad por más de 24 horas; mientras el ejército se agazapó en su cuartel. Cumplían el plan destinado a entretenerle fuerzas a la dictadura mientras se efectuaba el desembarco. A la vez, en el punto escogido de la costa, un grupo liderado por Celia Sánchez esperó el arribo del Granma para trasladar a los expedicionarios a la cercana Sierra Maestra, donde ella ya había coordinado acogida y apoyo campesino.

Pero los expedicionarios, tras desembarcar fuera del área prevista y sin guía, agua, alimentos ni una arboleda cercana, pronto fueron avistados por la aviación y perseguidos por el ejército, con funestas consecuencias en el paraje de Alegría de Pío. Como en el Moncada, los expedicionarios que caían prisioneros eran inmediatamente ejecutados. Algunos consiguieron salir del área con ayuda de la escasa población de la zona, pero solo una veintena, con Fidel a la cabeza, logró reorganizarse y remontar la Sierra. Años después, él lo resumió así: “Partimos, desembarcamos, y tres días después sufrimos el terrible revés de la Alegría de Pío […] La tiranía, envalentonada, sació su odio asesinando en diciembre a numerosos revolucionarios, entre ellos varios líderes sindicales comunistas”.

Mientras, en Santiago de Cuba y el resto del país aún se ignoraba cuántos sobrevivientes había y si Fidel estaba entre ellos, arreció el coro de la propaganda contra la lucha armada. A la izquierda del espectro político tampoco faltó quien repitiese el estribillo paralizante de que “las condiciones sociales no están maduras” para ese intento. Como lo rememora Fidel, en ese primer momento todo pareció perdido, así que de inmediato

> Emergieron teorías sobre factores objetivos y subjetivos, como causa de las dificultades, en una revista de izquierda ajena al 26 de Julio […]. Por aquellos días sumamente duros, en la Sierra Maestra unos pocos sobrevivientes seguíamos creyendo que aun en esas circunstancias había que luchar por la victoria. Ciertamente en nuestro país las condiciones subjetivas desempeñaron un considerable papel.[53]

El tema tuvo –y por otras dos décadas siguió teniendo en América Latina– un impacto aleccionador que hoy continúa en el centro de interés de este libro. No porque ello sucedió así sino porque ahora, *mutatis mutandis*, en nuestra América esto vuelve a importar en las circunstancias del siglo XXI. No solo respecto a las relaciones entre las distintas formas de lucha, sino con referencia al enfoque original

53. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 248.

y dialéctico con que Fidel Castro iluminó –a contracorriente de la dogmática de aquel entonces– la cuestión de las interacciones entre los factores objetivos y subjetivos en la formación de la conciencia revolucionaria. Cuestión que en las condiciones del presente siglo retoma vigencia.

Tan había “ambiente” en el subsuelo cubano que, a pesar de que en sus primeros días la expedición del Granma fue diezmada, la tenacidad con que Fidel persistió en un proyecto que consideraba correcto, en unos meses convirtió a ese puñado de leales exhaustos en la raíz del decisivo Ejército Rebelde.

Pero las subjetivas las hace el hombre

Como dijimos, tras el fracaso del asalto al Moncada y el desastre de Alegría de Pío, la mesa pareció puesta al gusto de los “conocedores”. Al reiterar que “las condiciones no están dadas”, mandaban quedarse quietos. Descartaron la posibilidad de organizar la revolución calificando de “aventureros” a quienes promovieran tal sacrificio “inútil”. Esto conllevó coincidir con los políticos tradicionales, que proponían pactar una transición orientada a restaurar las condiciones “democráticas” previas al golpe, sin cambiar la realidad estructural del país –que la había causado–, tal como sucedió en 1933.

Fidel nunca admitió tales supuestos. Mucho después, en el séptimo año del gobierno revolucionario, al hablar en la conmemoración del XIII Aniversario del Asalto al Moncada, hizo un recuento del asunto, explicándole a la multitud lo que los argumentos de esos “conocedores” teóricos habían implicado. En el lenguaje de aquella época, empezó por acotar que

> esta cuestión de lo objetivo y lo subjetivo se refiere, lo primero, a las condiciones sociales y materiales de las masas, es decir, sistema de explotación feudal de la tierra, de explotación inhumana de los trabajadores, miseria, hambre, subdesarrollo económico, en fin, todos esos factores que producen desesperación, que producen por sí mismos un estado de miseria y de descontento en las masas. Esos son los llamados factores objetivos: masas explotadas de campesinos, de obreros, intelectuales [oprimidos], estudiantes, en fin…
>
> Y los factores subjetivos son los que se refieren al grado de conciencia que el pueblo tenga. Son los que se refieren al grado de desarrollo de las organizaciones del pueblo.

En otras palabras, estos señores alzaban el dedo y dictaminaban: “hay muchos factores objetivos pero todavía las condiciones subjetivas no están dadas”. Es decir, que según ellos no existían esas llamadas condiciones subjetivas de conciencia en el pueblo. En consecuencia,

> Si ese esquema se hubiera aplicado en este país, jamás se hubiera hecho aquí Revolución, jamás. Bien arreglados habríamos estado si para hacer una Revolución socialista nos hubiésemos tenido que dedicar a catequizar a todo el mundo con el socialismo y el marxismo para después hacer la revolución.[54]

Como Fidel siempre sostuvo, no hay por qué esperar por unas condiciones subjetivas que el desarrollo de la lucha debe crear, porque ahí donde hay las

54. Fidel Castro: Discurso en La Habana por el XIII Aniversario del 26 de Julio, en 1966. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 255.

condiciones objetivas para la Revolución podrá haber revoluciones, pues “las condiciones objetivas las hace la historia; pero las condiciones subjetivas las crea el hombre”.[55]

Criterio que además le dio base a una importante conclusión:

> No hay mejor maestro de las masas que la misma revolución, no hay mejor motor de las revoluciones que la lucha de clases, la lucha de las masas contra sus explotadores. […] fue la propia Revolución, el propio proceso revolucionario quien fue creando la conciencia revolucionaria.
>
> Eso de creer que la conciencia tiene que venir primero y la lucha después es un error. ¡La lucha tiene que venir primero e inevitablemente detrás de la lucha con ímpetu creciente la conciencia revolucionaria![56]

De hecho, quienes en aquellos días aciagos en Cuba se apresuraron a considerar imposible la revolución –así como quienes en Latinoamérica, desde sus respectivos acomodamientos o involuciones ideológicas lo siguieron coreando por años–, nunca se preguntaron lo que en la Isla la mayoría de la gente sí se planteó ante tales hechos: lo que ellos significaban para su pueblo. De ahí la urgencia que Fidel, los moncadistas y sus compañeros enseguida le otorgaron a la difusión de *La historia me absolverá*.

Tras interpretar el *porqué* de esos tremendos acontecimientos, esta mayoría popular –hasta entonces sumida en el escepticismo y la desesperanza, aún más que en la miseria– empezó a creer en alguien: en quienes así demostraron estar dispuestos a jugárselo todo por adecentar a su país. Y al identificarse con ellos, recuperó la fe en sí misma. En el curso de unos meses, ese pueblo se hizo cómplice de esos audaces surgidos de su propia entraña. Porque más allá de lo que los “conocedores” más eruditos dictaminasen, según su modo de asumir las escrituras dogmáticas, Fidel y sus compañeros los rebasaron en su capacidad para comprender el sentir de su pueblo y el potencial que esto entrañaba.

Lo interesante de un proceso revolucionario, dirá Fidel en otra ocasión, es que en la medida en que se lucha, interpretando las necesidades y lo anhelos de las masas, se va creando la conciencia revolucionaria. Es con ese sentimiento de las masas que el revolucionario tiene que actuar. Por eso, “el verdadero revolucionario no espera a que esos llamados factores subjetivos se den de una manera cabal”, sino que actúa para impulsar su formación.[57]

---

55. Ignacio Ramonet: *op. cit*., p. 257.

56. Ibíd., p. 255.

57. Fidel Castro: Discurso por el XIII Aniversario del 26 de Julio, en 1966. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 256.

En consecuencia, veinte años después del Moncada él caracterizó de nueva cuenta esa disyuntiva –la de actuar o no actuar y la decisión de optar por la lucha liberadora y revolucionaria como motor de la formación de nueva conciencia cívica–, volviendo a plantearse y a responder si

> ¿Existían o no existían las condiciones objetivas para la lucha revolucionaria? A nuestro juicio existían. ¿Existían o no existían las condiciones subjetivas? Sobre la base del profundo repudio general que provocó el golpe del 10 de marzo y el regreso de Batista al poder, el descontento social emanado del régimen de explotación reinante, la pobreza y el desamparo de las masas desposeídas, *se podían crear* las condiciones subjetivas para llevar al pueblo a la revolución.[58]

Antes, Fidel había recordado que en sus primeros años, cuando empezó a enfrentar aquellas alternativas, "conciencia revolucionaria, cabalmente, no la poseíamos ni los mismos hombres que hemos estado dirigiendo esta Revolución". Antes del Moncada teníamos ideas, intenciones, buenos deseos revolucionarios, pero verdadera cultura revolucionaria, conciencia revolucionaria, solo "muy pocos". Así, al referirse a quienes entonces lucharon y al pueblo que se fue identificando con ellos, repitió que

> Una revolución requiere de muchas circunstancias, y no resulta fácil en ningún sentido.
>
> Si nosotros hubiéramos dicho: vamos a esperar que haya una enorme crisis económica en Cuba, como la del machadato […], y que el hambre lleve a la gente al combate, estaríamos todavía esperando. Pero nosotros, a partir de los principios del socialismo, del marxismo-leninismo, sacamos nuestras propias conclusiones –no las de los folletos– y dijimos: en Cuba hay condiciones objetivas para la Revolución, faltan las condiciones subjetivas. Nuestro pueblo tiene especiales características. Esas condiciones subjetivas para la revolución se pueden crear, porque había condiciones objetivas.[59]

Profundizando el análisis, reiteró que ese modo de comprender el proceso fue posible al juntar dos corrientes del pensamiento: "partiendo del pensamiento marxista-leninista y partiendo del pensamiento martiano", a la vez que "partiendo de una valoración correcta de nuestro pueblo, de su idiosincrasia, de su historia, de las realidades objetivas que sufría […] llegamos a la conclusión de que la revolución era posible en nuestro país" [60] y, en consecuencia, emprendimos lo que en sus días Martí llamó la "guerra necesaria". Así las cosas,

---

58. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 39. [Cursivas de NC].

59. Fidel Castro: Discurso por el XXXV Aniversario del 26 de Julio, en 1988. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 63.

60. Ídem.

> Esa masa fue adquiriendo conciencia en el proceso revolucionario, esa masa fue adquiriendo la cultura revolucionaria y la conciencia revolucionaria a través del proceso. Porque las masas lo que sentían era la opresión, lo que sufrían era las necesidades, y tenían, todo lo más, una conciencia vaga de que algo andaba mal, una conciencia vaga de que era explotada, de que era preterida, de que era humillada.[61]

Por lo tanto, tales condiciones o factores objetivos y subjetivos no “se dan” o “dejan de darse” por sí mismos, ni existen y evolucionan como entidades separadas. El estado de las condiciones subjetivas se moldea según estas son inducidas por quienes rigen al sistema social dominante, pero cambia cuando los pueblos –sus grupos más avanzados– desafían y rehacen esas condiciones al disentir y enfrentarlas. Desde que esos factores objetivos y subjetivos existen, se entretejen y modifican al interactuar. En el curso de las confrontaciones contra la injusticia y la opresión, la lucha impulsa el cambio. Por consiguiente, “la concepción de que la lucha misma forjaría en las masas la conciencia política superior que nos llevaría a una revolución socialista, ha demostrado en las condiciones de nuestra patria su absoluta justeza”.[62]

Pero eso no basta. El fracaso del asalto al Moncada no fue la única amarga prueba de la adversidad, pero aun así ya no pudo contener la disposición de ese pueblo de luchar hasta vencer. Porque esa experiencia “nos mostró el valor de una doctrina, la fuerza de las ideas, y nos dejó la lección permanente de la perseverancia y el tesón en los propósitos justos”[63], como condiciones para que ello pueda suceder.

---

61 Fidel Castro: Discurso por el XIII Aniversario del 26 de julio, en 1966. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 256.

62 Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 45.

63 Ibíd., p. 48.

Según la revolución en que participes

Dicho en términos clásicos, ese desarrollo ideológico conllevó un proceso de avance de la cultura política popular desde la conciencia de clase *en sí* a la conciencia de clase *para sí*. En el seno del pueblo explotado y defraudado, se incuban una inconformidad cultural y una transición que es factible impulsar. Ese proceso evoluciona de cierta percepción de la *actualidad objetiva* tal como esta es –en sí–, hacia una *proyección subjetiva*, tal como pienso que esta debería ser –para mí, para nosotros–. ¿Qué te hace avanzar en ese sentido? Ser parte de los sectores más sufridos e inconformes del pueblo no conduce, de forma necesaria, a cada uno a buscar opciones revolucionarias. Uno puede estancarse en domesticada pasividad o extraviarse entre las opciones degenerativas que el sistema ofrece, sobre todo cuando faltan accesos confiables a otra alternativa moral y políticamente mejor.

El inmediatismo individual ofrece escapes por vía de la degradación, el oportunismo, el delito o la enajenación religiosa, toleradas y hasta propiciadas por el sistema prevaleciente. También muchos sicarios vienen de ser gente pobre. Optar por mejores alternativas demanda una expectativa que atraiga a actuar, junto a otros, en busca de soluciones creíbles que ofrezcan otro futuro. Como apuntó Milton Santos, el problema es

> Cómo pasar de una *situación crítica* a una *visión crítica* y, de esta a una *toma de conciencia*. Ese proceso implica confrontar la dura existencia de la pobreza y la injustica como algo real, pero a la vez como una paradoja: la de aceptar esa realidad para sobrevivir, pero a la vez darse capacidad de *resistir* para pensar y *actuar* para cambiarla [en busca de otra vida].[66]

Para que ello suceda hay que repensar concepciones y salirse del sentido común que domestica a quienes permanecen uncidos al sistema. Frente a la cultura política imperante, toca disentir y abrirle camino a una *contracultura* que ayude a los grupos populares a razonar sus propias ideas, a contrapelo de lo que dicen o sugieren los grandes medios de comunicación y demás instrumentos de prédica y manipulación de la elite dominante. Una transición emancipadora que le facilite a esos grupos tomar distancia crítica de la cultura que les fue inculcada y anteponerle sus propios fines y valores. Lo que les facilitará identificar sus prioridades y decidir conforme a sus propias expectativas.

66. Milton Santos: *Por uma outra globalização: de pensamento único à consciência universal*. Record, Rio de Janeiro, 2007, p. 116. [Original en portugués, cursivas de NC].

Esto sucede con mayor intensidad cuando la confrontación con la realidad se vuelve más insufrible y los inconformes anhelan una propuesta con la cual cambiar su condición. Cuando el sepelio de Fidel Castro, escuché la entrevista a un destacado veterano del Ejército Rebelde en la que este relató: "yo era un rebelde sin causa hasta el día en que Melba Hernández me dio a leer una copia de *La historia me absolverá* y desde entonces tuve causa y me hice revolucionario".

Para Fidel y sus compañeros, ese modo de entender e impulsar la formación de la conciencia revolucionaria fue, por supuesto, más acucioso respecto a los miembros del Movimiento y sus dirigentes. Ellos no solo debían hacerse mejores combatientes y líderes sino ejemplos vivos, por lo mucho que esto incide en la confianza de la población en el Movimiento y en su Revolución, así como en la confianza del Movimiento en sí mismo. En su mayoría, ellos eran trabajadores rurales y urbanos, gente de pocas letras, así como jóvenes que las capas medias habían educado para ser eficientes servidores del sistema, no para volverse revolucionarios.

Tanto en el celo con que Fidel procuró elegir a sus compañeros para el Moncada y el Granma y después a los jefes de pelotón y comandantes en la Sierra, como, asimismo, en el cuidado con que Frank País escogía a los milicianos con quienes luchar en el Llano, la base de selección siempre fue la condición cívica y moral de los combatientes y su capacidad para dar el ejemplo. Así lo ilustran los testimonios de dos combatientes de extracción popular, ambos de la guerrilla urbana. Tal como Agustín *Tin* Navarrete lo resumió:

> Cuando tú analizas a los compañeros en el nivel político que pudieran tener en aquel momento, su capacidad intelectual, su desarrollo, en todos era manifiesto un mismo factor: una extraordinaria repugnancia al abuso, al crimen, que era lo que hacía a uno un rebelde. La brutalidad del régimen no amedrentaba al pueblo, sino que lo hacía más rebelde.[67]

A lo que inmediatamente él mismo agregó otro rasgo propio de la historia política cubana al añadir: "Además, esto no solo es fruto del momento, no es una improvisación. Está el padre que luchó en el 33, el abuelo mambí…"

Igualmente, el análisis que Reinaldo Ínsula hace de la evolución de sus compañeros de origen pequeño burgués en el curso de la propia lucha:

> Cuando tú sacabas a un hombre de la burguesía y entraba en un trabajo directamente para el Movimiento, se sentía revolucionario […] Ahora, cuando él hace esto, él se tiene que sacar de lo que eran sus familiares, separarse de su gente ¿no? por el clandestinaje y eso, y entonces como que renuncia a su clase

67. Agustín Navarrete: "Estamos haciendo historia", en revista *Santiago,* número 18-19, de junio-septiembre de 1975, p. 126.

> social y se trasborda para el Movimiento es cuando se mete derecho en la lucha. Pero eso era uno que sentía, que tenía ideales, que venía de allá pero desarrollaba un pensamiento más avanzado que los otros y, metiéndose en las acciones, él se sacaba de su clase.[68]

Experiencias de las cuales *Tin* Navarrete obtiene una valiosa conclusión sobre el relevante papel que una organización revolucionaria desempeña, en la Sierra o en el Llano, en la formación de los valores personales y la cultura política de sus militantes:

> Los mecanismos y las normas que se van estableciendo acaban por funcionar en el individuo, aunque se encuentre en una situación nueva, pero es un proceso natural el que un revolucionario se adapte a las características de la revolución en que participa.[69]

68. Reynaldo Ínsula: “Gente de Santa Bárbara”, en revista *Santiago,* número 18-19, de junio y septiembre de 1975, p. 179.

69. Agustín Navarrete: *op. cit.*, p. 122.

Primera cita en la Sierra

En las aciagas condiciones de su desembarco, los expedicionarios del Granma tuvieron que abandonar en los manglares buena parte de sus alijos y material de combate. Exhaustos, tras reagruparse para iniciar el ascenso a la Sierra Maestra, fueron ubicados por la aviación batistiana y a los tres días cercados por el ejército en un cañaveral, en Alegría de Pío. Ese desastre costó la vida a numerosos expedicionarios, en su mayoría asesinados después de caer prisioneros, para presentarlos como supuestamente abatidos en combate.

Unos pocos pudieron escapar hacia el Llano y Fidel logró reagrupar a otros y ascender con ellos a la Sierra: unos quince hombres armados con siete fusiles[70], a quienes luego se les unirían algunos campesinos previamente captados por Celia Sánchez. Era el 18 de diciembre de 1956 y ese día muy pocos –salvo Fidel– hubieran creído que en unos meses estos serían el núcleo inicial del Ejército Rebelde. En menos de una semana, el 23 de diciembre, uno de ellos, Faustino Pérez, bajó al Llano a avisar que estaban vivos y con Fidel a la cabeza. Enseguida, continuó rumbo a la capital con la misión de organizar a los compañeros de La Habana. El 14 de enero de 1957 los alzados atacaron al cuartel de La Plata y el 22 emboscaron en el sitio de Llanos del Infierno a la columna del ejército que acudió en su rescate.

No fueron grandes batallas, pero al concluirlas ya le habían causado al ejército varias bajas y le habían capturado armas y vituallas. Lo que, más allá de eso, obligó al régimen a reconocer que la guerrilla existía y que era falso que Fidel Castro hubiera muerto. Por otra parte, respecto al tema que aquí nos ocupa, desde esos primeros combates los rebeldes pusieron en práctica las normas previstas por Fidel sobre cómo relacionarse con los campesinos y cómo actuar con los heridos y prisioneros tomados al enemigo. Esto es, pusieron en marcha la ética político-militar que de ahí en adelante caracterizó a los rebeldes. Sus efectos no se hicieron esperar: significativamente, unos meses después uno de los soldados capturados en La Plata regresó a la Sierra para sumarse al Ejército Rebelde, como luego veremos.

A partir de esas primeras experiencias tomó forma un método y estilo de hacer la guerra popular, que Fidel describe así:

70. Fernando Sánchez-Amaya: “En marcha forzada hacia la Sierra Maestra”, periódico Granma, edición especial por el 50 Aniversario del desembarco del yate Granma. Ver http://www.granma.cu/granmad/secciones/50_granma-80_fidel/la_travesia3.html

> Nosotros desarrollamos una guerra de movimientos […], atacar y replegarse. […] Desarrollamos el arte de provocar a las fuerzas enemigas y de forzarlas a moverse, partiendo del principio que fuimos descubriendo […]: el adversario es fuerte en sus posiciones y es débil en sus desplazamientos. Desarrollamos el arte de obligar al enemigo a ponerse en marcha para atacarlo cuando y donde era más vulnerable.[71]

Para lograrlo, una y otra vez

> Hay que tomar siempre la delantera. Sorprender y sorprender. Atacar donde y como no se imaginan. Si no se mueven, cercas una guarnición. En ese caso la unidad sitiada siempre espera refuerzos. Si no los recibe, se rinde. Sabían cada vez mejor que la fuerza revolucionaria respetaba la vida y la integridad física de los prisioneros.[72]

Ese método o estilo guerrillero trasluce un método o estilo político. En cualquier caso, no es propósito de este libro recorrer la evolución de la guerra de liberación entonces iniciada. Sobre eso hay excelente literatura, entre la que destacan dos obras ya clásicas: *Pasajes de la guerra revolucionaria*, de Ernesto *Che* Guevara, excepcional testimonio humano escrito a lo largo de esa gesta, publicado en 1963. Y el monumental recuento, análisis y explicación histórica del propio Fidel Castro, constituido por dos obras: *La victoria estratégica –por todos los caminos de la Sierra–* y *La contraofensiva estratégica –de la Sierra Maestra a Santiago de Cuba–*, publicadas en 2010.[73]

Pero, aunque ese aleccionador proceso no sea el tema de estas páginas, sí es indispensable tener a la vista el ambiente de sus primeras acciones y de la filosofía política y la ética ciudadana que a corto plazo hicieron del Ejército Rebelde la fuerza cívica más respetada de la nación, que no solo posibilitó liberarla sino que, asimismo, concretó el carácter de la revolución social por la cual la mejor gente de Cuba había argumentado y combatido desde mediados del siglo XIX.

Clandestinos en el Llano o desplegados en la Sierra, tocaba coordinar las dos alas del Movimiento en la perspectiva de una estrategia conjunta. Además, confirmarle al pueblo cubano y al mundo que la guerrilla rebelde estaba en operaciones. Las victorias de La Plata y Llanos del Infierno aportaron el momento para el primer contacto de Fidel con la prensa internacional y de la primera cita de la Dirección Nacional del MR 26-7 luego del desembarco del Granma.

Tan pronto como Faustino Pérez llegó a La Habana recibió instrucciones de Fidel de hacer venir a Cuba y llevar a la Sierra a un periodista extranjero de

---

71. Ignacio Ramonet: *op. cit*., pp. 233-234.

72. Ibíd., p. 235.

73. Editadas por la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, en 2010.

importancia. A través de la corresponsal del *New York Times* en la Isla, logró que este fuera el conocido corresponsal de guerra Herbert Matthews, quien entrevistó a Fidel en febrero de 1957. El diario inmediatamente publicó en la primera plana tres reportajes y algunas fotos que colocaron a la guerrilla cubana en los diarios del resto del mundo.[74]

En esos días también sortearon el cerco del ejército y subieron a reunirse con Fidel otros cinco miembros de la Dirección Nacional del 26: Haydée Santamaría, Armando Hart, Frank País –jefe del Movimiento en el Llano–, Celia Sánchez –coordinadora del Movimiento en la zona Manzanillo, el principal acceso de Santiago de Cuba a la Sierra– y Vilma Espín, lugarteniente de Frank.

El cónclave se realizó en la Sierra Maestra del 6 al 9 de marzo. Además de hacer un balance de la situación del país y trazar la estrategia de organización y fortalecimiento del MR 26-7, se estableció cómo coordinar la Sierra y el Llano, y se definieron la política y los mecanismos para financiar el Movimiento. Fidel decidió que el papel del Llano sería apoyar a la Sierra; aunque la guerrilla aún estaba en su etapa primaria, ella se destinaba a desempeñar el rol estratégico decisivo y sería la sede del líder del proceso. Además, se acordó que en breve tiempo el Llano enviaría a la Sierra un contingente de milicianos armados y se decidió emitir un manifiesto al pueblo de Cuba, que Fidel escribió.

Cinco semanas más tarde, burlando al enemigo por la ruta de Celia, subió a la cordillera el primer grupo de refuerzos del Llano, integrado por 52 hombres, en su mayoría participantes del alzamiento de Santiago de Cuba el 30 de noviembre anterior. Bisoños, sin fogueo serrano –empinadas cuestas y largas caminatas, noches a la intemperie y escasa comida– ni preparados para desplegarse y accionar coordinadamente en condiciones de montaña, pero sujetos a intenso entrenamiento, pronto entraron en acción. Treinta días después, Fidel supo que un grupo armado ajeno al MR 26-7 –la expedición del Corynthia– desembarcaría por la costa norte de Oriente y decidió realizar una operación solidaria para restarle al ejército fuerzas con las que perseguir a los recién llegados.[75]

---

74. Hay quien atribuye la primera entrevista de Fidel Castro con un periodista extranjero a Carlos María Gutiérrez, del semanario uruguayo *Marcha*. En realidad, Carlos María, entonces del periódico montevideano *La Mañana* fue, con el argentino Jorge Ricardo Masetti, uno de los dos primeros periodistas *latinoamericanos* en entrevistar a Fidel, en abril de 1958, catorce meses después que Matthews. Un hermoso y muy informativo relato del viaje de Carlos María a la Sierra puede leerse en su libro *Sierra Maestra y otros reportajes*, Ed. Tauro, Montevideo, 1967; así como en la revista *Santiago,* número 18-19, de junio y septiembre de 1975.

75. La expedición del Corynthia, encabezada por Calixto Sánchez White, procedía de Miami, donde fue infiltrada por el espionaje de Batista. En consecuencia, el ejército los esperó en el área del desembarco –en la otra costa de la Isla– y en poco tiempo masacró a todos sus integrantes, pese al esfuerzo realizado por Fidel y sus compañeros. *Vid.* Fidel Castro: “Un esclarecimiento honesto”, en *Cubadebate* del 1 de junio de 2012.

Esa operación fue el combate de El Uvero. Hasta ese momento la guerrilla había adquirido experiencia, con mínima cantidad de bajas, en atacar pequeños cuarteles y emboscar a columnas en movimiento. Sin embargo, urgido en apoyar a los expedicionarios del Corynthia, Fidel actuó contra una guarnición mayor, fortificada a la orilla del mar en un puerto de embarque de madera. No contando con el bosque para ocultar su aproximación, los rebeldes atacaron a campo abierto, pero con la rápida neutralización de la planta de radio del cuartel lograron que los cazabombarderos batistianos tardaran en acudir. Aun así, este fue un combate donde ambas partes tuvieron más bajas, sobre todo el ejército. Los rebeldes, aparte de hacer muchos prisioneros, capturaron mayor cantidad de armas y vituallas.

Según la evaluación del *Che*, la victoria de El Uvero marcó la mayoría de edad del Ejército Rebelde. Además, hizo ver varios hechos de importancia más que simbólica, tanto para los rebeldes y el pueblo de la Isla como para los soldados y el ejército batistianos: rendida la guarnición enemiga, los rebeldes atendieron por igual a los heridos de ambas partes, respetaron la dignidad de los prisioneros, les explicaron los motivos de la guerra y no los retuvieron en cautiverio. Aunque el gobierno y el alto mando militar anunciaron lo contrario, esas noticias enseguida corrían de boca en boca por los cuarteles, poblados y ciudades.

Como en La Plata, después de combatir, el *Che* volvió a ejercer como médico de campaña. En El Uvero, además, acordó con el médico del cuartel un “pacto de caballeros”, comprometiéndolo a que los heridos graves de la guerrilla, que no era posible curar en las montañas, serían atendidos y no asesinados por el ejército. Entonces y después, como lo indica Fidel,

> Nuestras tácticas demostraron ser política y militarmente las más correctas, en la situación concreta de Cuba. Por eso siempre he dicho que hay que aplicar una política con la población y una política con el adversario. De lo contrario usted no obtiene la victoria. Usted no puede matar inocentes, usted tiene que luchar contra las fuerzas vivas del enemigo en combate. No hay otra forma de justificar el uso de la violencia.[76]

76. Ignacio Ramonet: *op. cit*., p. 235.

Ética y crecimiento rebeldes

Ese modo de comprender y normar la guerra popular como una necesidad y una práctica subordinadas a los principios y valores de la ética y la política revolucionarias, rige asimismo sobre todas las demás formas de combate. Fidel invariablemente prohibió a los militantes del MR 26-7 cualquier modo de lucha que implicase violencia contra los no-combatientes. “Ni los teóricos de nuestras guerras de independencia –reiteró– ni los del marxismo-leninismo predicaban atentados o actos donde se podía matar gente inocente; no están incluidos entre las armas de la doctrina revolucionaria”.[77] Tampoco admitió otras prácticas similares y dejó bien establecido que:

> Ni terrorismo ni atentados, ni tampoco magnicidio. […] Éramos contrarios a Batista pero nunca intentamos hacerle un atentado, y habríamos podido hacerlo. […] ¿El tiranicidio ha servido alguna vez en la historia para hacer una revolución? Nada cambia en las condiciones objetivas que engendran una tiranía […] teníamos una idea clara: el magnicidio no resuelve el problema.

Y más adelante, agregó:

> También se discutió mucho, en el movimiento comunista internacional, si era correcto buscar fondos mediante el asalto a los bancos. Eso estaba realmente en contradicción con el más elemental sentido común […] Esto último estaba muy desprestigiado en Cuba, país de idiosincrasia burguesa donde las instituciones bancarias eran muy respetadas. No se trataba de una cuestión ética, era sencillamente una cuestión práctica: si ayudabas a la Revolución o al enemigo.

En cualquier caso,

> Para nosotros era una filosofía de principio que a las personas inocentes no se les puede sacrificar.
>
> Hay principios que son elementales en la guerra y en la política. No se trataba de un comportamiento piadoso. La ética no es una simple cuestión de moral; la ética, si es sincera, rinde también frutos.[78]

Otra cosa cuenta, sin embargo, en lo que corresponde a garantizar la fortaleza moral de los militantes del Movimiento, ya sea en las milicias urbanas o en el Ejército Rebelde. La traición, la delación, el uso de la condición de miliciano o rebelde para cometer o encubrir delitos debe castigarse severamente, previo juicio sumario. Frank País, hombre de traslúcida bondad, nunca titubeó en ordenar un atentado

77. Ramonet, p. 242.

78. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, pp. 239-240.

contra algún traidor, o cuando a algún miembro de la organización se le comprobó connivencia con el enemigo. En la Sierra, cuenta Fidel,

> Recuerdo que se produjo un brote de bandidismo en el seno de un grupo de colaboradores del Ejército Rebelde […] A los campesinos les pagábamos con nuestros poquitos recursos cada cosa que consumíamos, aunque no quisieran […] el respeto a sus cultivos y crías, a las familias, a los niños, a las mujeres, era proverbial. Mientras el ejército de Batista venía quemando, matando, robando.
>
> Para nosotros un brote de bandidismo era mortífero, y tuvimos que fusilar […] Se hicieron juicios a varios que habían estado asaltando casas, o asaltando tiendas. Y esa vez, en plena guerra, se aplicó esa pena. Era ineludible y fue efectiva, porque a partir de entonces nunca más ningún miembro del Ejército Rebelde asaltó una tienda. Se creó una tradición. Y se impuso una ética revolucionaria, un respeto total a la población.[79]

Un deber del militante es dar el ejemplo. Ser parte del Movimiento no puede constituir una excusa, ni mucho menos ser motivo para excusar una conducta indebida, caso en el cual constituye un agravante.

En síntesis, la consistencia ética de ese modo de comprender la lucha armada sustanció la guerra de liberación nacional impulsada desde diciembre de 1956 a los primeros días de enero del 59. Esa consistencia, con raíces histórico-culturales en la tradición patriótica siglo XIX cubano resumidas en las prédicas martianas, así como en la ancha base social del Movimiento –fundada en su carácter moral e incluyente–, permite entender su rápido desarrollo. Esa ética político-militar se traduciría en la conformación moral de los combatientes.

Esto merece una explicación adicional: cuando los expedicionarios del Granma arribaron a la costa cubana, el ejército batistiano sumaba 80 000 efectivos relativamente bien entrenados, dotados del mejor equipamiento militar estadounidense –terrestre, marino y aéreo–, y el respaldo de los siniestros organismos policiales y paramilitares del régimen. En los siguientes tres años, el pie de fuerza batistiano creció hasta los 100 000 hombres en armas. Con todo, ese poderío fue derrotado por un Ejército Rebelde que –con el apoyo de las milicias urbanas– a finales de la contienda llegó apenas a sumar cerca de 3 000 voluntarios de a pie.

Dato significativo, en el apogeo de la guerra, cuando el ejército batistiano apeló a todos sus recursos para emprender su gran “ofensiva definitiva y final” contra el Primer Frente de las guerrillas –comandado personalmente por Fidel–, solo pudo movilizar contra la Sierra Maestra 10 000 hombres, dado que si sacaba más fuerzas de otras zonas del país corría el riesgo de que sus pobladores, al llamado del 26,

79. Ibíd., p. 243.

se pudieran insurreccionar. Para reseñar lo que ese periodo implicó, aquí ofrezco un apretado resumen del capítulo 1 del ya citado libro *La victoria estratégica –Por todos los caminos de la Sierra*–, del propio Fidel Castro.[80]

Dicha ofensiva "final y decisiva" del ejército batistiano, iniciada en mayo de 1958, además de atacar desde el interior de la provincia de Oriente, por la vertiente norte de la Sierra Maestra, desplegó 14 batallones de infantería más otras siete compañías independientes, con respaldo de artillería naval y terrestre, vehículos blindados y copioso apoyo de aéreo –bombardeos y ametrallamientos al Ejército Rebelde y contra las poblaciones rurales aledañas– y agregó el desembarco de fuerzas por la costa sur de esa provincia –el flanco sur de la Sierra–, dando lugar a 74 días continuos de combates, que al cabo definieron la etapa final de la guerra. Fidel señala dos antecedentes que es preciso tener presentes para valorar lo que aconteció en esos dos meses y medio: el desarrollo previo de la guerrilla urbana y del Ejército Rebelde y el revés de la Huelga de Abril, de la cual enseguida hablaremos.

Tanto el combate en las ciudades como el apoyo del Llano a la Sierra avanzaron con rapidez bajo la dirección de Frank País como responsable nacional de acción y sabotaje del MR 26-7. Tras la captura de los dos principales dirigentes del Llano –Faustino Pérez y Amando Hart–, el joven Frank se creció como líder nacional del Movimiento en las ciudades. Estructuró la Resistencia Cívica, expresión pluralista del apoyo sociopolítico y económico de la sociedad civil a la revolución que incluyó a elementos honorables de la burguesía y, además, organizó la secretaría obrera del Movimiento.

A su vez, en las montañas, el crecimiento campesino del Ejército Rebelde permitió dislocar fuerzas y armas para crear otros dos frentes. Al este de la provincia –que incluye el territorio que rodea a la base de Guantánamo–, el Segundo Frente Oriental, al mando de Raúl Castro; y en las proximidades de Santiago de Cuba, el Tercer Frente, comandado por Juan Almeida. Por otra parte, en el Primer Frente –el frente originario–, Fidel constituyó una fuerza adicional al este del Pico Turquino, al mando del *Che* Guevara, consolidando la región que el Ejército Rebelde ya ocupaba.

80. Puede verse en www.granma.cu/secciones/la_victoria_estrategica/cap001.html

De la derrota de abril a la victoria de enero

En estas circunstancias, sin embargo, el 30 de julio de 1957 Frank País fue ubicado por la seguridad batistiana en Santiago de Cuba y asesinado en la calle, a plena luz del día. La brutalidad del hecho provocó grandes manifestaciones de protestas en casi todo el país.

Frank, quien además de solidez política tenía vocación militar, invariablemente compartió la concepción estratégica del Fidel sobre el papel estratégico de la Sierra y del Llano en la guerra de liberación. No obstante, en la dirigencia del Movimiento había compañeros que frente a la enorme superioridad de recursos y tropas del ejército batistiano, no se sentían seguros de que el Ejército Rebelde lograría derrotar a la tiranía en el plano militar. En su lugar, suponían que el medio capaz de vencer a la dictadura pudiera ser una huelga nacional, apoyada por los rebeldes de la Sierra, suponiendo que esa huelga podría causar contradicciones en el ejército y en el ambiente político –el de los partidos tradicionales y de sus congresistas– que provocasen la caída del tirano.

Ante la amplitud de las protestas generadas por el asesinato de Frank País y las muestras de simpatía por el Movimiento, esos dirigentes sobreestimaron la capacidad política y operativa de las milicias urbanas para organizar dicha huelga, y calcularon que ya era factible convocarla. La cuestión es, si el objetivo de la guerra se satisfacía con derrocar a Batista o estaba más allá y hasta dónde más allá.

Fidel siempre sostuvo –aun antes del asalto al Moncada– que el golpe final de la guerra lo propinaría una insurrección nacional con amplia participación de las ciudades[81]. Pero, desde el primer momento, discrepó de que las condiciones para realizarla estuvieran maduras, que esa huelga ya podía organizarse exitosamente y que ella bastaría para derribar al régimen batistiano. No solo percibió que el ejército todavía era fuerte y el régimen contaba con recursos represivos suficientes para aterrar a la población y aplastar ese intento. También vio con claridad que una acción que dependería de esa presunta crisis palaciega y de recomponer el gobierno con la participación de personajes de la política tradicional –e incluso del régimen– podía dejar a medio camino y volver a frustrar el proyecto revolucionario, como ocurrió en 1933.

81. En su relato a Ramonet, Fidel Castro reitera: “Para nosotros, la guerrilla era la detonadora de un proceso cuyo objetivo era la toma revolucionaria del poder. Con un punto culminante: la huelga general revolucionaria y el levantamiento de todo el pueblo”. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, pp. 233-234.

Sin embargo, ante la insistencia de ese sector del Movimiento, se aceptó llamar a esa huelga nacional en abril de 1958, sin precisar en qué fecha se iniciaría. Llegado el momento, muchos cuadros de la clandestinidad tuvieron que salir a la luz pública para implementarla, a la vez que Fidel y el Ejército Rebelde hicieron el máximo esfuerzo para apoyarla incursionando en los llanos y las carreteras. No obstante, la dictadura rápidamente apeló a los métodos más brutales y consiguió derrotarla, al costo de la vida de más de un centenar de cuadros y militantes de las ciudades. Con esto, la organización del Movimiento en el Llano quedó quebrantada. No obstante, el régimen sobreestimó su victoria y, suponiendo que había desmoralizado a los revolucionarios, el alto mando militar creyó llegado el momento para descerrajar su gran ofensiva "final y definitiva" contra el Primer Frente de la Sierra Maestra –donde radicaba la comandancia de Fidel–, que de antemano el ejército había venido preparando.[82]

Por su parte, enseguida del fracaso de la huelga, Fidel convocó a la Dirección Nacional del MR 26-7 y a varios de los principales dirigentes de ese frustrado intento a reunirse en la Sierra a comienzos de mayo, para analizar lo ocurrido y tomar las medidas necesarias para enfrentar lo que estaba por venir. Esa cita fue viva expresión de la naturaleza del liderazgo de Fidel, su aguda percepción del sentido de los hechos, de cómo interpretarlos y darles respuesta y orientación desde la perspectiva revolucionaria.

El análisis crítico del revés padecido fue exhaustivo. Se concluyó que hubo mala estimación del estado del ánimo existente en el pueblo; que se sobreestimó la fortaleza de la estructura urbana del Movimiento; que eso ocurrió por exceso de confianza y sectarismo de algunos de los responsables y que, pese a las recomendaciones de Fidel, no se coordinó previamente con las demás organizaciones revolucionarias, en particular con el Directorio 13 de Marzo y con el Partido Socialista Popular y su importante sector obrero. En el aspecto operativo, que la huelga no fue debidamente preparada y fue incorrecto convocarla sin revelar su fecha; que no se implementó debidamente la interrupción de la energía eléctrica y las comunicaciones, ni la paralización de gran parte del transporte público y que tampoco se preparó a las células urbanas para combatir coordinadamente en las calles.

Lo más importante de la reunión fueron las decisiones tomadas y su sentido estratégico. En primer lugar, unificar de una vez por todas el mando político y militar del Movimiento, que a partir de ese momento pasó definitivamente a la Sierra y, de hecho, Fidel Castro asumió como su Comandante en Jefe. Se revisaron a fondo las concepciones organizativas y de lucha, lo que incluyó concretar la unidad con todas

82. *Vid.* Fidel Castro: *Por todos los caminos de la Sierra, la victoria estratégica*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2010, pp. 5-8.

las fuerzas revolucionarias, reiterándose que el papel principal de las estructuras del Llano era el de apoyar a la Sierra –política, militar y logísticamente– y ayudar a fortalecer al Ejército Rebelde como principal medio de lucha. Además, ofrecerle clara explicación a todo el pueblo sobre las causas del fracaso de esa huelga –se perdió una batalla pero no la guerra–, y de lo que estaba por ocurrir en la siguiente etapa.

Como el *Che* lo observó en su diario de campaña, entre los dirigentes del Llano había compañeros políticamente más moderados que los de la Sierra. En la práctica, tras el fracaso de la huelga de abril la dirigencia menos radical del Movimiento –y con ella la opción de aceptar un arreglo con la vieja política– perdió ascendencia moral y autoridad política. En contraste, los objetivos y los dirigentes más revolucionarios del proceso incrementaron su liderazgo social. Fidel Castro en primer término.

En su alocución por Radio Rebelde –que pese a sus modestos recursos tenía altísima sintonía nocturna–, Fidel denunció las falsedades de la propaganda gubernamental y anticipó que “cuando se escriba la historia real de esta lucha y se confronte cada hecho con los partes oficiales del régimen, se comprenderá hasta qué punto la tiranía es capaz de corromper y envilecer las instituciones de la República”. Y tras aclarar que el fracaso de la huelga no abatió la moral combativa de los revolucionarios ni melló la del Ejército Rebelde, advirtió:

> El pueblo de Cuba sabe que la lucha se está librando victoriosamente […]; pero sobre todo, sabe el pueblo de Cuba, que la voluntad y el tesón con que iniciamos esta lucha se mantiene inquebrantable, sabe que somos un ejército surgido de la nada, que la adversidad no nos desalienta.[83]

La dirección del Movimiento fue informada de lo que estaba por suceder. Aunque el alto mando batistiano preparaba su mayor ofensiva contra la Sierra, los hechos mostrarían que el Ejército Rebelde tenía previsto lo necesario. Pese a que las fuerzas armadas batistianas llegaron a sumar 100 000 efectivos bien equipados, al momento de empezar esta operación no pudo mover más de diez mil. Los que, sin embargo, no pudieron vencer a 300 rebeldes parapetados en las alturas, provistos de un plan de resistencia escalonada y flexible que, con apoyo campesino, aprovechó eficazmente la configuración del terreno.

Al desatarse la ofensiva, aunque unas pocas veces el ejército logró penetrar hasta algunos puntos críticos, los rebeldes la contuvieron y poco después, en junio y julio, le impusieron costosas derrotas al enemigo en las batallas de Santo Domingo y El Jigüe, y a inicios de agosto le infligieron el descalabro de Las Mercedes, que

83. *Vid.* “Fidel Castro, Radio Rebelde y el poder de la verdad”, en *Cubadebate* del 14 de abril de 2017.

cambió definitivamente el curso de la guerra. El ejército batistiano cada día tuvo mayores bajas y pérdidas de armamento y ese mes el dictador previó un contragolpe rebelde y ordenó replegarse y reconcentrar fuerzas.

La captura de armas permitió equipar a más combatientes y a finales de agosto las columnas comandadas por el *Che* Guevara y Camilo Cienfuegos –tras la huella épica que los generales mambises Antonio Maceo y Máximo Gómez trazaron en 1895–, emprendieron la invasión rumbo al Occidente de la Isla. Las batallas que siguieron, como zancadas de la ofensiva estratégica desarrollada de inicios de septiembre al 1 de enero, incluyeron victorias de mayor magnitud, como las tomas de las ciudades de Santa Clara y de Yaguajay –muestras del extraordinario talento político-militar de ambos comandantes–, que precedieron su aproximación a La Habana.

El análisis de esa secuencia de acciones militares, así como de la masiva adhesión popular que las acompañó, no es materia de este libro. Tampoco la insurrección urbana prevista por Fidel, que se desató por toda la Isla tan pronto como las columnas rebeldes avanzaron hacia la capital, abriéndole a Camilo y el *Che* las calles de La Habana mientras Raúl y Fidel tomaban Santiago. El mejor recuento y examen de esos hechos está al alcance de los lectores en los dos apasionantes volúmenes de Fidel, antes citados.

Ocho meses después de fracasar la huelga de abril, en el último minuto de la agonía del viejo régimen, la cúpula militar y la vieja rosca política, en combinación con la fuga de Batista, simularon un golpe de estado para poner al país en manos de los poderosos de siempre, como en 1933. Por unas horas, se autodesignó un gobierno provisional; Prío Socarrás voló a La Habana tan rápido como pudo, pero Fidel llamó a la huelga nacional revolucionaria. El Ejército Rebelde capturó sin demora el armamento del ejército y de los paramilitares en desbandada y decidió, junto al pueblo sublevado, la cuestión del poder real.

La insurrección de las ciudades, remate previsto por Fidel desde su primer proyecto, selló el último capítulo de la guerra. Las decisiones que en las inmediaciones de Santiago él tomó entre la noche del 31 de diciembre y el amanecer del 1 de enero decidirían la historia cubana y repercutirían en la latinoamericana hasta la profundidad del siglo XXI.

La noche del 31 Fidel Castro alertó a la nación a través de Radio Rebelde diciéndole:

> Hoy vengo a decirle a nuestro pueblo que la Dictadura está vencida. Es posible que la caída de Batista sea cuestión ya de 72 horas. A estas horas luce evidente que el régimen no puede resistir por más tiempo. Las fuerzas que lo defienden se están resquebrajando en todas partes. El Ejército Rebelde tiene 10,000 soldados de la tiranía copados en la provincia de Oriente. Sin embargo, yo tengo que

hablarle hoy muy claramente al pueblo [...]. Hay muchos intereses que están tratando de evitar el triunfo pleno de la Revolución. Le quieren escamotear al pueblo y al Ejército Rebelde la victoria.

Temprano el 1 de enero, por la misma vía envió las siguientes órdenes a los comandantes y tropas del Ejército Rebelde: “Cualesquiera que sean las noticias procedentes de la capital, nuestras tropas no deben hacer alto al fuego por ningún concepto. […] La dictadura se ha derrumbado como consecuencia de las aplastantes derrotas sufridas en las últimas semanas, pero eso no quiere decir que sea ya el triunfo de la Revolución. Las operaciones militares proseguirán inalterablemente mientras no se reciba una orden expresa de esta comandancia, la que solo será emitida cuando los elementos militares que se han alzado en la capital se pongan incondicionalmente a las órdenes de la jefatura revolucionaria. ¡Revolución, sí; golpe militar, no![84]

84. Acela Caner y Eugenio Suárez: “Primero de enero de 1959: Esta vez sí que es una Revolución”, en periódico *Granma* del 31 de diciembre de 2015.

La fuerza de su poder e inmensa energía

Lo que en este libro toca apuntar es que esa coyuntura histórica se decidió precisamente por los medios que Fidel buscó articular desde los días en que concibió asaltar el Moncada. Además, que las vicisitudes de la lucha impulsada desde aquellos días hasta el colapso de la dictadura fue el ámbito en el que se aceleró la formación –en las ciudades y montañas– de la conciencia cívica y la ideología revolucionaria de los combatientes y de los diversos sectores ciudadanos, crecientemente organizados durante ese proceso, que permitió coronar el desenlace buscado, no apenas derrocando al tirano sino haciendo posible otro proyecto de país.

Por consiguiente, es preciso destacar el metódico modo de plantearse la guerra de liberación nacional como ámbito de formación de cuadros no solo militares sino políticos y sociales, y de incorporación de las familias y asentamientos campesinos a este proyecto nacional[85]. Con ello, desde finales de la guerra, muchos de los hombres y mujeres del Ejército Rebelde, y la mayoría de sus comandantes y capitanes, iban a ser los principales dirigentes del Estado y la sociedad cubanos y, sobre todo, los líderes de su transformación. Pero no solo por la victoria político-militar conquistada, sino por la cultura política y la capacidad organizativa desarrollada en colaboración con la gente del campo y de las ciudades, a lo largo de la construcción de esa victoria.

No obstante, como muchas veces advirtió Fidel, gobernar al país iba a ser más difícil que vencer la guerra. El primer año sería políticamente muy complejo. Las urgencias sociales destrabadas por la Revolución le sumaron presión adicional al compromiso de darle rápido cumplimiento al Programa del Moncada, frente a la resistencia de la oligarquía. El viejo aparato institucional del Estado, más las ambigüedades y escollos causados por la participación de personajes y hábitos de la vieja política, entrabó al gobierno revolucionario. La Revolución no podía realizarse a través de las estructuras y rutinas que el antiguo régimen había pautado para otros fines.

El presidente provisional designado por la Revolución, el exjuez Manuel Urrutia, representaba una actitud conservadora aunque honorable, reticente a las

85. Esto fue particularmente notable por la forma en que se practicó en el Segundo Frente Oriental “Frank País”, comandado por Raúl Castro, donde el territorio fue a la vez espacio de operaciones militares, de desarrollo social y de educación política.

innovaciones revolucionarias[86]. La gestión pública ganó vitalidad al asumir Fidel Castro el cargo de Primer Ministro, pero a los pocos meses Fidel renunció señalando las mediatizaciones y trabas generadas por el Presidente, lo que de inmediato desató protestas masivas que en horas hicieron dimitir a Urrutia. Lo remplazó Osvaldo Dorticós; Fidel volvió al cargo y el nuevo gobierno –o más exactamente el nuevo modo de gobernar– tomó impulso.

Pero lo más significativo de ese casi olvidado episodio no fue el contraste entre esas dos personalidades y visiones; fue la emersión política de los grandes cambios de conciencia que habían venido cuajando en la sociedad cubana, en la transición hacia una u otra de dos opciones: la de buscar una imaginaria versión "decente" del viejo régimen, versus la de crear *otro régimen*, capaz de resolver históricos reclamos sociales: justicia igual para todos, lucha contra la discriminación y la injusticia económica, lucha por los derechos sociales –alimentación, salud, vivienda, seguridad social, educación– y castigo ejemplar a los responsables de los crímenes de lesa humanidad y de corrupción.

La expansión y arraigo de esos cambios de conciencia, al impregnar el pensamiento de los sectores populares y contribuir a orientar y organizar su movilización, materializan sus ideas al convertirlas en fuerzas cuestionadoras de las estructuras del orden social, como alguna vez lo resumió –a sus 25 años– el joven Marx.[87]

Ese pueblo –que con su movilización masiva en esos primeros años sentó plaza como fuerza material hegemónica– decidió la disyuntiva entre esas dos alternativas, al establecer un precedente inolvidable, al exigir sancionar, de forma ejemplarizante, a los elementos criminales y funcionarios corruptos que tanto la vieja república como la dictadura habían prohijado. Al reclamo de enjuiciar sumariamente a los esbirros, a los responsables de crímenes de guerra y a los aviadores que diezmaron indiscriminadamente las poblaciones campesinas, se agregó la urgencia de recuperar de inmediato las fortunas malhabidas y extirpar la impunidad. Y con ello, la decencia efectiva llegó al poder.

Al comenzar 1960 la gestión de gobierno cumplía las acciones que la gente de clase media más reclamaba, como intervenir la compañía telefónica y reducir las

86. Urrutia fue uno de los magistrados de la Corte que en Santiago de Cuba juzgó a los insurrectos del 30 de noviembre y a los expedicionarios del Granma capturados. Se pronunció por su absolución sosteniendo que habían tenido derecho constitucional a rebelarse dado que tras el golpe de Batista el poder había sido usurpado de forma ilegítima. Motivo por el cual, más tarde, el MR 26-7, considerando el perfil moderado y apegado a la ley de ese magistrado, lo propuso como presidente provisional del futuro gobierno revolucionario. Aunque su oposición a la dictadura lo llevó al exilio, su carácter conservador y su preferencia por los ideales políticos de viejo cuño pronto lo convirtieron en un obstáculo para la gestión revolucionaria del gobierno.

87. En su *Crítica a la filosofía del derecho de Hegel*, de 1843.

tarifas de teléfonos y las de electricidad; y que la gente pobre de las ciudades exigía, como reducir drásticamente los alquileres y decretar que todo el pueblo podía disfrutar de las playas de la Isla. Y, por otro lado, asegurarse de que la reforma agraria también se hiciera realidad donde todos los latifundios del país, incluyendo los de propiedad estadounidense, mayormente grandes haciendas azucareras. Salvo la reforma agraria, aquellas aún eran iniciativas más paliativas que revolucionarias. No obstante, precipitaron enseguida la animadversión de la mayor parte de la burguesía local y las empresas norteamericanas. A quienes así perdían o podían perder lucrativas propiedades, acto seguido se agregaron los que con esto perdían viejas pretensiones de conseguirlas.

Las acciones que siguieron iban a ser más complejas, pero invariablemente fueron explicadas a la población. Tras meses de negociaciones infructuosas, el gobierno nacionalizó los latifundios de la entonces omnipotente *United Fruit Company*, que pocos años antes había dispuesto derrocar al gobierno revolucionario de Guatemala. Luego, en respuesta a los desacatos de algunas grandes compañías, se autorizó el control obrero de las empresas. Después, ante los incumplimientos de los consorcios petroleros norteamericanos, se procedió a intervenir las refinerías. A cada golpe, su contragolpe. En respuesta a la cancelación de la cuota asignada a Cuba para exportar azúcar al mercado estadounidense, se nacionalizó a las empresas norteamericanas. Lo que, a su vez, condujo a establecer el monopolio gubernamental de las importaciones y a nacionalizar los bancos estadounidenses. Y, poco después, a nacionalizar la banca cubana, apéndice de la norteamericana y, finalmente a nacionalizar las demás compañías estadounidenses.

En esa cadena de acontecimientos, cada acción estadounidense tuvo el propósito de castigar a Cuba por alguna iniciativa justa de su gobierno, creyendo que eso bastaría para doblegar a la Isla. Y cada acción cubana, por su parte, se adoptó en respuesta a la respectiva agresión norteamericana. El pueblo de la Isla cada vez apreció esos contragolpes como respuestas patrióticas a la prepotencia de quienes siempre se habían arrogado la facultad de sojuzgar a Cuba. Por lo tanto, esos contragolpes del gobierno revolucionario significaban recuperar la dignidad nacional. Los desplantes estadounidenses, lejos de intimidar al país no hicieron otra cosa que estimular el patriotismo cubano y con el tiempo le darían la dimensión conceptual del antimperialismo.

Así, a poco más de un año de la insurrección de las ciudades cubanas y la entrada el Ejército Rebelde a La Habana, el curso de la toma de decisiones social y económicamente necesarias para cumplir el programa del Moncada arribó a una zona de confrontación con la oligarquía estadounidense, además de la cubana. Aunque el objetivo de las medidas revolucionarias adoptadas en 1960 no era

provocar esas confrontaciones, para las élites de ambos países, que desde inicios del siglo habían entretejido relaciones de dominio y subordinación, el surgimiento de *un programa nacional* –emanado del pueblo cubano para resolver sus expectativas en una perspectiva de liberación– inevitablemente implicó asumir desgajamientos entre los intereses radicados en uno y otro país. En palabras de Fidel,

> […] el proceso se aceleró rápidamente como consecuencia de la agresiva política adoptada por el gobierno de Estados Unidos. […] A través de un proceso de medidas del gobierno de Estados Unidos y respuestas cubanas, en poco tiempo la mayor parte de las empresas norteamericanas en Cuba fueron nacionalizadas. A estas medidas siguieron otras de nacionalización de las principales empresas privadas cubanas, cuyos propietarios, como regla, hicieron causa común con la política norteamericana.[88]

El error de base en los subsiguientes agravamientos de las relaciones con Estados Unidos siempre provino de la arrogancia que de antaño daba por sentada una supuesta obligación de Cuba de plegarse ante cada gruñido imperial. Arrogancia instrumentada, además, por medio de la histórica existencia de una falange de cipayos –de varios orígenes de clase y ámbitos culturales– que, aunque oriundos de la Isla, compartían el tabú de que la subsistencia del país era imposible sin la tutela estadounidense y que ataron sus vidas a servir los intereses norteamericanos en el país. Con lo cual, Washington siempre dispuso de vasallos con quienes sabotear la gestión del gobierno revolucionario.

Con todo ello, dado que la nueva conciencia se convierte en fuerza al cuajar en formas de organización social, 1960 fue también el año de la puesta en marcha de esas grandes estructuras populares. Para empezar, las Milicias Nacionales Revolucionarias (MNR), expresión armada de todo el pueblo para defender, junto al Ejército Rebelde, la integridad de la soberanía territorial y popular amenazadas. Y en respuesta a los sabotajes contrarrevolucionarios, también el año de creación de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), que posibilitaron a los vecinos, amas de casa, discapacitados y jubilados ser también parte activa del pueblo organizado. Además, de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y de la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR), que asimismo incorporaron a esos dos grandes sectores a esa red de medios de participación, que articuló prácticamente toda la sociedad cubana.

En 1959 ya se había renovado el liderazgo de la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), en cuya dirección unos años antes la tiranía batistiana había impuesto a una banda de cipayos. Y a su vez, al calor de la reforma agraria,

88. Fidel Castro: Discurso por el XLII Aniversario del 26 de Julio, en 1995. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 215.

un congreso campesino había constituido la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP), que agrupó a los pequeños propietarios rurales de todo el país.

Así, observaría Fidel, de esa forma

> el pueblo no había recibido solo los beneficios de las leyes revolucionarias. Había conquistado […] el sentido pleno de la propia dignidad, a conciencia de su poder y de su inmensa energía. Por primera vez el obrero, el campesino, el estudiante, las capas más humildes del pueblo, ascendían a lugares cimeros de la vida nacional. […] Lo que la Revolución significó desde el primer instante para el decoro del hombre, lo que significó en el orden moral fue tanto o más que lo que significaron los beneficios materiales.

En esas circunstancias, destacó,

> La conciencia de clase se desarrolló en forma inusitada. Bien pronto los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales revolucionarios, tuvieron que empuñar las armas para defender sus conquistas frente al enemigo imperialista y sus cómplices reaccionarios. […]
>
> ¡Ah!, pero ya entonces las clases explotadas habían abierto los ojos a la realidad, habían encontrado al fin su propia ideología que no era ya la de los burgueses, terratenientes y demás explotadores, sino la ideología revolucionaria del proletariado […].[89]

89. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 47.

Como verdad comprobada

Por otra parte, 1960 fue también el año en el que más de un millón de ciudadanos, reunidos en asamblea en la Plaza de la Revolución, el 2 de septiembre aprobaron la primera Declaración de La Habana. Entendida en el contexto de los ásperos años de la Guerra Fría, no solo fue un pronunciamiento político de amplia relevancia internacional, sino otro hito del proceso de formación de la nueva cultura política cubana. Este documento se adoptó en repudio a una titulada "Declaración de San José", dictada poco antes en la Organización de Estados Americanos (OEA) al dócil coro de los cancilleres latinoamericanos de ese entonces, que allí adujeron que Cuba constituía "un peligro" para la seguridad del hemisferio, por su presunta cooperación con los planes soviéticos y chinos. Sin embargo, su valor trascendió y prosigue cuando ya nadie recuerda la resolución de San José.

De esa manera, el gobierno de Washington, además de auspiciar sabotajes en la Isla, había iniciado la operación publicitaria y diplomática encaminada a justificar el aislamiento del país, que poco después llegaría a la ruptura de las relaciones diplomáticas con Cuba de casi todos los gobiernos de la región, de esa forma cómplices en la subsiguiente entronización del bloqueo económico y político estadounidense. En otras palabras, ya en 1960 el gobierno norteamericano pasó a darle dimensión continental a lo que, en su origen, era una controversia bilateral. El motivo es claro; como Fidel mucho después lo resumió,

> La mera idea del ejemplo que significaría para América Latina una Revolución Cubana victoriosa, espantaba los círculos gobernantes yanquis; pero la nación cubana no tenía alternativa, el pueblo no quería ni podía detenerse. Nuestra liberación nacional y social estaban indisolublemente unidas, avanzar era una necesidad histórica, detenerse una cobardía y una traición que nos habría llevado de nuevo a ser una colonia yanqui y esclavos de los explotadores.[90]

Pero para el tema que aquí nos ocupa, la relevancia de la Declaración de La Habana está en que hizo patente, en la fecha en que se proclamó, el grado efectivo del desarrollo real alcanzado por la conciencia revolucionaria del pueblo cubano. En ese lapso –los 22 meses transcurridos del 1 de enero de 1959 al 2 de septiembre de 1960–, al calor de la participación de ese pueblo en los acontecimientos, se confirmó la validez de la tesis fidelista de la interrelación dialéctica entre los factores objetivos y subjetivos del desarrollo de la conciencia política y del papel protagónico del factor subjetivo dinamizado por la participación en la lucha. En este caso, en las contiendas por la liberación nacional y sus reivindicaciones y logros populares,

90. Fidel Castro: Informe ante el Primer Congreso del PCC, el 17 de diciembre de 1975.

como después en las luchas por la reforma agraria y en defensa de las nacionalizaciones.

Tras medio siglo de subordinación a la hegemonía estadounidense, de asimilación de sus valores, corrosión de la cultura cubana y destrucción de los cimientos de la nacionalidad, en esa fecha los cubanos condenaron la Declaración de la OEA por atentar contra la soberanía y dignidad de los pueblos del Continente, evocaron el latinoamericanismo liberador de José Martí y Benito Juárez, declararon el derecho de los pueblos a erradicar de una vez y para siempre el dominio explotador del imperialismo y las oligarquías, condenaron el intervencionismo estadounidense contra los pueblos latinoamericanos y los despojos de Texas, Puerto Rico y la Zona del Canal en Panamá. A partir de allí, la mirada de la Revolución se elevó al horizonte continental.

Además, el pronunciamiento aprobado por aclamación popular recalcó que todas las leyes revolucionarias cubanas se habían adoptado por determinación de su propio pueblo, reafirmó su decisión de avanzar en la construcción de una patria justa y soberana, aprobó el restablecimiento de las relaciones de Cuba con la Unión Soviética y con China, y acogió su apoyo a la Isla, a la vez que reiteró su amistad para el pueblo norteamericano –"el pueblo de los negros linchados, de los intelectuales perseguidos, de los obreros forzados a aceptar la dirección de gángsters"– y confirmó la decisión de trabajar por el común destino revolucionario de los pueblos de América Latina.

Evaluando ese hito varios años más tarde, el mismo Fidel estimó que

> Cuando la Declaración de La Habana condenaba la explotación del hombre por el hombre, y condenaba el colonialismo, y condenaba el imperialismo, y condenaba la explotación de un pueblo por las empresas monopolistas de otro país; cuando condenaba el latifundismo, cuando declaraba el derecho del hombre al fruto de su trabajo; cuando declaraba el derecho de los jóvenes a la educación; cuando declaraba el derecho de los campesinos a la tierra, sencillamente estaba convirtiendo en una declaración de principios muchas de las cosas que la Revolución había hecho, y al mismo tiempo estaba concretando en fórmulas las aspiraciones de la Revolución Cubana.[91]

Sobre ese mar de fondo, en 1961 prosiguió la acumulación de insólitas vivencias y de sus impactos en la conciencia popular. Por la parte cubana, ese fue el año de un acontecimiento insólito: la masiva movilización juvenil y de todo el pueblo que en menos de doce meses eliminó el analfabetismo en toda la Isla. Aparte del mérito de la realización de ese inmenso proyecto, llevarlo a cabo movilizando como alfabetizadores a centenas de miles de púberes y adolescentes –chicas y

91. Fidel Castro: Discurso por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 59.

chicos– hasta los sitios más recónditos del país demostró la extraordinaria confianza que las familias cubanas ya depositaban en las jóvenes autoridades revolucionarias.

No obstante, el acoso del gobierno norteamericano forzó los tiempos; lo que la dirigencia revolucionaria ya podía intuir para más adelante se precipitó al calor de los acontecimientos. Como dice Fidel, hasta aquellos momentos

> El programa del Moncada se cumplía rigurosamente en un tiempo relativamente breve. Privilegios e injusticias seculares iban siendo barridos. No era un programa socialista, pero contenía las ideas básicas para ulteriores avances en esa dirección. Si nosotros, los dirigentes principales, éramos de ideas y convicciones socialistas, con más precisión, marxista-leninistas, como hemos dicho muchas veces, la Revolución Cubana no lo era todavía.[92]

Sin embargo, por la parte estadounidense, en enero de 1961 la Casa Blanca rompió sus relaciones diplomáticas con Cuba y en abril arrojó la invasión de Playa Girón. Puesto que la hostilidad norteamericana y la escalada de acciones contrarrevolucionarias auspiciadas por el gobierno de Washington habían venido incrementándose a lo largo del año anterior, era de prever que más pronto que tarde culminarían en un acto intervencionista de ese tipo, modalidad ampliada de la intervención lanzada contra Guatemala siete años antes, en 1954.

Antes de que la brigada invasora desembarcase en bahía de Cochinos –avalando así un toponímico prexistente–, su aviación, enmascarada con insignias de la fuerza aérea cubana para simular una sublevación interna, bombardeó aeropuertos en La Habana y Santiago de Cuba, buscando destruir en tierra la pequeña fuerza aérea revolucionaria. Hubo víctimas civiles y algunos milicianos cayeron bajo el ataque. En el acto de duelo, ante la muchedumbre indignada y las milicias populares sobre las armas, Fidel y la multitud, declararon el carácter socialista de la Revolución. Y por esta definición del proceso revolucionario, dos días después las milicias populares enfrentaron y derrotaron a las tropas invasoras. Como años más tarde lo valoró Fidel,

> […] al día siguiente del traicionero bombardeo contra nuestras bases aéreas y vísperas de la invasión de Girón, el 16 de abril de 1962 y ante decenas de miles de milicianos armados, se declaró el carácter socialista de la Revolución. Si en la Sierra Maestra se combatió por el programa del Moncada, en Girón nuestro pueblo heroico derramó ya su sangre por el socialismo, y a la vista de una poderosa escuadra norteamericana a pocas millas de la costa, lista para intervenir.[93]

Sería ocioso especular sobre qué esa muchedumbre enardecida podía entonces entender por socialismo; en la práctica este concepto evolucionaría a lo

92. Fidel Castro: Discurso en Guantánamo por el XLII Aniversario del 26 de julio, en 1995. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 214.

93. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 215.

largo de las sucesivas experiencias, logros y rectificaciones del proceso cubano y de sus repercusiones internacionales. Pero de lo que no queda la menor duda es que, en esos días, más de medio siglo de propaganda anticomunista se acabó de ir por el caño, cuando ese propósito socialista fue parte sustancial del coraje combativo que el pueblo demostró al movilizarse en todo el territorio nacional en aquellas jornadas.

De unos hechos se desprenden los subsiguientes pues, como en el lenguaje de esa época lo reseñó Raúl,

> Con la Reforma Agraria, eliminado el latifundio y entregando la tierra a los campesinos y obreros agrícolas, concluimos la tarea antifeudal y democrática de la Revolución. Ya con la nacionalización de las empresas extranjeras […] Con la nacionalización de las grandes empresas nacionales, la Revolución entra definitivamente en la etapa socialista. Así, cuando en la tarde del 16 de abril de 1961, Fidel proclamó el carácter socialista de la Revolución, no hizo otra cosa que ponerle nombre a un niño que ya había nacido.[94]

Ello, inmerso en la permanente fusión del carácter social y la naturaleza patriótica del esfuerzo realizado, que Fidel sintetizó al acotar que, en consecuencia, "esta es ahora la patria de todos, porque la tierra es ahora la tierra de la patria, porque las industrias son ahora las industrias de la patria, y porque el fruto del trabajo del pueblo es ahora el fruto del pueblo, fruto para sus hijos […] para sus esposas".[95]

Todo lo transcurrido hizo ver, ya como verdad comprobada, que "la concepción de que la lucha misma forjaría en las masas la conciencia política superior que nos llevaría a una revolución socialista, ha demostrado en las condiciones de nuestra patria su absoluta justeza", como después Fidel concluyó.[96] Pasados varios años, al evaluar el significado ideológico y cultural de lo que esas primeras experiencias del proceso revolucionario hicieron constatar, él agregaría otro aspecto medular del asunto:

> Ninguna victoria moral pudiera compararse a esta en el camino de nuestra Revolución. Porque ningún pueblo en América había sido sometido por el imperialismo a un proceso tan intenso de adoctrinamiento reaccionario, de destrucción de la nacionalidad y sus valores históricos; a ninguno se le deformó tanto durante medio siglo. Y he aquí que ese pueblo se yergue como un gigante

94. Raúl Castro: Discurso en Santiago de Cuba por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En *Vencimos porque luchamos*, p. 13.

95. Fidel Castro: Discurso en La Habana por el VIII Aniversario del 26 de julio, en 1961. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 77.

96. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 45.

moral ante sus opresores históricos y barre en unos pocos años toda aquella lacra ideológica y toda la inmundicia del maccarthismo y el anticomunismo.

En la lucha aprendió a conocer a sus enemigos de clase internos y externos y en ella conoció a sus verdaderos aliados externos e internos.[97]

[97] Ibíd., p. 47.

Asimilarlos a la política correcta

Al celebrarse 15 años de la victoria de Girón –y quince de haberse declarado socialista la Revolución–, Fidel explicó su modo de concebir al socialismo en unos términos que seguramente el pueblo miliciano que ganó esa victoria ya entonces hubiera compartido, al explicar que

> La máxima escala del pensamiento político se alcanzó cuando algunos hombres tomaron conciencia de que ningún pueblo y ningún hombre tenían derecho a explotar a otros, y que los frutos del esfuerzo y de la inteligencia de cada ser humano debieran alcanzar a todos los demás; que el hombre, en fin, no tenía por qué ser lobo sino hermano del hombre. Esa es la esencia básica de los postulados del socialismo.[98]

Aun así, más de una vez él insistiría en que si bien el socialismo es producto de las vicisitudes, anhelos y experiencias de la historia humana en general, en lo que toca a la cultura política cubana, su vocación socialista es producto del devenir de su propia gente, de su tradición de pensamiento y lucha por la identidad e independencia de la nación y las reivindicaciones sociales de su pueblo. Sobre el primer aspecto, repitió que

> La Revolución Cubana es el resultado de la acción consciente y consecuente ajustada a las leyes de la historia de la sociedad humana. Los hombres no pueden hacer la historia a su capricho. […] Pero el curso revolucionario de las sociedades humanas tampoco es independiente de la acción del hombre; se estanca, se atrasa o avanza en la medida en que las clases revolucionarias y sus dirigentes se ajustan a las leyes que rigen sus destinos. Marx, al descubrir las leyes científicas de ese desarrollo, elevó el factor consciente de los revolucionarios a un primer plano en los acontecimientos históricos.[99]

Enseguida de lo cual agregó, en lo que atañe al otro aspecto de ese razonamiento, que

> La fase actual de la Revolución Cubana es la continuidad histórica de las luchas heroicas que inició nuestro pueblo en 1868 y prosiguió después infatigablemente en 1895 contra el colonialismo español; de su batallar constante contra la humillante condición a que nos sometió Estados Unidos, con la intervención, la enmienda Platt y el apoderamiento de nuestras riquezas que redujeron a nuestra

98. Fidel Castro: Discurso en la sesión solemne de constitución de la Asamblea Nacional del Poder Popular, el 2 de septiembre de 1976. Puede consultarse en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1976/esp/f021276e.html

99. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 39.

> patria a una dependencia yanqui […]. Nuestra Revolución es también el fruto de las heroicas luchas de nuestros obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales, durante más de 50 años de corrupción, y explotación burguesa y dominio del imperialismo que intentó absorbernos culturalmente y destruir los cimientos de nuestra nacionalidad; es fruto de la ideología revolucionaria de la clase obrera.

Tras lo cual, desde una visión más abarcadora de la evolución moral, política e ideológica de la historia cubana, volvió al tema del aprovechamiento de la maduración de las condiciones objetivas y el impulso al desarrollo de sus factores subjetivos, entrelazándolos al manifestar que

> Sin la prédica luminosa de José Martí, sin el ejemplo vigoroso y la obre inmortal de Céspedes, Agramonte, Gómez, Maceo […] sin los extraordinarios descubrimientos científicos de Marx y Engels, sin la genial interpretación de Lenin y su portentosa hazaña histórica, no se habría concebido un 26 de julio.
>
> Martí nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre, su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de julio. […] Céspedes nos dio el sublime ejemplo de iniciar con un puñado de hombres, cuando las condiciones estaban maduras, una guerra que duró 10 años.[100]

Pero, como Fidel en ese momento se lo recordó a aquel auditorio, los tiempos que hoy corren son otros, y esto obliga a considerar las nuevas condiciones y exigencias de la cuestión por resolver. Así que añadió: “la Revolución ahora ya no podía tener el mismo contenido que en 1868 y 1895. Había transcurrido más de medio siglo. A la cuestión de la soberanía popular y nacional se añadía con toda su fuerza el problema social”. Aspecto al cual, en el siglo XX, ya era indispensable agregar la fuerte gravitación del imperialismo. Y por esto, Fidel después agregaría:

> Las circunstancias históricas en que se desarrolló nuestra lucha demostraron que no podía siquiera calificarse de revolucionaria, si no era antimperialista y, además, socialista. Solo el socialismo podía unir tan estrechamente a las grandes masas del pueblo para liberar la gigantesca batalla moral, política, económica y social que teníamos por delante, así como para estar dispuestos a liberarla en el terreno militar si el país era invadido. Era necesario conquistar toda la justicia, como había dicho Martí a Juan Gualberto Gómez. Solo el socialismo como régimen político, económico y social podía aportar toda la justicia.[101]

---

100 Ibíd., p. 40.

101 Fidel Castro: Discurso por el XLII Aniversario del 26 de Julio, en 1995. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 215.

Unir a las mayores masas del pueblo a favor de una gesta tan grande como esa requiere superar las causas de división de la patria para movilizar al conjunto del interés general de la nación en esa lucha por "toda la justicia". Desde los más tempranos años de la Revolución, Fidel procuró posicionar su modo de concebir el socialismo en el ámbito más incluyente de todo el pueblo, y por eso planteó:

> Antes las clases reaccionarias organizaban a la colectividad en la medida de sus intereses y para la defensa de sus intereses. […] La Revolución no. […] Porque debe haber un solo interés, no interés de grupos, no interés de clases, no interés de particulares. Debe haber un interés por encima de todos los demás, y ese es el interés colectivo, el interés de todos, el interés que encierra el derecho y la aspiración de cada uno de nosotros.[102]

Este modo de concebirlo es consistente con el concepto de "pueblo", que ocho años antes Fidel había descrito en *La historia me absolverá* cuando, al abordarlo en términos más clasistas, no por eso dejó de corresponder a una concepción martiana y por ello más incluyente, que no se restringe a una sola clase. Como referencia, aquí recuerdo a pie de página ese párrafo de aquel alegato y programa.[103]

Si bien en términos clásicos la revolución es anhelo y obra del pueblo trabajador, la visión fidelista, como visión emancipadora que al propio tiempo aspira a culminar el proyecto de nación antes frustrado por la intervención imperialista, a la vez involucra a un arco social más abarcador, el de todos los cubanos de buena fe. Y, unos años más tarde, el interés de toda la humanidad.

Como oportunamente lo recordó Carlos Rafael Rodríguez, en 1961 –poco después de la victoria de Playa Girón y en el apogeo de la campaña de alfabetización–, al concluir tres animadas reuniones con una amplia representación

---

102. Fidel Castro: Discurso por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En *Victoria de las ideas*, p. 78.

103. Tal como Fidel en 1953 lo escribió en *La historia me absolverá*,

> "Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, no le íbamos a decir: "Te vamos a dar", sino: "¡Aquí tienes, lucha ahora con toda tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad!" *Vid.* Marilys Sánchez Pupo: "El concepto martiano de pueblo", en *Radio Rebelde*, el 23 de junio de 2003. Puede consultarse en www.radioreblede.cu/noticias/comentarios/comentarios1-230608html

de los escritores y artistas cubanos, Fidel pronunció sus conocidas *Palabras a los intelectuales*, donde sostuvo que

> La Revolución no puede renunciar a que todos los hombres y mujeres honestos, sean o no escritores o artistas, marchen junto a ella. La Revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo; a contar no solo con los revolucionarios, sino con todos los ciudadanos honestos que, aunque no sean revolucionarios, es decir, aunque no tengan una actitud revolucionaria ante la vida, estén con ella.[104]

En esa lógica, ahí también afirmó que "la Revolución solo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente contrarrevolucionarios", porque debe aspirar a que no solo marchen junto a ella los revolucionarios, sino también "a que todo el que tenga dudas se convierta en revolucionario", porque la Revolución nunca debe renunciar a contar con la mayoría del pueblo". Concepción que él seguiría madurando, pues el siguiente 26 de julio la complementó al añadir que

> Es imprescindible que el pueblo comprenda […] que el socialismo es la aspiración de una sociedad más justa, sin explotadores ni explotados, pero que el socialismo no es una sociedad exclusivista […], que el socialismo es la aspiración a que todo hombre y toda mujer tenga la oportunidad de vivir decorosamente y que, por tanto, todos los hombres y todas las mujeres honrados de un país caben dentro del socialismo. Y todos los hombres y todas las mujeres honrados del país pueden ayudar a hacer el socialismo.[105]

Esta visión abarcadora es intrínsecamente contraria a toda forma de sectarismo. Por eso Fidel desde el comienzo le asignó un relevante papel a la educación política de la masa revolucionaria, concebida en su naturaleza plural como masa de todo el pueblo. Su naturaleza desborda la base clasista exclusiva –y excluyente– que suele atribuirse a la revolución socialista y busca que esta se proyecte asimismo como revolución de todo el pueblo. Así lo él afirmó, poco después de declarar socialista al proceso cubano, al señalar que

> La Revolución, representativa de los intereses fundamentales de la clase obrera y de la clase campesina, tiene que comprender perfectamente que la Revolución es un proceso, que en ese proceso debe tratar de sumarse a la mayor parte posible de los elementos medios de la población. […] El tratamiento con esas capas debe ser un tratamiento correcto, un tratamiento político y un tratamiento inteligente para asimilarlas a la Revolución.

Incorporar a este sector social, y con este a los sectores profesionales, a la intelectualidad, es una necesidad y objetivo social y políticamente indispensables.

---

104. *Vid.* "La cultura es ante todo una forma de vida", en *La Jiribilla*, 833, del 19 de agosto al 1 de septiembre de 2017.

105. Fidel Castro: Discurso por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 62.

Además, se debe comprender que también “hay una gran capa de la población que vive del pequeño comercio, de la pequeña industria, del trabajo por cuenta propia, de talleres propios […] y la Revolución debe tener con esas capas de la población una política inteligente y una política correcta”.[106] En otras palabras,

> Eso quiere decir que nosotros tampoco debemos imponerles a los demás nuestras ideas por la fuerza, sino que nosotros debemos conquistar a los que no comprenden nuestras ideas, conquistarlos por la persuasión y por la razón. […] Nosotros tenemos que aspirar a que todo hombre humilde, todo hombre explotado, todo hombre honrado, comprenda nuestras ideas y apoye nuestras ideas.[107]

Al respecto, hizo una referencia irónica sobre quienes –incluso de buena fe–, al calor de la excitación revolucionaria, demandan llevar las nacionalizaciones más allá de lo políticamente racional y “meterle mano” también a las pequeñas empresas. Un extremo que, por lo contrario –como él lo explicó–, “sería lo más contrarrevolucionario”, porque eso convierte en enemigos de la Revolución a “sectores que la Revolución debe tener y mantener al lado suyo, hasta que hayan sido asimilados por la Revolución”. Asimilarlos es la política correcta, por cuanto no debe perderse de vista que

> Nuestra batalla fundamental es contra los grandes intereses imperialistas, los grandes intereses monopolistas que quieren aplastar a la Revolución y que frente a esos grandes intereses la Revolución debe ofrecerles un sólido frente interno de lucha.[108]

Acerca de lo cual luego inmediatamente preguntó: ¿por qué decimos esto aquí? A lo que en el acto respondió: porque “este es un problema que no basta que lo conozcan los dirigentes, sino que lo conozcan las masas; debe ser también una política de masas, puesto que nada pueden hacer los dirigentes de una revolución si las ideas de la revolución no se convierten en conciencia de las grandes masas revolucionarias”.[109]

106. Ibíd., p. 61.

107. Ibíd., p. 60.

108. Ibíb., p. 62.

109. Ídem.

El principal recurso disponible

Tan temprano como en 1960, Fidel ya le había señalado a la dirigencia sindical del país que

> Una revolución es un hecho complejo y difícil y que tiene, además, la virtud de ser una gran maestra, porque nos va enseñando sobre la marcha, y sobre la marcha va fortaleciendo la conciencia del pueblo, y sobre la marcha nos va enseñando qué es una revolución.[110]

Por consiguiente, que no es correcto interpretar y conducir el acontecer revolucionario a través de un esquema preestablecido y único, sino que sobre la marcha es necesario aprender del mismo, observar, pensarlo y crear –y cada vez que sea el caso también rectificar–, sin demoras en el esfuerzo por ampliar la formación de la cultura política de todo el pueblo. Al respecto, posteriormente afirmó que

> La Revolución es un proceso […]. El socialismo es un régimen económico y social que se alcanza a través de un proceso, no se logra por decreto. […] Entre otras cosas, la Revolución es un proceso de educación del pueblo, es un proceso de formación de conciencia revolucionaria.[111]

Porque si "hay algo que tienen las revoluciones […] es lo que enseñan, lo que se aprende en las revoluciones, lo que hemos aprendido nosotros y lo que podrán aprender muchos con nuestra experiencia".[112]

Ese aprendizaje viene de las experiencias del pueblo, que durante sus luchas ha alcanzado los conocimientos y la capacidad de organizarse, que acto seguido le hacen posible defender y darle sentido a su revolución, tras haberse convertido en una fuerza capaz de discernir, pensar, decidir y gobernar. Al cabo de todo ello cabe plantearse la siguiente pregunta acerca de las relaciones entre este pueblo y su proyecto político:

> ¿Ha impuesto el Gobierno Revolucionario el socialismo por la fuerza, o es el socialismo una consecuencia de la revolución de un pueblo que aspira a la justicia?

110. Fidel Castro: Discurso en el acto con la CTC revolucionaria en el teatro Blanquita, La Habana, 24 de febrero de 1960.

111. Fidel Castro: Discurso por el VIII Aniversario del 26 de Julio de 1961. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 59.

112. Fidel Castro: Discurso en Santiago de Cuba por el XI Aniversario del 26 de Julio, en 1964. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 169.

> […] Es la consecuencia del convencimiento de un pueblo, es la consecuencia de la persuasión del pueblo, es la consecuencia de la educación del pueblo.[113]

Lo que en ningún caso puede entenderse bajo el supuesto de que en ese proceso formativo la masa popular pudiera aceptar un papel pasivo, mucho menos tratándose de "un pueblo como este […] que es a la vez forjador y producto de la Revolución".[114] Forjador y producto no solo frente a la necesidad y el deber de superar las escuelas históricas del colonialismo y el subdesarrollo, sino también ante la incesante hostilidad del imperialismo. Dicho lo cual, Fidel vuelve a preguntarnos y contestar

> ¿Por qué hay un Gobierno Revolucionario en el poder? ¿Y cómo podría haber llegado al poder ese Gobierno Revolucionario sin el pueblo? ¿Y cómo habría podido resistir y mantener el poder ese Gobierno Revolucionario? […] Algunos se preguntarán cómo se sostiene el Gobierno Revolucionario. […] ¡Porque el poder es la fuerza del pueblo!, porque el poder son las armas del pueblo! [115]

No solo en las primeras décadas del proceso revolucionario, sino después de haber transcurrido más de medio siglo de una Revolución comprobadamente capaz de sostenerse y renovarse a sí misma, incluso en las circunstancias más adversas, la respuesta aflora en toda su extensión al constatarse que

> El poder revolucionario no es producto de una imposición, el poder revolucionario no es producto de un golpe aventurero, el poder revolucionario no es producto de un cuartelazo; el poder revolucionario es producto de un largo proceso de lucha, el poder revolucionario es la culminación de un anhelo grande de todo nuestro pueblo, que comenzó a luchar desde el siglo pasado.[116]

Con lo cual, concluye el examen dejando categóricamente esclarecida una cuestión crucial:

> El poder, ¿qué es el poder? ¿Qué es este poder ni ningún poder? ¡Es la voluntad del pueblo encaminada en una dirección, aunada en un sentimiento, marchando por un mismo camino! Es este poder tan simple como tan indestructible el poder del pueblo. ¡Ese sí es poder! ¡Y ese es el que nos interesa! [117]

---

113. Fidel Castro: Discurso por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 60.

114. Fidel Castro: Discurso en La Habana por el X Aniversario del 26 de julio, en 1963. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 136.

115. Fidel Castro: Discurso en Santiago de Cuba por el XI Aniversario del 26 de Julio, en 1964. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 169.

116. Fidel Castro: Discurso por el VIII Aniversario del 26 de Julio, en 1961. En Victoria de las ideas, t. 1, p. 87.

117. Fidel Castro: Discurso por el XVII Aniversario del 26 de Julio, en 1970. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 377.

Constituido así el poder revolucionario –y con ello el Estado y el gobierno revolucionarios–, tocó realizar su proyecto, del Programa del Moncada en adelante, con los recursos entonces disponibles y los que enseguida urgiría acopiar o crear para emprender iniciativas de aun mayor alcance. En breve fueron evidenciándose graves carencias para poder superar, con la rapidez deseada, los retos del desarrollo integral y sostenible. Si bien a inicios de los años 50 la Cuba prerrevolucionaria contaba con suficientes recursos humanos y materiales para implementar un progreso elitista para la clase dominante, carecía de cuadros y dirigentes, técnicos, económicos y administrativos para sostener un gran proyecto de desarrollo masivo y diversificado a escala nacional. Bajo el régimen previo, en el país había más de un millón de analfabetos.

Situación que enseguida agravó por efecto de la agresividad imperialista, la intensa campaña de sustracción de técnicos, profesionales y administradores por el gobierno de Estados Unidos y los consorcios propietarios de las empresas nacionalizadas y la rápida reducción del acceso a recursos materiales por la continuada extensión del bloqueo económico imperial.

En Washington y entre los cipayos reagrupados en Miami se daba por sentado que eso bastaría para hacer colapsar al gobierno revolucionario. Supuesto que, pese a fracasar, enseguida dio pie a decisiones políticas adicionales que, a través del bloqueo, seguirían agregándose durante los decenios. Las sanciones económicas, que en las circunstancias de la Cuba prerrevolucionaria en pocos días hubieran derribado a cualquier gobierno, le causaron cuantiosos daños al país, pero ante la Revolución no obtuvieron lo contrario, reforzar el componente patriótico de la nueva conciencia popular. En esos primeros años, ¿qué sostuvo a la economía cubana?

Como sabemos, Cuba es una isla con limitados recursos minerales y energéticos. Aparte de la tierra agrícola, el principal recurso del que se podía disponer para sustentarse y avanzar en la economía y el desarrollo material era la inmensa abnegación y creatividad del propio pueblo trabajador, y de los profesionales que permanecieron leales al país y a su gente. Ese fervor, invertido en jornadas extraordinarias de trabajo, compensó muchas insuficiencias técnicas. Incluso en los momentos más difíciles, ese pueblo demostró ser capaz de realizar proezas creativas tan intrépidas como la de poner en marcha la sofisticada planta metalúrgica de Moa, abruptamente abandonada por los técnicos norteamericanos cuando estaban próximos a concluirla[118]. De allí que pocos años después de la Declaración de La Habana Fidel pudo encomiar

118. Operación concebida por el entonces ministro de Industrias, Ernesto *Che* Guevara, quien la dirigió a la cabeza un grupo de ingenieros cubanos.

> Esa característica esencial del movimiento revolucionario [que] es hoy también la característica esencial de nuestra Revolución: la confianza del pueblo en sí mismo, la fe del pueblo en su causa, la convicción del pueblo de que no habrá dificultad, por grande que sea, que no logremos vencerla.[119]

Naturalmente, en esas palabas no solo hay la satisfacción de constatar esa realidad, sino el propósito de alentar el estado de ánimo que la sostiene. Esa disposición popular derriba obstáculos y abre puentes al camino de la Revolución, pese a las limitaciones internas, las reticencias de algunos y la hostilidad del imperialismo. Incluso podrá, algo después, suscitar ilusiones –"errores de idealismo", las llamará Fidel–- que, de manera temporal, harían creer que incluso se podía avanzar más allá, o más rápido, de lo que la realidad puede permitir y sostener.

De hecho, la mayor parte de esa masa de cuadros y militantes revolucionarios, animada por su entusiasmo y disposición para el heroísmo, carecía de la formación tecnológica requerida para dirigir con eficacia la creciente variedad de empresas nacionalizadas o de nueva creación. Como tampoco la indispensable para instrumentar la sostenibilidad y ampliación de la economía nacional, ante las crecientes demandas de una población que ya superaba el desempleo y la marginalidad, ni para resolver la rápida desaparición de las anteriores fuentes de créditos y abastecimientos, cercadas por el bloqueo estadounidense. Con lo cual, las capas medias empezaron a conocer las escaseces que por siglos habían sido habituales en la vida de los cubanos pobres.

119. Fidel Castro: Discurso en Santiago de Cuba por el XIV Aniversario del 26 de Julio. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 283.

Una ventana en la correlación de fuerzas

Desde el inicio, Fidel Castro y sus compañeros previeron un factor estratégico de su proyecto, el de la capacitación o autocapacitación de su pueblo para asimilar y desarrollar los conocimientos y tecnologías requeridos para impulsar el potencial productivo del país. Desde 1960, Fidel sostuvo que para desarrollarse Cuba tenía que convertirse en una sociedad de hombres y mujeres de ciencia. Como unos años después lo reiteró, en "este mundo pobre, este mundo estancado, solo se podrá librar de sus miserias con la aplicación de la técnica y la ciencia. ¡Y si queremos cumplimentar este principio solo con la Revolución podrán aplicar la técnica y la ciencia en su provecho!".[120]

Temprana prueba de esa certidumbre fue la admirable Campaña de Alfabetización de 1961, inmediatamente seguida por las campañas para llevar a todos los trabajadores a los niveles escolares de sexto y noveno grados y para adquirir formación técnica. A fines de 1962 dos tercios de los cubanos cursaban algún tipo de estudios. Los frutos de esa revolución cultural hoy son ampliamente reconocidos, pero tomaría bastante más tiempo satisfacer el rápido aumento y diversificación del consumo popular propiciado por el propio proceso revolucionario.

Como lo explica José Luis Rodríguez[121], la política inicial de la Revolución incluía metas inmediatas de multiplicar la oferta de empleos, construir grandes proyectos de viviendas populares y satisfacer otras apremiantes necesidades sociales, de salud, escuelas y transporte público. Su estrategia económica aspiraba a diversificar la agricultura y sustituir importaciones con vistas a lograr una industrialización acelerada, capaz de construir maquinarias y asegurar el desarrollo material de la Isla. Sin embargo, esa estrategia no avanzó al ritmo deseado y Fidel reconoció que la capacidad cubana de ahorro interno no alcanzaba para sostener ese género de desarrollo: requería financiamiento externo y niveles más especializados de capacitación de los trabajadores.

En 1963, continúa Rodríguez, se implementó la estrategia de crear condiciones para impulsar la industrialización a partir de los recursos ya disponibles, esto es, aumentar la producción exportable de azúcar e incrementar el desarrollo de la agricultura no azucarera, prioritariamente la ganadería y la producción de

120. Fidel Castro: En la clausura del XI Congreso Médico Nacional, el 26 de febrero de 1966. En *Fidel soldado de las ideas*, en www.fidelcastro.cu/es/

121. "La economía internacional y el pensamiento económico de Fidel Castro", en *Cubadebate* del 5 de diciembre de 2016.

alimentos. En enero de 1965, Fidel confió en que el fortalecimiento de la agricultura podía dar base al progreso económico e industrial del país.[122]

A esto se sumó la previsión de obtener recursos financieros del exterior negociando con la URSS la alternativa de asegurar la exportación de azúcar en condiciones bastante más favorables que las del mercado mundial, a lo que se le agregaría un plan encaminado a incrementar la producción azucarera hasta diez millones de toneladas en 1970, proyecto de cuya frustración hablaremos más adelante.

Eso explica el énfasis que Fidel le dedicó ya no solo a fortalecer la conciencia revolucionaria, sino en la formación cultural, científica y tecnológica de la población como imperativos de la lucha para superar el subdesarrollo heredado del régimen oligárquico y neocolonial. No es posible alcanzar el socialismo sin capacitarse, cultural y organizativamente, para garantizar tanto el incremento de la producción destinada a satisfacer las necesidades y expectativas sociales, como el crecimiento de la capacidad para reinvertir excedentes, para asegurar futuros crecimientos y diversificaciones de esa capacidad, para el pueblo cubano y para sostener la solidaridad internacional.

Lo que estaba y aún está de por medio no solo es robustecer los frutos de la Revolución, sino la viabilidad de la propia nación frente a las incertidumbres y riesgos del entorno mundial, dominado por las grandes potencias y minado por el subdesarrollo, el injusto orden económico internacional, el consumismo y la contaminación ambiental. Por eso, indicó Fidel, el proyecto revolucionario debe asumirse con una visión bastante más amplia, la de la capacitación del país para subsistir, autodeterminarse y dar sostenibilidad a sus expectativas, pues

> Cuando nosotros hablamos de revolución, cuando hablamos de independencia, cuando hablamos de patriotismo, no solo nos referimos a la cuestión elemental de la justicia social, porque ya el hombre ha ganado suficiente conciencia como para saber que la explotación del hombre por el hombre tiene que acabarse. Nos referimos incluso a la posibilidad de que una nación pueda vivir.[123]

Por otra parte, la supervivencia del proyecto debía pasar por la cuestión del indispensable abastecimiento material y económico de recursos del exterior, en particular los más urgentes: obtener los combustibles, piezas de repuesto y armamento indispensables para eludir al bloqueo y resistir a las amenazas

122. Fidel Castro: Discurso pronunciado el 2 de enero de 1965. En http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1965/esp/f020165e.html

123. Fidel Castro: Discurso a los obreros de la Fundición Huachipato, Concepción, Chile, el 17 de noviembre de 1971. En www.cuba.co/gobierno/discursos/1971/esp/f171171e.html

militares.[124] En las circunstancias de la rivalidad bipolar entre las grandes potencias mundiales –tal como esta se manifestaba al inicio de los años 60–, la coyuntura le deparó a la Revolución una oportunidad providencial: las primeras colaboraciones de la Unión Soviética y de la República Popular China. En ese primer momento, el suministro de petróleo soviético tras la supresión de la venta de combustibles norteamericanos a Cuba, y la compra de azúcar cubana luego del cierre del mercado estadounidense.

Hasta entonces, el trayecto de la Revolución Cubana no había cruzado caminos con los países del socialismo "realmente existente" de esa época. Como ya vimos, antes de 1959 los dirigentes del MR-26-7 no habían tenido ni el menor contacto con aquellos países. Esa relación surgió después de la victoria y resultó providencial al desatarse la agresividad norteamericana. Naturalmente, ese respaldo abrió a la naciente Revolución la posibilidad de disponer de medios con qué adelantar sus proyectos más allá de sus límites iniciales. De no haber sido así, Cuba se habría visto en situación más vulnerable y con posibilidades más limitadas.

Por otra parte, años después, el subsiguiente crecimiento y ramificación de las relaciones con la Unión Soviética y el campo socialista conllevaría influencias y compromisos que, a su vez, tendrían otras consecuencias en el interior de la gestión revolucionaria cubana. Muy oportunas frente al agobiante imperativo de enfrentar el acoso militar, económico y político norteamericano, y ante la necesidad de conseguir recursos para el desarrollo material, esas secuelas inevitablemente ocasionarían dependencia económica e, incluso, iban a dificultar, en ciertas áreas y momentos, la autonomía de algunas decisiones políticas.

Con frecuencia, gobernar también implica optar entre inconvenientes, pero lo principal siempre fue asegurar la subsistencia y continuidad de la Revolución. Fidel no por eso mitigó, sino que acentuó su decisión de confirmar la naturaleza nacional y patriótica del proyecto cubano y, sobre esto, más de una vez recordó que

> El mundo en que esta larga lucha de 36 años ha tenido lugar […] no lo diseñamos nosotros, estaba diseñado ya el primero de enero de 1959. Pero a nadie debe caberle la menor duda de que existiera o no la URSS y el campo socialista, nosotros habríamos atacado el Moncada, habríamos desembarcado en el Granma, habríamos alcanzado el Primero de Enero y habríamos luchado en Girón.
>
> Cuando Maceo protestó en Baraguá, cuando Martí desembarcó en Playitas, cuando el ejército mambí llevó a cabo la gloriosa Invasión, cuando Cuba luchó sola contra 300,000 soldados españoles, no existían la URSS ni el campo socialista.[125]

124. Inicialmente Cuba buscó adquirir armas en Europa Occidental; por ejemplo, fusiles de fabricación belga. Ese proyecto quedó interrumpido tras el sangriento sabotaje de la CIA al buque La Coubre, anclado en el puerto de La Habana, a inicios de 1960.

125. Ibíd., pp. 215-216.

Como tampoco por ello hizo a un lado su conclusión –y su aspiración– de que si Cuba había podido realizar la revolución que tanto entusiasmo encendía entre las jóvenes izquierdas latinoamericanas, de igual modo cabía alentar similares revoluciones en varios de los demás países de la región. Una idea cuya fuerte consistencia moral compartió la generalidad de los cuadros y dirigentes cubanos y muchos latinoamericanos. Convicción que –al menos durante el mandato de Nikita Jruschov en la URSS– también alcanzó a la política regional soviética que, al demostrar su apoyo a la Revolución cubana, hizo concluir que un nuevo factor objetivo modificaba la situación internacional. Aunque antes toda revolución latinoamericana nacía inevitablemente amenazada de intervención indirecta o directa –como en Bolivia y en Guatemala–, ahora se hacía posible contar con el respaldo soviético.

En otras palabras, en esos años la balanza mundial de la correlación de fuerzas objetivamente había cambiado, una vez que la URSS ya podía actuar a este lado del Atlántico. Ante ese hecho, cabía alentar la revolución latinoamericana y esto indujo a proyectar sobre la diversidad de las geografías y naciones de nuestra América los valores y arrestos insurgentes que el pueblo cubano había demostrado en su isla. Así, a comienzos de esa etapa, el 26 de julio de 1963 Fidel expuso que, luego de que en Cuba se hizo una revolución que nadie iba a hacer por cubanos,

> hemos encontrado […] el apoyo de circunstancias favorables, el apoyo y la ventaja del extraordinario cambio en la correlación de fuerzas, el apoyo de la Unión Soviética y de todo el campo socialista [por lo cual hoy] nosotros sabemos, por experiencia y por convicción que el pueblo que haga lo que ha hecho el pueblo cubano tendrá el apoyo decidido de la Unión Soviética y de todo el campo socialista.[126]

Conclusión que, a su vez, confirmaba la certidumbre fidelista de que debía darse mayor vigencia ética y estratégica al principio y la práctica del internacionalismo –del que se recibe solidaridad y al que se le ofrece–. Sobre esto, años después él afirmó que “fueron dos factores decisivos en la consolidación de la Revolución: la doctrina revolucionaria y su aplicación intransigente y consecuente, y la solidaridad internacional”.[127]

La cuestión, sin embargo, sería saber en qué grado, forma y tiempos la dirigencia política soviética estaría dispuesta a sostener esa solidaridad y afrontar sus costos. Los años mostrarían que la colaboración de la URSS estaría condicionada no solo a la distancia geográfica, sino también a otras circunstancias.

---

126. Fidel Castro: Discurso por el X Aniversario del 26 de Julio, en 1963. En *Victoria de las ideas,* t. 1., p. 137.

127. Fidel Castro: Discurso por el XIX Aniversario del 26 de Julio, en 1972. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 11.

Si bien su ayuda iba a mantenerse por cerca de 20 años más, no en cada caso sería la deseada, ya sea en razón de las coyunturas domésticas de ese país o sus problemas en otras áreas del mundo. Aunque a escala mundial existía un cambio de la correlación de fuerzas, sus efectos no debían sobreestimarse. Unos años después así lo mostraron los contragolpes que el imperialismo le asestó a la revolución dominicana de 1965 y a la chilena en 1973 y su capacidad para revertir otros procesos.

Por un lado, la experiencia enseñó que también el imperialismo aprende de sus contratiempos y derrotas. Por otro, el ritmo de crecimiento y la pujanza alcanzada por la URSS tenían límites. La certidumbre con que Nikita Jruschov anunciaba que en pocos lustros los indicadores económicos soviéticos superarían a los norteamericanos no se confirmó y, como más tarde se vería, en tiempos de Brezhnev la Unión Soviética empezó a experimentar dificultades para sostener el necesario ritmo de desarrollo de sus fuerzas productivas y algunos de los costos de su política exterior.

No obstante, incluso así, tras el ejemplo de la Revolución cubana ya en ningún lugar las realidades y opciones de nuestra época iban a poder valorarse como antes. Ciertamente, cada revolución resulta de procesos que vienen de sus propios antecedentes histórico-culturales, que en cada coyuntura permiten evaluar las debilidades y fortalezas de sus adversarios, y decidir su curso a partir de la creatividad, la destreza política y la audacia de sus respectivos liderazgos. A partir de sus logros y consiguientes propuestas, la Revolución cubana cambió la visión del mundo que antes se daba por ya determinada y abrió una diversidad de puertas que hoy a cada uno le toca pulsar y trasponer según los alcances de sus respectivas condiciones, creatividad y coraje.

El deber de hacer la revolución

La Segunda Declaración de La Habana constituyó la primera expresión pública y masiva de la decisión de Fidel Castro y sus compañeros de promover la revolución latinoamericana. La aprobó una multitud de más de un millón de cubanos, congregados en la Plaza de la Revolución el 4 de febrero de 1962. Fue la respuesta popular a una resolución de la VIII Reunión de Cancilleres de la OEA, celebrada en Costa Rica, que la semana anterior había acordado excluir a Cuba del sistema interamericano, alegando que este es “incompatible” con el marxismo-leninismo.

Esta Segunda Declaración, por el modo de razonarla, lenguaje y énfasis ético tiene visible impronta fidelista y recuerda el vigoroso pero claro estilo de *La historia me absolverá*. Tras un emotivo preámbulo martiano, plantea un análisis de la explotación de los pueblos de nuestra América por los sucesivos colonialismos, la dureza de su actual situación y la aleccionadora experiencia de las luchas de sus pueblos por emanciparse y realizar sus esperanzas. Caracteriza estas luchas como parte del movimiento de los pueblos dependientes y colonializados –cuyo auge estaba en ascenso–, esto es, como manifestación de un “fenómeno de carácter universal que agita al mundo y marca la crisis final del imperialismo”.

Ese texto no solo refleja su época, sino que presenta consideraciones y propuestas que no han dejado de tener vigencia o la han recuperado en nuestra actualidad. Un texto por eso trascendente, si bien algunas de sus frases conserven el lenguaje de cuando se escribió. A partir de las realidades que examina, hace ver que a las oligarquías locales y al imperialismo los junta y los mueve el miedo, y que sus iniciativas contrarrevolucionarias son producto de ese temor. Pero “no el miedo a la Revolución Cubana; el miedo a la revolución latinoamericana”. Es decir, “a que los obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales y sectores progresistas de las capas medias tomen revolucionariamente el poder”. Los mismos que los asustan en el siglo XXI.

En consecuencia, afirma, ya es hora de abrirle caminos a esa nueva etapa de la historia de nuestra América, como lo previó José Martí, una vez que “en muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable”. Aclara que este hecho no viene de la voluntad de nadie, sino que “está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados”. Por eso, “frente a la acusación de que Cuba quiere exportar su revolución, respondemos: las

revoluciones no se exportan, las hacen los pueblos. Lo que Cuba puede dar a los pueblos, y ha dado ya, es su ejemplo".

A ese respecto, la Declaración pregunta y responde "¿qué enseña la Revolución Cubana? Enseña que la revolución es posible, que los pueblos pueden hacerla, que en el mundo contemporáneo no hay fuerzas capaces de impedir el movimiento de liberación de los pueblos". En estas condiciones de sufrimiento, inconformidad y rebeldía populares, sostiene más adelante,

> […] las condiciones subjetivas de cada país –es decir, el factor conciencia, organización, dirección– pueden acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo; pero tarde o temprano, en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.
>
> Que esta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de los revolucionarios; depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad.

Debatir de nueva cuenta este párrafo ahora, al concluir la segunda década del siglo XXI también ofrece mucho que aprender.

La Declaración no prescribe determinadas vías de lucha ni algún tipo de organización; antes bien afirma que *muchas formas de lucha son posibles* y que lo necesario es procurar su cooperación y unidad, rechazando todo tipo de dogmas o sectarismos. Y agrega: "La revolución es en la historia como el médico que asiste el nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los aparatos de fuerza, pero los usa sin vacilaciones cada vez que sea necesario para ayudar al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor".

Así, en tiempos como estos

> El deber de todo revolucionario es hacer la revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo. El papel de Job no cuadra con el de un revolucionario. Cada año que se acelere la liberación de América, significará millones de niños que se salven para la vida, millones de inteligencias que se salven para la cultura, infinitos caudales de dolor que se ahorrarían los pueblos.

Por lo tanto, prosigue, es necesario pensar y organizarse para lograrlo. Llamado al que, de inmediato, sigue el poderoso párrafo final, donde la Declaración proclama que esa etapa de nuestra historia común ha llegado,

> Porque esta gran humanidad ha dicho "¡Basta!" y ha echado a andar. Y su marcha de gigantes ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. ¡Ahora, en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera, irrenunciable independencia!

Consecuentemente, expresa la convicción de que Latinoamérica cruzaba una coyuntura especial debido, en esta región, a la crisis de los regímenes oligárquicos y, a escala mundial, al ascenso del movimiento anticolonial. Asimismo, al cambio de la correlación de fuerzas, lo que le daba a esa oportunidad un sentido inmediato, incompatible con la tradición de "acumular fuerzas" y –como Job– por tiempos más propicios. No es el espíritu de la Segunda Declaración de La Habana leerla y recogerse a esperar.

En ese contexto global, la mayor manifestación pública del empeño en superar las reticencias de las izquierdas tradicionales y pasar a impeler la revolución. Un primer llamado a los dirigentes latinoamericanos de más bríos a iniciarla sin mayor demora surgió el siguiente año, en el discurso que en 1963 Fidel Castro pronunció en el noveno aniversario del 26 de Julio.

De nueva cuenta, reafirmó su convicción de que en gran parte de nuestra América hay los factores objetivos que hacen posible y demandan emprender la revolución. Además, reiteró que en ese momento en el mundo ya tenía lugar un cambio de la correlación de fuerzas que permitía afirmar que enseguida de tomar el poder cada revolución recibiría apoyo de los países del campo socialista. Por consiguiente, volvió a señalar que "la Revolución Cubana abrió las perspectivas de la lucha en numerosos países de este continente", y reiteró que con esto ella "desarrolló un camino, una experiencia y un ejemplo, que si se comprende cabalmente habrán de ser muy útiles a otros pueblos de América Latina".[128]

Allí Fidel retomó –ahora a escala continental– la cuestión de las condiciones objetivas y subjetivas que en Latinoamérica hacen necesaria, factible y deseada la revolución. Pasando revista a las realidades del Continente afirmó:

> En muchos países de América Latina las condiciones prerrevolucionarias son incomparablemente superiores a las que existían en nuestro país; hay países de América Latina saqueados y esquilmados por los monopolios y por las oligarquías, donde las masas hambrientas y desesperadas esperan la brecha para irrumpir en la historia.
>
> Y el deber de los revolucionarios es abrir esa brecha; el deber del revolucionario no es solo el estudio de la teoría; […] no consiste solo en aprender y conocer y sentir la convicción de una concepción de la vida, y de la historia y de la sociedad

128. Fidel Castro: Discurso en La Habana por el X Aniversario del 26 de Julio, en 1963. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 137.

> revolucionaria, sino también en la concepción de un camino, de una táctica, de una estrategia que conduzca al triunfo de esas ideas.[129]

Y acto seguido añadió: “mas ese camino no se abre solo, ese camino tienen que abrirlo los combatientes revolucionarios”.

En lo que de veras importa, la sustancia de esos dos últimos párrafos –y de la frase que los remata– continúan vigentes. Tras la retracción y el colapso soviéticos se cerraron las condiciones mundiales de aquella correlación de fuerzas y, por consiguiente, el enfoque metódico que ahora cabe darle a su interpretación. En las condiciones de esa época, Fidel desarrolló la argumentación apropiada a aquel momento, pero en nada ha dejado de ser cierto que Latinoamérica está plagada de indignantes miserias y sumisiones, y que sus pueblos esperan ver abrirse la brecha por donde irrumpir en la historia y es a los revolucionarios a quienes toca destrabar el camino para que eso no demore en suceder.

El adversario que él ataca es el inmovilismo. En consecuencia, es en este sentido que ahora corresponde entender y aprovechar el párrafo que siguió a los anteriores, donde Fidel reiteró que

> Ese es el deber de los revolucionarios, y no esperar hasta las calendas griegas para ver si los caminos se abren solos […] el deber de los revolucionarios, sobre todo en este instante, es saber percibir, saber captar los cambios de correlación de fuerzas que han tenido lugar en el mundo, y comprender que ese cambio facilita la lucha de los pueblos. El deber […] de los revolucionarios latinoamericanos no está en esperar que el cambio de correlación de fuerzas produzca el milagro de las revoluciones sociales en América Latina, sino aprovechar cabalmente todo lo que favorece al movimiento revolucionario […] ¡y hacer las revoluciones! [130]

Más adelante, al realizar un balance de las condiciones existentes y de sus necesidades y posibilidades, él se preguntó cuál es la situación de América Latina, para concluir que es “la de un continente en crisis, un continente donde la revolución es inevitable”. Sin embargo, aclaró que al hablar de Latinoamérica en términos generales no pensaba que en todos los países las condiciones sean iguales, sino que se refería a aquellos donde las oligarquías han impuesto un poder de hierro sobre las masas explotadas y los caminos están cerrados para el pueblo.[131]

Pero, en lo que concierne a estos países más oprimidos, Fidel advirtió que sería una gravísima responsabilidad dejar pasar la oportunidad histórica que en ese entonces esta realidad deparaba. Si tal cosa ocurre, agregó, la culpa de que esas condiciones puedan desperdiciarse y esta oportunidad no se aproveche como se

---

129. Ibíd., p. 136.

130. Ídem.

131. Ibíd., p. 137.

debe no la tendrá ningún otro partido o Estado revolucionario y ciertamente no la tendremos nosotros, pues

> la tendrán los revolucionarios de cada país, porque es a los revolucionarios de cada país a quienes les corresponde hacer la revolución en cada país.
>
> Donde los revolucionarios no sepan cumplir el deber, solo ellos serán responsables ante sus pueblos, solo ellos serán culpables ante la historia, porque es a ellos a quienes les compete decidir y actuar.[132]

Al llevar esa advertencia aún más allá, como él mismo lo hizo al reiterarla tres años después, le agregó un enfoque crítico que constituye un reto, más que una recriminación, al afirmar que

> Si a mí me preguntan cuáles son los más importantes aliados del imperialismo en América Latina, yo no diría que son los ejércitos profesionales, yo no diría que es la Infantería de Marina yanqui, yo no diría que son las oligarquías ni las clases reaccionarias, yo diría que son los pseudorrevolucionarios.

Pero si bien comentó que “pseudorrevolucionarios hay muchos, charlatanes hay muchos, farsantes, embaucadores, de todos tipos”, inmediatamente destacó que los revolucionarios son otros, porque los “revolucionarios de convicción, que sienten profundamente una causa, una idea, que conocen una teoría y son capaces de interpretar esa teoría acorde con las realidades”, esos son los revolucionarios.[133]

Si la práctica es el criterio de la verdad, los siguientes años serían su banco de pruebas.

---

132. Ídem.

133. Fidel Castro: Discurso por el XIII Aniversario del 26 de Julio, en 1966. En *Victoria de las ideas*, t. 1, pp. 256-257.

En tanto lucha, se forma

No obstante, este no era el único género de problemas. También había otros, especialmente el de la unidad entre las diferentes fuerzas revolucionarias, a consecuencia de controversias ideológicas y discrepancias estratégicas y no pocas veces por rivalidades entre diferentes liderazgos políticos y hasta personales. Pero entre los problemas que más obstaculizaron la unidad de las fuerzas progresistas y revolucionarias descolló uno muy relevante,

> algo que no se ha mencionado o apenas se menciona, y que hizo mucho daño al movimiento revolucionario en América Latina: la división entre prosoviéticos y prochinos. Eso dividió a toda la izquierda y a todas las fuerzas revolucionarias en el momento histórico en que existían las condiciones objetivas y era perfectamente posible el tipo de lucha que el Che fue a promover allí.[134]

Aun así, durante aquella época siempre hubo una constante que Fidel no dejó de indicar: la de que él estaba convencido de que en la mayoría de los países de Latinoamérica había condiciones para hacer la revolución y de que "si esas revoluciones no se hacen en esos países es porque falta la convicción en muchos que se llaman revolucionarios". Para eludir esa responsabilidad "se suelen utilizar a algunas frases, algunos clichés, y los clichés a veces hacen más daño que el mismo imperialismo", porque "matan el espíritu de los revolucionarios, los adormecen".

Y uno de los clichés más repetidos, acota, es ese que alude a las condiciones objetivas y las subjetivas, para alegar que faltan las segundas. Un flojo pretexto, porque

> Si ese esquema se hubiera aplicado [en Cuba], jamás se hubiera hecho aquí Revolución, jamás. Las condiciones objetivas eran malas, desde luego, pero son todavía mucho peores en la mayor parte de los pueblos de América Latina [y] no existían esas llamadas condiciones subjetivas de conciencia en el pueblo. Bien arreglados habríamos estado si para hacer una Revolución socialista nos hubiésemos tenido que dedicar a catequizar a todo el mundo con el socialismo y el marxismo para después hacer la revolución.[135]

Por grande que sea el tamaño de las dificultades, la incidencia de factores divisionistas y el lastre de los elementos seudorrevolucionarios, no faltarán fuerzas para superarlos,

---

134. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 343.

135. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 255.

> […] siempre y cuando haya hombres con esas convicciones –aunque sea un puñado de hombres– allí donde se dan las condiciones objetivas para la Revolución, habrá revoluciones. Porque las condiciones objetivas las hace la historia; pero las condiciones subjetivas las crea el hombre.[136]

Incluso después del repliegue y debacle de la URSS y las llamadas democracias populares y del consiguiente final de aquella correlación de fuerzas temporalmente favorable a las revoluciones, la fuerza de las convicciones fidelistas permaneció firme, así como el pensamiento que las sostenía. En su visión del factor subjetivo –el poder de las convicciones frente a los avatares imprevisibles– es un rasgo constante de su concepción de las relaciones entre la teoría y la práctica –y de sus consecuencias–, así como de su liderazgo frente a los más diversos riesgos y oportunidades.

Además de actuar conforme a un proyecto basado en el análisis de determinada situación y sus posibilidades, la obstinada fuerza de la convicción que de esto resulta no se deja abatir por adversidades imprevistas. Así, a las puertas del Moncada, un hecho fortuito precipita disparos que alertan al cuartel y destruyen el factor sorpresa; la guarnición impone su superioridad de fuerzas y el asalto fracasa a altísimo costo. Pero Fidel –y con él sus seguidores– no desiste de la certidumbre de que su proyecto es acertado. Después, al encallar el Granma en un punto equivocado de la costa, con tan graves consecuencias, Fidel no pierde su fe en la certeza del proyecto y en tres años él y sus compañeros convertirán aquel desastre en una histórica victoria definitiva.

Esa tenacidad de las convicciones viene de una confianza vigorosamente fundamentada, no solo en las ideas y el debido análisis de las posibilidades de la realdad examinada, sino en su identificación personal con las potencialidades de la gente, de sus compañeros y su pueblo. Al fin de cuentas, como antes lo citamos, Fidel siempre dijo que “no hay mejor maestro de las masas que la misma revolución”, ni mejor motor de las revoluciones que la lucha de las masas contra sus explotadores, así que la participación en el proceso es quien forma la conciencia revolucionaria. Por lo mismo, concluye que

> El revolucionario tiene que actuar con ese sentimiento de las masas, con ese sentido que tiene de la explotación que sufre, de las necesidades que padece. Y el verdadero revolucionario no espera que esos llamados factores subjetivos se den de una manera cabal. […]
>
> Lo interesante de un proceso revolucionario es que en la medida que lucha, que avanza, interpretando realmente las leyes de la sociedad humana, interpretando

136. Ibíd., p. 257.

> las necesidades y los anhelos de las masas, va creando la conciencia revolucionaria.[137]

No obstante, ese modo de pensar no se vinculó únicamente a las condiciones y objetivos de aquellos años. Cuarenta años después y en las condiciones de otra época, Fidel mantuvo esa fuerza de las ideas y, pese a lo mucho que desde entonces había transcurrido, la volvió a reafirmar en los siguientes términos:

> Hay factores de orden subjetivo que pueden cambiar la historia. A veces existen condiciones objetivas para los cambios revolucionarios y no se dan las condiciones subjetivas. Fueron los factores de carácter subjetivo que inciden extraordinariamente en los acontecimientos los que impidieron que realmente, en aquella época, no se extendiera la revolución.[138]

Razonamiento al que enseguida adicionó que la limitación no radica en el modo de lucha propuesto, dado que para los "países donde las oligarquías han impuesto un poder de hierro [y] los caminos están cerrados para el pueblo".

Lo que, a su vez, igualmente significa que en los demás países, donde no impera ese tipo de régimen político cerrado y represivo, es preciso desplegar e innovar otras formas de lucha, cuestión que él luego ilustró con diversos ejemplos, tanto verbales como prácticos. Lo que obviamente no desdice la tesis básica de que en tanto se lucha la conciencia revolucionaria se forma, asimismo cuando ese proceso se desenvuelve a través de las distintas formas de lucha políticas y culturales, no militares. Como ocurre de igual modo después de que la guerra revolucionaria alcanza la victoria, cuando la lucha por el desarrollo socialista prosigue de otras formas.

Dos de esos ejemplos –que no fueron los únicos– aparecen al referirle a Ignacio Ramonet que él y sus compañeros cooperaron con el proyecto sudamericano que el *Che* intentó iniciar formando un primer frente en Bolivia, recuento en el cual Fidel hace una afirmación adicional, al referir que

> Sí, cooperamos con el Che, compartíamos sus puntos de vista. Che tenía razón en aquel momento. Entonces se habría podido extender la lucha, lo creo con franqueza. En aquella época, 1968, todavía no había surgido Torrijos en Panamá. Se producen igualmente otros fenómenos, el triunfo de Allende en Chile en 1970, y comienzan a restablecerse las relaciones con Cuba.[139]

Como antes dijimos, el compromiso de apoyar el proyecto del *Che* en Argentina databa de cuando él se sumó, en México, a los preparativos del Granma. Sin embargo, dado que en estas líneas se alude a su proyecto suramericano, aquí

137. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 256.

138. Ibíd., p. 336.

139. Ídem.

cabe una breve digresión para situar esta referencia en su contexto, puesto que dos páginas después Fidel agregó:

> Cuando el Che, impaciente, quiere ir a cumplir su misión, le digo: "No están preparadas las condiciones". No quería que él fuera a Bolivia a organizar un grupo pequeño, sino que esperara a que estuviera organizada la fuerza. […] Yo decía: "El Che es un jefe estratégico, debe ir a Bolivia cuando ya esté desarrollada una fuerza suficientemente sólida y probada". Él estaba impaciente, pero no existían aún las condiciones mínimas imprescindibles.
>
> Le propongo ir al África para una importante tarea, mientras se creaban las condiciones mínimas en Bolivia para iniciar una lucha cuyo objetivo fundamental era su patria: Argentina, para lo que después sería una lucha más amplia en la región.[140]

140. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 338.

Mala, muy mala, la indigencia mental

Décadas después de esas palabras, tras varios años de desaparecida la Unión Soviética, en dos oportunidades Fidel hizo un par de comparaciones que facilitan concluir este aspecto del asunto. Al contrastar el cuadro político de los países del Este europeo con el proyecto cubano, él puntualizó que

> El socialismo no vino aquí por clonación, ni por inseminación artificial. Aquí fue muy distinto, y eso hay que tenerlo en cuenta cuando se compare a Cuba con el resto de los procesos o intentos de construcción del socialismo en los países del Este de Europa, que ahora están intentando construir el capitalismo.
>
> A pesar de la evolución histórica, del desarrollo de la sociedad humana y de las tendencias que más influyen e incluso determinan sobre ella, hay factores de carácter subjetivo que inciden extraordinariamente en los acontecimientos, retrasando o adelantando, a veces, el curso probable de la historia.
>
> En el caso de Cuba, no hay la menor duda de que una combinación de factores objetivos y subjetivos aceleraron el proceso revolucionario y de cambios en nuestro país.[141]

Entre esos factores sobresalen los de carácter nacional y patriótico. En Cuba, la Revolución fue la vía que permitió culminar, desde el seno del propio país, el proceso anticolonial y reivindicativo de la liberación nacional y la independencia republicana, que medio siglo antes fuera cercenado por la invasión estadounidense y luego, una vez más, al frustrarse la Revolución de 1933.

La revolución es un fenómeno que, en determinadas circunstancias, puede producirse y sostenerse en una sociedad; en este caso de una sociedad concreta que pelea por su liberación nacional. Ese fenómeno requiere de cierto marco social e histórico particular que conjunta las condiciones –objetivas y subjetivas– para ello puede cumplirse. Eso probablemente fue parte de lo que Fidel tenía en mente al explicarle al pueblo revolucionario cubano los procesos políticos que en un momento dado venían dándose en dos países de la región: Panamá al inicio de 1976 y Nicaragua en 1979.

Al presentar ante el aguerrido pueblo de Santiago de Cuba al general Omar Torrijos, Fidel anticipó que no diría un discurso radical sino mesurado, debido a la situación que venía dándose en su país. “El tipo de problema que tiene Panamá es […] duro, difícil y complejo, y por eso este es un tipo de lucha que se gana no solo con valor –el valor es imprescindible, insustituible–, sino también con inteligencia”.

141. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, pp. 326-327.

Explicó que ese era un país pequeño cortado por la mitad no solo por el Canal interoceánico, sino por la franja de territorio que lo circunda, ocupado por 14 bases militares norteamericanas.

"¿Cómo compensar los factores adversos de esa lucha? –se preguntó– ¿Cómo luchar contra un poderío tan grande, contra un imperio prepotente que hasta hoy se creyó dueño de este hemisferio?" ¿Panamá sola, en términos de fuerza? No que no pueda tenerla –agregó– "y no quiere decir esto que ningún pueblo renuncie a ella cuando no quede más remedio. Pero la fuerza es siempre el último remedio cuando no se pueden reivindicar los derechos por otros caminos".[142]

Continuó diciendo que la fuerza que Panamá podía darse era la de concitar el apoyo latinoamericano y mundial, por lo cual su gobierno "necesita mantener una política internacional dirigida a buscar apoyo y solidaridad de todos los países del mundo […] aun de gente que a nosotros no nos gusta". Porque la lucha de los pueblos oprimidos contra el imperialismo no se libra en un pedazo de tierra, como el de Guantánamo o la Zona del Canal, sino a escala mundial "con las armas adecuadas a cada caso".

Por consiguiente, afirmó, más que liberar un pedazo de tierra o una zona, "lo que importa es la liberación del continente". En tanto el mundo se libere, los imperialistas no podrán seguir haciendo lo que les dé la gana. Por eso, nuestra batalla no es ahí en el terreno militar por un pedazo de tierra, sino "con el movimiento revolucionario mundial, para derrotarlos políticamente, para derrotarlos ideológicamente; y cuando son agresores y no queda más remedio, derrotarlos también militarmente". Porque

> Cada situación y cada problema en concreto requiere una estrategia y requiere una política y la política hay que hacerla mirando a largo plazo, luchando donde hay que luchar, con inteligencia. […] Es por eso que cada país y de acuerdo al carácter de su problema, tiene que establecer su estrategia y su táctica de lucha inteligente, que lo conduzca a la victoria.

En Panamá hay un proceso revolucionario importante, puntualizó más adelante. Pero ese proceso no es ni puede ser igual que el nuestro "porque ellos tienen el problema número uno: la soberanía del país". Ellos requieren resolver ese problema antes de enfrentar otros. Por eso "tenemos que acostumbrarnos a ver todos esos procesos en su complejidad". Aunque allá la situación no es como en Cuba, allí "hay un movimiento de liberación nacional en Panamá; de rescate de la

142. Fidel Castro: Discurso en el acto de homenaje al general Omar Torrijos, en la Ciudad Escolar 26 de Julio, el 12 de enero de 1976. En www.cuba.cu/gobierno/dicursos/1976/esp/f12011976e.html

soberanía y de progreso social. Y eso es, en realidad, un buen camino, que tiene en cuenta las circunstancias peculiares del país".

Pocos años después, Fidel comparó algunas características de la Revolución cubana con otras de la entonces incipiente Revolución sandinista y, al respecto, hizo algunas observaciones adicionales que continúan y complementan lo anterior. Al referirse a la Revolución de Nicaragua, afirmó:

> Son dos revoluciones profundas, en muchas cosas iguales y en muchas cosas diferentes, como tienen que ser todas las revoluciones verdaderas.
>
> […] Cada país tiene su camino, tiene sus problemas, tiene su estilo, tiene sus métodos, tiene sus objetivos. Nosotros los nuestros, ellos los suyos. Nosotros lo hicimos de una manera, nuestra manera, ellos lo harán a su manera.[143]

Lo que además lo llevó a señalar que "los sandinistas son revolucionarios […] pero no son extremistas, son realistas. Y de la madera de los realistas se hacen las mejores revoluciones".[144] Frase, esta última, en la que sobresale el concepto de *realismo* que, desde fines de los años 70, como veremos, él emplearía con frecuencia.

Vale vincular dichos comentarios de Fidel con una premisa que él antes había destacado en otro contexto, al sostener que

> En un mundo de países de distintos niveles de cultura, de distintos niveles de desarrollo, de distintas magnitudes políticas, para lo pueblos –especialmente para los pueblos pequeños– es muy importante el principio del pensamiento propio, del desarrollo de las ideas revolucionarias con pensamiento propio.[145]

En otras palabras, liberarse del colonialismo o el neocolonialismo no es solo un proceso político, social y económico, sino asimismo un proceso de emancipación psicológica, intelectual, cultural y moral. Además, un proceso que no puede limitarse a romper anteriores cadenas de sujeción. También es necesariamente un reto constructivo, donde nuevas habilidades y aportaciones productivas deben remplazar antiguos componentes y cadenas de componentes, puesto que lo que no es remplazado, de manera eficaz, reincide, ya sea por acción u omisión. Por ende, a despecho de todas las dificultades y obstáculos, liberarse exige producir nueva capacidad de pensar, sentir y crear. Como Fidel lo expresó en 1970,

> Las revoluciones se hacen para crear lo que no existe. Y muchas veces hay que hacerlo sobre las bases de la pobreza, de miseria, del subdesarrollo.

---

143. Fidel Castro: Discurso en el aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, en Holguín, en 1979. En *Victoria de las Ideas*, t. 2, p. 166.

144. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, pp. 174-175.

145. Fidel Castro: Discurso en Santa Clara por el XII Aniversario del 26 de Julio, en 1965. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 237.

> Los imperialistas no nos dejaron un paraíso. Los imperialistas no nos dejaron los conocimientos técnicos, no nos dejaron una industria ni una economía desarrolladas, no nos dejaron un pueblo culto sino la realidad de un país donde el analfabetismo alcanzaba el 30 %.[146]

Por lo tanto, desde los primeros meses de la Revolución en el poder Fidel, presintiendo el complejo panorama de la lucha contra el subdesarrollo, insistió en que

> El futuro de nuestra patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia, tiene que ser un futuro de hombres de pensamiento, porque precisamente es lo que más estamos sembrando, lo que más estamos sembrando son oportunidades a la inteligencia, ya que [gran] parte de nuestro pueblo no tenía acceso a la cultura, a la ciencia.[147]

Bajo el acicate de su propia dinámica, en su quinto y sexto años, la Revolución ya no solo estaría reclamando mejorar la gestión económica, satisfacer demandas sociales más complejas y masificar la formación de especialistas, cuadros y dirigentes. Para conseguirlo se hacía necesario profundizar el debate interno y discutir tanto ideas propias como recomendaciones foráneas sobre cómo organizar la puesta en práctica de la política económica de un país en transición al socialismo.

Como Fidel lo recalcaría, las revoluciones no solo erradican injusticias, sino que, a su vez, deben crear lo que antes no se tenía, cosa que exige aprender, adaptar e inventar opciones, discutir alternativas, pues la investigación y el debate son indispensables al proceso creativo. Como más tarde lo reseñó Fernando Martínez Heredia,

> […] en los años ’63 y ’64, cuando la escolaridad promedio de los cubanos era de dos grados y medio y tres de Primaria, cuando apenas organizábamos el nuevo Estado, dirigentes de la Revolución debatieron en las revistas importantes de La Habana sobre los problemas principales de la construcción económica, en el fondo estaban analizando cómo debía ser el socialismo en Cuba.[148]

Es decir, para la dirigencia y el pueblo revolucionarios, ni discutir ni polemizar implicaba dividir las fuerzas de la Revolución. Antes bien, confrontar las posibles alternativas era necesario para resolver el interés compartido de sopesar opciones y encontrar soluciones comunes. Fidel dejó fluir ese debate –en el que participaban dirigentes de la talla de Ernesto *Che* Guevara y Carlos Rafael Rodríguez– sin

146. Fidel Castro: Discurso por el XVIII Aniversario del 26 de Julio, en 1971. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 383.

147. Fidel Castro: Discurso en la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, por el XX Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba, el 15 de enero de 1960.

148. Enrique Ojito: “Fernando Martínez Heredia: Ni conde ni marqués”, en *Cubadebate* del 13 de junio de 2017.

inclinarlo con su peso político a favor de alguna de las partes. Sin embargo, invariablemente insistió en su llamado a impulsar la capacidad revolucionaria de aprender y crear, siempre desde la perspectiva nacional-liberadora de la cuestión, repitiendo que

> Debemos ser un pueblo que desarrollemos al máximo nuestra capacidad de pensar. Creo que ese es un deber, no solo de nuestro pueblo, sino de cualquier pueblo, porque la naturaleza, la geografía, […] la historia, las tradiciones, las costumbres, no han hecho dos países exactamente iguales. Y cada país tiene sus peculiaridades, cada país tiene sus problemas propios. Malo es intentar imponerle a nadie un patrón de pensamiento, […] imponerle a los demás las soluciones que han demostrado ser buenas para nosotros. Pero malo, muy malo, es ese espíritu de indigencia mental de quien ha sido incapaz de crear.[149]

Esta alusión suya critica sin disimulo a quienes –-de dentro y de afuera– en aquellos días aspiraban a sobreponerle a la Revolución cubana determinados dogmas del credo soviético sobre cómo pensar y dirigir "correctamente" la construcción del socialismo.

149. Fidel Castro: Discurso en Santa Clara por el XII Aniversario del 26 de Julio, en 1965. En *Victoria de las ideas*, t. 1, pp. 236-237.

Ni calco ni copia

Fidel destacó que, además, la Revolución aún debía superar otro tipo de dificultades, que no eran ya las que venían del bloqueo imperialista ni del atraso técnico o la escasez de los medios disponibles, sino las propias de una generación formada bajo los cánones y modelos de las antiguas ideas y costumbres. No todo nuestro pueblo –apuntó– ha desarrollado todavía los principios, valores y costumbres que deben expresar y dinamizar la sociedad que buscamos crear. No olvidemos que las generaciones anteriores y

> […] toda la generación que vive en nuestro país en el momento en que triunfa la Revolución, es una generación formada por completo bajo la influencia de las ideas y los métodos y los sentimientos del capitalismo. Y aun en nuestros propios sectores obreros muchos de esos vicios estaban instaurados, muchas de esas concepciones estaban establecidas.
>
> […] lo que Marx decía era que en el proceso histórico los trabajadores y los explotados se enfrentan a los explotadores. […] Eso es rigurosamente cierto; pero también es rigurosamente cierto la influencia que esos sectores de explotadores y dominantes ejercían en la mente de todo el pueblo.[150]

Tras haber superado, con una masiva adhesión popular dispuesta a inmolarse por la patria y el socialismo, desafíos tan grandes como los de Playa Girón y de la Crisis de Octubre o “crisis de los misiles”, y de realizar con éxito grandes movilizaciones sociales –como las campañas de escolarización, de vacunación y de eliminación de plagas, las movilizaciones para impulsar el desarrollo de la agricultura y de organizar el sistema de racionamiento, entre otras–, era natural suponer que esas formas de poder popular alcanzarían para hacer posible muchas proezas más.

Sin embargo, eso también indujo ilusiones que excedían la realidad, animando iniciativas –que más tarde Fidel caracterizó como “errores de idealismo”– que venían de creer que motivando a las masas podía hacerse más de lo que es material y objetivamente posible. Ilusión que recuerda la crítica que, en otro contexto, el *Che* hizo a ciertos vanguardismos, equiparándolos al error que, en el avance de una columna de la guerrilla su pelotón de vanguardia comete si, al calor de su propio entusiasmo, se adelanta demasiado y pierde contacto con el grueso de la tropa. Es preciso abrir camino, animar con el ejemplo, pero sin adelantarse tanto que se deje

150. Fidel Castro: Discurso en Santiago de Cuba por el XIV Aniversario del 26 de Julio, en 1967. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 284.

de sentir el jadeo de la masa que viene detrás y que ella deje de percibir ese ejemplo.

Hay que asumir, continuó Fidel, que por muchos y bien fundados que sean las razones para avanzar, no es consistente inaugurar más realizaciones si no se pueden asegurar de antemano los medios y supervisiones necesarios para garantizar su perduración y calidad. El gobierno es revolucionario al crear soluciones, pero únicamente si también asegura la continuidad de sus resultados y evita anunciar algo que luego no pueda sostenerse. Como diría Fernando Martínez Heredia, si una dependencia estatal ha dejado de ofrecer los servicios que el pueblo merece, pero que aún lleva el nombre de una mártir de la Revolución, eso “es una falta de respeto”.

En otras palabras, en el curso del proceso en marcha no puede perderse de vista la naturaleza dispareja del desarrollo de las conductas y la conciencia sociales; no solo de sector en sector, sino incluso de persona en persona. Aún entre los revolucionarios hay individualidades y evoluciones desiguales de los resortes del pensamiento, las emociones y la formación moral. Y también entre ellos pueden pervivir fingidores y parásitos. En los intersticios entre el poder y la escasez pueden darse nichos de negligencia y corrupción y, a veces, bajo el radicalismo o el celo extremos se ocultan la incompetencia y la simulación.

Tales posibilidades deben preverse, detectarse y castigarse con severidad ejemplar –como en los tiempos de la Sierra y del Llano–. Ya antes de ganar la guerra de liberación, Fidel Castro había dicho que cuando los revolucionarios llegaran al poder empezaría la etapa más difícil del proceso, al hacerse cargo del deber de construir una patria nueva sobre los escombros y reminiscencias del viejo país. Parte del problema sería emprender esa misión objetiva con los medios subjetivos aprendidos en la época anterior. Tal como él lo reiteró en 1967:

> La tarea más difícil no era precisamente el derrocamiento de la tiranía y la conquista del poder revolucionario […] la tarea más difícil era la que vendría después […] la tarea de construir un país nuevo sobre los cimientos de una economía subdesarrollada; la tarea de crear una conciencia nueva, un hombre nuevo, sobre las ideas que durante siglos prácticamente habían prevalecido en nuestra sociedad.

Por lo tanto, aunque ya la guerra de liberación nacional y el proceso revolucionario habían adelantado la formación de una vanguardia intelectual y moral, todavía

> Quedaba el Moncada más difícil de tomar, que era el Moncada de las viejas ideas […] de los viejos egoístas sentimientos, de los viejos hábitos de pensar y de

> concebirlo todo y de resolver los problemas, ese Moncada no ha sido todavía totalmente tomado.[151]

Impulsar ese proceso es factible, sobre todo cuando una revolución además del liderazgo cuenta ya con los recursos del Estado y puede hacer que el interés de lograrlo irradie de la vanguardia a la mayor parte del pueblo y arraigue en el país como un objetivo nacional. La campaña de alfabetización –enorme y juvenil– tempranamente lo demostró. Tras demoler al viejo Estado y entrar a la etapa creativa fue cada vez más factible llevar la revolución más allá de combatir a la contrarrevolución armada, nacionalizar las empresas e iniciar la reorganización económica, social y política y avanzar sobre el campo de las ideas, valores y costumbres de la cultura en el sentido más abarcador del concepto. Campo, sin embargo, donde los procesos de cambio no tienen velocidades similares.

Pero ¿hasta qué grado un proceso de transformación subjetiva de esa magnitud y complejidad puede acelerarse en el corto y mediano plazos, si además esto ya no solo involucra a los jóvenes y ciudadanos que antes decidieron enfrentar al régimen opresor o a la contrarrevolución, sino a toda la diversidad de las gentes y regiones del país que también son parte de los sectores populares y medios de la población nacional?

Por otro lado, también las deficiencias y errores pueden acumularse y, llegado el momento, reclamarle al liderazgo revolucionario emprender la ofensiva que entonces se crea más idónea para corregirlos, decisión que exige deslindar en qué sentido –y cómo– se quiere avanzar. Tras cinco o seis años de experiencias, éxitos y errores, hacía falta definir una estrategia de desarrollo, una estrategia propia, conforme a la originalidad de la Revolución. En esta perspectiva –la de un proyecto que no podía ser “ni calco ni copia, sino creación heroica”, como diría Mariátegui–, en 1966 Fidel señaló que los revolucionarios cubanos tenían que unir la inteligencia a la valentía, para que a la inteligencia no le faltara valor ni al valor le faltara inteligencia.

¿Pero en qué circunstancias tocaría hacerlo? Vale recordar que en esos años el movimiento comunista internacional –el liderado desde la URSS– mantenía reticencias ante esa revolución latinoamericana que no encajaba en los preceptos que allá se daban por universales, que después de la Crisis de Octubre o de “los misiles” las relaciones y solidaridad con la Unión Soviética habían perdido su candor inicial. Que, por otro lado, la dirección maoísta de la Revolución china se había despeñado por un camino radical y chovinista. Y que pese a las presiones de ambos polos de la controversia chino-soviética reclamaban adherirse a uno o el otro, la

151. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 284.

dirigencia revolucionaria cubana evitaba hacerlo, en defensa de la unidad del movimiento revolucionario mundial y latinoamericano.

Hoy, a fines de la segunda década del siglo XXI, puede hacer falta un breve paréntesis para recordar lo que la Crisis de Octubre implicó y sus consecuencias. Si bien la Revolución cubana tomó el poder con sus propias ideas y propósitos, ante la agresividad estadounidense debió procurar recursos militares foráneos, al inicio para armar al nuevo ejército y las milicias, luego necesitó contar con medios de mayor poder. Tras el cruento sabotaje al buque La Coubre, que traía armas adquiridas en Bélgica, la URSS surgió como un solidario proveedor militar. Después, en 1962, bajo el acoso estadounidense, se empezaron a instalar en la Isla plataformas para misiles soviéticos de mediano alcance, que la aviación norteamericana detectó cuando los cohetes aún no tenían sus cabezas nucleares. La Armada de Estados Unidos bloqueó la Isla y desató una crisis que puso al planeta Tierra a un tris de la guerra atómica.

El riesgo se detuvo unas horas del momento fatídico, cuando Washington y Moscú pactaron retirar los cohetes norteamericanos emplazados en Turquía a cambio de desmantelar las plataformas soviéticas en Cuba, más el compromiso de que Estados Unidos se abstendría de invadir la Isla. Posiblemente esto era lo que los soviéticos habían deseado desde el inicio, pero la decisión de retirar los misiles del suelo cubano se tomó sin consultar al gobierno de la Isla. Este protestó enérgicamente, puesto que se ignoró la soberanía del país, al negociar sin su anuencia ni considerar sus legítimas demandas, a expensas de su seguridad. En palabras de Fidel,

> Por defender nuestra soberanía no solo se desataron profundas contradicciones con Estados Unidos, sino también con la URSS, que era nuestro aliado, cuando a raíz de la Crisis de Octubre, sin consultar con nuestro país, ésta negoció con aquel un acuerdo de mutua conveniencia en que el bloqueo, las acciones terroristas y la Base de Guantánamo permanecieron intactos a cambio de concesiones estratégicas por parte de las dos superpotencias. No buscamos ventajas unilaterales. Los revolucionarios que actúan así no sobreviven a sus errores.[152]

Las dos últimas frases implican una severa crítica a la actuación de Jruschov, cuya conducta años después Fidel calificó al señalar que “en una batalla política no se puede perder la moral acudiendo a disfraces y mentiras”.[153]

A consecuencia de lo acontecido, las relaciones políticas entre Cuba y la URSS se agriaron. No obstante, se mantuvo el diálogo diplomático y pese a lo ocurrido la Revolución descartó sumarse a la política de la China maoísta, lo que

152. Artículo de reflexión “El único expresidente norteamericano que conocí”, publicado en Bloqueo contra Cuba el 7 de mayo de 2009 y reproducido en *Cubadebate* el 5 de septiembre de 2017.

153. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 324.

esta, a su vez, criticó ásperamente. Así las cosas, en los dos siguientes años Fidel viajó a la Unión Soviética por invitación de Jruschov; al cabo, se reconstruyó el entendimiento político, así como el compromiso soviético de defender a Cuba y, en consecuencia, se incrementó de la cooperación económica. No obstante, por otros motivos a finales de 1964 Jruschov fue depuesto.

En ese contexto, frente a los desafíos de la hostilidad estadounidense, durante los siguientes años Cuba mantuvo a escala continental su política de aliento a la revolución latinoamericana y, en el plano interno, continuó la conformación y consolidación de sus propias estructuras y proyecto de desarrollo. Lo primero, como cuestión de principios y como parte de la estrategia defensiva frente al acoso norteamericano. Lo segundo, como un esfuerzo que requería discutir nuevas ideas alternativas. En ambos aspectos, ante las condiciones de bloqueo y limitación de recursos para impulsar la economía, la prioridad de desarrollar la conciencia y la moral revolucionarias asumió un papel fundamental.

Para esto, la Revolución dinamizó su estrategia internacional. En 1966, con la participación de dirigentes revolucionarios de África, Asia y América Latina, se realizó en La Habana la Conferencia Tricontinental, que llamó a fortalecer la cooperación con los movimientos de liberación nacional y los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo. Para contribuir a implementarlo, se fundó la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL). Fidel leyó a ese cónclave la ponencia “Crear dos, tres, muchos Vietnam es la consigna”, enviada por el *Che* Guevara, quien en esos días se entrenaba con sus compañeros para partir hacia Bolivia. El siguiente año, los participantes latinoamericanos de la Conferencia crearon, a su vez, la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS).

Por lo contrario, el nuevo gobierno de la URSS cambió su política internacional para procurar una distensión de sus relaciones con las potencias capitalistas. En busca de un *modus vivendi* que le facilitara reanimar el alicaído ritmo del desarrollo económico soviético, adoptó una política de convivencia pacífica con Estados Unidos y sus aliados. La solidaridad soviética con las causas liberacionistas y revolucionarias del Tercer Mundo se retrajo. En 1967, Moscú hizo saber que no compartía la tesis de impulsar guerras de liberación y, no mucho después, Leonid Brezhnev incluso advirtió que la Unión Soviética podía reconsiderar el compromiso de defender a Cuba si la Isla persistía en apoyar guerrillas en América Latina. Poco más tarde, la URSS reclamó mayor racionalidad en el uso de los recursos que aportaba a la Isla y, por primera vez, le redujo el abastecimiento de petróleo.

El problema subyacente ya se había percibido aun antes de 1962, cuando Fidel denunció las prácticas sectarias detectadas en la dirección de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), lo que motivó la destitución de

su secretario de organización, un veterano dirigente del Partido Socialista Popular (PSP),[154] quien emigró a la URSS. Como más tarde lo recordaría Fernando Ravelo,

> En [1960 y] años inmediatamente posteriores se fue poniendo en evidencia la política sectaria del secretario de organización de las ORI, Aníbal Escalante, aplicada contra los miembros del Ejército Rebelde. Con el pretexto de que no estaban preparados políticamente los iba relevando del mando militar que ostentaban y enviándolos al Caney de las Mercedes en la antigua provincia de Oriente, donde se construía una gigantesca escuela. Asimismo, fue apartando a elementos honestos del M-26-7 y del DR-13-M con el propósito demencial de sustituir al Comandante en Jefe.[155]

Años después, de nueva cuenta en enero de 1968, Raúl Castro denunció en un pleno del Comité Central del Partido Comunista de Cuba que una fracción de miembros del partido venía conspirando, desde hacía más de dos años, para tomar el control del partido y remplazar la dirigencia encabezada por Fidel Castro e instaurar un régimen similar al de las "democracias populares" del Este europeo. Los integrantes de esa fracción, incluido el mismo Escalante –quien había vuelto al país y encabezaba al grupo–, fueron juzgados y condenados a prisión.

La llamada "microfracción" estaba integrada por exmiembros del PSP que disentían de la política impulsada por la dirigencia revolucionaria. Buscaba prosélitos en el Ministerio del Interior y otras instancias del gobierno y, además, sostenía comunicaciones con organismos políticos y de inteligencia de la Unión Soviética y la República Democrática Alemana. ¿Cómo explicar el sentido de la operación de esos nexos a espaldas del liderazgo revolucionario cubano? Pasada esa época, cabe suponer que ante la disyuntiva entre mantener la solidaridad con los movimientos antimperialistas del Tercer Mundo y buscarle salida a las dificultades para destrabar el desarrollo económico de la URSS, ya venía fracturándose el entendimiento que aún restaba entre los revolucionarios y los burócratas soviéticos. Respecto a lo que Cuba representaba para unos y otros, sus posiciones, en consecuencia, se volvían incompatibles.

---

154. El antiguo Partido Comunista, anterior a la Revolución, que en 1961 se unió al Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo para constituir las Organizaciones Revolucionaria Integradas (ORI). Tras la crítica de Fidel al sectarismo de ciertos dirigentes del PSP interesados en controlar a las ORI, en 1962 esta organización fue reestructurada y convertida en el Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) y en 1965 en el Partido Comunista de Cuba (PCC). Asunto aparte, en el acto de constitución del Comité Central del PCC Fidel, con visible emoción, leyó la Carta de Despedida del *Che* Guevara, quien ya había partido a combatir en el Congo y después en Bolivia.

155. Testimonio publicado por Luis Suárez Salazar y Dirk Kruijt, en *La Revolución Cubana en Nuestra América: el internacionalismo anónimo*, RUTH Casa Editorial, 2015. Ravelo fue vicejefe del Departamento de América, del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Al dejar de reformarse al tenor de las nuevas condiciones de competitividad científico-tecnológica y del debate intelectual de la época pos-estalinista, el inmovilismo del sistema político y administrativo soviético fue cada vez más sofocante para los requerimientos del desarrollo de las fuerzas productivas del país, como en su día lo comenté en *Las izquierdas latinoamericanas en tiempos de crear*. En los años que siguieron a la defenestración de Jruschov y el régimen establecido en tiempos de Brezhnev, el alargamiento del ya agotado sistema político agravó el estancamiento de las fuerzas productivas y, en consecuencia, la abulia social. Y luego, cuando con Gorbachov optó por el método más alocado para reformar el sistema –la perestroika–, se desarticuló y desmoronó lo que aún quedaba del régimen soviético.

No obstante, aquí es oportuno –especialmente para los lectores más jóvenes– hacer otro paréntesis, para recordar un tema que Fidel Castro siempre manejó con discreción, pero que sin duda tuvo en consideración al tratar otros asuntos de su género.

Al concluir la derrota al nazismo y terminar la Segunda Guerra Mundial, en los países ocupados por el ejército soviético se apoyó la instalación de regímenes dirigidos a implantar el socialismo, en el sentido que este tuvo durante la égida estalinista. Ello se hizo a riesgo de reavivar otras contradicciones al liberar a esos países de la ocupación alemana pero mantenerlos bajo tutela soviética, sin restablecer su autodeterminación nacional, en varias naciones donde latían viejos resentimientos derivados de sus pasadas contradicciones con la Rusia Imperial.

De ese modo, a diferencia de lo ocurrido en China y en Cuba, que habían realizado por sí mismas sus propios gestas liberadoras y revolucionarias, en las llamadas “democracias populares” centroeuropeas, sus antiguos opresores internos fueron derrocados sin que sus pueblos hubieran realizado similares procesos de liberación nacional. Con ello, además de los errores estalinistas de autoritarismo político y el mal manejo de la cuestión nacional, en dichas “democracias populares” los sentimientos patrióticos o nacionalistas no formaron parte de las transformaciones orientadas a la socialización y cayeron en el repertorio ideológico de la derecha antisoviética.

Años más tarde, en la URSS Nikita Jruschov fue acusado de “aventurerismo político” y destituido, luego de que su intento de impulsar un “deshielo” orientado a desmantelar el verticalismo estalinista, le abrió al nacionalismo de derecha y al imperialismo una oportunidad para promover la contrarrevolución en Hungría (1956), así como la degeneración contrarrevolucionaria del intento de democratizar al socialismo en Checoslovaquia (1968). Problemas que asimismo involucraron contradicciones con China e incrementó de las tensiones de la URSS con Estados

Unidos y sus aliados, achacándolas al apoyo soviético a los movimientos de liberación nacional y los procesos revolucionarios en el Tercer Mundo.

La burocracia soviética –en el gobierno y en el partido–, más interesada en resguardar la continuidad del estatus vigente que en favorecer la revolución en los países subdesarrollados, prefirió distender la convivencia con las potencias occidentales y, para esto, descartar las políticas de Jruschov. Para esa burocracia, las posiciones revolucionarias cubanas resultaban asimismo riesgosas, y por ello "heréticas"; mientras que, por su parte, Cuba seguía necesitada de recursos económicos y tecnología del campo socialista para implementar sus proyectos de desarrollo nacional. Si bien la Revolución nunca desistió de su solidaridad con los revolucionarios latinoamericanos y del Tercer Mundo, debió sortear esas realidades.

Este conjunto de circunstancias fue lo que Fernando Martínez Heredia resumió al comentar que "Cuba estaba en una posición tan avanzada como tan peligrosamente enfrentada a la incomprensión" del movimiento comunista internacional a la vez que a la hostilidad del imperialismo norteamericano. Para comprender lo que eso significaba, recordó Fernando, hay que imaginarse el carácter, incluso de urgencia y hasta cierta angustia con que era preciso asumir que el pensamiento que queríamos desarrollar como propio a la vez tenía que "estar a la altura del proceso práctico nuestro" y de las condiciones internacionales en que era necesario llevarlo adelante.[156]

156. Fernando Martínez Heredia citado por Enrique Ojito, *op. cit*.

En nuestras propias fuerzas confiar

Pese al hostigamiento y el bloqueo imperialistas, la Revolución mantuvo su tenaz esfuerzo por satisfacer las necesidades básicas de la población y sostener el progreso socioeconómico del país, pero resentía problemas de insuficiencia de capital y recursos tecnológicos y de desabastecimiento. Situación que se acentuó por la rapidez con que transcurrieron las nacionalizaciones y estatizaciones de empresas y el consiguiente crecimiento del sector público de la economía, cuando aún no se disponía de suficientes cuadros, instituciones y métodos idóneos para garantizar su mejor gestión económica y presupuestaria.

Por otra parte, la estrategia de fortalecer la economía mediante movilizaciones populares siempre contó con grandes contingentes de voluntarios, pero también hizo más visible que otra parte de la población no participaba o tenía menor interés en el esfuerzo colectivo, por rezago de su conciencia política, aunque sin dejar por ello de disfrutar de los mismos beneficios sociales que los demás ciudadanos. Ante las críticas que esto ocasionaba, en el acto masivo por el aniversario del 26 de Julio, en 1967 Fidel criticó que

> Mientras una parte grande del pueblo realiza esfuerzos cada vez mayores […] por elevar las riquezas del país, hay un sector que no piense en nada de eso, sino de vivir parasitariamente de esas riquezas que otros están creando. Y no se trata de la explotación de los capitalistas, sino de la explotación del pueblo trabajador por los parásitos, por los que no aspiran a crear riquezas, sino a inventar la forma de cómo reciben de esa riqueza la mayor proporción posible con el menor esfuerzo.[157]

Esto implica, acotó más adelante, que mientras la mayor parte del pueblo demostraba grandes progresos en el desarrollo de su conciencia revolucionaria y la formación de una nueva cultura política, seguía habiendo sectores retrasados, o peor, determinada gente que aún cultivaba los viejos valores al margen de lo que el país venía haciendo. Por lo tanto, observó, “tenemos que confrontar la realidad de una sociedad en tránsito, donde hay y habrá todavía mucha gente que trate de aprovecharse del esfuerzo de los demás, y que nosotros debemos tomar conciencia de ese problema”.[158]

157. Fidel Castro: Discurso por el XIV Aniversario del 26 de Julio, en 1967. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 288.

158. Ibídem, p. 290.

En consecuencia, planteó, hace falta discutir este fenómeno, para comprender y corregir sus causas, lo que no excluye detectar y corregir, igualmente, las responsabilidades que recaen en funcionarios del gobierno revolucionario, dado que

> […] muchas veces una actividad parasitaria surge donde hay una deficiencia en la economía estatal, o donde un servicio no se presta debidamente. […]
>
> Es decir, que son dos tipos de males que se juntan: la ineficiencia de nuestra economía, o de ciertas ramas de nuestra economía; la falta de flexibilidad, de inventiva, de imaginación, para resolver muchos de esos problemas, que son problemas de la vida cotidiana.[159]

Unos meses después, al conmemorar en 1968 el aniversario del ataque al Palacio Presidencial del 13 de marzo, Fidel pronunció en la escalinata de la Universidad de La Habana uno de sus discursos ideológicos y programáticos más significativos, de especial interés para los temas que aquí nos ocupan. En aquellos momentos el mundo vivía crecientes tensiones y difíciles disyuntivas. En Cuba, por un lado, la imprescindible defensa de la identidad y el derrotero propios de su Revolución, presionados entre el acoso norteamericano; y, por el otro, las contrapuestas demandas políticas e ideológicas ligadas a las colaboraciones china y soviética.

Desde su comienzo, el 68 se vio venir como un año dramático para la mayor parte del mundo. En octubre del 67 el *Che* había caído en Bolivia. Los vietnamitas combatían ejemplarmente por su liberación y su socialismo. En Cuba, la Revolución persistía en afirmar su identidad y camino propios y recién había abortado la trama sediciosa de la “microfracción”. Las relaciones del Partido Comunista soviético con otros partidos comunistas se debatían entre el acatamiento, la tensión y la ruptura, especialmente respecto al caso de China. En gran parte del campo socialista emergían inquietudes que después iban a eclosionar en la Primavera de Praga.

En Francia, empezaba a bullir el clima sociopolítico que luego detonaría en las revoluciones del 68, que en Latinoamérica se presentaron a su manera en Córdoba y, de trágico modo, en la ciudad de México. Por su parte, en Estados Unidos los movimientos sociales por los derechos civiles y contra la guerra en Vietnam alcanzaban dimensiones extraordinarias.

En La Habana, ese día Fidel abordó al significado político de varios hechos recientes y reiteró la naturaleza autóctona e independiente de la Revolución. En el contexto de la hostilidad estadounidense, las limitaciones materiales en la lucha contra el subdesarrollo y los problemas para mantener la concertación política con la dirigencia soviética, hizo sucinta referencia al caso de la “microfracción”. Consideró que como fuerza política esta careció de trascendencia, pero que como

159. Ibíd., pp. 288-289.

intención política sus actos habían sido graves y como corriente ideológica era "reformista, reaccionaria y conservadora, aunque comprendemos perfectamente bien que en la atmósfera de estos tiempos circulan muchas corrientes de esa índole".[160]

Fidel apenas si aludió a la decisión del Comité Central del Partido de no enviar una delegación al cónclave de los partidos comunistas realizado en Budapest. Aunque no lo dijo, esa cita se había convocado buscando restaurar el liderazgo soviético sobre el movimiento comunista internacional, condenar la posición extremista del partido chino y censurar otras disidencias, propósitos que Cuba creía perjudiciales para la unidad del movimiento revolucionario mundial. En ese contexto, cabe interpretar que cuando él observó que "en la atmósfera de estos tiempos circulan muchas corrientes" de índole reformista y conservadora, aludía a la política de distensión adoptada por la nueva dirigencia soviética y coreada por quienes la seguían pasivamente.

Más adelante, aludió a algunos rumores que recién habían circulado en la capital, los atribuyó a la falta de suficiente información pública y criticó no hacer mejor uso de los medios de comunicación y los canales de las organizaciones sociales. Pero, sobre todo, afirmó que en su propalación "también se observan ciertas debilidades ideológicas en nuestras masas, cierta falta de instrucción política". Es decir, que hacía falta mayor conocimiento de los problemas del mundo y la humanidad contemporáneos, de sus estructuras económicas, las complejidades del desarrollo y el subdesarrollo y, "sobre todo de los problemas que un país como nosotros debe resolver y en qué condiciones los debe resolver".

Esa ignorancia, sentenció Fidel, conduce al facilismo de simplificar los problemas y figurarse que cualquier cosa puede tener fácil solución, así como a cierta "tendencia a hablar sin fundamento, a analizar a la ligera y superficialmente [en vez de] ir al fondo de las cuestiones", y analizarlas en profundidad. Consideró que uno de los factores que contribuía a esa falla era "más que el uso, el abuso de los manuales de marxismo-leninismo". Muchos revolucionarios, agregó, han pasado por cursos que enseñan elementos de filosofía y fundamentos del marxismo, lo que desde luego eso es útil. No obstante, también

> […] hay algo que la Revolución nos ha enseñado […] y es el abismo, el enorme abismo que a veces media entre las concepciones generales y la práctica, entre la filosofía y la realidad. Y sobre todo, también nos ha enseñado hasta qué grado los manuales […] se han ido convirtiendo en algo anacrónico, por cuanto no son

160. Esta y las siguientes citas corresponden al discurso de Fidel en el acto en homenaje al onceno aniversario del ataque del Directorio Revolucionario al Palacio Presidencial, que él pronunció en la escalinata de la Universidad de La Habana el 13 de marzo de 1968. Puede consultarse en www.cuba.cu/gobierno/discursos/1963/esp/f130363e.html

> capaces de decir en muchas ocasiones una sola palabra acerca de los problemas que las masas deben conocer [y] se convierten en generalidades abstractas, vagas y sin contenido, y ahí tiene usted […] un militante ignorante de muchos de los problemas más serios del mundo contemporáneo.
>
> Hay que decir también que hay mucho de clisé, de frasesitas estereotipadas, [e incluso] algunas mentiras.

Aparte de eso, prosiguió, es cierto que hay dificultades reales; los revolucionarios no las negamos, pues negar las dificultades es hacer una política de avestruz. Además, los revolucionarios nunca deben rehuir las responsabilidades.

Cuando la Revolución triunfó, recordó Fidel, la inmensa mayoría de nosotros éramos grandes ignorantes, pero la mayoría estábamos conscientes de nuestra ignorancia y de que teníamos mucho por aprender. La vida de todo revolucionario debe ser un eterno aprendizaje. Pero hemos conocido casos de quienes no solo eran ignorantes, sino que se creían que sabían mucho. Y no solo lo pensaban sino que en ocasiones nos hicieron creer a algunos de nosotros que ellos sabían algo.

Sin embargo, prosiguió, lo importante es que en cada momento cada quien haya hecho lo mejor posible. Porque lo incuestionable es que las condiciones reales y objetivas en que un pueblo en circunstancias como las nuestras debe afrontar su futuro también son condiciones difíciles de vencer. Pero, objetivamente, si hace nueve años hubiéramos tenido la experiencia de hoy, afirmó, sin duda hubiéramos actuado exactamente como hemos actuado. Así, pues, continuó,

> Esta Revolución ha pasado por distintos períodos y ha pasado por distintas circunstancias y ha atravesado momentos especiales; y podemos decir que en cada una de las cuestiones decisivas, en cada una de las decisiones fundamentales, si por esas circunstancias volviésemos a pasar, aun con toda la experiencia de hoy, creemos que las decisiones habrían sido exactamente iguales.

Con la cual, para todo buen entendedor, Fidel volvía a dejar claro que el rumbo cumplido por la Revolución cubana, y el ritmo con que lo hacía, fueron conscientemente decididos, sin deberse a ningún género de inmadurez o deficiencia de formación política, como pudiera pretender algún *sabio* “bisnieto de revolucionarios”, ya fuera microfraccioso local o burócrata extranjero.

Por si faltara más, criticó dos tendencias que era preciso corregir. La primera, conducente a una idea acomodaticia: la de que los cubanos “estamos defendidos” y que nunca habría problemas, porque desde que “se mencionaron los famosísimos cohetes intercontinentales” aquí cualquiera empezaba a hablar de cohetes “y contaba con ellos como si realmente los tuviera en el bolsillo”. Una mentalidad acomodaticia como si con eso pudiéramos cruzarnos de brazos, cuando lo único correcto, inteligente y revolucionario es

> […] pensar siempre en las propias fuerzas, y no dejar de hacer jamás el máximo esfuerzo por si un día nos viéramos en la necesidad de enfrentar una agresión directa de los enemigos imperialistas, pensar en nosotros mismos y únicamente en nosotros mismos, y estar siempre dispuestos a vender muy caras nuestras vidas sin esperar a que venga nadie a defendernos.

La segunda –en el campo de la economía–, se abusaba de la idea de que ante cualquier problema siempre vendría de afuera una ayuda inmediata a resolvernos la situación, lo que igualmente crea una mentalidad acomodaticia, que puede alejar al pueblo de la idea de que el esfuerzo fundamental y decisivo también tiene que salir de los propios cubanos. Esto es, recalcó, que nuestro primer deber como país de economía subdesarrollada es hacer nuestro máximo esfuerzo para impulsar al máximo el desarrollo de la economía, sin ver el camino de la Revolución como un camino fácil, con todo resuelto.

Tan claras alusiones sugerían la posibilidad de continuar el camino de la Revolución incluso sin contar con mayores auxilios foráneos, no porque ya se avizorase la agonía de la URSS, sino porque su apoyo pudiera quedar sujeto a condicionamientos políticos indeseables. Fidel no estaría dispuesto a ceder en asuntos que consideraba de principio, aun al precio de que la Revolución resultase privada de tales colaboraciones.

Por lo tanto, es preciso educarnos, señaló, en la conciencia de que, en los tiempos difíciles en que nuestro pueblo emprende el complejísimo camino del desarrollo económico, aunque los recursos del exterior son importantes lo decisivo siempre será nuestra disposición revolucionaria de seguir forjando –con recursos exteriores y aun sin ningún recurso exterior– la voluntad de hacer marchar adelante este país. Esta será la mejor educación revolucionaria del pueblo, añadió, puesto que el pensamiento revolucionario no es cosa de débiles, ni de vacilantes, ni de volubles, ni es cosa de pesimistas o sembradores de derrotismo. En otras palabras, en los tiempos que corren, ante las situaciones que eventualmente puedan darse, solo en nuestras propias fuerzas podemos confiar.

Volver a la ofensiva

Sin embargo, poco más adelante, Fidel agregó que era necesario reconocer que las masas cubanas aún no se han depurado suficientemente de ciertos factores, subjetivos pero reales, que en algún grado perduraban. Somos un pueblo que se caracteriza por su gran entusiasmo y decisión en momentos decisivos, afirmó, dispuesto a dar en determinado instante la vida, capaz de cualquier heroísmo en un minuto, pero todavía un pueblo al que le falta la virtud del tesón para hacer gala de ese heroísmo no solo en los momentos dramáticos sino en todos y cada uno de los días. Es decir, que le falta cierta constancia en el heroísmo, porque

> […] todavía en nuestro pueblo perduran instituciones, ideas, vínculos y privilegios realmente burgueses. Y de eso no podemos eludir nuestra culpa y eludir nuestra responsabilidad. Siempre hemos querido que las cosas se hagan lo mejor posible, siempre hemos querido ir profundizando cada día un poco más; pero no quedan dudas de ninguna índole que han subsistido instituciones mucho más allá del tiempo debido, privilegios mucho más allá del tiempo debido. Y esos privilegios y esas instituciones alimentan esas corrientes de que hablábamos, y sostienen esas debilidades todavía en el seno del pueblo.[161]

De esa endeblez, dijo Fidel, salen algunos elementos flojos y cobardes que se dejan llevar por la propaganda del enemigo imperialista, dirigida precisamente a debilitar los enormes “esfuerzos que nuestro pueblo hace por el pan de hoy y principalmente por el pan de mañana”. Contra estos esfuerzos los imperialistas se empeñan en crearle dificultades y rendir por hambre a la Revolución, y para eso ponen sus esperanzas en los blandos y los traidores. Entre ellos los microfraccionales, que auguraban el fracaso de la línea revolucionaria dentro de la Revolución, con la idea de que así “tendríamos que volvernos más reposados, más tranquilos, más dóciles, más sumisos, en dos palabras: dejar de ser revolucionarios”.

Tras encomiar los méritos de las generaciones de cubanos que en el pasado concibieron y realizaron las guerras de independencia y el esfuerzo que en esos momentos el pueblo revolucionario llevaba adelante, Fidel, sin embargo, se preguntó:

161. Fidel Castro: Discurso por el XI Aniversario del Ataque al Palacio Presidencia, pronunciado el 13 de marzo de 1968.

> Cuando decimos esta generación de cubanos, ¿a quiénes nos referimos? ¿A todos los cubanos absolutamente? ¡No!, porque eso sería falso, eso sería mentiroso. Es una parte considerable, sí, pero una parte del pueblo la que lleva el peso principal de esta batalla épica por el desarrollo del país. No todo el pueblo.

Y acto seguido planteó que mientras cientos de miles y aun millones trabajan donde sea que haga falta, cortan caña y se movilizan a lo largo y ancho del país, todavía hay un considerable número de personas que no participan en ese esfuerzo. Así las cosas, de hecho estamos convocando a las masas a trabajar para ellas pero "también para los vagos, también para los parásitos". Porque aún subsiste cierta modalidad de explotadores, "una verdadera nata de privilegiados que medra del trabajo de los demás y vive considerablemente mejor que los demás, viendo trabajar a los demás".

A ese respecto, citó una investigación realizada por el Partido, entre cuyos resultados sobresalían los descubiertos en bares y otros sitios de expendio de bebidas alcohólicas, donde predominaban los propietarios y consumidores desafectos a la Revolución, así como en otros negocios privados en los que aún se practicaba la explotación de humildes trabajadores.

A esta Revolución, dijo Fidel, no se le puede reprochar haber sido extremista sino, en todo caso, no haber sido suficientemente radical. Pero, ante estas realidades, no debemos perder oportunidad ni dejar pasar el momento de radicalizar esta Revolución. Hay que acabar de hacer un pueblo revolucionario y, por lo tanto, "hay que ir proponiéndonos, firmemente, poner fin a toda actividad parasitaria que subsista en la Revolución".

Ese argumento ético de fuerte acogida popular abriría camino a una decisión política de largas secuelas. Por lo tanto, prosiguió, de manera clara y terminante toca decir que nos proponemos eliminar toda manifestación de comercio privado. Porque "quien diga que el capitalismo se desalienta es mentira, el capitalismo hay que arrancarlo de raíz, el parasitismo hay que arrancarlo de raíz, la explotación del hombre por el hombre hay que arrancarla de raíz".

Cosa que, a su vez, continuó, nos lleva a otro tema, "el famoso tema de los estímulos". Recordó que, durante largo tiempo, el uso de estímulos morales o materiales para incentivar el trabajo y la productividad se discutió académicamente, y pareció que era un asunto de metodología. Pero, al final, "a nuestro juicio es una cuestión mucho más profunda", pues "nosotros no creemos que se forma al hombre comunista incitando […] las apetencias individuales del hombre". A partir de lo cual dejó sentada una cuestión de principio:

> ¡Si vamos a fracasar porque creemos en la capacidad […] de superarse del ser humano, fracasemos si es necesario, pero no renunciaremos jamás a nuestra fe en el ser humano!

> Hemos conocido en muchas ocasiones al hombre actuando por sentido del honor, dando algo más que su trabajo: dando su sangre, dando su vida, impulsado por factores profundos de orden moral.

Lo que además de ser una cuestión de principio es una cuestión objetiva y real, apuntó Fidel, pues "¿acaso un país subdesarrollado se puede dar el lujo de hacer otra cosa?" Al analizar las cifras, ¿acaso no se comprende desde qué profundo abismo tiene que arrancar un país al cual el colonialismo y el imperialismo dejó retrasado en todos los órdenes –técnico, económico–, en todo sentido? ¿Acaso vamos a estimular a la gente dándole billetes sin que se pueda comprar nada con ellos? Antes bien, añadió, debemos suprimir el acceso ilimitado al dinero y todo privilegio que venga de tener dinero.

Al seguir advirtiendo contra el riesgo de apelar a los estímulos materiales como medio para incentivar la productividad, Fidel señaló que no cabe propiciar ni permitir actitudes egoístas en los hombres, ni que ellos sigan el instinto del egoísmo, del hombre enemigo del hombre. El concepto del socialismo y del comunismo, el concepto de una sociedad superior, recalcó, entraña un hombre desprovisto de esos sentimientos, que haya doblegado esos instintos y desarrollado sentimientos de solidaridad y confraternidad entre los hombres.

Consciente de que estas ideas se contraponían a la concepción dominante en la Unión Soviética y el campo socialista, Fidel no dejó de defender sus consideraciones éticas y agregó una observación más crítica:

> Comprendo perfectamente el precio de decir algunas de estas cosas, y es que algunos trasnochados académicos de embotada sensibilidad revolucionaria, algunos bisnietos de revolucionarios, nos llamen idealistas, que postulamos cosas idealistas, irrealizables; si se descuidan no faltará algún pensamiento microfraccional que diga que idealismo pequeñoburgués.

Se equivocan, sentenció. Este pueblo está trabajando, está creando riquezas; vemos cómo cientos de miles de gentes se incorporan al trabajo y cómo el trabajo engendra entusiasmo y el entusiasmo produce más trabajo y riquezas. El marxismo en el que nosotros creemos, afirmó Fidel, es el marxismo de Carlos Marx. Y si entendemos bien a Marx y sus ideas más profundas es por ese comunismo fraternal, generoso por el cual lucharemos y lo llevaremos adelante, porque por cualquier otro no vale la pena.

Con una economía desarrollada y con ingresos incomparablemente superiores a los de cualquier país subdesarrollado, comentó, el imperialismo puede ofrecer estímulos materiales de muchas índoles. Y frente a eso ¿qué hacer? ¿Qué otra cosa debe la Revolución hacer sino fortalecer la conciencia, elevar los niveles morales del pueblo, el sentimiento internacionalista de solidaridad, de justicia, de

igualdad, de amor a la patria, al pueblo, a la lucha, a la satisfacción de tener delante una tarea histórica, vencer las dificultades, cumplir y avanzar?

Fortalecer una cultura de liberación, una cultura revolucionaria capaz de impulsar y sostener creciente capacidad de trabajar, innovar y producir riqueza social es nuestra opción. Hay que crear riqueza con esa conciencia, no al revés. Por consiguiente, continuó Fidel,

> Seguiremos nuestro camino, construiremos nuestra Revolución y lo haremos fundamentalmente con nuestro esfuerzo. […] ¡Pueblo que no esté dispuesto a esforzarse no tiene derecho ni siquiera a mencionar la palabra independencia, ni siquiera la palabra soberanía! Luchemos denodadamente, entre otras razones, por reducir al máximo nuestra dependencia de todo lo que sea del exterior. ¡Luchemos al máximo!, porque hemos conocido las amarguras de tener que depender en grado considerable de lo que venga de afuera y como eso se puede convertir en un arma, y es al menos una tentación de usarla contra el país.

Por eso entendemos, concluyó, que este es el momento de emprender a fondo una poderosa *ofensiva revolucionaria* dirigida a incrementar el espíritu de trabajo, la conciencia socialista y la combatividad de las masas, de modo que nada las desaliente.

Y para finalizar, advirtió: algunos gusanos y los imperialistas se han sentido animados por el hecho de que nosotros sostenemos nuestras opiniones y el de que la Revolución Cubana tenga su personalidad y sus criterios en política internacional, amplios pero absolutamente independientes. A todos ellos a microfracciosos y a gusanos, “que al fin y al cabo están unidos por el mismo cordón umbilical”– debemos decirles que no se exciten, que no olviden que esta Revolución la mantuvieron en alto un puñado de hombres, y que la bandera de esta Revolución la mantiene enarbolada lo más noble y lo más valeroso de nuestro pueblo.

Estas alusiones a una microfracción ya desintegrada reflejan la atención que Fidel le dedicó a la aparición de un foco divisionista –por pequeño que este fuera– en el campo de la Revolución. Y, en particular, a la persistencia de cierta huella dogmática en la cultura política possoviética de algunos cuadros. Es falso que numerosos dirigentes del antiguo PSP mantuvieran resabios: sus figuras más relevantes –como Blas Roca, Juan Marinello o Carlos Rafael Rodríguez– y la mayoría de sus militantes, asumieron honestamente el liderazgo de Fidel Castro y la unificación de su partido con el MR 26-7. Pero el reconocimiento a la veteranía y la cooperación de la URSS, más la participación de cuadros del PSP en la difusión del marxismo-leninismo con los clichés dogmáticos de sus manuales, dejaron reminiscencias. Por un tiempo, esos clichés siguieron latentes en la rutina cultural de algunos cuadros y en eventuales reflejos sectarios. Sin embargo, a la postre el derrumbe soviético y el tiempo los superarían.

La ofensiva: correcciones pendientes

Pese a la poderosa consistencia moral de los argumentos del discurso del 13 de marzo de 1968 y la robusta claridad de sus argumentos, la puesta en práctica de la Ofensiva Revolucionaria suscitó un conjunto de disyuntivas y consecuencias de varios tipos.

Vale recordar que, al influjo de la versión soviética del marxismo, en Cuba había arraigado una concepción que identificaba el socialismo con la estatización. Aunque en ese momento la propiedad estatal ya dominaba ampliamente la economía y la gestión pública, el supuesto de que “el pequeño capitalismo también engendra capitalismo” condujo a suprimir, en brevísimo plazo, no solo los bares privados y otros establecimientos cuestionables, sino también a decenas de miles de pequeños negocios –mayormente modestas microempresas familiares– que surtían a la población una amplia diversidad de servicios que el Estado no sería capaz de ofrecer.

Un proceso que de hecho venía dándose de forma gradual, repentinamente se precipitó. En la práctica, desde 1966 la priorización de los objetivos políticos sobre las realidades y demandas de la economía había ocasionado el abandono de muchos controles económicos y, con esto, el de algunas prácticas profesionales, como la contabilidad. En el 68, al suceder la ofensiva, en pocos días se nacionalizaron 57 660 negocios, sin una transición social que ofreciera otras formas de suplir los servicios que ellos brindaban y facilitara dar continuidad a la práctica de los oficios necesarios para prestarlos. Desaparecieron los pequeños comercios de víveres, de venta de alimentos preparados, lavanderías, barberías y zapateros, carpinterías, relojeros, plomeros, cerrajeros y electricistas, talleres mecánicos y de reparación de aparatos electrodomésticos, entre otros.

Y con ello, incluso la clase social que los proporcionaba. Millares de conocedores de esas labores se convirtieron en empleados públicos y pasaron a otras ocupaciones, lo que al propio tiempo contribuyó a que la nómina de los asalariados en las instituciones y empresas estatales tuviera un rápido abultamiento ajeno a las necesidades de su operación.

Si bien la ofensiva reflejó el idealismo característico de su momento y, a la par, fue una demostración de independencia ideológica respecto al modelo preconizado por la URSS y las “democracias populares”, sus efectos conllevaron cerrar no pocos sitios de inventiva popular –tanto más necesaria en tiempos de escasez–, además de trasladar a miles de ciudadanos a las instituciones públicas, sin que esto

mejorase su productividad. Eso implicó asumir un procedimiento poco consecuente con la necesidad de mejorar la eficiencia de la economía.

Lo sucedido dejó importantes enseñanzas. En realidad, la mayoría de los trabajadores por cuenta propia no eran desafectos a la Revolución y podían desempañar sus funciones dentro de ella. Ni las previsiones teóricas de Marx ni la concepción estratégica de Lenin plantearon estatizar todo el espectro de la economía, sino los componentes estratégicos necesarios para controlar y dirigir su gestión y transformación. Como apunta el filósofo portugués Boaventura de Sousa Santos, "una sociedad socialista no es aquella donde todas sus instituciones son socialistas, sino donde las relaciones socialistas hegemonizan a las demás y las hacen trabajar en dirección en la dirección de sus objetivos".[162]

Si eso eventualmente deja nichos a las debilidades humanas o a actividades antisociales, ello debe corregirse por otros medios –políticos, educativos, legales y policiales–, sin perjudicar la sostenibilidad económica del proceso, necesaria para satisfacer las expectativas populares liberadas por la propia Revolución.

Más pronto que tarde, las consecuencias de ese extremismo idealista desfavorecieron la eficacia económica y, con ello, motivarían mayor demanda de auxilios foráneos, una necesidad inconveniente para robustecer la anhelada independencia política, que era, precisamente, uno de los postulados del discurso de aquel 13 de marzo.[163]

Por otra parte, en 1968 también tomó cuerpo un fenómeno que pronto levantaría notables expectativas mundiales: la Primavera de Praga. En Cuba, el periódico *Granma*[164] dedicó una plana diaria a reproducir los despachos noticiosos sobre la evolución de ese proceso, sin comprometer un criterio oficial. Informados, los lectores seguían con cautelosa expectación los acontecimientos que, a simple vista, parecían oscilar entre una opción de reforma democratizadora del socialismo y otra de restauración del régimen capitalista. Solo al suceder la intervención militar de la URSS en Checoslovaquia la dirección revolucionaria cubana manifestó su posición al respecto, a través de un razonado discurso de Fidel.

Como Jefe de Estado y de Gobierno de una pequeña nación sujeta al acoso estadounidense, reconoció que la intervención soviética infringía el derecho internacional, pero asimismo hizo ver que, ante el permanente acecho imperialista

---

162. Guillermo Rodríguez Rivera: "Aquella ofensiva", en *Las crónicas de Segunda Cita*, Ed. La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 2016, p. 17. También puede consultarse en *Rebelión* del 18 de abril de 2010, en www.rebelion.org

163. Para un mejor análisis de la ofensiva revolucionaria y sus consecuencias, ver Guillermo Rodríguez Rivera, "Aquella ofensiva", en las fuentes arriba citadas.

164. Órgano oficial del Partido Comunista de Cuba (PCC), que fusionó a los anteriores *Revolución*, creado por el Movimiento 26 de Julio y *Hoy*, vocero del Partido Socialista Popular (PSP).

para desintegrar al bloque socialista europeo y en la inminencia de un desenlace contrarrevolucionario en ese país miembro, la decisión de intervenir respondía a comprensibles razones de Estado. Pero, sobre todo, como cuestión capital, Fidel Castro emplazó a la dirigencia de la URSS a responder si, en caso de agresión contra la Isla, las fuerzas soviéticas igualmente actuarían en defensa de la Revolución cubana.

La dirección política soviética, sometida en ese momento a ásperas críticas –incluidas las de algunos de los grandes partidos comunistas de la época, como el francés y el italiano, además de los de China y Yugoslavia–, agradeció el gesto solidario de una personalidad política de tan relevante significado mundial y reconoció a Fidel como un importante amigo.

Pese al reacercamiento con la Unión Soviética que eso propició, Cuba mantuvo sus propias concepciones acerca de cómo impulsar el desarrollo del país y, en el campo exterior, su respaldo a los revolucionarios latinoamericanos. Prueba de lo primero fue el empeño en prever una enorme zafra azucarera para el año 1970, que demostraría la capacidad de la Isla para acopiar los recursos económicos necesarios para desarrollarse con base en sus propias concepciones y esfuerzos. Pero, aunque se procuró preparar ese esfuerzo concienzudamente, fallaron los medios disponibles de análisis y planificación. Si bien esa zafra, mediante una masiva, larga y agotadora movilización de voluntad humana, fue la mayor de todos los tiempos, no alcanzó la meta de producir 10 millones de toneladas de azúcar.

Esa costosa hazaña impuso un reconocimiento más realista de la situación. Para lograr el tonelaje alcanzado se desplazó a los cañaverales gran parte de los trabajadores de las demás ramas de la economía –se paralizaron hasta las universidades para aportar los brazos de sus estudiantes y profesores–. Los mejores profesionales y técnicos del país dejaron temporalmente sus puestos de trabajo para participar durante meses en el esfuerzo, con sus salarios habituales pese a ser modestos cortadores manuales de caña. Al terminar la zafra, urgió volver a poner sobre sus pies al resto de la economía nacional. Y la conclusión fue concluyente: se requería adoptar otro modo de concebir la gestión económica.

No obstante, muchas de las distorsiones ocasionadas por la Ofensiva Revolucionaria dejaron de corregirse enseguida –en el supuesto de que esto fuera posible–. Antes, el liderazgo revolucionario tomó una decisión que hasta entonces había eludido: la de conectarse a la capacidad soviética de ayuda para el desarrollo y acogerse a la experiencia de la URSS en materia de gestión económica –experiencia que lamentablemente tampoco sería la más eficaz, como en menos de 20 años iba a comprobarse–, y darle solución a los inconvenientes políticos que esto implicaría.

Mejorar condiciones de vida

A partir de esa decisión, se incrementó y diversificó el conglomerado de vínculos con la Unión Soviética y el campo socialista. Se amplió la colaboración, aunque con ello también la dependencia económica y técnica, así como la asimilación de métodos de gestión administrativa, a veces adoptándolos acríticamente. Con lo cual, a su vez, crecieron las aproximaciones ideológicas –sobre todo a nivel de funcionarios medios– de la dirigencia política cubana con su homóloga soviética.

Con eso, aparecieron otras formas de ajuste. En 1972, Cuba pasó a ser parte del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME)[165], junto a las democracias populares del Este europeo. Desde 1975 la Isla empezó a implementar métodos de estímulo y control de la economía análogos a los practicados en la URSS, que aún se reputaban eficaces; y en 1976 se estrenó el primer plan quinquenal inspirado en ese modelo. Con los beneficios obtenidos en las nuevas relaciones comerciales –como el intercambio de azúcar sobrevalorada por petróleo subsidiado– y la ampliación de la asistencia técnica y los abastecimientos, esa gradual adopción del modelo soviético ocasionó, en el corto plazo, una perceptible mejora del nivel de vida de la población cubana.

Pero, a la vez, animó prácticas del viejo cuño dogmático en el campo ideológico y cultural que, entre otras cosas, dieron ocasión al llamado “quinquenio gris”, que durante parte de los años 70 sofocó libertades de debate crítico y creatividad intelectual y artística. A contrapelo de las tesis de Fidel Castro en sus *Palabras a los Intelectuales*, de 1961, y las del *Che* Guevara en *El hombre y el socialismo en Cuba*, de 1965, ese campo de actividades se vio sujeto por un tiempo al arbitrio de algunos funcionarios políticamente extremistas e intelectualmente mediocres.[166]

Por más de 10 años pudo justificarse una sensación primaria de que con ese socialismo el pueblo podía vivir materialmente mejor y que el esfuerzo para alcanzar esta meta se facilitaba con la ayuda de la URSS y el campo socialista. Salvo determinadas excepciones –El Salvador, Nicaragua–, la estrategia de promover la

165. El CAME fue el organismo de cooperación económica constituido por los países del socialistas europeos y la Unión Soviética. Se fundó como alternativa al Plan Marshall de Estados Unidos para la reconstrucción europea tras la Segunda Guerra Mundial y, luego, a la Comunidad Económica Europea (CEE). El CAME existió desde 1949 y se desintegró en 1991.

166. Esta decisión tuvo consecuencias de alcance latinoamericano: mermó el estimulante influjo moral e ideológico que la Revolución y sus instituciones culturales había ejercido sobre buena parte de los intelectuales y artistas del Continente, pese a la comprensiva lealtad de quienes ya eran militantes comprometidos.

revolución continental y prever formas de impulsarla perdió preminencia. Prevaleció el interés por mejorar la capacidad del Estado de asociarse eficazmente al bloque encabezado por la Unión Soviética para vencer al cerco estadounidense y, a la vez, comerciar con mayor diversidad de países con distintos regímenes políticos.

En cualquier caso, a los revolucionarios de latinoamericanos nunca se les cerraron las puertas de la solidaridad cubana. Ya fuera en esa o en cualquier otra situación coyuntural, América Latina permaneció como una constante prioritaria de la visión revolucionaria cubana, en las mejores formas que cada uno de los siguientes períodos lo posibilitara. Desde su socialismo, solo cabe concebir a Cuba como nación latinoamericana y caribeña, y como país solidario con la liberación y desarrollo del Tercer Mundo.

Como años después Fidel volvería a reiterarlo, la cooperación y eventual integración con Latinoamérica y el Caribe "es fundamental" porque "solo unidos podremos renegociar las condiciones de nuestro papel en este hemisferio" y el mundo. A lo que enseguida igualmente agregó: "digo lo mismo con relación a la necesidad de unir los esfuerzos de los países del Tercer Mundo frente al poderoso e insaciable club de los ricos".[167]

De la solidaridad, tanto armada como civil, de la Revolución cubana con las luchas de liberación nacional de los pueblos africanos habría también mucho que decir. Baste recordar que tan temprano como en 1963 fuerzas cubanas combatieron en defensa del gobierno revolucionario de Argelia contra la intervención marroquí. Dos años después, el *Che* encabezó la colaboración militar con los revolucionarios congoleses. Y que, además de 1975 a 1991, más de 300 000 combatientes y unos 50 000 colaboradores civiles cubanos contribuyeron a salvar y consolidar la independencia de Angola, hacer posible la de Namibia y precipitar la derrota del *apartheid* en Sudáfrica, mientras otros 40 000 combatieron en defensa de la revolución etíope.[168]

De vuelta a los temas de este libro, en lo que corresponde a la política interna de su país, el liderazgo cubano no dejó de tomar conciencia de la necesidad de corregir los efectos indeseados de la Ofensiva Revolucionaria y de prepararse para hacerlo en el momento apropiado. En 1985, transcurridos casi 20 años del inicio de aquella ofensiva, Fidel anunció el "proceso de rectificación de errores y tendencias

167. Ver entrevista a Fidel Castro por Federico Mayor, ex-Director General de la UNESCO, publicada en el periódico *Granma* del 22 de junio de 2000.

168. Las victorias obtenidas en Angola y Etiopía requirieron grandes cantidades de material militar avanzado, que la Unión Soviética proporcionó. El gobierno de Brezhnev, entonces ya comprometido en la guerra de Afganistán, al comienzo fue renuente a aprobar la iniciativa cubana de participar en esas contiendas, pero tras sus primeros éxitos decidió proporcionar todo el soporte necesario.

negativas", que concibió como un proyecto autocrítico y propositivo pensado para llevarse a cabo con amplia participación popular.

No obstante, unos años más tarde, la crisis de la "perestroika" y el colapso de la URSS abruptamente dejaron a Cuba sin el 70 % de sus mercados y fuentes de abastecimiento, creándose una situación de urgencia donde la prioridad fue resistir. Esto expuso a la nación cubana a la durísima prueba del "Período especial en tiempos de paz", que requirió implementar rápidamente una estrategia de supervivencia para preservar la soberanía del país y los progresos aportados por la liberación nacional y el socialismo y buscar nuevas formas de inserción internacional.[169] Aun así, aunque la expectativa de emprender rectificaciones e innovar soluciones debió atemperarse a estas limitaciones económicas adicionales, los criterios desarrollados para este fin permanecieron latentes y –como luego veremos– cuando a finales del primer decenio del siglo XXI el pueblo cubano superó lo peor de aquel durísimo período, la rectificación se reemprendió de forma concienzuda y sistemática.

En las circunstancias iniciales de los años 80, la política exterior cubana debió desarrollar mayor variedad de perfiles. Impulsó el esfuerzo diplomático por diversificar las relaciones internacionales del país, perforar el bloqueo norteamericano y superar el aislamiento que este aún persiste en imponer. El Movimiento de Países No Alineados pasó a ser uno de sus principales escenarios y la solidaridad tercermundista tomó forma diplomática a través de la concertación de acuerdos en el seno de ese heterogéneo conglomerado de regímenes políticos. Más que el aliento a la lucha armada, se destacó el apoyo cubano a la solución política negociada de algunos de los conflictos guerrilleros que aún continuaban.

Sin embargo, no por eso mermó la solidaridad cubana con los revolucionarios latinoamericanos y los movimientos de liberación del Tercer Mundo que, a la vez, diversificaban sus formas de actuar. Como lo resumió Fernando Ravelo,

> […] entre 1968 y 1969 la máxima dirección política de la Revolución se percató que estaban entrando nuevas fuerzas a la lucha revolucionaria de América Latina. Que no eran movimientos guerrilleros, sino militares nacionalistas como los que ya gobernaban en Perú, Panamá y más tarde en Ecuador. Por consiguiente, hubo un reajuste en el concepto de la solidaridad de la Revolución Cubana con América Latina.
>
> La política internacionalista de la Revolución Cubana fue evolucionando, junto con la evolución del movimiento revolucionario, democrático y antimperialista de América Latina. No debemos olvidar que después de la muerte del *Che* se produjeron cambios en las tácticas de los movimientos insurreccionales. Sus

169. Entre ellas, las de impulsar diversas modalidades de intercambio y cooperación latinoamericana y caribeña.

> dirigentes empezaron a analizar críticamente el fenómeno guerrillero rural. Con excepción de Nicaragua y Colombia donde se mantenían esos movimientos, comenzaron a progresar los movimientos guerrilleros urbanos, cuya máxima expresión fue el MLN de Uruguay, conocido como los "tupamaros".
>
> Esa experiencia también fracasó. Y, en paralelo, fue surgiendo o fortaleciéndose un movimiento social, estudiantil, sindical, etc. que se va articulando, muchas veces sin vinculación con los partidos políticos o con las organizaciones de la izquierda. Como consecuencia, también se fueron produciendo transformaciones en la política internacional de nuestro país. Se van readecuando nuestras relaciones y vamos contactando con dirigentes de masas, progresistas, parlamentarios y universitarios que ven las relaciones con Cuba sin aprensiones. De forma simultánea –antes o después del sangriento derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular chilena– se van ampliando las relaciones oficiales de nuestro país con los gobiernos de Argentina, Colombia, Panamá, Perú, Venezuela, y de otros países.
>
> En la medida que fue disminuyendo la lucha guerrillera rural y urbana en América Latina se requería respaldar los nuevos procesos políticos en el continente. Después se consolidó el gobierno nacionalista militar de Panamá encabezado por Omar Torrijos. Más tarde comienzan a instalarse gobiernos –como los de Cámpora y Perón en Argentina, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, López Michelsen en Colombia, Michael Manley en Jamaica– que pudiéramos calificar como "progresistas" en la medida en que rechazaron la política de bloqueo y las agresiones de los Estados Unidos contra Cuba y que, por tanto, tenían diversas contradicciones con las políticas emprendidas por la Casa Blanca y el Departamento de Estado.[170]

Nada de lo anterior niega que, en ciertas circunstancias, la revolución se hace necesaria y factible a través de la guerra de guerrillas con apoyo popular y urbano, como en su momento lo demostró la Revolución cubana. Sin embargo, tras dichas experiencias, otras realidades prevalecieron y el gobierno de la Isla pasó a centrar esfuerzos en su deber básico de garantizar mejores condiciones de vida y seguridad para su propio pueblo, el que había realizado y sostenía esa Revolución. El ejemplo de Cuba como una opción revolucionaria original y diferente para América Latina pasó a tener menos inmediatez, mientras pasaron a destacarse sus éxitos en materia educativa, cultural, científica, médica y deportiva, así en como la universalización de la seguridad social y laboral de todo el pueblo.

170. Luis Suárez Salazar y Dirk Keuijt: *op. cit.*

Extrapolaciones a la izquierda

Aquí conviene otro paréntesis y regresar a anteriores años para recordar un fenómeno que transcurrió fuera de Cuba, en Latinoamérica, durante los años en que el *Che* colaboró con los revolucionarios en el Congo y cuando después combatió y cayó en Bolivia, mientras en la Isla tuvieron lugar la Ofensiva Revolucionaria de 1968 y la diversificación de sus vínculos con la URSS.

Como antes vimos, el hecho de que en los años 50 y 60 del siglo XX la Revolución cubana surgiese por fuera de los cánones preestablecidos en aquel entonces, originó en Latinoamérica un parteaguas entre la izquierda tradicional y las izquierdas originadas o reanimadas por esa Revolución. No obstante, rebasando el natural debate a los pocos años afloraron ciertas extrapolaciones concebidas al margen de las realidades verificables. Aunque parecieran interpretaciones ideadas al extremo de un entusiasmo de izquierda, de hecho algunas de ellas tergiversaron la experiencia cubana insertando otro género de errores conceptuales, como sucedió en el caso del “foquismo”.

El hecho real es que la experiencia cubana nunca probó que un pequeño foco guerrillero pudiera, por sí solo, atraer a un pueblo a la guerra revolucionaria. En Cuba la resistencia social, principalmente urbana, empezó antes que la guerrilla y el Llano sostuvo a la Sierra en la etapa inicial, hasta que esta logró animar y liderar al movimiento campesino y fortalecerse por sí misma. El concepto originario del asalto al cuartel Moncada se basó en la idea de insurreccionar una ciudad y luego replegarse a la Sierra Maestra, si eso se hacía necesario.

La experiencia cubana mucho menos mostró que fuera posible alzar a las masas populares –y ni siquiera al proletariado– convocándolas a nombre de un proyecto armado explícitamente socialista y hasta marxista-leninista. Antes bien, en Cuba la gente se rebeló porque repudiaba los latrocinios del régimen precedente y los abusos de la tiranía y porque un joven dispuesto a jugarse la vida al frente de sus compañeros –como Fidel en el Moncada, en el Granma y en la Sierra– ganó su confianza ofreciéndoles un proyecto cívico de raigambre martiana –fraternal, ético y solidario–, bien insertado en la cultura política que prevalecía en la sociedad de ese tiempo: lo más revolucionario que *en aquel momento* el grupo social decisivo podía hacer suyo.

La propuesta ideológica y programática que alentó al pueblo cubano a sostener tres años de guerra y dos de reforma del Estado y combate a la contrarrevolución –desde el Granma hasta Playa Girón– fue la plasmada en *La*

historia me absolverá, no la del *Manifiesto comunista*. El cumplimiento del Programa del Moncada a su debido tiempo le abriría el camino al segundo.

Aunque es cierto que enseguida de la Revolución esa experiencia movió hacia la izquierda a la mayoría de los cubanos y a millares de latinoamericanos, eso no prueba que todos estos últimos enseguida pasaran a asumir para sí mismos y para sus familias los riesgos de alzarse en armas. En general, esos latinoamericanos aceptaron la validez de emprender la vía guerrillera contra la opresión de una tiranía, al tiempo que pasaron a desear para sus respectivos países un proceso reformador similar al de Cuba. Pero esto no necesariamente implicó que para ellos enseguida tuviera sentido alzarse en armas hasta en países donde existía la democracia liberal.

Aquí es necesario hacerse dos preguntas: ¿por qué el atractivo y la fortaleza del proyecto revolucionario cubano? En primer lugar, por su naturaleza insospechablemente endógena. Ninguna Internacional política, ni ninguna conjura o asesoría foránea lo indujo. Además, porque la reivindicación democrática radical y de solidaridad social proclamada en *La historia me absolverá* se acompañó de un ardiente carácter moral y patriótico. Sus motivaciones populares desahogaron las viejas indignaciones íntimas que databan de la intervención norteamericana de 1898, la frustración del proyecto martiano y la tutela imperial impuesta enseguida, así como la corrupción y el descrédito de esa democracia y la imposición de otra dictadura. Que este arraigado sentimiento pudiera encontrar adecuada sustentación teórica en el socialismo y el antimperialismo es algo que la mayoría de los cubanos iría encontrando después.

Lo que, asimismo, lleva a la segunda pregunta: ¿qué sucedió luego con los siguientes intentos insurreccionales de similar tipo en América Latina? Una dolorosa experiencia hace pensar que esos proyectos no siempre se basaron en el suficiente conocimiento de las realidades donde se deseaba desarrollarlos, comparable con el conocimiento efectivo que Fidel y sus compañeros tenían de la sociedad cubana de los años 50. En el caso de algunos de esos otros países, unas decisiones adoptadas *a priori* al calor de determinada visión ideológica, esquematizaron en exceso el examen concreto de las respectivas realidades particulares. Aparte de omitir que la experiencia fidelista no se inició en la Sierra sino en el Movimiento y todo lo que esto implica.

Conocimiento efectivo es cosa distinta de un certidumbre ideológica o disposición heroica. Como Fidel Castro lo precisaría años después en sus *Reflexiones*, “al hablar de la conciencia no me refiero a una voluntad de cambiar la

realidad sino, por el contrario, al conocimiento de la realidad objetiva que determina la conducta a seguir".[171]

Aunque dichos intentos se inscribieran en los ideales de una vanguardia, no siempre se correspondieron con las condiciones, demandas, desarrollos ideológicos y posibilidades reales de las diversas sociedades nacionales sobre las cuales fueron proyectados. En términos guevaristas, esa vanguardia se adelantó, en exceso, al grueso de la columna y perdió contacto con ella. Es decir, había desencuentros entre el "método de conocimiento" y la "utopía" movilizadora de los que hablaba Mariátegui. La utopía desbordó al conocimiento; lo que es hermoso, pero no suele ser eficaz. No siempre el voluntarismo revolucionario fue cónsono con la máxima de hacer en cada caso lo más revolucionario que el lugar y el momento efectivamente pueden sustentar.

Se ha argumentado que aquella propuesta de alentar la formación de guerrillas se refería a países con características socioeconómicas similares a las que prevalecían en la Cuba anterior a la Revolución. Ciertamente, en el plano de las abstracciones ideológicas y sociopolíticas eran –y son– países subdesarrollados, sujetos a hegemonía extranjera, con grandes mayorías empobrecidas por la explotación, la desigualdad, la exclusión y el abuso. Pero en cada sociedad nacional esos relevantes rasgos básicos –objetivos pero muy genéricos–, tienen sus propios modos de ser vividos, pensados y enfrentados por las distintas fracciones de clase y grupos sociales, incluso entre los pobres de la ciudad y del campo.

Ello contribuye a explicar qué les faltó para alcanzar mayor éxito. De hecho, las condiciones prerrevolucionarias cubanas –tanto las llamadas "objetivas" como las "subjetivas"– no habían tenido paralelo en la mayoría de las demás naciones de la región.

Aparte de los factores históricos antes apuntados, desde el punto de vista geográfico y sociocultural la isla de Cuba era un caso mucho más específico. Una geografía menos agreste que la del continente y la expandida industria azucarera habían deparado un sistema de comunicaciones y transportes que integraba la mayor parte de su larga geografía, articulando campos, fábricas, ciudades y puertos donde se desplegaba una población culturalmente más integrada y homogénea que la de otras demografías latinoamericanas; con una clase trabajadora organizada en casi toda la extensión del país y una clase media intelectualmente intercomunicada y despierta. El acontecer político diario era compartido casi al unísono por la mayor parte de la población en casi toda la Isla.

No era este el caso en Argentina, Bolivia, Brasil, Guatemala, Perú o Venezuela, donde los espacios demográficos en los cuales las izquierdas debían

171. Ver "La hormiga y el elefante", Reflexión publicada en el diario *Granma,* el 19 de junio de 2008.

arraigar aún permanecían desarticulados en segmentos geográficos y etnoculturales mal vinculados entre sí, no solo por la magnitud de los obstáculos naturales y la escasez de conexiones terrestres, sino por las marcadas diferencias regionales y hasta sus recelos mutuos. Esto no significa que los pueblos de estos países carecieran de potencial revolucionario –todos han demostrado tenerlo–, sino que el método empleado no siempre fue el más idóneo para desencadenar ese potencial antes de que las maquinarias mediáticas y represivas de la contrarrevolución preventiva y la contrainsurgencia empezaran a actuar. Comparar los diarios del *Che* en Cuba y Bolivia ofrece evidencias.

Desde ese punto de vista, el país que, por su mayor integración poblacional y territorial y por la memoria revolucionaria legada por la insurrección de 1932, mostró mayor similitud con Cuba fue El Salvador. El desarrollo de la guerra en esa pequeña nación así lo corroboró pues, de hecho, la guerrilla nunca fue derrotada, pese a sus escisiones sectarias y a que combatió en condiciones más adversas. Al respecto, también conviene recordar que la formación y sostenimiento de las guerrillas salvadoreñas se inició en las ciudades y que su expansión a las montañas y áreas rurales fue precedida por el debido proceso de organización.

Ignorarlo hace años abonó la hipótesis –algo peor que ingenua– de que en Cuba la revolución fue posible porque esta “sorprendió” a Estados Unidos. Tal suposición omitió el hecho de que en ese país la revolución ocurrió porque las condiciones estaban dadas, el momento era oportuno y el proceso fue acertadamente dirigido. La prueba de que tal “factor sorpresa” solo tiene valor marginal se dio en El Salvador, donde la revolución estuvo muy cerca del éxito sin haber empezado de forma sorpresiva.

El otro caso sería Colombia –cuyas guerrillas surgieron varios años antes de la Revolución cubana–, donde igualmente había una arraigada memoria colectiva de la tradición insurreccional del liberalismo popular y del Bogotazo, que las ayudó a sobreponerse a enormes dificultades geográficas.

Distorsiones inducidas

Aparte de lo anterior, en la experiencia de aquellos tiempos también intervinieron factores de otro género. En no pocos casos, el papel que debió haber tenido un mejor conocimiento de las respectivas realidades y posibilidades particulares además fue excedido por determinadas concepciones y prejuicios de otro tipo, procedentes de ultramar e insertados a contramano no solo de dicho conocimiento efectivo, sino de las experiencias latinoamericanas en general.

Al menos en lo que toca a Latinoamérica, después de la defenestración de Nikita Jruschov la dirigencia soviética, en términos generales, desaprobó la idea de colaborar con los movimientos de liberación nacional y animar la formación de guerrillas revolucionarias en nuestra América. En su óptica, estas introducían elementos conflictivos para el deseado equilibrio del sistema mundial, que el Kremlin asumía como uno de sus principales objetivos.[172] Así pues, se predicó contra esa opción, aunque las mayoría de las veces aduciendo otros motivos. Mientras, por su lado, la dirigencia cubana –como en su respectivo momento la de la China maoísta– veía en la lucha armada la posibilidad de desgastar al imperialismo fomentándole "muchos Vietnam" en diversas áreas del planeta.

A su vez, el movimiento revolucionario latinoamericano se vio insistentemente penetrado y dividido por la importación de controversias que no correspondían a su propia situación y posibilidades. Este es el caso de la interminable querella entre las dirigencias comunistas más sujetas al liderazgo soviético, aseverando que la Revolución cubana era una experiencia individual e irrepetible que era erróneo seguir; y la izquierda radical, afirmando que esa revolución aportaba un modelo aplicable de inmediato en los demás países latinoamericanos.[173]

En el primer caso, se presuponía que la correspondiente inacción (esto es, la interminable espera por una mayor "acumulación de fuerzas") convenía mejor a la política soviética de distensión internacional. Supuesto que posponía

172. Así me lo dijo personalmente Mijaíl Gorbachov el 7 de noviembre de 1991, en la recepción ofrecida en el Kremlin luego de la parada militar en homenaje al aniversario de la Revolución rusa cuando, como parte de una delegación de dirigentes latinoamericanos, intenté hablarle de la situación de Panamá tras la invasión y ocupación estadounidense. Me interrumpió aduciendo que la Unión Soviética tenía altas responsabilidades en mantener el equilibrio de la situación mundial y que Panamá era un caso demasiado menor para descuidarlas. No en balde ya estábamos en vísperas del colapso de la URSS, en gran parte debido al deterioro del componente subjetivo en el modo de pensar de los directivos de su gobierno.

173. Cuestión que fue bastante más allá de un debate conceptual, si recordamos la conducta del secretario general del Partido Comunista boliviano ante la presencia de la guerrilla del Che en su territorio.

indefinidamente las revoluciones latinoamericanas, en espera de acontecimientos exógenos: que el llamado campo socialista sobrepujara al capitalista en su desafío global, o que el capitalismo colapsara a consecuencia de una de sus crisis cíclicas. De manera paradójica, a la postre quien colapsó fue la URSS.

En el caso opuesto, que para derrotar al imperialismo tocaba abrirle múltiples frentes de combate en numerosas latitudes del mundo. Así las cosas, en ambas alternativas la concepción estratégica se sustentaba en esta o aquella interpretación de la presunta situación geopolítica del planeta, más que en las realidades, las posibilidades y expectativas que en el respectivo momento caracterizaban a cada uno de los distintos pueblos latinoamericanos.

Este punto de vista se vio sobregirado, aún más, por quienes hicieron suyas las tesis maoístas que reivindicaron para el Tercer Mundo la vía de la guerra campesina y la guerra popular prolongada, del campo a la ciudad, conforme al modelo de la Revolución china o simplemente un extremismo inmediatista que no era consecuente ni siquiera con la experiencia de esa revolución. La reproducción mimética, dentro de los partidos comunistas y socialistas latinoamericanos, de la confrontación política y retórica que los dirigentes chinos y soviéticos libraban a escala planetaria, introdujo ásperas tensiones y divisiones, no solo dentro de estos partidos, sino también entre los grupos y dirigentes que simpatizaban con la estrategia guerrillera, causándoles no pocos problemas adicionales.

Sin embargo, esa polémica, más allá de discutir las alternativas supuestamente más acertadas para impulsar la liberación nacional y la revolución en el Tercer Mundo, en realidad expresaba la lucha que los liderazgos chino y soviético libraban por hegemonizar los escenarios, partidos y organizaciones de las izquierdas en cinco continentes. Una controversia que los erosionó y que, por mucho tiempo, le dificultó a esas fuerzas la posibilidad de entenderse y colaborar y que, a título de debatir cómo era más acertado combatir al imperialismo, le obsequiaron a este el alivio de escindir y enfrentar entre sí a quienes se proponían enfrentarlo. La controversia chino-soviética y el maoísmo probablemente fueron el factor “subjetivo” que más perjudicó, durante ese período, la convergencia de las fuerzas revolucionarias latinoamericanas.

Para tranquilidad del imperialismo, en esto se despilfarró parte de los años en los cuales la correlación de fuerzas le fue favorable. En el ínterin, ese teatro de banderías y confrontaciones no fue el más propicio para despejar ciertas premisas básicas. Por ejemplo, qué puede considerarse factible ante la realidad que se pretende transformar, a partir de los recursos conceptuales, organizativos y materiales disponibles y de la cultura política dominante –empezando por recordar que el objetivo es actuar sobre una realidad social, esto es, dotada de componentes culturales que se figuran sus propias expectativas–.

Asimismo, en la controversia ideológica y en la búsqueda de apoyos internacionales afines, ese teatro mostró cómo las organizaciones y tendencias que rivalizan entre sí generan argumentaciones y calificativos polémicos y buscan aliados no solo para poder equiparse, sino para imponerse y prevalecer unas sobre otras, en ocasiones incluso por medios violentos. Y, también, cómo dichos valedores foráneos, desde sus respectivos intereses y divergencias de ultramar, pueden influir sobre el curso del debate y, en particular, sobre la toma e instrumentación de las respectivas decisiones locales, enajenándolas.

Al asumirse las tesis que favorecían crear guerrillas –y especialmente sus extrapolaciones *foquista* y *maoísta*– como una teoría de presunta validez global, su aplicación, naturalmente, tuvo efectos diferentes en las diversas realidades nacionales. En Colombia, por ejemplo, las condiciones estaban dadas desde antes de la Revolución cubana. En Nicaragua, con el auxilio de amplia cooperación internacional se logró derrotar a la tiranía somocista e iniciar la transformación del país, aunque con dificultades para lograr la necesaria sostenibilidad de la Revolución. En El Salvador, pese a la excesiva ideologización sectaria de las propuestas y de los enfrentamientos entre organizaciones de izquierda, las circunstancias fueron socialmente más propicias e incluso constituyeron una reanudación del levantamiento revolucionario de 1932, así que solo un enorme esfuerzo estadounidense pudo impedir su victoria.

Pero en Bolivia, como en Perú o Venezuela, o en el norte argentino, las mejores intenciones y hombres no bastaron para cambiar el estado de cosas que allí existía o, mejor dicho, no bastaron para cambiarlas por medio de la guerra de guerrillas. En el terreno práctico, eso demostró que los parecidos más genéricos –como los de ser países sometidos y subdesarrollados con graves problemas sociales y explotación, con un conocido historial de rebeldías–, cuando se trata de pueblos de distinta formación histórico-cultural, disímiles realidades geográficas y demográficas, así como dispares experiencias, liderazgos y expectativas, estas particularidades suyas pueden dar pie a comportamientos políticos distintos entre sí. En otras palabras, *trazarse similares objetivos en escenarios desiguales requiere seleccionar métodos diferentes*, pues también en el seno de un auge revolucionario continental transcurren desarrollos desiguales y combinados.

Convertir el revés en victoria

El fracaso del proyecto de producir 10 millones de toneladas de azúcar en 1970 fue un revés político frente a los críticos del llamado voluntarismo fidelista, ya fueran estos microfracciosos cubanos, prosoviéticos latinoamericanos o funcionarios de Europa oriental o, asimismo, la propaganda estadounidense, los contrarrevolucionarios miamenses y las derechas en general.

Igualmente, en el campo económico, al no obtenerse esa gran producción exportable, o peor, al probarse que Cuba no podría lograr esa incidencia en el mercado azucarero mundial. Y, por si faltara más, al constatar que el esfuerzo social invertido en esa zafra había dejado varios problemas en otras áreas de la economía isleña.

En el empeño por procesar mayor cantidad de caña, la zafra se prolongó inusualmente hasta inicios de julio, cuando la evidencia de que sería imposible cumplir la meta impuso reconocer realidades. Como era de esperar, el discurso de Fidel Castro del día 26 de ese mes constituyó un hito, no solo por su análisis crítico de esa experiencia, sino también por el necesario replanteamiento de la estrategia de desarrollo a seguir. De manera significativa, al acto en homenaje a ese aniversario del 26 de Julio acudieron importantes delegaciones de los gobiernos del campo socialista, además de numerosas representaciones de movimientos y gobiernos de liberación nacional.

El reconocido coraje de Fidel Castro para tomar al toro por los cuernos, establecer responsabilidades, proponer opciones y encontrar en cada adversidad nuevas alternativas volvió a demostrarse. Asumió personalmente la responsabilidad principal y ofreció entregar su cargo. Y ante el masivo reclamo de que siguiera al frente de la Revolución y del gobierno, hizo suyo enseguida el compromiso de convertir ese revés en vitorias.

En ese discurso abordó de nueva cuenta la cuestión de las relaciones entre la situación objetiva y la conciencia revolucionaria. Hizo un minucioso recuento tanto de las dificultades encontradas, así como de los progresos obtenidos –pese a todo– en otros aspectos de la economía durante aquella zafra. Su análisis observó cómo, debido a la enorme movilización humana efectuada, incluso se habían visto afectadas tanto la formación de cuadros técnicos esenciales para el desarrollo, como la defensa militar del país. Pero que,

> […] dado el nivel de nuestras fuerzas productivas, dado el nivel de productividad de nuestro trabajo tendremos que seguirlo haciendo. Esas son las realidades que

> nos impuso el hecho mismo de la Revolución. Mas no las enumeramos a modo de excusa [o] pretexto […] o como única explicación de nuestros problemas; las brindamos simplemente como elementos de juicio para evaluar la situación global.
>
> A todo esto hay que añadir una, y no de poco peso, que es nuestra propia ineficiencia […] nuestra ineficiencia en el trabajo general de la Revolución.[174]

Explicó que invertir en el desarrollo y, a la vez, empeñarse en satisfacer las necesidades sociales había significado gastar más de lo que se producía y conllevado a ser incapaces de librar la batalla simultánea en ambos campos, "lo que se tradujo en descompensaciones en la economía, en reducciones de la producción en otros sectores y, en fin, en un acrecentamiento de nuestras dificultades". No obstante, afirmó luego, en esta enumeración estadística solo aparece una parte de los motivos, puesto que

> Hay que señalar además la ineficiencia, es decir, el factor subjetivo entre las causas que han estado incidiendo en estos problemas.
>
> Hay sí, dificultades objetivas. […] Pero no estamos aquí para señalar las dificultades objetivas. La tarea es señalar los problemas en concreto. Y la tarea es que el hombre ponga lo que la naturaleza o los hechos de la realidad de nuestros recursos y nuestros medios no ha podido poner. Es el hombre. El hombre está jugando aquí un papel fundamental. Y fundamentalmente los hombres que tienen tareas de dirección.
>
> Vamos a empezar a señalar en primer lugar […] la responsabilidad de todos nosotros, la mía en particular.[175]

Además, observó Fidel, también estamos pagando la herencia de nuestra propia ignorancia. "Creo que nosotros, los dirigentes de esta Revolución, hemos costado demasiado caro en el aprendizaje". Pero aun así, reconoció más adelante, en estos meses "hemos dado una batalla heroica" y sus héroes están aquí representados: "héroe fue el pueblo de esa batalla, la batalla de los 10 millones, en la siembra y en la cosecha".

Con todo, observó, se obtuvo un notable incremento en la producción de azúcar –la mayor de la historia–, con más de cuatro millones de toneladas sobre el año anterior. Y ese pueblo heroico lo logró como cuestión de honor, por la palabra empeñada y no por los motivos del pasado, cuando por una paga miserable los trabajadores permanecían en el campo 15 y 16 horas diarias –si les daban trabajo–, a causa de la miseria y no por razones de honor. Al respecto, recordó,

---

174. Fidel Castro: Discurso por el XVII Aniversario del 26 de Julio, en 1970. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 345.

175. Ibíd., pp. 357-358.

> No nos olvidemos de que al principio éramos solo un pueblo rebelde, emocionalmente revolucionario, pero que de problemas políticos y sociales nos tenían realmente confundidos y nos tenían realmente adoctrinados los periódicos, las revistas, las películas, los libros y todos los medios de divulgación imperialistas.
>
> No olvidemos, y digámoslo, no como un motivo de vergüenza, sino incluso de orgullo. Y como prueba de lo que pueden hacer los pueblos, y como prueba de las posibilidades de las revoluciones, hay que decir que la mayoría de nuestro pueblo a principios de 1959 no era ni siquiera antimperialista, ni había conciencia de clase, [sino] ¡instinto de clase!, que no es lo mismo.
>
> Es necesario recordar que los primeros años fueron los años de grandes batallas políticas, de grandes batallas ideológicas entre el camino capitalista y el camino socialista […] y que el trabajo de la pequeña vanguardia revolucionaria fue conquistar primero que nada la conciencia de las masas.[176]

Pero ¿cómo resolver ahora la contradicción entre nuestras abrumadoras necesidades y la limitada disponibilidad real de recursos materiales y de fuerza de trabajo, para el presente y los años y quinquenios venideros? Es necesaria una mayor toma de conciencia para buscar la racionalización de nuestros esfuerzos, se contestó, “para ver cómo le damos el aprovechamiento óptimo y máximo a cada máquina, a cada gramo de materia prima, a cada minuto de trabajo de un hombre”. No de más y más horas y jornadas extraordinarias de trabajo, sino del “aprovechamiento óptimo de la jornada de trabajo, a excepción de cuando imperiosas circunstancias lo requieran, como excepción. Cuando sea claro que allí se va a lograr un objetivo, no para cumplir una consigna”.

El camino es más difícil de lo que parecía, admitió. “El propio Carlos Marx pensaba en el socialismo como una consecuencia natural de la sociedad ya muy desarrollada tecnológicamente”. Sin embargo, añadió Fidel, en el mundo de hoy, frente a las potencias imperialistas industrializadas, los países como el nuestro, para superar todo ese atraso cultural y técnico no tienen otro camino que el socialismo. ¿Pero qué es el socialismo?, pregunta. Es la posibilidad de emplear de manera óptima los recursos humanos y los recursos naturales en beneficio del pueblo. ¿Qué es el socialismo? Es la desaparición de la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, respondió de inmediato. Y continuó:

> Hoy la industria, las materias primas, los recursos naturales, las máquinas […] pertenecen a la colectividad. Si con esas máquinas […], si con esos recursos no hacemos lo óptimo, no es porque nos lo impida un capitalista, no es porque nos lo impida un imperialista […] no es porque nos lo impida nadie: es porque no sabemos, es porque no queremos, es porque no podemos. Y por eso tenemos que

176. Ibídem, p. 347.

> saber emplearlos de manera óptima […]; sencillamente, acudiendo a las reservas de voluntad, de moral, de inteligencia, de decisión del pueblo, que lo ha demostrado, ¡lo ha demostrado![177]

Porque nosotros no tenemos aquí soluciones mágicas. Hemos planteado los problemas y dicho: "solo con el pueblo, con la toma de conciencia del pueblo, la información del pueblo, le decisión del pueblo y la voluntad del pueblo, esos problemas podrán ser superados". Hace 17 años, cuando intentamos tomar el Moncada, acotó, no era para ganar una guerra con 1 000 hombres, sino para iniciarla y librarla con el pueblo, y con el pueblo se ganó. Nosotros ni de guerra sabíamos, pero el aprendizaje allí fue rápido. Pero es más fácil ganar 20 guerras que ganar la batalla del desarrollo. Con toda sinceridad decimos que el aprendizaje de los revolucionarios en la construcción de la economía es mucho más difícil, los problemas son mucho más complejos y el aprendizaje más largo y más arduo, porque hoy

> No estamos librando una batalla ideológica como la de los primeros tiempos. Es una batalla en el terreno de la economía la que tenemos que librar con el pueblo. […]
>
> Hoy no se lucha contra hombres –si acaso los hombres contra los que luchamos somos nosotros mismos–; luchamos contra factores objetivos; luchamos contra el pasado, luchamos con la presencia de ese pasado todavía en el presente, luchamos contra limitaciones de todo tipo. Pero es sinceramente el reto mayor que […] ha tenido la Revolución.[178]

Fidel advirtió que los avances logrados aquel año no significaban que las dificultades hubieran desaparecido, ni que los problemas estuvieran resueltos, ni mucho menos. Dijo que en realidad *hay diferentes factores objetivos*; hay cuestiones que pueden estar al alcance de nuestras manos y otras que no están a nuestro alcance. Pero señaló que, tal como hacía un año él lo dijera, "independientemente de las dificultades objetivas, es nuestro deber hacer el máximo y el óptimo esfuerzo en aquellas cuestiones que sí dependían de nosotros".

Nuestro país, prosiguió, "ha vivido en estado de sitio virtualmente 12 o 13 años". Y durante todos estos años el imperialismo ha mantenido una guerra contra Cuba que "nos ha costado muchos recursos humanos, económicos y de todo tipo; nos ha obligado a defendernos haciendo grandes gastos de energía y de recursos". Además, nos ha bloqueado y ha dificultado nuestro intercambio comercial con el resto del mundo. "Es decir que hay problemas que no se pueden resolver

177. Ibíd., p. 374.

178. Ibíd., p. 376.

simplemente con la voluntad", de manera que nuestro país desenvuelve su proceso en condiciones objetivas difíciles. Pues bien:

> Nuestro deber es no temer las dificultades objetivas, enfrentarlas; enfrentar las dificultades, buscar una solución u otra solución. Y por supuesto nuestro deber es superar todas las fallas subjetivas, todas las debilidades de organización, de eficiencia, lo que depende de nosotros.[179]

De modo que en nuestro trabajo revolucionario, agregó, no podemos sentirnos nunca satisfechos, ni perder en un solo instante la conciencia de nuestras necesidades, de nuestra pobreza y nuestras dificultades. De que estamos sitiados, de que los imperialistas tienen una guerra declarada contra nosotros y que esa situación seguirá. "¡Seguirá porque la Revolución no buscará conciliaciones de ninguna índole con los imperialistas yanquis!", y mantendremos la posición de principio, intransigentemente, como lo ha hecho la Revolución desde el primer día! ¡Las dificultades acobardan a los timoratos, desalientan a los cobardes, asustan a los derrotistas, pero no al pueblo, no a los revolucionarios!

Y para concluir reiteró que era imposible olvidar que, además de los hechos que ese día se conmemoraban, los revolucionarios cubanos habían enfrentado situaciones aún más adversas, como las de aquel 5 de diciembre cuando la expedición del Granma fue diezmada y le quedaron apenas 12 hombres, pero aun así nunca se perdió la convicción y la confianza en el triunfo. Para muchos, teóricamente, la Revolución era imposible, comentó Fidel. Los teóricos habrían dicho: esa revolución es imposible; habrían dicho: esa correlación de fuerzas entre revolucionarios y enemigos de la Revolución era imposible de superar. Ahora ellos dirán: esa Revolución, ese socialismo, a 90 millas de los imperialistas es imposible que sobreviva.

> Pero la vida enseña que la cosa imposible, o aparentemente imposible, es posible en la realidad de la vida. Es posible sobre todo cuando los pueblos enarbolan las ideas, cuando las ideas revolucionarias se convierten en ideas de las masas, de los pueblos. Y que todo lo que parecía imposible fue posible.[180]

179. Fidel Castro: Discurso por el XVIII Aniversario del 26 de Julio, en 1971. En *Victoria de las ideas*, t. 1, p. 405.

180. Ibídem, p. 409.

Enfrentar antiguos y nuevos problemas

La cuestión del papel de los estímulos morales o materiales como instrumentos para incentivar la productividad siguió latente, en tanto que diversos problemas de la economía continuaban. En 1973 Fidel volvió a señalar que, si bien en la clase obrera ya se contaba con una vanguardia de la conciencia revolucionaria, sería un ejemplo de idealismo esperar de todos los trabajadores igual desempeño diario, mientras unos aportan más que otros. Esto sería injusto con esa vanguardia, no ayudaría al progreso moral de los demás e iba a resultar adverso para la economía. Por lo tanto,

> Junto al estímulo moral hay que usar también el estímulo material; sin abusar ni de un ni de otro, porque lo primero nos llevaría al idealismo y lo segundo al desarrollo del egoísmo individual. Hemos de actuar de modo que los incentivos económicos no se conviertan en la motivación exclusiva del hombre, ni los incentivos morales en el pretexto para que unos vivan del trabajo de los demás.

Definición que sintetizó la experiencia de varios años, pero que Fidel entonces completó, además, con dos importantes consideraciones que van bastante más allá del problema inmediato:

> Quizás la tarea más difícil que se impone a un proceso en marcha […] sea la ciencia de saber conciliar dialécticamente las fórmulas que nos exige el presente, con el objetivo final de nuestra causa.
>
> En la educación está el instrumento fundamental de la sociedad para desarrollar los individuos integrales capaces de vivir en el comunismo.[181]

Situó así el problema en su perspectiva histórica y el ámbito de su progresiva resolución programática. Discutir soluciones para los problemas de cada coyuntura sin comprometer ni dificultarle el camino al objetivo final. Entender que la marcha hacia ese objetivo pasa por transformaciones culturales que no se logran con tomar algunas medidas, sino a través de un proceso educativo de masas y, al propio tiempo, concretarle a este proceso una finalidad precisa: formar a los ciudadanos que ese futuro va a necesitar.

Aun así, faltaba abordar otros aspectos de la cuestión. Pocos años después, en el Primer Congreso del Partido, en 1975, Fidel volvió a mostrar el mismo valor

181. Fidel Castro: Discurso por el LX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 55.

autocrítico, al analizar el conjunto de las deficiencias persistentes en la economía cubana y señalar de nueva cuenta que

> Nuestra gestión económica no ha sido todo lo eficiente que podía haber sido […] En la conducción de nuestra economía hemos adolecido indudablemente de errores de idealismo y en ocasiones hemos desconocido la realidad de que existen leyes económicas objetivas a las cuales debemos atenernos.[182]

Como José Luis Rodríguez más tarde lo resumió,[183] en el contexto de la lucha contra las secuelas del subdesarrollo, legadas por los regímenes coloniales y neocoloniales y la necesidad de ahondar la discusión de las alternativas para impulsar el desarrollo, como tarea esencial del proceso de liberación nacional, ya en 1969 Fidel había observado que "Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo".[184] En 1976, con una visión más integral sobre el sentido que el socialismo tiene para impulsar la lucha por el desarrollo, sostuvo que, en las condiciones de nuestro tiempo, "cuando una parte del mundo se desarrolló extraordinariamente y otra se quedó increíblemente subdesarrollada, el socialismo como sistema se ha convertido ya, incluso, en una condición para el desarrollo".[185]

En el entendido, desde luego, de que no se trata solo de procurar el crecimiento de la economía –aunque ese crecimiento también es indispensable–, puesto que

> El desarrollo no es solo económico, sino también social. Puede haber un crecimiento económico deformado o dependiente, que no sirva a este objetivo ni conduzca a los fines esperados. Una policía económica y social acertada debe tener como centro y preocupación al hombre.[186]

En los meses que siguieron a la gran zafra frustrada en 1970, lo prioritario fue recuperar la marcha de las instituciones y la economía y, además, combatir el repunte de algunas conductas antisociales. Al celebrarse el aniversario del Ministerio del Interior, Fidel insistió en que la lucha contra el delito común y las actividades antisociales tenían un papel tan importante como enfrentar la contrarrevolución. Porque la delincuencia común, cuyas causas se originaban en la

182. *Vid. Primer Congreso el Partido Comunista de Cuba. Informe central*. Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1978, p. 104.

183. José Luis Rodríguez: "La economía internacional y el pensamiento económico de Fidel Castro".

184. Fidel Castro: Discurso pronunciado el 20 de diciembre de 1969. Puede consultarse en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1969/esp/f201269e.html

185. Fidel Castro: Discurso pronunciado el 2 de diciembre de 1976. Consultar en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1976/esp/f021276e.html

186. Fidel Castro: Discurso en la inauguración del II Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, el 26 de abril de 1981, en *Desarrollo, subdesarrollo y Tercer Mundo*, Editora Política, La Habana, 1991, p. 78.

sociedad capitalista, “ha disminuido extraordinariamente en nuestra sociedad” pero no ha sido erradicada, así que la lucha contra el delito común será una lucha de todos, no solo de los funcionarios de orden público.[187]

Más adelante él enfocaría su atención sobre un aspecto más específico, el de los delitos contra los bienes de todo el pueblo. “Nuestra sociedad –sostuvo– tiene que luchar contra los residuos del pasado, como son los delitos contra la propiedad”. Ese tipo de delitos, apuntó, es característico de gente con reminiscencias burguesas, de quienes no quieren trabajar pero sí pretenden disponer de los bienes personales del trabajador, de las familias y del pueblo trabajador. “Aquí el que roba en una tienda […] o roba en un almacén le está robando a todo el pueblo. Eso claramente está en absoluta contradicción con los principios del socialismo y con la ética del socialismo”.

A la cual Fidel agregó una indicación esencial sobre el castigo a esa clase de infracciones:

> Cuando se castiga a alguien no se hace por venganza de nadie, el castigo no es la venganza contra ningún ciudadano; es la necesidad de defender a la sociedad, es la necesidad de defender al pueblo, defender al trabajador, a su familia […] Nadie siente placer al castigar a alguien. Hay que castigar a los irresponsables, sencillamente no queda otro remedio, y hay que castigar a los incorregibles, no queda otro remedio. Hay que castigar a los que atentan contra los intereses, la tranquilidad y el bienestar del pueblo.[188]

En los siguientes meses y años, la decisión de Fidel sobre la necesidad de conocer y corregir tanto los problemas de vieja data como las deficiencias sociales de nuevo cuño se ahondaría en otros aspectos. Puesto que también el proceso revolucionario puede causar errores, en 1972, durante una visita a la República de Guinea compartió una reflexión que abarcó las formas de prever esas deficiencias y, lo que es más importante, detectarlas con prontitud y corregirlas sin demora. “Ningún camino es fácil”, observó. La ruta es larga y difícil, “requiere ir aprovechando los errores, se requiere la crítica, la autocrítica, el reconocimiento honrado de cualquier error, para rectificar, para invertir mejor los recursos. Porque […] una revolución es una incesante lucha contra las deficiencias y contra los errores.[189]

Por lo tanto, los revolucionarios jamás deben sacarle el cuerpo a los problemas ni los errores sino tener la honestidad y el coraje de reconocerlos, para discutirlos y rectificarlos con la participación de la gente. Como, asimismo, años más tarde, al analizar en un congreso latinoamericano de mujeres la venidera crisis

187. Fidel Castro: Discurso por el X Aniversario del MININT, el 6 de junio de 1971.

188. Fidel Castro: Discurso en la clausura del I Congreso de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), el 28 de septiembre de 1977.

189. Fidel Castro: Discurso pronunciado en la población de Faranah, Guinea, el 4 de mayo de 1972.

económica del capitalismo, Fidel reiteró que no hay por qué temerlos, ni en la realidad ni en el campo de las ideas, sino enfrentarlos, porque

> Son las crisis las que generan ideas, es esta crisis la que está generando ideas, está generando conciencia, está generando unidad, está generando programas de lucha para todos nosotros que ya tenemos más conciencia.[190]

En ese espíritu, a finales de 1986 Fidel decidió emprender un debate a fondo, primero en el partido e inmediatamente con todo el pueblo, sobre los problemas que seguían trabando el desarrollo económico del país, sin limitarse a cuestionar los mecanismos de dirección y control. Sus participaciones a lo largo de ese debate muestran que hacía largo rato él venía escrutando el asunto.

Tras años de implementar las técnicas de administración recomendadas por los países del campo socialista, el desempeño de la economía cubana seguía resultando insatisfactorio y, para Fidel, la dirección del Estado era responsable de no haber resuelto esa deficiencia. Desde el primer momento exigió identificar, sin excepción, todas las deficiencias y conductas erróneas, porque “si eso no se combate con toda energía, eso conduce al escepticismo en las masas, conduce al desaliento, conduce a la desmoralización, conduce al descrédito de las ideas y los objetivos de nuestro proceso revolucionario; eso es grave, pero muy grave”.[191]

Al arribar a conclusiones, reconoció que los debates habían probado franqueza y valentía al caracterizar las fallas detectados, y señalando cómo se había incurrido en determinados errores, “quizás de extremismo, llamémoslos, digamos, de idealismo”, y cómo de estos se derivaban otros de mayores consecuencias, que de no corregirse podían tornarse irreversibles.

Una dificultad explicable, consideró, en parte porque la construcción del socialismo es una experiencia históricamente nueva para la humanidad, pues a apenas 150 o 160 años de escritas las obras de Marx nadie podía figurarse que ahí todo estuviera previsto, sino que las nuevas experiencias aún debían ser enriquecidas por la teoría y la práctica. En tiempos de Marx, recordó, aún no existía siquiera el imperialismo; pero ahora confrontamos los tremendos problemas de esta época y muchos obstáculos por vencer, que corresponderá a los partidos revolucionarios y progresistas solucionar.

¿Cómo resolver las dificultades de la producción material y el desarrollo del país? De las experiencias ya conocidas, dijo, adoptamos algunos mecanismos para conducir el proceso; pero de hecho nadie estaba en condiciones de saber cómo

---

190. Fidel Castro: Discurso ante el Encuentro sobre la situación de la mujer en América Latina y el Caribe hoy, en La Habana el 7 de junio de 1985.

191. Fidel Castro: Discurso en la clausura del III Congreso del Partido Comunista de Cuba (PCC), el 2 de diciembre de 1986.

estos iban a funcionar y ahora debemos sacar las debidas lecciones. Pero no es disfrazando de capitalistas a nuestros administradores como vamos a lograr la eficiencia de nuestras fábricas, observó. Se mandó a esos compañeros a cumplir un plan, pero no a hacerlo reduciendo los costos de producción, no elaborando productos de mayor calidad, ni procurando mejor aprovechamiento de la jornada de trabajo, como hace el capitalista, que si no vende la mercancía lo arruina la competencia.

Por lo tanto, concluyó Fidel, se descuidó la calidad: si había que hacer 1 000, se hacían 1 000, pero sin resolver la contradicción entre cantidad y calidad, sin control de calidad, pues lo que importaba era cumplir el plan. Se empezó a vender más caro y hasta a robar para ser rentable, sin alcanzar ninguna eficiencia o haciendo cambalaches. Se ponían más normas, se pagaban más salarios y se exigía menos, con las consecuencias que esto tendría. Al cabo, la fábrica es del Estado y a fin de año este se hace cargo del déficit. El problema de la irrentabilidad se generalizó, se elevaron los precios al por mayor, no se abasteció debidamente a la población, sin que eso hiciera rentables a muchas empresas.

Rectificar es crear, abrir camino

Ante esa situación, Fidel llevó el debate más allá de discutir la eficacia y el rendimiento de la economía. Destacó los efectos culturales que esa política económica causaba a la conciencia revolucionaria y subrayó la cuestión del modelo de socialismo que el país debía darse para servir mejor a su pueblo. La construcción del socialismo, observó, "se ha hecho en cierta forma ensayando, probando y rectificando; sin embargo, hay cuestiones de concepto que son muy importantes". No se trata de unos mecanismos, sino de la materia de fondo.

> Creo que una de las peores cosas que nos ocurrió aquí […] es que se empezó a incurrir en una desviación; tal vez otros han incurrido en esas desviaciones, pero yo he visto el ejemplo de lo que a nosotros nos estaba ocurriendo: la creencia ciega, o que empezaba a ser ciega, de que la construcción del socialismo es, en esencia o fundamentalmente, un problema de mecanismos. [No obstante] pienso que la construcción del socialismo y del comunismo es, esencialmente, una tarea política y una tarea revolucionaria; tiene que ser, fundamentalmente, fruto del desarrollo de la conciencia y de la educación el hombre para el socialismo y para el comunismo.[192]

Para mí, siguió Fidel, está claro que los mecanismos económicos son un instrumento auxiliar del trabajo político, pero no la vía fundamental de la construcción del socialismo. "No tengo ni la más remota duda de que la vía fundamental es el trabajo político y revolucionario". A lo que inmediatamente añadió:

> *Aquí hemos incurrido en dos tipos de ilusiones. Cuando se promulgó la Constitución, se llevó a cabo la división político administrativa y se desarrollaron los Poderes Populares* […] *se originó la creencia ingenua de que a partir de esas innovaciones y de esos avances el Estado iba a funcionar de una manera perfecta, casi automáticamente* […] *Por otro lado, en la esfera de la producción material y de los servicios* […] *se llegó a la creencia de que todo marcharía a la perfección con el Sistema de Dirección y Planificación de la Economía, con la vinculación del salario y el trabajo, la panacea que lo resolvía todo*.

En realidad, continuó, aquí ningún dirigente había pasado por esa experiencia. Los conocimientos que algunos tenían sobre la construcción del socialismo eran "simplemente teóricos, y pudiéramos decir, incluso, que demasiado teóricos", pues nadie tenía una experiencia práctica en las condiciones de un país como Cuba, con sus problemas específicos y su nivel de desarrollo. Y está claro que no son el capitalismo ni los métodos capitalistas los que en las condiciones del socialismo pueden buscar la eficiencia de una empresa. Dicho esto, aclaró que

---

[192] Fidel Castro: Discurso en la sesión diferida del III Congreso del PCC, el 2 de diciembre de 1986.

> No estamos renunciando a esas categorías, ¡no!: no debemos renunciar a la vinculación en la esfera de la producción material, ya que es imposible en otras esferas […], ni a la norma ni a la fórmula socialista de pago según la cantidad y la calidad del trabajo, ¡cantidad y calidad! No debemos renunciar a la idea de la rentabilidad de la empresa, ni a la idea del cálculo económico. No estoy en contra de ninguno de esos mecanismos o categorías, siempre que entendamos que es el trabajo político, el trabajo revolucionario, el sentido de responsabilidad de los cuadros […] lo que puede hacer posible la eficiencia.

Por otro lado, indicó Fidel más adelante, con un buen trabajo político en otras actividades hemos logrado éxitos que me hacen preguntar, ¿qué mecanismos o cálculos económicos vamos a usar en un servicio tan importante como son los servicios de salud pública? ¿Qué motivaciones y categorías económicas nos llevaron a desarrollar un hospital como el Hermanos Ameijeiras y los avances de alto nivel científicos allí alcanzados? Hay esferas importantísimas de la vida social a las que es imposible aplicarles ninguno de esos mecanismos. Y en la esfera de la educación pasa exactamente lo mismo. Éxitos como los logrados en la salud y en la educación son imposibles de alcanzar con esos mecanismos; allí el partido, el gobierno y el Poder Popular luchan por la calidad y luchan contra las deficiencias, las desatenciones y todo lo que es motivo de quejas en la población.

Y en las actividades de la defensa, ¿qué estímulos económicos cabría usar?, preguntó. Esos jóvenes del Servicio Militar que se ofrecen de voluntarios a cumplir misiones internacionalistas, o los oficiales de nuestras Fuerzas armadas que han cumplido varias misiones internacionalistas, dispuestos a dar la vida, ¿con qué mecanismos materiales los inspiramos? No existen estímulos económicos que pudieran inspirarlos.

Hay que hacer trabajo de conciencia, prosiguió Fidel. Los demás mecanismos, los factores económicos, son medios o instrumentos del trabajo político que requiere una revolución, que requiere la construcción del socialismo. Nadie nació siendo o dejando de ser revolucionario, y concluyó: hay que saber cultivar las mejores cualidades de cada hombre, la vergüenza, el honor, la dignidad de los hombres, los mejores atributos que cada persona posee. Lo que, a su vez, debe plantearse con el necesario realismo, concepto al que Fidel apeló desde finales de los años 70 como antídoto respecto a los errores motivados por el idealismo y el extremismo revolucionarios.

Las mejores cosas que tenemos, destacó, “las hemos logrado con el trabajo político y revolucionario, las hemos logrado a través del desarrollo de la conciencia de los hombres”. No son ilusiones, los ejemplos están a la vista de todos. Y lo digo con realismo, porque debemos ser realistas, que en la esfera de la producción material tenemos que usar esos mecanismos económicos. Pero con esta concepción, como medios auxiliares del trabajo político revolucionario, porque creer

que esos mecanismos van a lograr el milagro de la eficiencia, del desarrollo económico y social y de la construcción del socialismo, “es una de las ilusiones más ridículas que puedan haber existido jamás”.

A eso después agregaría que, en consecuencia, la acción correctiva necesariamente debe llegar mucho más allá, a las raíces de los problemas y a la innovación, puesto que el objetivo revolucionario rebasa la inmediatez y va de rectificar a crear, pues lo que se requiere, dijo, no es apenas rectificar errores cometidos en los últimos 10 años, o errores cometidos a lo largo de la Revolución. Como también es encontrar fórmulas para resolver incluso errores centenarios, como en la lucha por la igualdad del hombre y la mujer, o en dejar de producir en el país lo que antes se pensaba solo en importar.

Sobre todo, destacó, “rectificar es buscar soluciones nuevas para problemas viejos, rectificar es crear, abrir cauce, abrir camino. […] Rectificar es buscar lo nuevo”.[193] No es, por consiguiente, regresar a alguna de las opciones que antes el pasado ofreció, sino construir otro futuro a partir de las posibilidades que solo el ojo revolucionario puede adelantarse a predecir. Por eso, más tarde afirmaría:

> No hay época histórica en que un régimen social […], en tan breve tiempo, haya alcanzado logros tan gigantescos como el socialismo; pero siempre, en cualquier obra humana, habrá material para la crítica, para el análisis y para la superación de las dificultades. El revolucionario no se siente nunca satisfecho, ni puede sentirse, tiene que ser un eterno inconforme.[194]

Fidel recordó que, desde su Tercer Congreso en 1986, el partido había analizado con realismo, claridad y valentía las dificultades, errores y tendencias negativas del proceso revolucionario y su rectificación. Aclaró que eso había ocurrido de forma más o menos simultánea a cuando en la Unión Soviética y otros países socialistas algo similar se había iniciado, pero sin que nadie se hubiera puesto previamente de acuerdo para ello. Pero de inmediato resaltó una importante diferencia –y al indicarla calificó con aspereza a algunos compañeros cubanos que se habían dejado confundir por el atolondrado discurso de la perestroika– al precisar que

> Hay algunos que creen que lo que están haciendo en otros lugares es lo que tenemos que venir a hacer enseguida […] gente sin confianza en sí mismos, sin confianza en su patria, sin confianza en su pueblo, sin confianza en su revolución, que enseguida dicen que hay que copiar. Esa es una actitud incorrecta […], porque no hay dos procesos revolucionarios iguales, no hay dos historias iguales, no hay

193. Fidel Castro: Discurso por el XXXIV Aniversario del 26 de Julio, 1987. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 30.

194. Fidel Castro: Discurso por el XXXV Aniversario del 26 de Julio, en 1988. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 61.

> dos idiosincrasias iguales; unos tienen unos problemas, otros tienen otros; unos cometen unos errores, otros cometen otros.[195]

A lo que enseguida agregó, destacando la personalidad definitoria de la Revolución y su capacidad para decidir sus propias alternativas, que

> […] esta Revolución se caracterizó, precisamente, por no ser copiadora, sino ser creadora. Si nosotros nos hubiésemos dejado llevar por los esquemas, no estaríamos reunidos aquí, no habría habido 26 de Julio, no habría habido una revolución socialista en este hemisferio.[196]

Porque como se había precisado en ese Tercer Congreso, "la solución de los problemas de la eficiencia, del desarrollo y de la construcción del socialismo" es cuestión esencial de nuestro partido. Pero no intentando administrar instituciones y empresas, sino enfocándose en formar a los hombres, orientándolos, saliéndole al paso a cualquier tipo de tendencias negativas y errores, dando siempre el mejor ejemplo para garantizar la victoria por el camino correcto. Con lo cual, volvió a diferenciar los campos de competencia del gobierno, de las empresas y el del partido.

Allí Fidel hizo una agradecida y, a la vez, autocrítica referencia a la cooperación soviética, que tantos riesgos y carencias le había evitado a la Revolución. Contrastó la ayuda recibida con las enormes dificultades y carencias sufridas por el pueblo ruso al hacer su revolución sin ayuda de nadie y enfrentando las intervenciones extranjeras. En cambio, reconoció, nosotros hemos tenido el privilegio de recibir una colaboración exterior extraordinaria y tenemos la responsabilidad de no haberla sabido utilizar de una manera eficiente o con toda la eficiencia necesaria.

Aun así, subrayó enseguida, la prueba de que nuestra Revolución es una revolución creadora es que en la construcción del socialismo ella no se ató a esquemas, sino que hizo numerosos aportes, sin dejar de ser fiel a los principios del marxismo-leninismo.

Pero a la vez, sensible a la gradual pérdida de calidez de la solidaridad soviética y con su característico sentido del futuro como campo de opciones, Fidel agregó:

> Nuestra Revolución –no lo puede negar nadie– se ha mantenido con una fortaleza ideológica tremenda, porque aquí, ¿quién nos puede defender? Si el imperialismo nos ataca, ¿quién va a defender la isla? No vendrá nadie de afuera a defender nuestra isla; nuestra isla la defendemos nosotros. […] esta revolución socialista está a 10,000 kilómetros de la Unión Soviética.

---

195. Ibídem., pp. 61-62.

196. Ibíd., p. 62.

> […] Si el proceso revolucionario en Cuba tuviera una crisis, ¿quién lo salva? ¿Va a venir el imperialismo a salvar el proceso revolucionario? Si el proceso revolucionario en Cuba se debilita, ¿quién lo salva? [197]

Poco después, hizo recordar que "nuestro país ha hecho una proeza histórica extraordinaria al construir el socialismo aquí en las condiciones geográficas en que lo ha hecho", y que por eso debemos velar por la solidez ideológica de la Revolución. Por consiguiente, a diferencia de las prácticas introducidas en los países del campo socialista, aquí no debemos utilizar mecanismos, ni "ninguna clase de instrumentos que huelan a capitalismo"; aquí esto es cuestión esencial de supervivencia de la Revolución.

Hay que apegarse a los principios del marxismo-leninismo y del pensamiento martiano, "apegarse a ellos y no andar jugando ni coqueteando con cosas del capitalismo", advirtió. Porque creemos en el socialismo, "tenemos que ser muy cuidadosos en la interpretación y la aplicación de la teoría". Por eso, continuó, cada país, a partir de su historia y sus experiencias, debe elaborar sus fórmulas y nosotros respetamos las elaboradas por otros países.

Sin mencionar explícitamente la perestroika ni sus remedos en otras naciones, consignó que "nos alegramos del esfuerzo que realizan los países socialistas por superar dificultades […] que se les han creado a lo largo de la historia; pero hay muchos problemas que se crearon en otros países que no se crearon en este". Los problemas cubanos son diferentes, son de otro tipo, "precisamente porque no copiamos, porque fuimos creadores y no simplemente copiadores". A veces, incluso, he criticado que era tal nuestro celo por aplicar nuestras interpretaciones, continuó Fidel, que dejábamos de utilizar experiencias positivas de los países socialistas; pero otras veces copiamos experiencias negativas, esa es la verdad. Pero ahora seguimos buscando otro camino, nuestras propias fórmulas, y seguiremos siempre reacios a copiar servilmente recetas para otros males que nosotros no hemos padecido.[198]

A lo que además adicionó que "debemos ser capaces de rectificar no solo los errores cometidos y las tendencias negativas, sino de rectificar los errores que podamos cometer en el proceso de rectificación".

Para terminar, reiteró que "nadie ha dicho, en ninguna parte, que se pueda hacer avanzar un país sin trabajar como se debe". Todo lo contrario, insistió, hay que sumar todo nuestro honor y toda nuestra vergüenza para levantar el valor del trabajo, y tomar conciencia de la importancia del trabajo, y consagrarse al trabajo.

---

197. Fidel Castro: Discurso por el XXXV Aniversario del 26 de Julio, en 1988. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 65.

198. Ibídem, pp. 66-67.

“Y solo hay una manera de conseguirlo: el trabajo político revolucionario, dirigido por el partido”. Hay que hacer ese trabajo de información y de educación de nuestros trabajadores y de nuestro pueblo, y “demostrarle a los capitalistas que los socialistas, los comunistas somos capaces de ser, a través de la vergüenza, del honor, de los principios y de la conciencia” mucho más capaces que ellos de resolver los problemas del desarrollo de un país.

En tiempos difíciles…

Unos meses después, en el XXX Aniversario del triunfo de la Revolución, Fidel Castro profundizó el análisis de la situación de su país. Empezó por reconocer que se habían cometido muchos errores e indicó que para rectificarlos era preciso distinguir dos tipos de yerros:

> […] en una fase cometimos errores de idealismo y en otra fase, tratando de superar los errores de idealismo, cometimos errores de economicismo y de mercantilismo […]
>
> Ahora estamos rectificando esos errores […] Y esta no es una tarea fácil, nadie se imagine que es tarea fácil todo lo que tenga que ver con la teoría de los métodos, de las formas de la construcción del socialismo en un país determinado. Todos los países son diferentes, no hay dos exactamente iguales, yo diría que no se puede llevar a cabo un proceso revolucionario exactamente igual de un país en otro.[199]

En 1990 anunció que "estamos rectificando muchas cosas, y de la forma en que teníamos que hacerlo: no de manera precipitada", no de forma impensada sino dando pasos sólidos en cada uno de los aspectos fundamentales de la vida y el desarrollo del país. El esfuerzo es mayor que nunca y no tenemos duda de que, "de transcurrir los próximos años en las mismas condiciones internacionales en que [antes] transcurrieron quinquenios enteros, trabajando como estamos trabajando hoy, podríamos hacer prácticamente [todo] lo que nos propusiéramos".[200]

Volvió a reconocer que muchas de esas fallas vinieron de haber adoptado acríticamente el modelo soviético de gestión, al creer que la URSS poseía y estaba en capacidad de aportar a los demás países socialistas la experiencia de un arquetipo que parecía exitoso. Así, al rechazar la pretensión de que hay modelos universales de gestión revolucionaria igualmente aplicables a pueblos que vienen de distintos procesos de formación histórica y cultural, Fidel reafirmó que "todos los países son diferentes". Conclusión que, si recordamos anteriores planteamientos de la dirigencia cubana sobre las posibilidades políticas de los países latinoamericanos, reflejó un criterio más experimentado.

Fidel allí dejó ver sus dudas sobre el futuro de la Unión Soviética y el campo socialista, tras la incertidumbre disparada por los extravíos de la perestroika y sus probables consecuencias. Esto pronto demandaría prever las situaciones que la Revolución cubana tendría que enfrentar en la eventualidad de que la cooperación

199. Fidel Castro: Discurso en Expocuba, el 4 de enero de 1989.

200. Fidel Castro: Discurso de clausura del XVI Congreso de la CTC, el 28 de enero de 1989.

de esos países se contrajese o pudiera cesar. Lo que, por otra parte, asimismo incidiría a corto y mediano plazos sobre el ritmo y alcances del proceso cubano de rectificación.

En la práctica, al cabo de casi una década de acompasarse al modelo soviético, como unos años después lo resumió Felipe Pérez Cruz, el análisis de la situación hizo ver que la raíz de los problemas "no estaba solo en la dirección de la economía, sino en la debilidad del modelo de socialismo que habíamos importado, y que no se trataba solo de rectificar en política económica, sino de realizar una revolución conceptual profunda y abarcadora". El modelo economicista entronizado en la URSS y las "democracias populares", concluye Pérez Cruz, había extraviado el contenido humanista y revolucionario del proyecto leninista, con efectos enajenadores que entorpecieron tanto la formación de una nueva cultura como el desarrollo de las fuerzas productivas.[201]

En cualquier caso, por encima de la naturaleza y magnitud de los errores en que se hubiese incurrido, hay una dimensión del tema que ningún analista, pretendidamente objetivo, puede omitir sin enseñar el cobre: la de las difíciles circunstancias en que todo ese proceso tuvo lugar y lo que la Revolución cubana supo llevar adelante hasta el final de esa etapa. En la entrevista a Ramonet, varios lustros después, Fidel lo precisó al apuntar que, al cabo,

> Yo estaría dispuesto a aceptar las críticas de que cometimos algunos errores de idealismo, quizás quisimos ir demasiado rápido, quizás subestimamos fuerzas, el peso de los hábitos y otros factores. Pero ningún país se ha enfrentado a adversario tan poderoso, tan rico, a su maquinaria de publicidad, a su bloqueo, unido a la súbita desintegración de su punto de apoyo. Desapareció la URSS y nos quedamos solos, y no vacilamos.[202]

En aquellas condiciones, poco antes del colapso soviético, en 1991 Fidel definió lo medular del proceso rectificador y el papel que el partido debía desempeñar en la conducción del país en medio de la crisis que el nuevo estado de cosas iba a imponer. Lo contrapuso a lo que ocurría en la URSS, donde el reblandecimiento y postración del partido –y su consiguiente pérdida de liderazgo– era uno de los factores que precipitaban la crisis, al privar al país de ese órgano de concertación de opciones políticas.

Al respecto, Fidel hizo constar que

> Nuestro proceso de rectificación, que estaba muy consciente de su necesidad, comenzó antes de que se hablara de perestroika en la Unión Soviética, y una de

201. Felipe Pérez Cruz: "Los 'errores' de Fidel", publicado en el diario digital *Rebelión,* el 12 de agosto de 2016.

202. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 692.

> las características del proceso cubano era rectificar cosas que habíamos copiado incorrectamente en nuestros métodos de trabajo, en nuestros conceptos sobre la construcción del socialismo. Nosotros estábamos rectificando errores de copia cometidos, tendencias negativas y errores que se habían desarrollado; pero eso no podía empezar, de ninguna forma, por destruir el Partido.
>
> El Partido es el gran instrumento, el Partido había que mejorarlo, perfeccionarlo; pero la autoridad del Partido no se podía destruir, los valores morales de nuestra Revolución y nuestra historia no se podían destruir.[203]

Bajo el impacto del Período Especial, iniciado cuando de pronto la Isla perdió la abrumadora mayoría de sus fuentes de abastecimiento y mercados de exportación, con una contracción del 35 % del PIB, el pueblo cubano debió resistir y sobrevivir en condiciones de extrema precariedad y en esas condiciones fue preciso construir otras relaciones exteriores y nuevos medios para subsistir. Esto cambió las prioridades y modos de acción políticos y gubernamentales, pero no por ello se desistió de continuar corrigiendo pasados errores, ni de enfrentar los que en estas condiciones pudieran surgir.

Fidel explicó la necesidad de ajustar el proceso de rectificación al Período Especial sin discontinuar la determinación de defender, consolidar y hacer avanzar el proceso revolucionario, aunque adaptándose a esas difíciles circunstancias. “Tenemos que rectificar muchas cosas, innovar muchas cosas, combatir muchos problemas”, así como también enfrentar a “una contrarrevolución alentada, un imperialismo lleno de ilusiones, no sueñan con otra cosa que […] barrer la Revolución de la faz de la Tierra.[204]

Todavía en la incertidumbre de si la Unión Soviética iba a sobrevivir –ni en qué condiciones– al error estratégico de revisar sus complejos problemas destapando la caja de Pandora de la perestroika, en Cuba, por lo contrario, el PCC convocó a su IV Congreso. Lo hizo llamando a organizar la discusión de los problemas del país para proponer e instrumentar todas las medidas posibles a fin de perfeccionar el socialismo y robustecerlo. En el aniversario del 26 de Julio, en 1990, Fidel reiteró que “si el campo socialista se desintegra, si la URSS desapareciera, continuaremos construyendo el socialismo en nuestro país”, porque aquí

> El socialismo no es una opción coyuntural, no es un juego pasajero, no es, ni puede ser, una decisión transitoria; el socialismo era una necesidad histórica insoslayable, […] el resultado del desarrollo político e ideológico de nuestra sociedad, el mayor y mejor fruto de nuestra historia.

---

203. Fidel Castro: Discurso en la clausura del VI Foro nacional de piezas de repuesto, equipos y tecnologías de avanzada, el 16 de diciembre de 1991.

204. Fidel Castro: Discurso en la clausura del IV Congreso de los CDR, el 26 de septiembre de 1993.

> Si queríamos ser verdaderamente un país independiente, si queríamos ser verdaderamente un país libre, un país dueño de su destino, un país dueño de sus recursos, un país dueño de su economía, un país con derecho a construir con verdadera justicia social su propio porvenir, […] si queríamos acabar con toda aquella injusticia, con toda aquella basura, había que barrer con el sistema capitalista. Ese sistema lo hemos barrido de nuestra patria y no regresará jamás, al menos mientras haya un comunista, un revolucionario, una patria en esta tierra.[205]

Ante el extravío político que ya estaba por desintegrar a la Unión Soviética, el siguiente año Fidel apeló a su veterana práctica de adelantarse a los grandes problemas debatiéndolos con su pueblo. En el aniversario del 26 de Julio enumeró desde la tribuna las mayores amenazas en ciernes y sus probables consecuencias, al plantear que

> La URSS atraviesa problemas muy serios, es impredecible la evolución de los acontecimientos […] Toda esta situación ha llevado al imperialismo a un enorme triunfalismo, ha llevado al escepticismo a muchas fuerzas progresistas y a muchas fuerzas de izquierda en el mundo. Hay gente que quisiera morirse de oportunismo antes que recordar que militó en un partido comunista […] Todo lo ocurrido ha creado confusión y una oleada de neoliberalismo.

Así las cosas, prosiguió, el enemigo ha retomado la iniciativa y se entusiasma con la ilusión de que podrá cumplir varios de sus viejos proyectos, al extremo de que “ya dan por desechadas las ideas del socialismo como algo prehistórico, como si lo prehistórico verdaderamente no fuera el capitalismo, el colonialismo y el neocolonialismo, y lo nuevo, lo verdaderamente nuevo, el socialismo”. Ahora a Cuba le piden “cambios”, pero ¿quién ha hecho más cambios que nosotros en los últimos 30 años? Lo que quieren lograr es un recambio, ironizó, y eso no les daremos.[206]

No obstante, las secuelas de la nueva situación y de las dificultades y peligros que de ella iban a derivarse no se harían esperar. No todos los amigos del exterior, ni algunos ciudadanos cubanos, mantuvieron la consistencia moral y política que debían demostrar. Resaca previsible que Fidel asumió como la oportunidad de calibrar la calidad de unos y otros y, sobre todo, la solidez de la conciencia revolucionaria de su pueblo. El siguiente año, otra vez en el aniversario del 26 de Julio, lo razonó con la multitud y concluyó que

> En los tiempos difíciles el número de vacilantes aumenta; en los tiempos difíciles –y eso es una ley de la historia– hay quienes se confunden, hay quienes se desalientan, hay quienes se acobardan, hay quienes se reblandecen, hay quienes

205. Fidel Castro: Discurso por el XXXVII Aniversario del 26 de Julio, 1990. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 109.

206. Fidel Castro: Discurso por el XXXVIII del 26 de Julio, en 1991. En *Victoria de las ideas*, t. 3, pp. 148-49.

traicionan, hay quienes desertan. Eso pasa en todas las épocas y en todas las revoluciones. Pero también en los tiempos difíciles es cuando realmente se prueban los hombres y las mujeres; en los tiempos difíciles es cuando se prueban, realmente, los que valen algo.

Los tiempos difíciles son la mejor medida de cada cual, del carácter de cada cual, del coraje y el valor de cada cual, de la conciencia de cada cual, de las virtudes de cada cual y, sobre todo, de las virtudes de un pueblo y las virtudes patrióticas y revolucionarias no le faltaron ni le faltarán jamás a este pueblo.[207]

207. Ibíd., p. 167.

Los frutos de esa siembra

La retracción de la solidaridad soviética y, acto seguido, el abrupto derrumbe de la URSS implicaron la desaparición de los suministros requeridos para el normal funcionamiento de la economía y la defensa militar de la Isla. La situación impuesta durante lo que se denominó el Período Especial sometió a máxima prueba la fortaleza del socialismo cubano y la cultura política de su pueblo. Al saltar de los problemas del desarrollo a los de la resistencia, la nación asumió "una estrategia centrada en resistir el impacto de la crisis al menor costo social posible", al tiempo que procuró reinsertarse en las nuevas condiciones de la economía mundial.

Mientras esa crisis acarreó la desaparición del socialismo soviético en Europa, Cuba adoptó un conjunto de acciones que entrañaron reorientar su comercio exterior, renegociar la deuda externa, abrir puertas a la inversión extranjera directa e introducir otras iniciativas, como la de acordar concesiones reversibles en las condiciones de una economía socialista.[208] Su inesperada audacia dio pie a algunas especulaciones. Al respecto, en 1995 Fidel Castro aclaró que

> […] estamos introduciendo elementos de capitalismo en nuestro sistema, en nuestra economía, eso es real; hemos hablado, incluso, de consecuencias que observamos del empleo de esos mecanismos. Sí, lo estamos haciendo [pero] ¿Quién tiene el poder? Esa es la clave, porque si lo tiene el pueblo, si lo tienen los trabajadores, no los ricos, no los millonarios, entonces se puede hacer una política en favor del pueblo, respetando los compromisos que se hayan acordado con determinadas empresas extranjeras.[209]

Y el siguiente año, ante el congreso de las mujeres revolucionarias de la Isla, recalcó que "nosotros no hemos renunciado a ninguna bandera del socialismo, a ningún principio, deseo, espíritu de lucha, a la cultura que trajo al mundo el marxismo, el leninismo".[210]

La situación ya había reclamado, al mismo tiempo, movilizar diversos tipos de iniciativas políticas y diplomáticas que contribuyeran a resguardar la seguridad del país. Entre ellas sobresale la tesis que en 1990 Fidel, adelantándose a los acontecimientos, le planteó al VIII Congreso de la ONU sobre Prevención del Delito, tesis cuya importancia –adentrados ya en el primer cuarto del siglo XXI– ha seguido

208. José Luis Rodríguez: "La economía internacional y el pensamiento económico de Fidel Castro".

209. Fidel Castro: Discurso pronunciado el 6 de agosto de 1995. Puede consultarse en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1995/esp/f060895e.html

210. Fidel Castro: Discurso en la clausura del VI Congreso de la Federación de Mujeres Cubanas, el 3 de enero de 1996.

confirmándose. Su señalamiento tipificó la modalidad más amenazadora del delito internacional, al hacer ver que

> Estamos en presencia de un acelerado proceso de internacionalización del delito, es muy loable la intención de […] dar una respuesta a este fenómeno singular de nuestro tiempo. Pero lo que cada vez resulta más evidente es la necesidad de enfrentar no solo las formas más usuales del delito internacionalizado, como pueden ser los delitos económicos, el narcotráfico, el terrorismo y los delitos contra el medio: todo análisis al respecto debe incluir necesariamente las acciones de quienes actúan o pretenden actuar con absoluto desconocimiento de las normas consagradas por el derecho internacional –tales como la no intervención–, o con el absurdo y peligroso expediente de la extraterritorialidad de las legislaciones internas de los Estados.
>
> La dramática realidad de nuestros días es que ningún pueblo pequeño se siente hoy seguro mientras que a los poderosos se les reconozca de hecho la facultad de dictar y hacer a su antojo y conveniencia. Esa también es una forma de delito internacional –la más grave y peligrosa para toda la humanidad–, y no puede ser ignorada en análisis alguno sobre este tema que se pretende llevar a cabo con un mínimo de objetividad. En este sentido, el mayor alcance y significado de la cooperación internacional estará dado por las acciones concretas que en conjunto pueda tomar la comunidad internacional ante estas manifestaciones de arbitraria y criminal violencia en la conducta internacional.[211]

Esa tesis, invaluable en sí misma, anticipó una estrategia que en los siguientes años Fidel continuaría desarrollando en el plano de las relaciones con los países del Tercer Mundo. La estrategia de llamar a la formación de acuerdos y movimientos en defensa de intereses comunes –como, en este caso, la de reafirmar el principio de no-intervención–, por encima de las divergencias que en otros asuntos pudieran tenerse. Lejos de pasar a la defensiva al perder a su aliado más importante, en los siguientes años Fidel Castro impulsaría en otro plano nuevas ofensivas antimperialistas, promoviéndolas sobre el horizonte de la lucha contra las injusticias del orden económico mundial, el intercambio desigual, el consumismo y la contaminación ambiental, entre otras.

En el campo interno, desintegrado el sistema mundial de la Guerra Fría e implantado un orden unipolar dominado por el imperialismo estadounidense, la Revolución, sitiada en su Isla, mantuvo el coraje y las habilidades necesarias para resistir y –en su día– remontar la situación. Ante las circunstancias más hostiles, poco después Fidel Castro sostuvo que

> Solo el socialismo podía unir tan estrechamente a las grandes masas del pueblo para liberar la gigantesca batalla moral, política, económica y social que teníamos

211. Fidel Castro: Discurso en la inauguración del VIII Congreso de las Naciones Unidas sobre Prevención del Delito y Tratamiento al Delincuente, La Habana, 27 de agosto de 1990.

> por delante, así como para estar dispuestos a liberarla en el terreno militar si el país era invadido. Era necesario conquistar toda la justicia, como había dicho Martí a Juan Gualberto Gómez. Solo el socialismo como régimen político, económico y social podía aportar toda la justicia.[212]

Certidumbre que él completó de inmediato con un razonamiento fundamental para toda interpretación del carácter del proceso revolucionario cubano y su capacidad para desarrollarse –de unas y otras formas– más allá de cualquier adversidad. Fidel empezó por señalar que el mundo en el que las luchas de su pueblo habían tenido lugar "no lo diseñamos nosotros", era el que existía antes del 1 de enero de 1959. Aun así, continuó diciendo que –como ya antes lo hemos citado–, si la Unión Soviética en aquel entonces no hubiera existido, los revolucionarios cubanos igualmente habrían atacado el Moncada, desembarcado en el Granma y combatido en Playa Girón. Porque la coincidencia del surgimiento de la Revolución Cubana con la existencia de la URSS fue un hecho histórico casual, observó, aunque muy útil cuando el pueblo cubano acto seguid se vio bloqueado y amenazado por Estados Unidos.

Por nuestra parte cabe comentar, además, que en tiempos más recientes, desde cuando en Latinoamérica empezó el reflujo de la oleada progresista que Hugo Chávez inició a finales de siglo pasado, algunos "analistas" han vuelto a turbarse con la cuestión de si es posible hacer la revolución socialista en un solo país, o esta solo puede hacerse en el contexto de una revolución mundial. Que yo sepa, ninguno de quienes ahora se angustian con estas especulaciones ha participado en el intento de resolver su inquietud en el terreno de la práctica. Pero, en cualquier caso, ese tema en nada puede venir al cuento respecto a la Revolución cubana.

Esta Revolución sucedió, se consolidó y existe porque en Cuba se daban las condiciones objetivas y en la lucha se desarrollaron las subjetivas, para que ese acontecimiento sucediera, se consolidara y continúe desarrollándose. Providencialmente, dicha revolución contó con los beneficios –y también los inconvenientes– de la colaboración soviética y, además, luego supo seguir adelante sin ella.

Fidel y sus compañeros –particularmente el *Che*– dieron lo mejor de sí por promover la revolución latinoamericana y tuvieron extraordinarios desempeños en apoyo a la liberación y la revolución en África, en Vietnam y en otros confines. Aunque no todas esas expectativas adicionales pudieron concretarse, en ningún momento eso dio pábulo a la fantasía de si la Revolución cubana puede o no existir

212. Fidel Castro: Discurso por el XLIII Aniversario del 26 de Julio, en Guantánamo, en 1995. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 215.

y avanzar en dependencia de si sucede o deja de ocurrir la revolución mundial o regional.

Al cabo se trata del mismo timo que la anterior cuestión de si las condiciones subjetivas o la debida “atmósfera” ya estaban dadas o no para hacer la revolución. En los años 50 no lo estaban y por ello se alegó que era irresponsable emprenderla; como ahora de nueva cuenta se quiere sostener que tampoco cabe intentarlo, esta vez porque la revolución mundial aún está por venir, o porque los precios de las *commodities* están bajos... Para quienes se excitan haciéndose tales elucubraciones, el pudin está sobre la mesa y la prueba de su realidad está en comerlo, como diría Federico Engels.

Para quien albergue la menor duda a ese respecto, dijo en su momento Fidel, baste el hecho irrebatible de que “cuando el campo socialista y la URSS desaparecen, nuestro pueblo, a pesar de haber perdido abruptamente el 70 % de sus importaciones y toda la cooperación militar, no vaciló un segundo en seguir adelante” y defender a cualquier precio su independencia, sus grandes conquistas sociales, sus ideas y su revolución. En aquel difícil período “muchos que no eran capaces de valorar el temple de este pueblo, creían que la Revolución se desplomaría en cuestión de días o semanas”, pero ahora constatan que “aquí estamos no solo resistiendo, sino poco a poco empezando de nuevo a ganar terreno”.[213]

Fueron años muy duros para todo ese pueblo, y de no poca incertidumbre para gran parte de las izquierdas latinoamericanas. Sabemos cómo –y a qué costo humano– la Revolución cubana supo enfrentar y sobreponerse a tamaño recrudecimiento del bloqueo y del acoso político. Para Fidel, la explicación no deja dudas: “sin esos años que dispusimos para educar, sembrar ideas, conciencia, sentimientos de profunda solidaridad en el seno del pueblo y un generoso espíritu internacionalista, nuestro pueblo no habría tenido fuerzas para resistir.[214]

Pero se hizo lo que se debía. Cuba mantuvo la firmeza necesaria y años después Fidel Castro cosechó los frutos de esa siembra –y de su obstinada fe en su pueblo– y concluyó el período en capacidad de decir que ahora

> Puedo afirmar que la pequeña isla que permaneció sola cuando en la contienda entre el imperio dominante y el Estado soviético este se derrumbó y aquel se hizo unipolar, fue capaz de resistir demostrando que nada es imposible.[215]

213. Ibídem, p. 216.

214 .Fidel Castro: Discurso en la Universidad Central de Venezuela, el 3 de febrero de 1999. Puede consultarse en www.fidelcastro.cu

215. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 250.

El arte de hacer lo imposible

Aun así, tras superar las mayores calamidades del Período Especial, fue indispensable atacar varios problemas que exigían reemprender la rectificación de errores y tendencias negativas. Esta vez, desafiando la hegemonía unipolar estadounidense en ausencia el campo socialista. Lo que solo podía hacerse confiando en que "la Revolución Cubana no podrá ser destruida ni por la fuerza ni la seducción" puesto que, parafraseando a Martí,

> Cuba está defendida por una doble trinchera de piedra e ideas [...]. Por una gigantesca trinchera de sentimientos e ideas contra la cual se estrellará todo el arsenal de mentiras, demagogia e hipocresía con las que el imperialismo pretende engañar al mundo. Con ideas verdaderamente justas y una sólida cultura general y política, nuestro pueblo puede igualmente defender su identidad y protegerse de las seudoculturas que emanan de las sociedades de consumo deshumanizadas, egoístas e irresponsables.[216]

Pese a todo, las medidas adoptadas para sobrevivir a cerca de diez años de extrema escasez de recursos materiales y económicos habían llevado a tolerar prácticas mercantiles, permisividades laborales, desvío de recursos y algunas conductas inconsecuentes con la ética revolucionaria. Al salir de la peor parte del Período Especial era perentorio recuperar la responsabilidad y disciplina sociales y la productividad del trabajo, al empezarse a disponer de medios para reanudar el esfuerzo por la eficiencia y la equidad. Como Fidel acotó, "hay que volver a cambiar, porque tuvimos tiempos muy difíciles, se crearon desigualdades, injusticias".[217]

En asamblea con los estudiantes de la Universidad de La Habana, el 17 de noviembre de 2005, tras criticar los errores cometidos en el curso de la Revolución, señaló que el más grave fue "creer que alguien sabía cómo se construía el socialismo". Aunque agregó que si antes cometimos ese error "hoy tenemos ideas […] de cómo se debe construir el socialismo, pero necesitamos de muchas ideas bien claras y muchas preguntas de cómo se puede preservar o se preservará en el futuro el socialismo".[218]

---

216. Fidel Castro: Discurso por el XLVII Aniversario del 26 de Julio, en Villa Clara, en 2000. En *Victoria de las ideas*, t. 3, p. 386.

217. Ignacio Ramonet: *op.cit.*, p. 695.

218. Discurso pronunciado en el acto por el 60 aniversario 60 de su ingreso a la universidad, efectuado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 17 de noviembre de 2005. En www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005/esp/f171105e.html

Afirmó que los yanquis nunca podrán destruir al proceso revolucionario no solo porque el pueblo cubano ha aprendido a manejar las armas, sino sobre todo porque este pueblo “a pesar de nuestros errores posee tal nivel de cultura, conocimiento y conciencia, que jamás permitirá que este país vuelva a ser una colonia de ellos”. Pero advirtió que, aun así, Cuba y su Revolución pueden destruirse a sí mismas “si no somos capaces de corregir nuestros errores. Si no conseguimos poner fin a muchos vicios: muchos desvíos y muchas fuentes de suministro de dinero de los nuevos ricos del período especial al que no debemos volver”. A lo cual agregó: “Hay que volver a cambiar, porque tuvimos tiempos muy difíciles, se crearon desigualdades, injusticias. Y lo vamos a cambiar sin cometer el más mínimo abuso”.[219]

Unos meses después, al dirigirse a la multitud en la celebración del 1 de mayo, destacó la importancia de cumplir a fondo las reformas requeridas para corregir los viejos y nuevos problemas dejados por el Período Especial. Para esto, indicó, ahora empezamos una etapa de reordenamiento del sistema. De la manera más decidida, a todos nos alienta la batalla contra los derroches y vicios, y a levantar la moral revolucionaria allí donde la rutina y el egoísmo la hayan mellado.

Para resolver correctamente lo que toca hacer, poco después Raúl Castro insistiría en que

> Se requiere trabajar con sentido crítico y creador, sin anquilosamiento ni esquematismos. Nunca creernos que lo que hacemos es perfecto y no volverlo a revisar […] Estamos en el deber de cuestionarnos cuanta cosa hacemos en busca de realizarla cada vez mejor, de transformar concepciones y métodos que fueron apropiados en su momento, pero han sido ya superados por la propia vida.[220]

Llevarlo adelante implicó revalorar el papel estratégico del Partido, y se decidió de nueva cuenta diferenciar sus responsabilidades respecto a las que deben corresponder a las estructuras del gobierno. Durante el Período Especial, las dificultades reiteradamente les exigieron a los cuadros políticos asumir tareas de los administradores cuando el apremio de las tareas demandó esfuerzos especiales, traslapándose sus roles. Ambas funciones debían volver a separarse. Es significativo que la cita que más claramente define esta decisión data de mucho antes, de cuando en 1962 Fidel constituyó las antiguas ORI y precisó su misión, al señalar:

> ¿Cuál es la función del partido? Orientar. [El partido] crea la conciencia revolucionaria de las masas, es el engranaje con las masas, educa a las masas en las ideas del socialismo y en las ideas del comunismo, exhorta a las masas al

219. Ibíd., pp. 294-95.

220. Raúl Castro: Discurso en Camagüey por el LIV Aniversario del 26 de Julio, en 2007. En *Vencimos porque luchamos*, p. 63.

> trabajo, al esfuerzo, a defender la Revolución. Divulga las ideas de la Revolución, supervisa, controla, vigila, informa, discute lo que tenga que discutir, pero no tiene las atribuciones de quitar y poner administradores, de quitar y poner funcionarios.[221]

Pero el PCC resultó no solo de reagrupar en una sola organización política a las principales fuerzas que combatieron a la dictadura y contribuyeron a darle sentido al gobierno revolucionario, sino de la rectificación de los errores cometidos en las ORI. Como Fidel lo sintetizó once años después en el XX Aniversario del Moncada, "de la unión de todos los revolucionarios nació este partido", con la misión de "recorrer el nuevo camino sin caudillos, sin personalismos, sin fracciones, en un país donde históricamente la división y el conflicto de personalidades fue la causa de grandes derrotas políticas".[222]

Construir ese líder colectivo fue uno de sus más largos empeños. Con el tiempo, Fidel desarrolló esa concepción del partido en un sentido próximo al del "intelectual colectivo" evocado por Antonio Gramsci. Al dirigirse al Primer Congreso del PCC, expresó que "el Partido lo resume todo" una vez que "en él se sintetizan los sueños de todos los revolucionarios a lo largo de nuestra historia; en él se concretan las ideas, los principios y la fuerza de la Revolución". En él desaparecen nuestros individualismos y aprendemos a pensar en términos de colectividad; él es nuestro guía y nuestra conciencia vigilante cuando no somos capaces de ver nuestros errores, nuestros defectos y nuestras limitaciones; en él, concluyó Fidel, nos sumamos todos y entre todos hacemos de cada uno de nosotros un soldado espartano de la más justa de las causas y de todos juntos un gigante invencible.[223]

Cuando, años más tarde, Fidel padeció problemas de salud y delegó responsabilidades, seguiría participando de otras formas en la orientación del proceso revolucionario. Particularmente, a través de la secuencia de artículos periódicos que conocimos como sus *Reflexiones*. En 2008, allí retomó al tema de la rectificación de errores en el artículo que tituló "Los vicios y las virtudes", donde reiteró que "toda manifestación de privilegio, corrupción o robo tiene que ser combatida y no hay excusa posible en esto para un verdadero comunista. Cualquier tipo de debilidad en tal sentido es absolutamente inadmisible". Añadió que todo ilícito "tiene que ser combatido sin tregua por los militantes del Partido", puesto que

---

221. En su momento esas palabras amonestaron a quienes, desde el interior del partido, urdían el proyecto de la microfracción". Puede consultarse el discurso en la comparecencia para informar al pueblo sobre el funcionamiento de las ORI, el 26 de marzo de 1962.

222. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 56.

223. Fidel Castro: En el Informe Central presentado al I Congreso del Partido Comunista de Cuba, en La Habana, el 17 de diciembre de 1975.

“el robo está lejos de ser el único mal que daña a la Revolución. Están los privilegios conscientes o tolerados y los inventos burocráticos”.[224]

Sin darle descanso al tema, más tarde demandó que las próximas generaciones lo sigan vigilando, al indicar que combatir desviaciones y corregir errores es una tarea que debe competer especialmente a los jóvenes, a quienes iniciaron su vida política después de la Revolución. Esa responsabilidad debe ir bastante más allá de combatir lo mal hecho y sostener el rumbo, añadió, dado que “el espíritu autocrítico, la incesante necesidad de estudiar, observar y reflexionar […] son a mi juicio características de las que no puede prescindir ningún cuadro revolucionario”.[225] Y el siguiente año agregó que

> La nueva generación está llamada a rectificar y cambiar sin vacilación todo lo que debe ser rectificado y cambiado, y seguir demostrando que el socialismo es también el arte de realizar lo imposible: construir y llevar a cabo la Revolución de los humildes, por los humildes y para los humildes, y defenderla durante medio siglo de la más poderosa potencia que jamás existió.[226]

224. Fidel Castro: “Los vicios y las virtudes”, en periódico *Granma,* el 19 de septiembre de 2008.

225. Fidel Castro: “El IX Congreso de la Unión de Jóvenes Comunistas de Cuba”, *Granma*, el 8 de abril de 2010.

226. Fidel Castro: “Los debates del Congreso”, *Granma,* 17 de abril de 2011.

Una cultura por construir

Esas reflexiones de Fidel, como tantas otras, respondieron a sucesivos tiempos de encrucijadas y transiciones. Ciertamente, el capitalismo es también una cultura y no solo un modo de producción como lo describen los manuales de economía. Para que semejante sistema de apropiación de recursos de los pueblos y de explotación de sus trabajadores pueda funcionar, cumplir sus propósitos y subsistir necesita impregnar a sus víctimas –país por país– de una cultura de aceptación de los patrones de conducta, creencias, rituales políticos y ambigüedades morales funcional a sus prioridades y útil, además, para neutralizar o marginar cualquier alternativa inoportuna. Según esta cultura, los abusos y barbaridades del régimen forman parte de un orden natural que no es factible remplazar, sino acaso suavizar.

Por su parte, el socialismo es otra cultura, que se inicia como una *contracultura* en contraposición a la promovida por los explotadores. Una cultura nueva que surge de la resistencia y las réplicas al orden establecido, que desde su seno crece para desarrollar una nueva convivencia solidaria –o darle otro sentido a la convivencia humana–, que Fidel Castro se empeñó en hacer factible en la vida real. Una opción tan promisoria que, además de ofrecer cauce a los indignados morales y sociales, da oportunidad de convertirse en propulsores de una alternativa revolucionaria. Lo que por ello espanta a las oligarquías y pone en guardia al imperialismo.

No obstante, la cultura capitalista no se esfuma cuando el pueblo toma el poder, ni la cultura socialista reina a partir de ese momento. Las ideas y actitudes propias de una y otra surgen, se difunden y le abren camino a su respectivo régimen político desde el interior de la época precedente. Y, asimismo, no pocos hábitos, clichés mentales y malas mañas de la cultura capitalista perviven entre los intersticios de la gente impregnada por ella, aun después del colapso del modo de producción que antes la erigió. Vivimos flanqueados entre ambos focos opuestos, mientras en la lucha entre esas culturas superamos las vicisitudes de la respectiva transición.

Así, pues, concebir, abrirle camino y construir el socialismo no son recorridos planos ni inmediatos. Incluso ya en poder del Estado, construirlo es también un debatido proceso de identificación de trabas y falsos caminos y de crear opciones. Progresos que deben cruzar sucesivos desafíos evitando que las decisiones de coyuntura embrollen o comprometan objetivos estratégicos.

Dos tipos de alternativas hacen elegir el camino revolucionario o su opuesto. Uno es el de indignarse ante las humillaciones del sometimiento nacional, la explotación, la injusticia y la degradación humana, que conducen a la rebeldía

organizada y luchar –de las formas que corresponda– por remplazar ese orden perverso; esta es una elección eminentemente moral. Y el otro tipo es el de quienes escogen acomodarse al sistema, hacerse de la vista gorda ante sus indecencias y acomodarse entre sus beneficiarios. En ese contexto, ocasionales gestos de caridad o de simpatía por moderadas reformas ayudan a tranquilizar remordimientos y guardar apariencias.

A ese subsuelo moral de las decisiones políticas se refería Fidel Castro, en última instancia, cuando en el XX Aniversario del 26 de julio hizo recordar que

> Martí nos enseñó su ardiente patriotismo, su amor apasionado a la libertad, la dignidad y el decoro del hombre, su repudio al despotismo y su fe ilimitada en el pueblo. En su prédica revolucionaria estaba el fundamento moral y la legitimidad histórica de nuestra acción armada. Por eso dijimos que él fue el autor intelectual del 26 de julio.[227]

A ello agregó que esa misma disyuntiva ética convocó los ejércitos mambises en 1868 y de 1895, así como a los rebeldes de 1953. Aunque para estos últimos, movilizados a mediados del siglo XX frente a nuevas formas de hegemonía y explotación, a las banderas de la soberanía nacional y popular "se añadía con toda su fuerza el problema social". Por lo tanto, era necesario incorporar igualmente la cuestión del socialismo como culminador y garante de la gesta anticolonial y liberadora. Fidel lo sintetizó cinco años después, al afirmar que

> A los teóricos del socialismo científico: Marx, Engels y Lenin deben los revolucionarios modernos el inmenso tesoro de sus ideas. […] Pero aun con ellos no habríamos sido capaces de realizarlo sin la semilla fructífera y el heroísmo sin límites que sembraron en nuestro pueblo y en nuestros espíritus: Martí, Gómez, Agramonte, Céspedes y tantos gigantes de nuestra historia patria.
>
> Es así como se hizo la revolución verdadera en Cuba, partiendo de sus caracteres peculiares, sus propias tradiciones de lucha y la aplicación consecuente de principios que son universales. Estos principios existen, no pueden ser ignorados.
>
> […] el triunfo de una idea en cualquier país es siempre fruto del esfuerzo de muchas generaciones y el concurso de la humanidad entera.[228]

No obstante, para lograr la eficaz convergencia de ambas corrientes no basta recuperar ese heroico pasado; también el marxismo necesita desarrollarse. En 1968, al clausurar el Congreso Cultural de La Habana, Fidel recalcó que "no puede haber nada más antimarxista que la petrificación de las ideas. Y hay ideas que incluso se esgrimen en nombre del marxismo que parecen verdaderos fósiles". Ese marxismo debía salir de su anquilosamiento e interpretar con criterio científico las

227. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario el 26 de Julio. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 40.

228. Fidel Castro: Discurso por el XXV Aniversario del 26 de Julio, en 1978. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 143.

realidades del siglo XX y de la revolución en el Tercer Mundo. Esto es, “comportarse como una fuerza revolucionaria y no como una iglesia seudorrevolucionaria”.[229]

En medio del esfuerzo por difundir al marxismo como parte de la cultura revolucionaria, sin contar todavía con docentes calificados, esa preocupación de Fidel venía de tiempo atrás. En un acto de graduación de las Escuelas Básicas de Instrucción Revolucionaria –donde en breves cursillos se improvisaban instructores para eso–, en 1963 Fidel manifestó que una de las cosas más difíciles de comprender eran las interpretaciones mecánicas de aquel marxismo. Ninguna debe entenderse como cliché, sostuvo, pues “el marxismo no es un conjunto de ‘formulitas’ para tratar de aplicar a la fuerza la explicación de cada problema concreto, sino una visión dialéctica de los problemas, una aplicación viva de los principios, una guía, un método”.[230]

Semejantes interpretaciones, usualmente derivadas de la repetición mecánica de los manuales soviéticos, no podía contribuir al desarrollo de una nueva cultura política fundada en la convergencia –y la sinergia– entre las tradiciones revolucionarias de la nación cubana y el proyecto aportados por el socialismo. Porque ese género de formulaciones doctrinarias está lejos de capacitar para hacerle frente a los retos conceptuales que más interesan a una revolución abocada al futuro de un mundo que los fundadores del marxismo no conocieron.

La divergencia de Fidel con el marxismo dogmático conjuga dos fuentes: la primera basada en los motivos, experiencias y expectativas nacional-liberadoras de la Revolución; y la segunda en la subsiguiente necesidad de producir nuevos recursos conceptuales para avanzar en la lucha por el desarrollo y superar los desafíos de los siguientes decenios y del siglo XXI. Ya en 1962, Fidel había reiterado que concebía la Revolución como “nuestra mejor maestra” y como “algo verdaderamente creador, […], con un desarrollo incesante de las ideas”. Ese magisterio debía corresponder a la propia Revolución antes que a cualesquiera otras fuentes, por muy solidarias que ellas pudieran ser.[231]

229. Fidel Castro: Discurso pronunciado el 12 enero de 1968. Puede consultarse en http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1968/esp/f120168e.html

230. Fidel Castro: Discurso en el acto conjunto de conclusión del Primer Congreso Nacional de Maestros de Vanguardia “Frank País” y graduación de las EBIR, el 10 de abril de 1963.

231. Fidel Castro: Discurso en la graduación de 300 instructoras revolucionarias para las escuelas de ex-empleadas domésticas, el 16 de marzo de 1962 en el teatro Chaplin.

Lograr, sostener y rectificar transformaciones

Las revoluciones radicales han sido una excepción en la historia del mundo, pues la mayor parte del tiempo la humanidad ha evolucionado a través de la acumulación de reformas y no de esas revoluciones, opina el historiador brasileño Valter Pomar. Por consiguiente, la mayoría de las veces la inercia de los factores objetivos ha prevalecido sobre los subjetivos, aunque al menos desde el surgimiento del capitalismo los cambios revolucionarios tienden a aumentar su incidencia en el curso de la historia.[232]

Esto no es casual, advierte Pomar; es efecto del desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, de la capacidad de la acción humana para modificar la realidad y a sí misma. En este sentido, observa, el crecimiento de la incidencia del factor subjetivo tiene base en un factor objetivo. Cuando ocurre una revolución radical los límites de lo posible son expandidos al máximo, pero después la evolución de los acontecimientos puede hacer que, poco a poco, vuelva a predominar el arrastre del *statu quo*, entendido como los límites objetivos establecidos por el desarrollo material precedente y las relaciones de fuerza.

A criterio de Pomar, la acción de Fidel Castro, como ideólogo y estadista, fue una permanente tentativa de enfrentar y superar los límites determinados por esos factores "objetivos". En otras palabras, que la acción de Fidel desplegó un permanente esfuerzo para hacer que los factores subjetivos prevalecieran sobre la inercia, o la resistencia, de las condiciones objetivas.

Esa persistencia, prosigue, no es extraña al marxismo. Para Marx, el socialismo resulta tanto de un *desdoblamiento del desarrollo de las fuerzas productivas impulsado por el capitalismo*, como de unas *posibilidades que dependen de las consecuencias de la lucha de clases*. Lo paradójico, comenta Pomar, es que los productos más radicales de la lucha de clases no han ocurrido donde había mayor desarrollo de las fuerzas productivas. La causa es sencilla: donde las fuerzas productivas están más desarrolladas el capitalismo cuenta con mayor capacidad de estabilización; pero donde las fuerzas productivas están menos desarrolladas el capitalismo genera más reacciones en su contra y tiene menor capacidad de estabilización.

---

[232] Estas observaciones de Pomar son una adaptación libre de una reflexión suya, tomada de un intercambio de correos entre él y el autor de estas páginas. Sus méritos son de Pomar; cualquier imprecisión corresponde a Nils Castro, quien aquí las incorpora a su propio examen del tema. [Nota del autor]

Es decir, esa opinión de Pomar coincide con las ideas de Fidel reseñadas en este libro. Al respecto, Fidel señala que para los pueblos del Tercer Mundo la lucha por la liberación nacional y la revolución socialista no solo reacciona a la dureza de sus condiciones de vida, sino que es condición para hacer posible su desarrollo integral. Igual que los cambios revolucionarios no solo hay que realizarlos, sino hacerlos sostenibles, darles continuidad y rectificar sus fallas y errores.

Esto pone a prueba lo que en cada tiempo y situación se entienda por socialismo y por el modo de construirlo. Al tenor de las condiciones mundiales y las ideas dominantes en los años que antes dieron lugar a la Ofensiva Revolucionaria, en 1975 el I Congreso del PCC aprobó una Plataforma Programática donde se afirmaba que hacer el socialismo implicaba "superar todo tipo de propiedad privada sobre los medios de producción [y constituir] un sistema único de economía en el que solo existan formas sociales colectivas de propiedad sobre los medios de producción".

En ese contexto, la noción de propiedad de todo el pueblo se entendía como propiedad estatal. En las circunstancias de la colaboración con los países socialistas en el marco del CAME, los dos siguientes congresos buscaron mejorar aquella propuesta, quizás pensando que sus insatisfactorios resultados venían de una deficiente aplicación. Pero ese supuesto enseguida sería arrollado por una nueva iniciativa revolucionaria: el Proceso de Rectificación de Errores y Tendencias Negativas, que Fidel lanzó en 1986 para discutir críticamente los problemas derivados del modelo soviético de gestión económica. Esto llevó a debatir la validez del modelo mismo, más que las formas de aplicarlo.

Por si faltara, poco después la Revolución cubana debió enfrentar un hecho flagrante, la debacle de la URSS, que descartó cualquier trasnochada justificación del sistema que fue incapaz de sustentarla. Lo que, por otro lado, impuso el imperativo de instaurar el Período Especial, cuando "el país debió concentrarse en una estrategia dirigida a resistir el impacto de la crisis al menor costo social posible" y reinsertar de nuevos modos a la economía cubana en la economía mundial.[233]

Con base en tales experiencias, en 1991 el IV Congreso del PCC concluyó que el Programa aprobado por el anterior congreso "no se corresponde cabalmente con los conceptos desarrollados en el proceso de rectificación de errores y tendencias negativas" y, por consiguiente, "no se ajusta a la realidad actual". Con esto, pese a las enormes dificultades que el siguiente período deparó, sobrevino la opción de iniciar una nueva época, como Fidel enseguida previó.

233. Puede consultarse a José Luis Rodríguez: "La conceptualización del modelo: análisis de sus características y perspectivas", partes I y II, en *Cubadebate,* el 28 de octubre y el 10 de noviembre de 2016.

Durante la etapa más crítica del Período Especial primó la exigencia de resistir y superar los peligros y privaciones de esa etapa. Pero, pasado el peor momento, ante la necesidad de superar sus secuelas, renovar la política económica, refrescar la lucha ideológica y producir una nueva concepción del socialismo y del modo de construirlo, de 1999 a 2006 Fidel impulsó personalmente el proceso conocido como la Batalla de las Ideas, hasta cuando su salud lo permitió.

Aun así, cuando en 2008 el mundo fue estremecido por la crisis que emergió en Wall Street, en Cuba todavía algunos problemas estructurales estaban por resolverse. El gobierno revolucionario decidió implementar enseguida cambios sistémicos más profundos para defender la economía y el desarrollo del país. Raúl Castro –presidente de Cuba desde febrero de 2008– explicó esta iniciativa a la Asamblea Nacional y al pueblo cubano el 2 de agosto de 2009, destacando la importancia de

> Definir con la más amplia participación popular la sociedad socialista que aspiramos y podemos construir en las condiciones actuales y futuras de Cuba, el modelo económico que regirá la vida de la nación en beneficio de nuestros compatriotas y asegurar la irreversibilidad del régimen sociopolítico del país única garantía de su verdadera independencia.[234]

Tras un abarcador debate social que modificó gran parte del proyecto original, en abril de 2011 el VI Congreso del PCC aprobó sus *Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución*, que disponen importantes cambios a la política y el modelo de desarrollo del país. Con base en 50 años de experiencia de gobierno revolucionario, este documento fija una nueva concepción de las pautas para construir socialismo cubano.

Sin restarle relevancia a la planificación, los Lineamientos le reconocieron mayor papel a las relaciones mercantiles y a la propiedad no estatal. Y respecto a la preponderancia de la propiedad social, consideraron el insuficiente nivel de desarrollo del país y la imposibilidad de lograr una gestión económica eficiente contando solo con la propiedad estatal y una alta centralización.[235]

Dicho en términos generales, junto al papel de la propiedad estatal como principal factor motriz del desarrollo económico, los Lineamientos trazaron un nuevo espacio para la gestión de la propiedad privada, la cooperativa y la propiedad mixta. Priorizaron enfocar los esfuerzos del sector público en las áreas de mayor potencial

234. Raúl Castro: “A mí no me eligieron presidente para restaurar el capitalismo en Cuba ni para entregar la Revolución. Fui elegido para defender, mantener y continuar perfeccionado el socialismo, no para destruirlo”, en *Granma,* el 3 de agosto de 2008.

235. Para conocer un resumen comentado de los cambios de la política y el modelo económicos acordados por el VII Congreso del PCC, puede consultarse el antes citado artículo de José Luis Rodríguez: “La conceptualización del modelo: análisis de sus características y perspectivas”.

de desarrollo económico y donde se concentran los medios fundamentales de producción. Asimismo, separaron las funciones estatales y las funciones empresariales, descentralizaron la gestión económica de las entidades estatales a favor de las empresas y los territorios y, además, aseguraron la participación de los trabajadores.

La inversión extranjera empezó a expandirse desde fines de los años 90, al comienzo principalmente en el área del turismo e implementando proyectos concesionados. En 2016 el capital extranjero –unos 7 800 millones de dólares estadounidenses– alcanzaba el 6,5 % de la actividad inversionista. En 2017, Cuba atrajo más de 2 000 millones de dólares de inversión foránea, que ya incluyen proyectos como el de la Zona Especial de Desarrollo de Mariel, que además de instalaciones portuarias y logísticas incluye la producción de bienes y servicios de alto valor agregado, para el mercado interno y la exportación.

Al propio tiempo, ha crecido el sector privado y de los trabajadores por cuenta propia, que hoy (a finales de 2016) emplea a más de 560 mil personas, el 12 % del total. Gran parte de las remesas familiares del exterior contribuyen a su capitalización. El fortalecimiento del sector no solo aumenta la oferta de bienes y servicios, sino que, a la par, libera de cargas a las empresas del Estado, facilitando concentrarlas en las actividades de mayor relevancia estratégica. Asimismo contribuye el creciente número de cooperativas no agropecuarias.

Las transformaciones adoptadas difieren de las decididas en China y en Vietnam, que disponían de grandes reservas de fuerza de trabajo de relativamente baja calificación y costo. En comparación, Cuba cuenta con una población laboral menos numerosa y en términos generales, de mayor calificación. Por consiguiente, para el mediano y largo plazos los Lineamientos previeron un aprovechamiento más eficiente del potencial humano, con incremento la competitividad en los sectores tradicionales y mayor desarrollo de anteriores y nuevos rubros de producciones de alto valor agregado. Lo que es consecuente con la realidad de un país con modestos recursos naturales y energéticos, y con el postulado fidelista de que el desarrollo cubano dependerá de un progreso científico y técnico que impulse la producción de ese género de bienes y servicios.

Cinco años después, con la regularidad habitual, se celebró el VII Congreso del Partido, que revisó la ejecución de los Lineamientos y decidió darles actualización y continuidad. Igualmente, aprobó un documento de *Conceptualización del Modelo Económico y Social*, y otro con las bases del *Plan Nacional de Desarrollo socioeconómico hasta el año 2030*. Y, asimismo, debatirlos con los militantes del partido y de la juventud, con las organizaciones de masas y

con los sectores sociales y encargarle al nuevo Comité Central incorporar los resultados de esa consulta al texto de estos documentos.[236]

Entre otros signos de relevo generacional y renovación del proceso revolucionario, en este el recién electo Comité, de más de 140 miembros, dos terceras partes de sus integrantes nacieron después del triunfo de la Revolución, el 44 % son mujeres, un tercio son negros o mulatos y el 98 % tiene formación universitaria. Además, este sería el último Congreso en el que participaban los dirigentes históricos de la Revolución, por rebasar el límite de edad acordado para permanecer en cargos de dirección.

236. Raúl Castro: Discurso de clausura del VII Congreso del PCC, en https://www.cibercuba.com del 19 de abril de 2016.

De los derechos humanos a los de la humanidad

El sentido dialéctico y abierto a la innovación de la incansable producción de ideas de Fidel Castro y de la Revolución cubana no podía caber entre las cuatro reglas elementales del marxismo dogmático. Menos aún del marxismo enriquecido por las preocupaciones que, desde mediados de los años 70, ocuparon crecientemente la atención de Fidel, interesado en hallarle respuesta a problemas que otros líderes entrarían a discutir en el siguiente siglo, pero que, a su juicio, ya incidían no solo en la necesidad de consolidar la Revolución, sino también en las perspectivas de desarrollo de Cuba, del Tercer Mundo y en el destino de la humanidad.

Para empezar, los temas que desde 1976 él le planteó al gobierno y el parlamento cubanos, al recalcarles que

> La liberación, el progreso y la paz de la Patria están indisolublemente unidos en nuestra concepción a la liberación, el progreso y la paz de toda la humanidad. La anarquía, las guerras, el desarrollo desigual, los fabulosos recursos invertidos en armas y los riesgos que hoy acechan a la humanidad, son frutos naturales del capitalismo. Solo una distribución justa de las fuerzas productivas, la técnica, la ciencia y los medios de vida; solo una utilización cada vez más racional de los recursos naturales; solo la coordinación más estrecha de los esfuerzos de todos los pueblos de la tierra, es decir, solo el socialismo puede salvar a la humanidad de los peligros espantosos que la amenazan: agotamiento de los recursos naturales que son limitados, contaminación progresiva del medio ambiente, crecimiento descontrolado de la población, hambres desoladoras y guerras catastróficas.[237]

El interés de Fidel Castro por elevar el punto de mira del debate revolucionario a su dimensión global creció en los siguientes años. En especial, en lo tocante a los temas de la lucha por el desarrollo y la solidaridad requerida para vencer los escollos que se le contraponen, frente a la injusticia e irracionalidad del orden económico internacional, la explotación de las naciones pobres por las oligarquías de los países ricos, el despilfarro consumista y la contaminación y deterioro del medio ambiente indispensable para la vida, asuntos estrechamente enlazados entre sí.

Una disección analítica pudiera glosar por separado cada uno de esos temas, pero sus resultados poco tendrían de fidelistas: él nunca los analizó de esa forma. Como tampoco sus denuncias, razonamientos, previsiones y propuestas sobre

237. Fidel Castro: Discurso en la sesión solemne de constitución de la Asamblea Nacional del Poder Popular, en el teatro Carlos Marx de La Habana, el 2 de diciembre de 1976.

dichos problemas pueden entenderse al margen de las circunstancias en que las planteó.

En particular, las vinculadas a la necesidad de consolidar la Revolución y darle respuesta a las necesidades populares, pese al acoso imperialista y sin que la revolución socialista hubiera podido extenderse por la región latinoamericana, lo que llevó a agitar otros frentes plurinacionales opuestos a las políticas del imperialismo.[238] Esto es, emprender otras formas de romper el cerco y superar el aislamiento que el bloqueo estadounidense buscaba imponerle a la Isla y, a la vez, preservar la independencia política respecto a la URSS –o respecto a China–, construyendo nuevas áreas de coincidencias, solidaridades y alianzas concretas con una mayor pluralidad de naciones, y con disímiles gobiernos nacionalistas y progresistas latinoamericanos, caribeños y de otras regiones del Tercer Mundo.

Fidel aborda esos temas a partir de su análisis de la degradación neoliberal de un capitalismo en crisis y de cómo este, a su vez, distorsiona el fenómeno de la globalización a favor de los grandes explotadores. Atento a la dimensión humana de cada tema, sobre el primero de estos dos aspectos, en la entrevista con Ramonet sostuvo que en la práctica hoy no existe capitalismo propiamente dicho, puesto que en todos los grandes sectores no hay competencia sino monopolio. “Quinientas empresas globales –explica– dominan el 80 por ciento de la economía mundial”; por consiguiente, los precios no son de competencia. Así, por ejemplo, los medicamentos que se venden a la gente tienen un precio que en muchos casos es diez veces superior a los costos de producción. Por consiguiente, “ninguna de las categorías en las cuales creíamos que se basaba el capitalismo existen; no existe, por lo tanto, la teoría que enseñan los Chicago Boys a la gente”.[239]

Pero, por otro lado, observa que “la teoría y la práctica del socialismo están por desarrollar y por escribir. De hecho, “la única economía política que existe es la capitalista, pero la capitalista de Adam Smith. Entonces andamos haciendo el socialismo muchas veces con aquellas categorías adoptadas [de aquel] capitalismo, lo cual es una de las grandes preocupaciones que tenemos”. Si bien Marx en su *Crítica al Programa de Gotha* esbozó cómo podía ser el socialismo, razona Fidel, él era demasiado sabio para imaginar que podía escribirse una utopía sobre eso. Y comenta que “el problema fueron la interpretación de las doctrinas, y se han hecho muchas. Por eso los progresistas estuvieron divididos durante tanto tiempo y las

238. En cualquier caso, no era cuestión de cavilar sobre si se puede hacer el socialismo en un solo país (o en unos pocos países), puesto que nunca hubo duda sobre la decisión de defender, mantener y continuar la Revolución cubana. No hubo más debate que el de cómo sostenerla y llevarla adelante.

239. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, p. 440.

polémicas entre anarquistas y socialistas, y después de la revolución bolchevique los problemas entre trotskistas y estalinistas, agregó.[240]

Al propio tiempo, Fidel reconoció la objetividad del fenómeno de la globalización, al criticar cómo el neoliberalismo la distorsiona conforme al interés de las transnacionales, a la vez que subrayó la necesidad de rescatar el concepto, reenfocándolo conforme a los fines de la libración nacional y la solidaridad entre los países del Tercer Mundo. Así, al inaugurar la Cumbre Sur, celebrada en La Habana, denunció que "la globalización fue encerrada en la camisa de fuerza del neoliberalismo, y como tal tiende a globalizar no el desarrollo, sino la pobreza; no el respeto a la soberanía nacional de nuestros Estados, sino su violación; no la solidaridad entre los pueblos sino el 'sálvese quien pueda' en medio de desigual competencia en el mercado".

No obstante, precisó, es necesario comprender que estos fenómenos suceden a escala mundial y lo que eso implica, dado que

> La gente lucha contra el subdesarrollo, las enfermedades, el analfabetismo, pero todavía no se ha hallado la solución global de los problemas de la humanidad. Tales problemas […] no tienen solución sobre bases nacionales, porque hoy más que nunca la dominación se lleva a cabo sobre bases globales: la llamada globalización neoliberal, apoyada en el poder del imperio y sus aliados.[241]

Es en esa óptica que procura elevar el punto de mira para abarcar ya no solo los problemas de la liberación y las revoluciones nacionales y regionales, sino también los problemas globales de la humanidad. Es en el contexto de esas preocupaciones que, desde 1979, Fidel le había hecho ver a la Asamblea General de la ONU que allí con frecuencia se habla de los derechos humanos, pero que asimismo es indispensable hablar sobre los derechos de la humanidad. Lo que también implica hacerlo a nombre de los pueblos que andan descalzos para que otros viajen en lujosos automóviles, de los que son miserablemente pobres para que otros sean exageradamente ricos, de los niños sin pan y los enfermos sin medicinas. Si eso no puede resolverse allí, preguntó, ¿entonces para qué sirven la civilización, la conciencia humana y la ONU?

Afirmó que no se puede hablar de paz a nombre de las decenas de millones de seres humanos que cada año mueren de hambre o de enfermedades curables, ni de los 900 millones de analfabetos. Para resolver ese drama humanitario, la explotación de los países pobres por los países ricos debe cesar. Aunque en los países pobres también hay explotadores, "me dirijo a las naciones ricas para que contribuyan" y "a los países pobres para que distribuyan". Si bien hemos venido a

240. Ibídem, p. 441.

241. Fidel Castro: Discurso en la Sesión Inaugural de la Cumbre Sur, el 12 de abril de 2000.

hablar de paz y colaboración entre los pueblos, es preciso entender que “si no resolvemos pacífica y sabiamente las injusticias y desigualdades actuales, el futuro será apocalíptico”. Palabras que remató advirtiendo que

> El ruido de las armas, del lenguaje amenazante, de la prepotencia en la escena internacional debe cesar, una vez que las bombas podrán matar los hambrientos, a los enfermos, a los ignorantes, pero no pueden matar al hambre, las enfermedades, la ignorancia. No pueden tampoco matar la justa rebeldía de los pueblos. Y, en el holocausto, morirán también los ricos, que son los que más tienen qué perder en este mundo.[242]

242. Fidel Castro: Discurso ante la Asamblea General de la ONU el 12 de octubre de 1979.

Salvar al mundo, pero no solo de la guerra

En 1983, como presidente del Movimiento de los Países No Alineados, Fidel le presentó a su VII Cumbre el sustancial Informe *La crisis económica y social del mundo.*[243] En ese texto articuló el conjunto de las preocupaciones e ideas sobre la situación mundial y las opciones estratégicas del Tercer Mundo, que él ya había venido exponiendo en distintos foros internacionales antes de presidir los No Alineados.

Tras reconocer que el Tercer Mundo abarca una amplia diversidad de concepciones, creencias y formas de percibir, enfatizó que más allá sus diferencias sus dirigentes compartimos un conjunto de responsabilidades similares, puesto que a todos igualmente nos preocupan

> nuestros intereses económicos nacionales, los agobiantes problemas de miseria y atraso acumulados, una deuda externa inmensa e impagable para la enorme mayoría, una relación desigual de intercambio cada vez más brutal, el terrible peligro de la guerra nuclear que se cierne sobre todos los pueblos y que se une al despilfarro fabuloso de la más absurda carrera armamentista, en medio de la enorme carga de explotación que pesa sobre nuestras naciones, instrumentada de las más diversas formas, y la horrible herencia histórica que dejaron sobre las patrias de cada uno de nosotros siglos de explotación colonialista o neocolonialista.[244]

De todo eso, prosiguió Fidel, es imperativo tomar conciencia. Al presentarles en este informe las cifras que caracterizan la gravedad de una situación global tan sombría, nuestra intención aquí no es generar desaliento sino empezar a enfrentar esas realidades, pues “ningún problema se ha resulto jamás en la historia hasta que no se ha hecho tangible realidad y conciencia de todos”. Ante ese estado de cosas, prosiguió,

> Hoy nos enfrentamos a las más universales, graves y angustiosas situaciones que haya conocido la humanidad. Se plantea, en fin, por primera vez en la conciencia del hombre, la cuestión de si vamos a sobrevivir. Pero, por gigantescas que sean las dificultad y la complejidad de la tarea, ser pesimista es renunciar de antemano a toda esperanza y aceptar resignadamente la derrota, es decir, el final. No nos queda otra alternativa que luchar, confiando en la inmensa capacidad moral e intelectual de la especie humana y en su propio instinto de conservación.[245]

243. Editado por la Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1983.

244. Fidel Castro: *La crisis económica y social del mundo*, p. 6.

245. Ibídem.

Un decenio más tarde, en 1992 –enseguida del colapso soviético y ante los desafíos iniciales del mundo unipolar–, Fidel avanzó sobre otra de sus grandes preocupaciones. Ante la Conferencia de la ONU sobre Medio Ambiente y Desarrollo, inició su intervención con una dramática advertencia que hizo época y todavía marca al debate sobre el tema: “Una importante especie biológica está en riesgo de desaparecer por la rápida y progresiva liquidación de sus condiciones naturales de vida: el hombre”. A lo que enseguida agregó que ahora se toma conciencia de este problema, cuando ya “casi es tarde para impedirlo”.[246]

Señaló que las sociedades de consumo son las responsables fundamentales de una atroz destrucción del medio ambiente, pues nacidas de las antiguas potencias coloniales e imperiales hoy generaron el atraso y la pobreza que agobian al resto de la humanidad. Con solo el 20 % de la población mundial, acotó, gastan tres cuartas partes de la energía que se consume en el mundo, contaminan los mares y el aire, y saturan la atmósfera de gases que alteran las condiciones climáticas, con los efectos catastróficos que ya todos empezamos a padecer.

Miles y millones de hectáreas de bosques y de tierra fértil se pierden, destacó Fidel, y muchas especies se extinguen porque la presión poblacional y la pobreza llevan a esfuerzos desesperados para sobrevivir aun a costa de la naturaleza. Pero “no es posible culpar de esto a los países del Tercer Mundo, colonias ayer, naciones explotadas y saqueadas hoy por un orden económico mundial injusto”. Lo real es que todo lo que ahora contribuya al subdesarrollo y la pobreza constituye un ataque a la naturaleza. “El intercambio desigual, el proteccionismo y la deuda externa agreden a la ecología y propician la destrucción del medio ambiente”.

Continuó sosteniendo que “si se quiere salvar a la humanidad de esa autodestrucción, hay que distribuir mejor las riquezas y tecnologías disponibles en el planeta”, aplicar un orden económico internacional justo y utilizar toda la ciencia necesaria para lograr desarrollo sostenido sin contaminación. Y sentenció: “Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre”.

Y, lejos de ponerse a la defensiva tras el derrumbe de la URSS, finalizó esta intervención reclamando que, si las supuestas amenazas del comunismo han desaparecido y no quedan pretextos para guerras frías, carreras armamentistas ni gastos militares, ¿qué impide dedicar de inmediato esos recursos a promover el desarrollo del Tercer Mundo e impedir la destrucción ecológica del planeta? Que cesen los egoísmos, los hegemonismos, la insensibilidad, la irresponsabilidad y el

246. Fidel Castro: Discurso en la Conferencia de la ONU sobre Media Ambiente y Desarrollo, el 12 de junio de 1992.

engaño, porque “mañana será demasiado tarde para hacer lo que debimos haber hecho hace mucho tiempo”.[247]

En esa misma tesitura, al celebrarse en Nueva York el 50 Aniversario de la ONU, en 1995 Fidel le recordó a su Asamblea General que, medio siglo después de que esa organización se fundó tras concluir una guerra en la que se perdieron tantas vidas, “hoy 20 millones de hombres, mujeres y niños mueren cada año de hambre y de enfermedades curables” y, mientras unos pueblos ricos tienen la perspectiva de vivir hasta 80 años, otros apenas alcanzan 40. Tras apuntar que a miles de millones se les cercena parte de la vida, preguntó: “¿Hasta cuándo debemos esperar para que cese esta matanza?”.

Terminada la guerra fría, añadió, la carrera armamentista, el hegemonismo militar, la prepotencia, las presiones internacionales y el uso de la fuerza continúan. Los avances de la ciencia y la tecnología se multiplican, pero sus beneficios no llegan a la mayor parte de la humanidad, mientras un consumismo irracional derrocha recursos y amenaza la vida en el planeta. Disminuyen los bosques, se envenena el aire se contaminan los ríos y se empobrecen los suelos. Se extienden viejas y nuevas epidemias, crece la población y se multiplican las legiones de desposeídos.

No obstante, observó Fidel, América Latina y África no tienen un solo miembro permanente en el Consejo de Seguridad, donde un grupo de poderosos abusan del anacrónico privilegio del veto y “entronizan un nuevo colonialismo dentro de las propias Naciones Unidas. […] ¿Hasta cuándo hará que esperar para que haya racionalidad, equidad y justicia en el mundo?” Y concluyó afirmando:

> Queremos un mundo sin hegemonismos, sin armas nucleares, sin intervencionismos, sin racismo, sin odios nacionales ni religiosos, sin ultrajes a la soberanía de ningún país, con respeto a la soberanía y a la libre determinación de los pueblos, sin modelos universales que no consideran para nada las tradiciones y la cultura de todos los componentes de la humanidad, sin crueles bloqueos que matan a hombres, mujeres […] como bombas atómicas silenciosas.[248]

Cinco años después Fidel continuó ese análisis en la Cumbre del Milenio, en Nueva York, al reiterar que “tres decenas de países desarrollados y ricos que monopolizan el poder económico, tecnológico y político se reúnen aquí con nosotros para ofrecernos más de las mismas recetas que han servido solo para hacernos cada vez más pobres, más explotados y más dependientes”.

---

247. Ibídem.

248. Fidel Castro: Discurso en Nueva York por el 50º Aniversario de la ONU, el 22 de octubre de 1995.

No obstante, enfatizó, no se habla de reformar esta vetusta institución, nacida hace más de medio siglo, cuando solo había unos pocos países independientes, a fin de convertirla en una entidad que refleje los intereses de todos los pueblos del mundo, sin que para nadie exista el antidemocrático derecho de veto, con un Consejo de Seguridad ampliado y representativo que actúe como un órgano subordinado a la Asamblea General.

Reiteró que las causas fundamentales de los actuales conflictos están en la pobreza y el subdesarrollo que prevalecen en la inmensa mayoría de los países, así como en la desigual distribución de las riquezas y los conocimientos que impera en el mundo a consecuencia del saqueo colonial, el imperialismo y las guerras por nuevos repartos del planeta. Este orden es insostenible, advirtió. Hoy somos más de seis mil millones de habitantes de la Tierra, de los cuales el 80 % es pobre, mientras los países ricos invierten sumas fabulosas en gastos militares y lujos, mientras "una plaga voraz de especuladores intercambian monedas, acciones y otros valores reales o ficticios, por sumas que se elevan a millones de millones de dólares cada día". A la vez,

> La naturaleza es destrozada, el clima cambia a ojos vista, las aguas para el consumo humano se contaminan y escasean; los mares ven agotarse las fuentes de alimentos para el hombre; recursos vitales no renovables se derrochan en lujos y vanidades.

Así las cosas, concluye Fidel, cualquiera comprende que, en el apremiante siglo que así empieza, el objetivo de las Naciones Unidas es salvar al mundo no solo de la guerra, sino asimismo del subdesarrollo, el hambre, la pobreza y la destrucción de las condiciones naturales indispensables para la existencia humana. Y hacerlo con premura, antes de que sea demasiado tarde.[249]

249. Fidel Castro: Discurso por la Cumbre del Milenio, en Naciones Unidas, Nueva York, 6 de septiembre de 2000.

Nuestra réplica, globalizar la cooperación

Uno de los documentos más enjundiosos legados por Fidel sobre los grandes temas globales fue su mensaje a la XI Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo, en 2004. Al empezar, el mérito de los fundadores de la UNCTAD, como Raúl Prebisch, que analizaron el intercambio desigual como una de las principales causas del subdesarrollo y confiaron en que crear en la ONU un organismo destinado a promover un comercio internacional racional y justo ayudaría a los países del Tercer Mundo. Pero aunque su diagnóstico fue uno de los mayores aportes a la cultura económica de la época, señaló, "hoy el flagelo del intercambio desigual apenas se menciona en discursos y conferencias", puesto que las viejas metrópolis siguen lejos de admitir el deber y la necesidad de cumplir ese objetivo.[250]

Para 86 de los países subdesarrollados, indicó Fidel, en ese contexto la venta de sus materias primas representa más de la mitad de sus ingresos por exportaciones. Pero el poder de compra de esos productos hoy es menos de una tercera parte de lo que valía en 1964, cuando se fundó la UNCTAD. Ahora, en 2004, en los países pobres vive el 85 % de la población mundial, pero su participación en el comercio internacional es solo un 25 %. En 1964, prosiguió, la deuda externa de esos países era alrededor de 50 mil millones de dólares y hoy, en 2004, alcanza los 2,6 millones de millones. Es decir, entre 1982 y 2003, en apenas 21 años, el mundo pobre pagó 5,4 millones de millones por servicio de la deuda, lo cual significa que el actual monto de esa deuda ha sido pagado más de dos veces a los países ricos, concluyó.

A los países pobres, recordó Fidel, se les prometió ayuda para el desarrollo y que el abismo entre ricos y pobres se reduciría progresivamente. No obstante, lo que en 2003 el Tercer Mundo recibió como ayuda al desarrollo fueron 54 mil millones de dólares, mientras que ese mismo año los países pobres pagaron a los ricos 436 mil millones por servicio a la deuda. Y el saqueo continúa, dijo, mediante de subsidios que impiden el acceso de los productos de los países pobres al mercado de los ricos, así como a través de los senderos sinuosos de la Organización Mundial del Comercia (OMC) y los términos que se les imponen a los países pobres en los tratados de libre comercio, en condiciones en las que estos no pueden competir con la tecnología sofisticada, el control de la propiedad intelectual y los inmensos recursos financieros de las naciones ricas.

250. Ver Fidel Soldado de las ideas, del 2 de marzo de 2008.

Esto, agregó, aparte de la grosera explotación de la mano de obra barata por medio de las maquiladoras, la especulación monetaria, el comercio de armas y la brutal transferencia de recursos financieros de los países pobres a los países ricos y la fuga de capitales, característica obligada del orden económico reinante. Dinero de todo el mundo, principalmente de los países pobres, se fuga hacia Estados Unidos, sin lo cual esa potencia no podría sostener sus enormes déficits fiscales y comerciales.

"¿Alguien se atrevería a negar las consecuencias sociales y humanas de la globalización neoliberal impuesta al mundo?", preguntó Fidel. Con base en informaciones de ese entonces, enseguida respondió –entre otras cosas– que el 85 % de la población mundial constituida por gente de los países pobres consume solo el 30 % de la energía, el 25 % de los metales y el 15 % de la madera. Dicho en términos humanitarios, precisó, si hace 25 años 500 millones de personas pasaban hambre, ahora la padecen 800 millones; en los países pobres la mortalidad infantil en menores de un año es doce veces superior a la de los países ricos; en el Tercer Mundo 33 mil niños mueren cada día por enfermedades curables, hay 325 millones de niños que no asisten a la escuela, y dos millones de niñas son forzadas a prostituirse.[251]

Esos datos demandaban hacer otra pregunta y cerrarla con una madura afirmación:

> ¿Cómo pueden los líderes del imperialismo y los que comparten con él el saqueo del mundo hablar de derechos humanos y mencionar siquiera las palabras libertad y democracia en este mundo tan brutalmente explotado?
>
> Lo que se practica contra la humanidad es un crimen permanente de genocidio.[252]

Tras describir cómo el ritmo de los anteriores decenios aceleró el crecimiento de las poblaciones y la obligación de atender sus numerosas necesidades, Fidel previó que en medio siglo más las reservas de combustibles que la naturaleza había demorado 300 millones de años en crear ya podrán escasear, después de haberlas

---

251. De entonces a la fecha, la tendencia que esos datos previeron sigue confirmándose. El 15 de septiembre de 2017 un despacho noticioso de *Thomson Reuters* informó que las cinco organizaciones de la ONU asignadas a eliminar el hambre y la desnutrición, como parte de los Objetivos del Milenio, informaron que "los niveles de hambre en el mundo han aumentado por primera vez en más de una década, afectando ahora a un 11 % de la población global debido a los conflictos, el cambio climático y las crisis económicas que siguen asolando al planeta".

El despacho precisó que "el año pasado 815 millones de personas sufrieron hambre", agregando que el número de víctima de la hambruna aumentó de forma dramática desde 2014 y que "la proporción de la población mundial que pasa hambre se ha incrementado". David Beasley, director ejecutivo del Programa Mundial de Alimentos, al presentar el informe dijo: "Con todos los desarrollos de la tecnología y riqueza tendríamos que estar absolutamente yendo en otra dirección".

252. Ver Fidel Soldado de las ideas, del 2 de marzo de 2008.

lanzado a la atmósfera, las aguas y los suelos junto a otros productos químicos contaminantes.

El sistema imperialista que hoy impera, al que inevitablemente la sociedad capitalista desarrollada evolucionó –advirtió entonces Fidel–, ha arribado a un orden económico global neoliberal, despiadadamente irracional e injusto, que es insostenible. Contra él los pueblos se rebelarán. Es estúpido afirmar, ironizó, que esto sea "fruto de los partidos, ideologías o agentes subversivos y desestabilizadores de Cuba y Venezuela". Al contrario, sostuvo, esa evolución ha traído consigo las llamadas sociedades de consumo y sus tendencias despilfarradoras e irresponsables. Ellas envenenan las mentes de gran número de personas en el mundo, que en medio de una ignorancia política y económica generalizada son manipuladas por la publicidad comercial y política a través de los fabulosos medios masivos que la ciencia ha creado.

Además, recordó que 60 años después del estallido de la bomba atómica en Hiroshima, ahora en el mundo hay decenas de miles de artefactos más potentes y sistemas de armas más sofisticados. Por primera vez en la historia, comentó Fidel, el hombre ha creado la capacidad técnica para su total autodestrucción. "No ha sido en cambio capaz de crear un mínimo de garantías para la seguridad e integridad de todos los países por igual". Con esto, el prestigio de las Naciones Unidas se ve socavado, porque lejos de democratizarse la institución ha ido quedando como un instrumento de una superpotencia y sus aliados. Así, apuntó, en apenas medio siglo,

> Han surgido dos grandes y mortales peligros para la propia supervivencia de la especie: el que emana del desarrollo tecnológico de las armas, y el que viene de la destrucción sistemática y acelerada de las condiciones naturales para la vida en el planeta.
>
> En la disyuntiva a que ha sido arrastrada por el sistema, no hay otra alternativa para la humanidad: o la actual situación mundial cambia, o la especie corre el riesgo real de extinción.[253]

En esa perspectiva, los pueblos se harán ingobernables, concluyó Fidel; no habrá métodos represivos que puedan impedirlo. Y en esa lucha por su supervivencia estarán no solo los hambrientos del Tercer Mundo; estarán asimismo todas las personas conscientes del mundo rico. De esa crisis inevitable, predijo, más temprano que tarde saldrán pensadores, guías y organizaciones sociales y políticas de diversa índole que harán el máximo esfuerzo por preservar la especie. Y concluyó: "Sembremos ideas y todas las armas que esta civilización bárbara ha

253. Ibídem.

creado sobrarán; sembremos ideas, y la destrucción irremediable de nuestro medio natural de vida podrá impedirse".[254]

Apenas a tres años de que la enfermedad lo hiciera delegar sus responsabilidades como jefe de Estado y gobierno, sus siguientes razonamientos confirmaron una visión asimismo global. En ámbito subregional, durante la Segunda Cumbre Cuba-CARICOM, celebrada en Barbados en 2005, Fidel apuntó que en el entorno enfrentado por este grupo de naciones para asegurar su supervivencia, las acciones unilaterales y egoístas de algunos de sus mayores socios comerciales "se combinaron con la frecuencia y magnitud sin precedentes de los devastadores huracanes que asolaron a nuestra región".[255]

Ahora ya se comprende, dijo, que la globalización neoliberal amenaza hasta la supervivencia misma de estos países como naciones independientes. Que la brecha entre el Norte cada vez más rico y el Sur cada día más pobre no para de ensancharse y constituye una amenaza permanente a la estabilidad internacional. Que la base de la mayoría de los conflictos de nuestra época son las ilegales guerras de conquista y pillaje, la destrucción del medio ambiente y el agotamiento de los recursos naturales, el terrorismo, la migración ilegal y el narcotráfico, entre otros. Y que en cada caso siempre hay una relación entre la persistente pobreza y marginalidad predominantes en las naciones del Sur y las políticas cada vez más egoístas de los países más ricos, que sin cesar aumentan su riqueza a costa del empobrecimiento del Tercer Mundo.

Para nuestras naciones el acceso al mercado internacional se hace poco menos que imposible, continuó Fidel. Somos víctimas de un sistema de comercio internacional plagado de barreras –arancelarias y no arancelarias–, sistemas de cuotas, subsidios y onerosas condiciones, mientras nos obligan a soportar el hipócrita discurso del "libre comercio" repetido por los mismos que nos cierran los mercados. Así, nuestros hermanos de la CARICOM sufren en carne propia las egoístas decisiones de la Unión Europea y Estados Unidos, contra sus exportaciones de banano y azúcar y se ven obligados a enfrentar las arbitrarias imposiciones de las transnacionales en materia de transporte aéreo, turismo y otros sectores. Es decir,

> Los países industrializados y ricos se resisten a aceptar la concesión de un trato especial y diferenciado a los países que, como los del CARICOM, no solo lo requieren, sino que es su derecho. Olvidan su deuda histórica con nuestro desarrollo, incumplen sus promesas, saquean nuestros recursos humanos, cobran

254. Ibídem.

255. Discurso en la Segunda Cumbre Cuba-CARICOM, en Bridgetown, Barbados, el 8 de diciembre de 2005.

> una y otra vez una deuda inmoral varias veces pagada, mientras hablan demagógicamente de libertad de mercados.[256]

El colosal derroche consumista no solo afecta la economía mundial, indicó Fidel, sino que además amenaza al medio ambiente. ¿Cómo enfrentarán nuestros países los daños de la próxima temporada ciclónica y las de los próximos diez años? ¿Cómo enfrentaremos el peligro de desaparecer por el calentamiento global y la elevación del nivel de los mares? El desenfreno consumista por despilfarrar los recursos naturales del planeta acabará con la vida en la Tierra, pero los primeros en perecer serán nuestros pequeños Estados insulares. Cuba responsabiliza a los países ricos y a las suntuosas economías del consumo y el despilfarro por el agravamiento de la magnitud y la frecuencia de los desastres naturales en el Caribe. En consecuencia, preguntó y propuso:

> ¿Cómo enfrentar estos desafíos y el reto de sobrevivir y avanzar en medio de la crisis económica, social, política y ambiental que sufren nuestro hemisferio y el mundo?
>
> A la globalización neoliberal y egoísta, al antidemocrático orden político y económico internacional, debemos responder con la unidad y la globalización de la solidaridad, y la promoción del diálogo, la integración y la cooperación genuina.[257]

256. Ibídem.

257. Ídem.

La gran batalla global

Como agente y beneficiaria de ese orden internacional antidemocrático, la globalización neoliberal suscita y acumula malestares e inconformidades sociales, tanto en las naciones subdesarrolladas como entre los sectores pobres y marginales de los países ricos. Ya en 1993 –recién desbaratada la URSS pero todavía a tres lustros de la crisis económica que en 2008 emergería en Wall Street–, Fidel Castro había manifestado en Salvador de Bahía que "el neoliberalismo no tiene porvenir", pues llegado el momento todo ese andamiaje de explotación al pueblo de cada país y de unas naciones a otras empezaría a ser cuestionado.

Sin embargo, ante la aplastante hegemonía neoliberal de aquellos años, admitió que aún debía pasar un tiempo para que eso ocurriera. Mientras, dijo, "tenemos que estar ahí luchando por las cosas más justas, por las ideas más correctas, formando conciencia". Y nuevamente sostuvo que "es muy importante que los pueblos tomen conciencia, y los pueblos van a tomar conciencia en la medida en que ven que estas recetas neoliberales no resuelven sus problemas".[258]

Pero, pese al poderío que el "pensamiento único" neoliberal alcanzó ante la confusión y las deserciones que algunas izquierdas entonces padecían, en el siguiente período el descrédito de las políticas neoliberales pronto siguió a sus fiascos económicos y desastrosas consecuencias sociales. En escasos seis años Fidel pudo decir, en otro escenario, que pese a la gravedad de los problemas socioeconómicos y ambientales en curso, el debate ideológico resurgía en nuevas circunstancias. La humanidad podrá salvarse, afirmó, "porque el imperio está sufriendo una profunda crisis" y porque "sin crisis no hay cambios, sin crisis no se forman las conciencias; un día de crisis forma más conciencia que 10 años de transcurrir el tiempo, que 10 años sin crisis".[259]

Y no faltarían serios y apremiantes problemas globales por debatir. Unos años después, al abordar la cuestión del desastre ecológico que amenaza a la humanidad, Fidel Castro le advirtió a la Cumbre del Movimiento de los Países No Alineados de 2003, que

> Nuestra especie por primera vez corre real peligro de extinguirse por las locuras de los propios seres humanos, víctimas de semejante "civilización". Nadie, sin

258. Fidel Castro: Discurso en el encuentro con organizaciones de solidaridad con Cuba, en el hotel Bahía Othon, Salvador de Bahía, Brasil, el 19 de julio de 1993.

259. Fidel Castro: Discurso ante la Conferencia Mundial Diálogo de Civilizaciones, La Habana, el 30 de marzo de 2005.

> embargo, luchará por nosotros, que constituimos la inmensa mayoría. Solo nosotros mismos, con el apoyo de millones de trabajadores manuales e intelectuales, sembrando ideas, creando conciencia, movilizando a la opinión pública del mundo y el propio pueblo norteamericano, podremos ser capaces de salvarla.[260]

Siempre al tenor de los tiempos y posibilidades reales, el Fidel que ahí tomó la palabra no dejó de ser el líder revolucionario que en anteriores circunstancias alentaba una insurrección continental. Al clausurar la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, volvió a promover una opción que, más allá de llamar a una alianza ecológica, rebasa el horizonte inmediato y prevé la posibilidad de impulsar un movimiento antimperialista de las naciones más explotadas por el sistema reinante. Pero entonces él no lo hizo convocando a una confrontación, sino a desarrollar un nuevo modo de orientar el destino de nuestros pueblos y de los pueblos en general. Porque, como de forma más explícita en esos días igualmente sostuvo:

> Creo firmemente que la gran batalla se librará en el campo de las ideas y no en el de las armas aunque sin renunciar a su empleo en casos como el de nuestro país u otro en similares circunstancias si se nos impone una guerra, porque cada fuerza, cada arma, cada estrategia y cada táctica tiene su antítesis surgida de la inteligencia y la conciencia inagotables de los que luchan por una causa justa.[261]

No mucho después, Fidel insistiría en ese enfoque de la coyuntura global en la entrevista que concedió a Ramonet. Al explicar que, frente a la crisis del injusto orden económico internacional y las amenazas de la crisis ambiental, se evidencia que

> […] es mundial el problema, y por eso mundialmente también se está formando una conciencia. […] Creo en las ideas y creo en la conciencia, en los conocimientos, en la cultura y especialmente en la cultura política. […] Porque hoy el mundo globalizado obliga a mayores conocimientos y a buscar y encontrar soluciones globales.[262]

Por lo mismo, páginas adelante agregaría que no hay tarea más urgente que crear una conciencia universal sobre esos problemas y llevarlos a la masa de miles de millones de hombres y mujeres de todas las edades. Las condiciones objetivas

---

260. Fidel Castro: Discurso en la XIII Conferencia de Jefes de Estado o Gobierno del Movimiento de Países No Alineados, en Kuala Lumpur, Malasia, el 26 de febrero de 2003.

261. Fidel Castro: Discurso de clausura de la Conferencia Internacional por el Equilibrio del Mundo, en homenaje al 150 Aniversario del natalicio de José Martí, el 29 de enero de 2003.

262. Ignacio Ramonet: *op. cit.*, pp. 444-445.

y los sufrimientos que padece la mayoría de ellos, sostuvo Fidel, actualmente crean las condiciones subjetivas para llevar adelante ese proceso de concientización.[263]

Recordó que, a lo largo de la historia, la sociedad humana ha cometido colosales errores y los sigue cometiendo. Pero que, aun así, recalcó, seguía profundamente convencido de que el ser humano es capaz de concebir las más nobles ideas, albergar los más generosos sentimientos y, superando los poderosos instintos que la naturaleza le impuso, también es capaz de dar la vida por lo que siente y lo que piensa. Así lo ha demostrado muchas veces a lo largo de la historia, reiteró.[264]

Tras preguntarse desde cuándo los economistas y los intelectuales del orbe toman conciencia de estos problemas, Fidel añadió que él, "porque soy optimista", pensaba que este mundo puede salvarse pese a los errores cometidos y de los inmensos poderes unilaterales que se han creado para implementar y explotar esa situación, "porque creo en la preminencia de las ideas sobre la fuerza". Pero precisó que no se refería a cualquier clase de ideas, sino a las ideas justas, a "las que pueden traer solución a los graves peligros de la guerra, o las que pueden poner fin a la violencia". Por esto, señaló, hoy hablamos de la "batalla de ideas".[265]

Pero eso no quiere decir que ya tenemos claras todas las ideas necesarias, acota Fidel, sino que compartimos la misión de investigar las actuales realidades y sus opciones y de discutir para esclarecerlas y seguir desarrollándolas. Porque "hay en la ideología una confusión grande", ya que "el mundo en que hoy vivimos es diferente". Hay muchos problemas que los grandes pensadores políticos y sociales de tiempos de Marx y de Lenin no podían prever a tan larga distancia, aunque sus conocimientos fueron decisivos para que nosotros pudiéramos convertirnos en personas con ideas revolucionarias.

De nueva cuenta reiteró que "la teoría y la práctica del socialismo están por desarrollar y por escribir". El capitalismo de libre concurrencia, explicó, fue sepultado por el monopolio y ahora la única economía política con que contamos es la capitalista de la época de Adam Smith; con frecuencia discutimos el socialismo con categorías tomadas de ese pasado capitalismo, lo que "es una de las grandes preocupaciones que tenemos".[266]

Además, si bien Marx soñó el socialismo como una sociedad sin explotadores ni explotados, que concibió como desenlace natural de los regímenes capitalistas desarrollados, hoy sabemos, concluye Fidel, "incluso en las naciones pobres y

263. Ibíd., p. 454.

264. Ibíd., p. 455.

265. Ibíd., pp. 456-457.

266. Ibídem, p. 441.

subdesarrolladas, es el único camino para avanzar económica y socialmente sin los horrores y los sufrimientos del desarrollo capitalista". Al, respecto, comentó que todavía hay unos dirigentes de países pobres que, "para excusar sus debilidades políticas", dicen que no quieren socializar la pobreza. No obstante, "incluso la pobreza socializada es mucho más justa que mantener a las masas en la miseria y permitir que goce de la riqueza una minoría privilegiada. Capitalizar la pobreza es peor que socializarla".[267]

Así pues, tras su largo recorrido crítico y creador, Fidel insiste en que aún necesitamos mayor conocimiento de los grandes retos contemporáneos, como –entre tantos otros– los que tienen que ver con la lucha por el desarrollo que continúa la liberación nacional, la lucha por configurar un nuevo orden económico internacional y la lucha contra el envenenamiento de la atmósfera y de los mares. No solo para comprender mejor nuestros objetivos, a sus adversarios, a las opciones de cada etapa y a sus consecuencias. También para fundamentar científicamente los proyectos y propuestas eficaces con las cuales ir más allá de las meras críticas a la globalización neoliberal y de la denuncia de las miserias que se imponen a los países neocoloniales y subdesarrollados.

En la actual coyuntura, comentaría Fidel, nadie puede asegurar que ahora se van a producir cambios revolucionarios en América Latina, como tampoco nadie puede asegurar que no vayan a suceder en cualquier momento, en uno o varios países. Porque "si uno analiza objetivamente la situación económica y social en algunos países, no puede tener la menor duda de que se trata de una situación explosiva". Si a esos problemas no se le halla solución urgente, añadió, "puede ocurrir más de una revolución en América Latina cuando menos se lo imagine Estados Unidos. Y no podrá culpar a nadie de promover esas revoluciones".[268]

Así pues, a las realidades hay que escrutarlas, a sus tendencias y a sus posibilidades. Para hacer historia hay que preverla, actuar en consecuencia y ser tenaz en las adversidades. Eso le da sentido al pensar. Porque, como Fidel lo pregunta y contestó en 2009, en su respuesta a un mensaje de los jóvenes comunistas:

> ¿Para qué sirve la vida sin las ideas? Martí dijo: "Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra". ¿Acaso nacen las ideas con un hombre? ¿Acaso nacen con este? Surgen a lo largo de la vida de la especie humana.
>
> Durarán lo que dure nuestra especie. Nunca antes esta se vio tan amenazada por la combinación del subdesarrollo político de la sociedad y las creaciones de la

267. Fidel Castro: Discurso por el XX Aniversario del 26 de Julio, en 1973. En *Victoria de las ideas*, t. 2, p. 53.

268. Ignacio Ramonet: fascículo contentivo del capítulo 24, p. 31.

> tecnología, que pareen no tener límites y se van más allá de toda racionalidad en su capacidad de autodestrucción.[269]

La claridad y desarrollo de tales ideas –y encontrar las mejores formas de arraigarlas en la cultura política de cada pueblo– son tanto más perentorias cuando ahora toca prever y organizar una nueva oleada de ofensivas revolucionarias. Sobre todo porque –como hace años Fidel lo advirtió– "las ideas en un determinado grado de desarrollo se convierten en una fuerza real".[270] Por lo tanto, como él asimismo lo sentenció en la heroica Santiago, en el 45 Aniversario del Desembarco del Granma, "no existe arma más potente que la convicción profunda y la idea clara de lo que debe hacerse".

Nunca hubo mejor homenaje al joven Marx que ese que Fidel Castro le rindió –sin mencionarlo por su nombre– cuando él y sus compañeros, al desembarcar en la madrugada de la Revolución, concretaron esa conclusión de la *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel* de que "la teoría se convierte en fuerza material tan pronto como prende en las masas", un texto que hasta entonces seguramente ninguno de aquellos expedicionarios había leído.

Reconocimiento que Fidel concluyó con robusta convicción, cuando al despuntar el siglo XXI continuó esa idea, al concluir que "el mundo será conquistado por las ideas y no por la fuerza, cuyo poder para sojuzgar y dominar a la humanidad será cada vez menor". Porque armados de tales ideas los pueblos son la fuerza.

---

269. Fidel Castro: "Respuesta al mensaje de la Juventud Comunista", en *Cubadebate,* el 23 de junio de 2009.

270. Fidel Castro: Discurso en el V Aniversario de la Victoria de Girón, en el teatro Chaplin, de La Habana, el 19 de abril de 1966.

Índice

De qué hablaremos aquí
1. Aglutinar y dirigir
2. La condición patriótica del socialismo
3. En el 60, la semilla del 2016
4. Más allá de asaltar el Moncada
5. Había suficiente indignación
6. Una vanguardia imprevista
7. La “prisión fecunda” y el exilio
8. Las condiciones no están dadas ¿o sí?
9. Pero las subjetivas las hace el hombre
10. Según la revolución en que participes
11. Primera cita en la Sierra
12. Ética y crecimiento rebeldes
13. De la derrota de abril a la victoria de enero
14. La fuerza de su poder e inmensa energía
15. Como verdad comprobada
16. Asimilarlos a la política correcta
17. El principal recurso disponible
18. Una ventana en la correlación de fuerzas
19. El deber de hacer la revolución
20. En tanto lucha, se forma
21. Mala, muy mala, la indigencia mental
22. Ni calco ni copia
23. Pensar a la altura del proceso
24. En nuestras propias fuerzas confiar
25. Volver a la ofensiva
26. La ofensiva: correcciones pendientes
27. Mejorar condiciones de vida

28. Extrapolaciones a la izquierda
29. Distorsiones inducidas
30. Convertir el revés en victoria
31. Enfrentar antiguos y nuevos problemas
32. Rectificar es crear, abrir camino
33. En tiempos difíciles…
34. Los frutos de esa siembra
35. El arte de hacer lo imposible
36. Una cultura por construir
37. Lograr, sostener y rectificar transformaciones
38. De los derechos humanos a los de la humanidad
39. Salvar al mundo, pero no solo de la guerra
40. Nuestra réplica, globalizar la cooperación
41. La gran batalla global